

MARIO MENDOZA

EL LIBRO DE LAS REVELACIONES



 Planeta

MARIO MENDOZA

EL LIBRO DE LAS REVELACIONES

AE
& I




 Planeta

Mario Mendoza



El libro de las revelaciones
(Más allá de lo real)

 Planeta

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Fotografía de autor: © Ricardo Pinzón
Diseño de cubierta y colección: © Book and Play Studio. bap-studio.com

© 2017, Mario Mendoza
© 2017, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N° 7-60, Bogotá

ISBN 13 (Tapa dura): 978-958-42-5860-1
ISBN 10 (Tapa dura): 958-42-5860-5

ISBN 13 (Rústica): 978-958-42-5858-8
ISBN 10 (Rústica): 958-42-5858-3

Primera edición: abril de 2017

Impresión y encuadernación: Panamericana Formas e Impresos S. A.

*Todo lo que vemos o imaginamos es
solo un sueño dentro de un sueño*

EDGAR ALLAN POE

ÍNDICE

JESÚS EN LAS PLÉYADES
(A MANERA DE INTROITO)

CAPÍTULO I
LAS PUERTAS DEL CIELO

CAPÍTULO II
ADHESIONES ESPIRITUALES

CAPÍTULO III
¿ALGUIEN ESTÁ ALLÁ AFUERA?

CAPÍTULO IV
¿DÓNDE ESTÁ LA REALIDAD?

CAPÍTULO V
MONJES Y MAESTROS

CAPÍTULO VI
LAS PUERTAS DEL INFIERNO

JESÚS EN LAS PLÉYADES

(A manera de introito)

Cuando salió mi libro *Paranormal Colombia* varios periodistas me preguntaban indignados si yo creía en esas historias que estaban en el libro. Incluso algunos comentaristas me atacaron diciendo que yo fomentaba la superchería y la superstición, cuando lo que necesitaba nuestro país era ciencia, racionalismo y tecnología. Nunca respondí a esos ataques porque si todavía hay gente que cree en el progreso, en la historia lineal y en que vamos avanzando gracias a nuestras máquinas y nuestros aparatos, allá ellos.

Lo cierto es que a mí me queda muy difícil, por no decir imposible, mirar a un chamán por encima del hombro y sugerirle que vaya a la universidad, estudie Matemáticas y lea a los autores de la escuela de Frankfurt para salir de la ignorancia. O pararme en medio de Benarés, a orillas del Ganges, a gritarles a los peregrinos que están todos equivocados, que sus creencias son puro pensamiento atávico y que mejor se compren un computador y estudien programación. Hay algo banal en esa pretendida apología de la razón.

Los griegos escuchaban a Sócrates y al oráculo de Delfos con la misma atención.

Lo que a mí me sucede es difícil de explicar. He sido un escéptico y un ateo desde mis ya lejanos años escolares en el Colegio Refous. Alejarme de fanáticos religiosos y cruzados me pareció fundamental para poder asimilar la democracia, es decir, para poder respetar al otro en su diferencia. Sin embargo, siempre he sentido una fascinación extraña y muy respetuosa por el misticismo y las religiones. No siento superioridad intelectual porque me

haya liberado del pensamiento religioso. Es lo contrario: me siento más débil, más frágil, más solo. Sé que cuando han llegado las pruebas duras de la vida mi falta de fe me ha dejado a la deriva, extraviado, sin norte, y que ese dolor y esa confusión me han hecho mucho daño. En cambio, veo a los que sí tienen fe y hay algo poderoso y poético en ellos, en sus oraciones, en sus rezos, en sus retirados diálogos con sus dioses. Yo carezco de esa fortaleza, voy por la vida sin esos escudos, y por eso, cuando han llegado la adversidad, la enfermedad y la muerte, levantarme ha sido tan difícil.

Cuando leo a San Juan de la Cruz, o al poeta místico Rumi, siento nostalgia de algo muy grande que no conozco y que quizás no conoceré jamás. Como si me estuviera perdiendo de visitar un continente paradisíaco lleno de ríos multicolores, playas desiertas y campos atiborrados de frutas jugosas. Creo que cuando Borges dijo que la religión era una rama de la literatura fantástica no lo decía peyorativamente, como si estuviera afirmando que los textos sagrados fuesen mentira. No. Él, que era escritor de literatura fantástica, lo decía porque hay una fuerza poética muy grande en la fe, una estética, una belleza especial que nos puede iluminar la vida de manera reveladora.

Del mismo modo que jamás se me ocurriría decirle a Don Quijote que no hay gigantes, sino solo molinos de viento, nunca le diría a un creyente que se olvide de su Dios para abrazar el materialismo. Me pasa exactamente al revés: sospecho que soy yo el que ha olvidado algo importante en el camino, el que está abandonado y huérfano, ciego, a tientas en la oscuridad. Por eso escribo, porque tal vez la escritura, como un hilo de Ariadna, me ayude a salir del laberinto.

Así que cada vez que alguien me habla de una suprarrealidad en la que cree fervorosamente, yo escucho con humildad. Porque siento que me está dando una lección, que me está susurrando al oído: amplía tu imaginación, ensancha tu percepción.

Hay algo maravilloso y de una belleza conmovedora en esa visita que le hizo el escritor de ciencia ficción Ray Bradbury a un pastor en su iglesia. Le preguntó si la experiencia de Cristo era válida solo para nuestro planeta, o si era un mensaje cósmico, universal. Es decir, si la crucifixión y el dolor de Cristo eran legítimos aquí en la Tierra, y en Marte, o en Sirio, o en Alfa del Centauro, o en las Pléyades. ¿Por qué necesitaba precisar eso? Porque no sabía si la fe de sus personajes terrícolas era válida cuando viajaran en un cohete y llegaran a otras galaxias.

Eso soy yo: un ateo cósmico al que se le llenan los ojos de lágrimas cuando los personajes de Bradbury extraen de sus equipajes una Biblia y se arrodillan a orar en otros mundos.

* * *

Pocos meses después de publicar *Paranormal Colombia* supe que uno de sus protagonistas, Manuel, el hombre que llevaba ocho años como un ermitaño viviendo en una casa en un árbol, acababa de enfermar. Un tumor había empezado a crecer en su garganta y él había decidido no hacerse ningún tratamiento. Estaba preparado para la muerte, la venía, incluso, invocando. Para él no era nada trágico, sino una salida, una solución a una vida que consideraba ya agotada.

Durante años se había encerrado en su propiedad en las afueras de Saravena, muy cerca de la frontera con Venezuela, y había renegado de la vida superflua de las grandes ciudades. La sociedad de consumo le fastidiaba y la consideraba la plaga del hombre contemporáneo, el origen de su ruina moral. Sin embargo, Manuel no pudo solucionar una trampa que poco a poco lo hizo pedazos: descubrió que la soledad era el comienzo de una depresión cuya única cura era, precisamente, la presencia del otro.

A mediados de los años noventa, el escritor norteamericano Jon Krakauer publicó una novela inquietante, *Into the Wild* (Hacia rutas salvajes), que narra la historia real de un joven de clase media que decide liberarse de tanta atadura capitalista y se convierte en un aventurero nómada que consigue trabajos a salto de mata mientras cruza el país en busca de sí mismo. Al final, decide internarse en Alaska, territorio inhóspito con el que ha soñado durante años. Pero el poder de la naturaleza, que al principio le parece deslumbrante y sobrecogedor, poco a poco se transforma en un horror del que no sabe cómo escapar. En sus últimos instantes, enfermo, famélico, escribe una frase inolvidable: «No hay felicidad completa sin compañía».

La historia de Manuel transcurre de un modo paralelo a la de este doble norteamericano. Al comienzo la soledad le parece la cura a tanta contaminación publicitaria, a tanta tele-basura, a tanto afán monetario. Lee, medita, se dedica a la vida contemplativa. Pero con el paso de los años se da cuenta de que necesita del otro, reconoce dentro de sí un vacío que lo devora, que le hace daño, que lo hunde en estados de ánimo deplorables.

Descubre dentro de sí mismo que está diseñado para interrelacionarse con sus congéneres.

Una noche cruzamos unas breves palabras por celular. Estaba ya internado en la clínica y el tumor lo mataría días después. Ambos sabíamos que no volveríamos a hablar, que era nuestra última conversación.

—¿Crees que aún hay una esperanza para la humanidad? —le digo escuchando al fondo un ruido que se parece al de una televisión encendida en una habitación comunitaria.

—No hay nada qué hacer, ya pasamos el punto de no retorno. De aquí en adelante todo será barbarie y caos.

—¿No seremos capaces de reflexionar, de echarnos para atrás?

—Eso lo debimos haber hecho hace veinte años. Ya no.

—Qué torpeza —me lamento entre suspiros.

—Es el ego, Mario, esa arrogancia que tanto nos caracteriza.

—Cuando todo está perdido es cuando más hay que resistir —digo sacando ánimos de no sé dónde.

—El Medio Oriente es ya un polvorín. Estallará en cualquier momento. Luego será la debacle general. Escribe sobre eso.

Hay un silencio breve entre nosotros. Sigo escuchando a través de la línea ese susurro radial o televisivo a lo lejos.

—¿Te arrepientes de haberte quedado tan solo, encerrado en tus propias cavilaciones? —le pregunto con una cierta tristeza de la que no logro desprenderme.

—No alcancé a vender la propiedad para irme al Amazonas —me dice él con una voz que deja traslucir cierta desesperanza—. Quedé preso de un territorio que al final me mató.

—¿Crees que el error estuvo en el sedentarismo?

—Sin duda. Si eres nómada llegas y partes cuando quieres. Quedarse quieto es empezar a morir.

—¿Y si hubieras encontrado a una mujer o si hubieras conformado una comunidad?

—La compañía siempre es gratificante, por supuesto. Pero al final hubiera partido igual, los hubiera abandonado.

—¿Y entonces cómo hace la gente para aguantar toda una vida en la misma casa, con la misma familia, con los mismos trabajos?

—No están vivos, viejo, eso es todo. Es gente que existe, pero que no está viva. El sistema los diseña para que mantengan los engranajes. Vivir es

estar en movimiento incesante.

—¿Pero estar escapando no es en parte huir todo el tiempo de sí mismo?

—Al revés —dice él con esa voz gangosa que me da la sensación de estar dentro de una película cuyo sonido es irregular—, uno siempre debe estar en búsqueda. Si te quedas quieto, te pierdes. Solo en el movimiento te intuyes, aunque nunca llegues a ninguna parte porque en realidad no hay adónde llegar.

Sé que esas palabras me perseguirán para siempre, pues mil veces he soñado con vivir en un hotel, sin pagar recibos ni administración, sin lidiar con vecinos ni reuniones de copropietarios, comiendo en restaurantes o pidiendo mi desayuno a la habitación. Y viajando tranquilo, empacando una maleta en cualquier momento e incluso llamando a los amigos para quedarme en sus casas uno o dos días porque sí, porque estoy aburrido o porque sencillamente no deseo seguir durmiendo solo. Incluso me he imaginado hablando con el gerente del hotel cada cierto tiempo para que me cambie de habitación y de piso.

Era ya de noche y me estaba quedando sin minutos. Empecé a despedirme de Manuel. Le di las gracias por haber participado en mi libro y por ser tan generoso en sus declaraciones. Él bajó un poco el tono de la voz y remató diciéndome:

—Despertaré en otra dimensión, sin este cuerpo tan fastidioso. Ya estoy preparado para el siguiente nivel.

Nos dijimos unas últimas palabras y colgamos. Una profunda tristeza me invadió. La muerte es algo que no sabemos cómo enfrentar con dicha y plenitud. A los pocos días me enteré de su deceso.

* * *

A finales de 2015 sabía ya que iba a empezar un nuevo libro. No quería respetar el formato de *Paranormal Colombia* basado en entrevistas y reportajes, sino que anhelaba, necesitaba un poco más de libertad, de movimiento. Tampoco quería restringirme solo a ejemplos colombianos, sino que deseaba hablar de casos e historias que había recogido a lo largo de los años. Varios lectores me habían escrito contándome sus anécdotas paranormales: persecuciones, fantasmas, presencias malignas que habitaban en sus casas y que les habían destruido la vida. No quería hacer un recuento

de relatos góticos contemporáneos y por eso fui dejando todos esos testimonios en una gaveta olvidada.

Incluso una amiga muy cercana, veinticinco años mayor que yo, me dijo que ella sabía muy bien quiénes iban a ser las próximas en morir entre sus conocidas. Y me dio dos nombres: Conchita y Magdalena. En un lapso de dos meses ambas murieron dejándome perplejo. Le pregunté en una visita que le hice cómo podía intuir algo así y me contó que había visto sus espíritus rondando por el corredor, preparándose para irse, despidiéndose.

No sabía cómo enfrentar este libro, qué estructura armar, por dónde entrar a él. Decidí irme de incógnito a Medellín y no le avisé a ninguno de mis amigos en esa ciudad. Subí a la Biblioteca España, como de costumbre, visité el Parque Arví, deambulé por las calles pensando una y otra vez cómo empezar a trabajar en estas páginas, qué tono darles. No se trataba solamente de coleccionar protagonistas con historias fantásticas, sino, ante todo, de iniciar al lector en ese misterio que es la multiplicación de lo real, su desdoblamiento y plegamiento permanente.

Una mañana decidí ir a visitar la tumba de Pablo Escobar, que había sido dado de baja a finales de 1993. Por los relatos populares me había hecho una imagen de una tumba estafalaria, escandalosa, muy *kitsch*, en la que seguramente se escucharían tangos y rancheras veinticuatro horas al día. Mi sorpresa fue absoluta cuando me tropecé, en un rincón de la iglesia de Jardines de Montesacro, a pocos metros de un cerco de pinos, un mausoleo en mármol oscuro con un jardín zen que le daba al lugar un aire de paz y de meditación religiosa.

Me senté a pensar qué debía hacer, por dónde debía empezar este libro extraño y misterioso. A los pocos minutos llegó el encargado de limpiar la tumba, que va todos los días, y se puso con un trapo a sacarle brillo a las piedras y a retirar las hojas secas que habían caído durante la noche. Me dijo que llevaba veintidós años pendiente de que ese mausoleo estuviera limpio e impecable. Me conmovió esa lealtad tan fuera de época.

Entonces, al fondo, a unos cien metros de distancia, por entre los campos verdes y los árboles frondosos del lugar, se empezó a acercar un entierro que venía hacia una de las tumbas abiertas en el suelo. Era una pequeña procesión con el sacerdote en la parte delantera encabezando el grupo. Algunos familiares cargaban el ataúd y otros iban llorando detrás de ellos. Me quedé absorto contemplando la escena.

Entre los pliegues de una memoria confusa, tuve la impresión de que ya había visto esa imagen, que había estado en ese mismo sitio, a esa misma hora y contemplando ese mismo entierro. Es más, tuve la sospecha de que el que iba ahí metido, en el ataúd, era yo. No sabía si era una escena de un pasado remoto o de un futuro próximo, pero sí estaba seguro de que no era la primera vez que la contemplaba. Y recordé que, alguna vez, un periódico de Buenos Aires sacó la noticia de la muerte de Borges, lo cual no era cierto. Y le preguntaron al escritor argentino qué opinaba acerca de semejante infamia. Y él, con ese humor ilustrado que tanto lo caracterizaba, respondió:

—La noticia no es falsa, sino prematura.

Claro, la muerte no es nunca una falsedad. En los infinitos laberintos del tiempo todo es un gigantesco presente: estoy naciendo en este instante, estoy jugando fútbol frente a mi casa con diez años de edad, estoy escribiendo libros y me están llevando a la tumba. El tiempo no es lineal, sino que da vueltas en espiral conformando un laberinto difícil de descifrar.

En este mismo instante hay un nuevo profeta que se hace llamar Juan el Bautista, están bajando a Jesús de la cruz, los cruzados se están tomando Jerusalén, marineros europeos desembarcan en costas americanas creyendo que están en el Lejano Oriente, un hombre llamado Miguel de Cervantes Saavedra escribe durante largas noches de insomnio un libro sobre un lector que decide ser caballero andante, un escritor de apellido Nerval se está ahorcando frente al manicomio de París, millones de personas mueren debido a la gripe española, están lanzando las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, están rescatando a unos seres famélicos y moribundos de los campos de concentración alemanes, los jóvenes del mundo entero están diciendo no a la guerra de Vietnam, están matando al reverendo Martin Luther King, Neil Armstrong está pisando la superficie lunar y están tumbando el muro de Berlín. Todos los tiempos se precipitan hacia el ahora. La historia del mundo es un largo gerundio.

En ese instante, entonces, descubrí qué era lo que debía escribir en este libro.

CAPÍTULO I
LAS PUERTAS DEL CIELO

1. Proyecto Resurrección

Todos sabemos que no vemos con los ojos, sino con el cerebro. Esa es la razón por la cual nuestros sueños están plagados de imágenes aunque nuestros ojos se encuentren cerrados. Aún así, sorprenden la cantidad de relatos de pacientes que han ingresado en una sala de urgencias y que, ya entrados en coma o declarados clínicamente muertos, pueden ver lo que está sucediendo y después lo relatan con todo lujo de detalles.

Solo en Estados Unidos hay quince millones de personas que afirman haber tenido una experiencia de desdoblamiento, es decir, de haber salido de sus cuerpos y de haberse visto desde afuera, como si fueran otros. Las historias abundan y los protagonistas pertenecen a distintas religiones, razas, sexos y edades.

Por ejemplo, el pequeño Colton Burpo, de apenas tres años de edad, sufrió una apendicitis y fue llevado a una clínica donde lo operaron de inmediato. Cuatro meses después, le dijo a su padre cualquier día que había estado con Jesús durante la cirugía y que había tenido la oportunidad de conocer también a su hermanita no nacida. Sobra decir que el pequeño Colton no tenía ni idea de que su madre había sufrido un aborto espontáneo pocos años atrás. Dio detalles de la cirugía y se refirió a su vez a un bisabuelo que había muerto treinta años antes de que él naciera.

Así nos tropezamos historias de amas de casa, bomberos, médicos y trabajadores alrededor del mundo que aseguran haber estado por fuera de sus cuerpos de manera consciente y lúcida. Según esos testimonios, la antigua idea de alma o espíritu no es tan descabellada, y una zona energética de nosotros mismos pareciera no regirse por las implacables leyes de la materia.

Esa es la razón por la cual el doctor Sam Parnia, de la Universidad Estatal de Nueva York, empezó a investigar los casos mejor documentados

de pacientes que se declararon en su momento como clínicamente muertos y que después resucitaron. Como producto de esa investigación decidió poner varias cámaras fotográficas en los techos de dieciocho salas de emergencias de hospitales del Reino Unido y Estados Unidos. Apenas un paciente es declarado en coma o sin signos vitales, las cámaras empiezan a disparar para captar múltiples imágenes de la escena. Si ese paciente revive y dice haber estado allí observando el momento, se coteja su relato con las instantáneas capturadas por las cámaras.

Fascinante. El doctor Parnia ha recogido más de mil casos y ha escrito varios libros al respecto. Debido a ello decidió abrir el Proyecto Resurrección y estudiar lo que él llama *El efecto Lázaro*.

¿Cómo no recordar a Charles Dickens y el famoso Club de los Fantasma? En medio de la era victoriana, caminando por las grises calles de Londres, el escritor solía hacer parte de esa extraña agrupación que perseguía las manifestaciones del mundo sobrenatural. Increíble, el padre del realismo entregado por completo a la investigación de los espíritus, de los ectoplasmas y de las psicografías del más allá que anticipaban de algún modo la escritura automática del movimiento surrealista francés. Años más tarde haría parte de ese mismo club el famoso escritor policíaco Arthur Conan Doyle, el padre de Sherlock Holmes.

Incluso hacia 1872, cuando ya Dickens estaba muerto, se corrió el rumor de que se había puesto en contacto con un famoso médium de la época llamado Thomas P. James para dictarle el final de un libro suyo que había quedado inconcluso: *El misterio de Edwin Drood*.

2. PROYECTO PERSEPHONE

Un grupo de científicos ha empezado a detectar que estamos cruzando ya el umbral de no retorno con respecto a una hecatombe de gran envergadura. La explosión demográfica, que finalmente se convirtió en la bomba más peligrosa de todas, continúa estallando día a día. La tasa de natalidad es casi el doble de la tasa de mortalidad. A este ritmo no habrá comida, ni agua, ni trabajo, ni vivienda para los más de siete mil millones de personas que pueblan el planeta. Y el número crece minuto a minuto.

Las consecuencias de esa explosión se miden en la contaminación ambiental, en el exterminio de la biodiversidad, en el cambio climático. Además, los virus y las bacterias parecen sentirse cada vez más cómodos con esos cambios, y están empezando a pasar con comodidad de una especie a otra. La Organización Mundial de la Salud vive permanentemente alerta con las gripes, con el Ébola, con el Zika, pues sospecha que en cualquier momento una epidemia grave se puede convertir en una pandemia global que arrasará con buena parte de la población.

La sola migración desde el Medio Oriente desde el año 2014, debido a los conflictos en la zona, al verano inclemente que dejó buena parte de los cultivos achicharrados y a la escasez de agua potable, tiene a Europa contra las cuerdas. No saben dónde detener la migración, si en Turquía, si en Grecia, si en los Balcanes. Los mismos ideales de la Unión Europea tambalean día a día.

Como si esto fuera poco, la guerra en Siria ha generado ya una micro guerra mundial en la cual están involucrados países de varios continentes. Y las escaramuzas entre ellos sugieren que tarde o temprano estallará un conflicto aún mayor entre los distintos bandos que no terminan por ponerse de acuerdo.

Y no se necesita ser muy perspicaz para darse cuenta de que el colapso económico de 2008, las burbujas inmobiliarias en los distintos países, la inmoralidad de la banca y de los corredores de bolsa, más la caída estrepitosa de los precios del petróleo que condujo ya a la ruina a países como Venezuela, pareciera ser solo el comienzo de una crisis mayor que se acerca rápidamente y que conducirá a un colapso global del que no saldrá nadie ileso.

Todo esto lo están estudiando varios científicos británicos que han decidido, como respuesta a esta agonía de un planeta enfermo de muerte, iniciar un proyecto para que unos cuantos seres humanos puedan escapar antes del estallido final y salvarse. Se trata de una nueva Arca de Noé, como si el tiempo se diera la vuelta y la historia se repitiera una vez más. Un ciclo se cumple y otro debe iniciarse, solo que esta vez no será en nuestras montañas ni en nuestros valles terrícolas, sino en el espacio exterior.

Se llama Proyecto Persephone y la encargada de terminar esa nave autosustentable que debe llevar a varios seres humanos lejos del caos de nuestro planeta es la doctora Rachel Armstrong, profesora de la Universidad de Greenwich. Es un diseño de bioingeniería que debe producir granjas, agua, reutilización de los materiales biodegradables y energía suficiente para poder continuar viajando en el espacio.

La arquitectura de la nave está a cargo del doctor Richard Hyams, quien en una conferencia explicó:

—Los edificios y las estructuras actuarán como un motor. Podemos crear fachadas que generen su propio combustible, como las algas que producen biocombustibles. Podemos utilizar los residuos para producir metano, podemos reutilizar el agua.

El sociólogo Steve Fuller, quien está a cargo de cómo lograrán esos elegidos integrarse en una comunidad fraterna que no se desintegre fácilmente, explicó:

—Si la Tierra termina siendo una zona prohibida para los seres humanos debido al cambio climático, la guerra nuclear o biológica, tenemos que preservar la civilización humana. Necesitamos la naturaleza para sobrevivir, así que ¿cómo podemos usarla para nuestro beneficio?

La pregunta es evidente: ¿quiénes irán en Persephone? ¿Cómo seleccionarán a esa tripulación? ¿No será el dinero el patrón principal para lograr un cupo en esta nueva Arca de Noé?

3. PROYECTO MKNAOMI

En noviembre de 1953, el científico Frank Olson, que trabajaba en una sección especial del ejército de los Estados Unidos, se lanzó desde un piso alto del Hotel Pennsylvania en Nueva York y quedó hecho pedazos contra el pavimento de la calle. En principio se creyó que se trataba de un suicidio, pero una autopsia hecha a solicitud de su familia muchos años después demostró que Olson había sido golpeado gravemente antes de que su cuerpo fuera arrojado al vacío, lo cual suponía la hipótesis de un asesinato.

A lo largo de todo un proceso sobre este caso salió a la luz pública que Olson era solo la punta de un iceberg tenebroso y macabro. En realidad, él y sus otros colegas estaban trabajando en experimentos químicos y biológicos a nivel bélico, es decir, de qué manera el ejército de ese país podía lograr una supremacía sobre sus enemigos gracias a microorganismos, bacterias, virus y elementos químicos de todo tipo.

Este proyecto desembocó en otros, experimentaron con mezcalina, con escopolamina en los interrogatorios de prisioneros, con sustancias psicoactivas y hasta llegaron a probar con hipnosis como método efectivo de control mental. El objetivo era crear estrategias contundentes para neutralizar a todo un ejército o, inclusive, a todo un país en cuestión de minutos gracias al uso de armas biológicas o químicas. Cómo anular por completo a poblaciones enteras solo envenenando a sus ciudadanos.

El problema fue que el propio Olson sirvió como conejillo de Indias y le suministraron dosis de LSD que lo condujeron a una fuerte paranoia y a una crisis nerviosa severa. La Comisión Rockefeller demostró que él había sido víctima de estos macabros experimentos y en consecuencia el gobierno de los Estados Unidos indemnizó a la familia con una fuerte suma de dinero.

La pregunta que se hacían estos científicos era: ¿cómo había logrado Hitler hipnotizar a todo un país y obligarlo a proyectos tan descabellados

como los campos de exterminio y los genocidios a gran escala? ¿Cómo se apropia uno de los cerebros de los otros? ¿Cómo hacen las sectas y las iglesias para que sus feligreses les entreguen sus donaciones mensuales e incluso la totalidad de sus propiedades? ¿Es posible el control del pensamiento?

Después de probar en instituciones mentales con pacientes psiquiátricos, con indigentes que estaban en hogares de paso y con inmigrantes que no conseguían trabajo en ninguna parte, los resultados fueron concluyentes: hay varios métodos para tomarse la psique de una persona y anularla por completo. El tiempo oscila entre tres semanas y un mes. La clave es penetrar en el inconsciente del sujeto e implantar allí una creencia o una idea fija que genere una resonancia en el resto de la conducta. Así funcionan muchas doctrinas religiosas o políticas que conducen a los suyos incluso a entregar sus vidas si fuera necesario. No hay necesidad de inyectarles nada ni de suministrarles agentes químicos.

El lado más oscuro de estos experimentos concluyó que los afectados se encargarán, a su vez, de transmitirle a la segunda generación esas creencias o esas ideas que tienen muy arraigadas en su inconsciente. Esto es, que la educación se puede transformar en un vehículo muy eficaz para mantener el control sobre lo que una población piensa.

Y no es difícil preguntarse: ¿no es exactamente eso lo que han hecho desde entonces, utilizar la religión, la política, la prensa, la educación, el arte y la propaganda para inocular en los espectadores y oyentes cierto tipo de información que les permita continuar en el poder? ¿Por qué nunca somos capaces de rebelarnos de verdad, de escaparnos de todas las tonterías que el sistema nos ha inyectado en nuestros cerebros sensibles y crédulos?

4. EL PROYECTO JEDI

Jim Channon es un militar que salió de la guerra de Vietnam, como todos sus compañeros, con la moral por el suelo. Que el mejor ejército del mundo fuera derrotado por unos hombrecitos de un metro con sesenta, hambrientos, desarraigados y sin mucho entrenamiento militar fue devastador. No era posible. Sin embargo, esos amarillos pequeños los fueron minando a punta de drogas, alcohol, paranoia, depresión, fatiga extrema, hasta que los obligaron a rendirse y a salir de su país humillados y vencidos.

Channon entonces pasó un informe al Pentágono explicando que los militares suelen ser sujetos parcos, obedientes, poco creativos y acostumbrados a cumplir con las órdenes dadas por sus superiores. Un ejército de seres con esas características era fácil de derrotar aunque tuviera una alta tecnología. La clave era espabilar a esos soldaditos, despertarlos y convertirlos en súper guerreros bien adiestrados y capaces de grandes proezas.

Y, aunque parezca mentira, el Pentágono le otorgó un presupuesto a Channon para que fuera a estudiar todo tipo de técnicas no convencionales de combate. Y eso hizo el militar. A su regreso escribió el *Manual de operaciones Jedi*, en el que les escribe a sus superiores: «Al ejército norteamericano no le queda otra alternativa que ser maravilloso».

Entonces montó el Proyecto Jedi, que hacía alusión, por supuesto, al reciente estreno de la primera película de *La guerra de las galaxias*. El objetivo era crear el Primer Batallón de la Tierra, esto es, un pelotón de soldados Jedi expertos en telepatía, visión remota, telequinesis, teletransportación, desdoblamiento astral, medicina indígena, artes marciales y todo tipo de poderes psíquicos que les permitieran aniquilar al enemigo con solo mirarlo fijamente.

Este batallón, en efecto, se instaló en Fort Bragg, Carolina del Norte, y era una sección del ejército en el que unos *hippies* uniformados se entrenaban en meditación, clarividencia y se la pasaban consumiendo LSD para ampliar sus poderes mentales.

Practicaban con cabras para crearles tumores con solo mirarlas a los ojos o sencillamente paralizarles el corazón y que cayeran fulminadas, estudiaban botánica e ingerían plantas indígenas para sanarse, intentaban atravesar paredes, dirigir las nubes con el pensamiento y adivinar lo que estaba sucediendo a cientos de kilómetros de distancia. Eran los soldados del futuro expertos en energía y en fuerzas secretas.

Obviamente, muchos de ellos se enloquecieron, terminaron como *outsiders*, yonquis o alcohólicos al ser expulsados de las filas militares. Pero lo más aterrador de esta historia es que después del 11 de septiembre y la nueva campaña antiterrorista, las técnicas del coronel Channon han sido utilizadas como torturas en las cárceles de Irak y Guantánamo. El periodista galés Jon Ronson, autor del maravilloso libro *Los hombres que miraban fijamente a las cabras*, investigó sobre los temas de Barney, el morado dinosaurio del famoso programa infantil cuyas canciones y sonsonetes son reproducidos en las cárceles norteamericanas del Medio Oriente como tortura psicológica hasta enloquecer por completo a los prisioneros. También se utilizan las canciones de Plaza Sésamo del compositor Christopher Cerf, quien no sabe en qué momento unas melodías infantiles creadas para el bienestar de los niños se convirtieron en una pesadilla de tortura y violación de los derechos humanos fundamentales. Pero ya el Coronel Jedi Jim Channon lo había escrito en su manual: cuando sea necesario doblegar al enemigo o interrogarlo para extraerle información clave, solo basta con someterlo a largas sesiones de música de paz y mensajes subliminales. No hay que tocarlo ni herirlo físicamente. Solo aniquilar su mente o hacerla pedazos.

Y después se preguntan por qué el terrorismo va en aumento.

5. PROYECTO PEGASUS

Andrew Basiago, un abogado de Washington, afirma haber sido reclutado cuando era un niño para hacer parte de un programa secreto del gobierno norteamericano llamado Proyecto Pegasus, que consistía, básicamente, en lograr crear un bucle espacio-temporal para desplazarse por él. En medio de la Guerra Fría fueron reclutados ciento cuarenta niños y sesenta adultos. Según Basiago, la física cuántica había permitido escindir la línea cronológica y desplazarse por esas bifurcaciones.

—Un túnel se abre en el espacio-tiempo como una pompa de jabón siendo soplada por un niño. Y cuando esa burbuja se cierra, nos reposiciona en otro lugar en el tiempo-espacio en la faz de la Tierra.

En uno de esos viajes se tropieza con un joven llamado Barack Obama y, por el comportamiento de este muchacho, Basiago se da cuenta de que él también ha sido reclutado, que sabe perfectamente que lo están preparando para ser algún día presidente de los Estados Unidos.

Lo extraño de un viaje temporal es que se puede presentar lo que los físicos llaman «la paradoja del abuelo». Esto significa que si yo viajo hacia un pasado no muy remoto, digamos la época de mi abuelo, y lo conozco, podría interferir en la línea que conduce directamente hacia mí. Por ejemplo, mi abuelo paterno llegó a Colombia desde el Líbano y se instaló en la zona de Santander, donde puso una tienda de telas en el Cocuy. Se llamaba Simón Tebcheranny.

Supongamos que yo, alguna tarde, logro aparecerme por la tienda y saludar a mi abuelo, al que en realidad nunca conocí porque murió antes de que yo naciera. Le doy la mano, lo invito a almorzar y le propongo un negocio. Desvío la línea inicial y él nunca se tropezará con mi abuela, una santandereana con la que tuvo varios hijos, entre ellos, mi padre. No la conoce, y en consecuencia nunca se casará con ella y nunca tendrá esos

hijos. Significa que yo, inmediatamente, desaparezco, no existo, me esfumo en el aire (esta es la mejor parte del ejemplo). Es decir, viajar al pasado puede significar la destrucción inmediata de este presente que me permitió realizar el viaje.

Ahora supongamos que viajo en el tiempo unos cuarenta años y que conozco en Chapinero a un niño llamado Mario Mendoza, que está aprendiendo a escribir en una máquina manual. Le gusta teclear y redactar sus propias ideas de manera torpe, sin saber nada de mecanografía. Le quito la máquina y le digo que eso no es para él, que no sirve para nada y le rompo el aparato. Él se dedicará entonces al deporte o a la medicina, y jamás será un escritor. De inmediato se anula la posibilidad de que yo pueda estar escribiendo esta página, y se anula también la posibilidad de que usted, el lector o la lectora, la esté leyendo. Una mínima variación en el pasado anularía el presente desde el cual ejecuto el viaje.

Sin embargo, algunos físicos opinan que es posible bifurcar el pasado sin anular el presente. Así desaparece la paradoja. Esto es, en una línea temporal mi abuelo conoce a mi abuela y tiene una descendencia que llega hasta mí. Pero en un universo paralelo que yo creé gracias al viaje, mi abuelo nunca conoció a esa mujer y llevó una vida muy distinta en la cual yo no existo. Ambas líneas coexisten y siguen cada una su camino. El señor Tebcheranny vivirá ambas vidas sin sospechar de la escisión. Es imposible no pensar aquí en el famoso relato de Borges, *El jardín de los senderos que se bifurcan*.

Lo mismo sucede si viajo al futuro: puedo regresar y modificar el presente para que ese futuro que contemplé no ocurra. Bueno, eso es lo que justamente dice Basiago que ha sucedido: que se ha modificado una y otra vez el presente pensando en crear un futuro que no pase por la devastación y la autodestrucción. Aún así, una línea catastrofista parece inevitable y nos conduce siempre a la debacle. Por eso asegura él que hay una élite muy bien informada que se viene preparando para lo peor (guerras, hambrunas, caos general), y una población desinformada que vive el día a día sin sospechar siquiera lo que se avecina.

Y bueno, no suena tan delirante.

6. ORDEN DEL TEMPLO SOLAR

Luc Jouret y Joseph Di Mambro fueron los líderes de esta secta que mezcló creencias antiguas de los caballeros templarios con los rosacruces, le añadieron algo de misticismo oriental y de Apocalipsis cristiano, y al final le sumaron un poco de astronomía y de vida extraterrestre. La secta se estableció principalmente en Suiza y Canadá, aunque tuvo adeptos en distintos países. En sus inicios, parece que siguieron algunas indicaciones de los textos del célebre hechicero Aleister Crowley, la Gran Bestia 666, uno de los grandes magos esotéricos del siglo XX que participó activamente en la Segunda Guerra Mundial.

Un tiempo después le fueron añadiendo creencias que venían de todas partes, hasta llegar a la convicción de que estábamos cerca de un fin del mundo y que era necesario prepararse para un evento de semejante envergadura. No más placeres fatuos ni una vida entregada al dinero y la codicia. Había llegado la hora de la supremacía espiritual.

En algún momento la secta incorpora ideas de seres de otro mundo que nos están observando y que desean salvar a algunos terrícolas que no merecen estar atrapados en las catástrofes que se avecinan. Seres que no solo desean rescatarnos, sino transportarnos a otro lugar, a otro planeta que queda cerca de la estrella de Sirius. Morir sería, en este caso, abandonar este cuerpo físico humano para reencarnar en ese otro mundo con otro cuerpo y otra vida muy distinta.

El problema es que si el fin del mundo se estaba acercando, significaba que el Anticristo ya había nacido o estaba pronto a nacer. Los líderes aseguran entonces que se trata del hijo de tres meses de uno de los miembros de la secta y deciden asesinar al pequeño en un ritual secreto. Lo apuñalan y le clavan una estaca de madera en el corazón. Enseguida, a mediados de los años noventa, empiezan a aparecer varios suicidios

colectivos de esta secta tanto en Canadá como en Europa. Se envenenan, se queman, se disparan en la cabeza. En el caso de los adeptos suizos, los cadáveres fueron encontrados en una capilla subterránea ubicada estratégicamente para rituales solares, y todos llevaban bolsas de basura alrededor de sus cuerpos. El mensaje cifrado de estas envolturas se refería a la catástrofe ambiental y ecológica que sobrevendría sobre el planeta después de que estos iniciados partieran para renacer en la constelación de Sirius.

Un dato que queda flotando en el aire, un cabo suelto, es que el famoso director de orquesta y compositor, Michel Tabachnik, quien al comienzo de su carrera fuera discípulo de Herbert von Karajan y Pierre Boulez, fue uno de los ideólogos de esta extraña secta. En su página web habla de las revelaciones del libro de Ezequiel que conducen a uno de los protagonistas de sus novelas (también se hizo escritor) a convertirse en un hombre salvaje, lejos de la civilización y de su insoportable opresión.

Aunque las policías francesa y suiza lo han investigado e incluso detenido, y aunque es vigilado y sus correos son intervenidos permanentemente, él continúa en libertad. En la red hay varios videos donde se le puede ver dirigiendo grandes conciertos, y es desconcertante la fuerza que emana de sus gestos. Aparte de eso, es un intelectual de la música, un gran teórico.

Y si los líderes de la Orden del Templo Solar estaban en contacto con seres extraterrestres y manejaban información secreta y altamente confidencial sobre el fin de nuestro planeta, ¿qué es lo que sabe Tabachnik y lo que nos está ocultando tan socarronamente?

7. EXTRAÑO RITUAL

El 17 de junio de 2016 varios medios internacionales informaron de un curioso ritual que se celebró en la inauguración del túnel transalpino de San Gotardo, en Suiza, el más largo del mundo. Una obra maestra de la ingeniería contemporánea. Lo extraño es que frente a varios de los presidentes europeos se llevó a cabo una especie de aquelarre con figuras demoníacas en una pantalla gigante, un macho cabrío danzando y unos adeptos que parecían estar desdoblándose para ingresar en un estado alterado de conciencia.

Muy cerca de allí está el Gran Colisionador de Hadrones, el famoso laboratorio de física experimental que comunicó al mundo la existencia de «la partícula de Dios».

Dos meses después de ese *sabbat* satánico, de nuevo apareció en los medios de todo el mundo otra escena salida de lo normal: dentro de las instalaciones del colisionador, frente a una estatua de la deidad hindú Shiva (dios de la creación y la destrucción), varios individuos encapuchados y con antorchas llevan a cabo un sacrificio humano. La CERN (la Organización Europea para la Investigación Nuclear) sacó enseguida un comunicado diciendo que algunos de los visitantes a esta institución «habían llevado su sentido del humor demasiado lejos», haciendo alusión a que quizás se trataba de algunos estudiantes divirtiéndose y generando una broma para las redes sociales.

El problema es que el ritual se celebró donde hay unas medidas de seguridad extremas debido a que en ese lugar se puede tener acceso a energía nuclear. No es posible entrar sin ser descubierto y menos de noche. Y lo otro es que en el laboratorio de física más importante del mundo no hay estudiantes, sino doctores y posdoctores con investigaciones de primer orden en curso. La disculpa de la CERN no convenció a nadie.

Lo inquietante de todo esto es que es imposible no recordar a Robert Oppenheimer, el director de las investigaciones sobre la bomba atómica, cuando lanzan la primera de ellas en el desierto de Nuevo México, y él, devastado por la escena, piensa en las deidades hindúes y se siente el destructor del mundo.

Pareciera que estamos buscando cómo abrir portales hacia otras dimensiones, y que esas dimensiones no siempre tienen que ser positivas. También podemos cruzar umbrales hacia zonas nefastas y oscuras. Esos encapuchados con túnicas negras frente a al dios Shiva, en efecto, parecen confirmar que estamos abriendo ventanas infernales, pasadizos siniestros que confirmarían el advenimiento de una época dolorosa y cruel. No importa qué es lo que estaban intentando, lo interesante es que en sus cerebros aparentemente tan racionalistas y matemáticos, en su inconsciente más atávico y ancestral, están los mitos fundacionales de la humanidad.

Y la pregunta que surge es: ¿por qué, cada vez con mayor frecuencia, tenemos la sospecha de que la ciencia contemporánea se va encontrando con los mitos antiguos de una manera inevitable? ¿Por qué la teoría de cuerdas parece enunciada por un brujo primitivo? ¿Por qué la teoría de los universos paralelos da la impresión de haber sido concebida por un chamán en uno de sus viajes astrales?

8. EL VALLE DEL AMANECER

En los últimos días del año 2015 me contacté en Río de Janeiro con una fundación que promocionaba visitas pedagógicas a las favelas de la ciudad. Me pareció clave ingresar, sobre todo, a Rocinha, una de las más grandes y caóticas de todas las favelas latinoamericanas, con doscientos cincuenta mil habitantes esparcidos a lo largo de toda la montaña. En sus calles se rodaron escenas de películas famosas como *Ciudad de Dios*, *Colombiana*, *Hulk* y *Tropa de élite*. Me sorprendieron sus intrincados laberintos, su potente vida comercial, su vitalidad desmesurada. La gente de la fundación que me conducía me explicaba que abajo, en la vía principal de acceso, siempre había vigías que alertaban cuando ingresaba alguien sospechoso o cuando se acercaban los carros policiales preparando algún operativo de control. Sobra decir que debido a ese complicado dibujo de callejuelas, escalinatas, agujeros, pasadizos y puertas falsas es que la favela es el lugar ideal para esconderse cuando uno es un delincuente o un narco con cuentas pendientes. Es imposible que lo encuentren.

Sin embargo, algo de esa entropía revitalizante la había experimentado ya en algunas barriadas bogotanas o en las comunas de Medellín. Era una lógica que más o menos conocía bien y que incluso había narrado en algunos de mis libros.

La sorpresa llegó cuando me condujeron a otra favela llamada Vila Canoas. Desde afuera, todo era igual. Pero en un momento dado, en una tienda-bar ubicada en una esquina, empezamos a descender por un callejoncito estrecho por el que solo cabía una persona. Íbamos en fila india. El corredor se iba haciendo cada vez más estrecho y se iba subdividiendo en otros pasadizos que conducían a entradas, puertas y rejas con candados. Descendimos varios metros hasta que la luz del sol desapareció. Dependíamos de los escasos rayos que se filtraban levemente

desde ciertas aberturas laterales, de la luz de las viviendas y de los televisores encendidos. Al fin salimos a una plazoleta diminuta que conducía a su vez a otros corredores y otros agujeros que se perdían en la oscuridad.

Me quedé petrificado. ¿Qué diablos era eso? ¿Cómo se llamaba ese tipo de construcción subterránea en la que habitaban decenas de familias? ¿Cómo se nombra una realidad desconocida?

La guía me explicó que allí no podían entrar los bomberos en caso de una emergencia, ni los paramédicos con sus camillas, ni mucho menos el carro de las basuras. Cada quien dependía por completo de sus vecinos, de su solidaridad, de su habilidad para sacarlo de allí alzado por entre los laberintos en caso de un infarto o un accidente grave.

Hice una ecuación simple: los niños que allí crecen no tienen calles, ni avenidas, ni parques, ni árboles, ni canchas, ni semáforos, ni señalización alguna, ni andenes, ni postes, ni jardines, ni fachadas. Es imposible ni siquiera ubicar una bicicleta en esos agujeros oscuros y húmedos. Quien allí crece y vive veinte o treinta años de su vida no pertenece a la misma especie que los otros, los de los barrios, los antejardines y los columpios. Es como confundir perros con lobos. Quien nació en la guarida insectívora y aprendió desde niño sus lógicas tribales no se parece en nada al que montó en bicicleta, corrió alrededor de parques sembrados de árboles y jugó fútbol en la calle. Está hecho de otra madera, está constituido internamente de otro modo.

A los pocos días visité el famoso Museo del Mañana en la costa de la ciudad. Acababa de abrir sus puertas al público. Después de varias horas de espera, mi indignación fue tremenda. Aunque en sus gigantescas pantallas tenían todas las cifras del desastre inminente, el museo pretendía celebrar la agudeza humana, su ingenio, su talento creativo. Pura basura. Venta de esperanza enlatada para incautos. Otra vez los apologistas del progreso. El verdadero mañana está en las favelas, en sus lógicas terribles y crueles. El verdadero futuro no tiene nada que ver con el esplendor de la ciencia y la tecnología, sino con la cucaracha humana sobreviviendo como puede mientras cava agujeros en las montañas.

En esas mismas vacaciones pasé después por Brasilia y me hospedé en el Brasilia Palace, el famoso hotel diseñado por Oscar Niemeyer. Un sitio extraordinario, perfecto para grabar una película de ciencia ficción o de literatura de anticipación.

La ciudad ideal, que había sido planeada como el gran triunfo del racionalismo, terminó siendo un enorme fracaso. No porque su belleza y sus trazos no sean impecables, sino porque la gente no se vincula, ni establece lazos ni conexiones porque la razón se lo dicte, sino porque nos relacionamos con los otros a partir de dinámicas afectivas, sentimentales, muchas veces irracionales. Y Brasilia quedó como una ciudad preciosa pero vacía, hueca, sin alma, sin vida. Largas autopistas y parques y museos y panteones que solo visitan los turistas. Falta ese toque genial, amoroso, que tienen Río o Salvador de Bahía: los cafés, las calles, las panaderías, los puestos de empanadas, los restaurantes, las cervecerías donde nos encontramos con los otros para departir, para hablar de fútbol o de política, para despotricar. Una ciudad no se planea racionalmente, se arma desde la pasión y la necesidad. Por eso Brasilia, con sus diseños modernistas y sus centros comerciales norteamericanos, es tan triste.

El día de mi cumpleaños, después de vagabundear por avenidas desoladas, logré encontrar finalmente un restaurante para almorzar entre familias de brasileños. Era un sitio agradable y espacioso. Y mientras me tomaba una cerveza, divisé al fondo, en una de las mesas, a un grupo cuyos comensales parecían disfrazados de magos y princesas, una gente con togas y cuellos altos al estilo Drácula, con faldas largas y chalecos llenos de diseños misteriosos. Parecían sacados de una fiesta de Halloween, pero resulta que estábamos en enero. ¿Quiénes eran esos fulanos tan pintorescos y estrafalarios?

Recordé, entonces, que a pocos kilómetros de Brasilia estaba la sede principal del Valle del Amanecer, una secta creada por Neiva Chaves Zelaya, una sacerdotisa y curandera que hacia los años sesenta aseguraba recordar varias de sus vidas pasadas. Luego tuvo algunas visiones y se sintió visitada por entidades que venían de otra dimensión. Después de consultar a sacerdotes y psiquiatras, se dio cuenta de que ninguno de ellos tenía en realidad respuesta para lo que le estaba ocurriendo. Así que decidió crear su propio culto y empezar a extender la doctrina.

Con el paso de los años, Tía Neiva, como le decían cariñosamente en la zona, fundó el Valle del Amanecer por orden de un maestro tibetano que se comunicaba con ella telepáticamente. Hoy en día ese lugar cuenta con más de ciento diez hectáreas de terreno, y los adeptos llevan a cabo esos cultos y rituales que parecen extraídos de una película futurista.

Aparte de la fe en Jesús y de una convicción profunda en que tenemos varias vidas como parte de nuestro aprendizaje espiritual, lo más atractivo de estos creyentes es que están seguros de que distintas dimensiones nos circundan, universos paralelos que no siempre podemos percibir por los sentidos. Hay algo más, hay realidades intangibles, inmateriales, que poco a poco, mediante ciertos ejercicios espirituales, es posible empezar a detectar.

Lo curioso es que cualquier estudiante de física contemporánea refrendaría estas afirmaciones de los seguidores de Tía Neiva: el universo es mucho más de lo que vemos, escuchamos o tocamos.

Así que siempre recordaré ese cumpleaños porque lo pasé muy cerca de los acólitos de un nuevo amanecer, que comían a escasos metros de mi mesa con sus atuendos intergalácticos que parecían hacer parte de la utilería fantástica de una película de *Viaje a las estrellas*. Y algo allá, muy en el fondo de mí, me decía que una aventura genial sería escaparse de la rutina, de la costumbre, de la propia identidad, e irse al Valle un tiempo indefinido a aprender a salir de la inmediatez junto a esos personajes disfrazados de Maléfica y el Doctor Mortis.

9. SHOKO ASAHARA

La formación del japonés Shoko Asahara incluía textos de la tradición cristiana, budismo en todas sus vertientes y yoga indio que ayudaba a potenciar los chakras a su máximo nivel. Pero no contento con esta mezcla, se empezó a obsesionar con las profecías de Nostradamus y sentía que a mediados de los años noventa todo indicaba que el mundo estaba ya agonizando. El exceso de tecnología, la contaminación, la superpoblación de las grandes ciudades, los cambios climáticos, todo le indicaba a Asahara que el hombre estaba a punto de una destrucción inminente.

Como si estas lecturas no fueran suficientes, estudió los diseños de unas armas eléctricas de Nikola Tesla y leyó con sumo detenimiento obras de Isaac Asimov en las cuales se especula sobre la posibilidad de conducir a un grupo de científicos y hombres de pensamiento elevado a una comunidad subterránea, en las entrañas del planeta, y prepararlos para que, cuando la humanidad se destruya a sí misma, ellos puedan regresar a la superficie y empezar la construcción de una nueva civilización que no cometa los mismos errores.

Asahara se veía a sí mismo como uno de esos hombres que debía sobrevivir a la gran hecatombe para empezar la fundación de una nueva sociedad y una nueva cultura. Si las profecías de Nostradamus coincidían con su presente, y la imaginación de un genio como Asimov nos daba pistas de cómo prepararnos para no perecer en medio del delirio general, el encargado de llevar estas ideas a buen término era, por supuesto, él mismo.

Asahara pasa un tiempo en la India y asegura haber alcanzado, como el Buda Shakyamuni, la iluminación. Regresa a Japón y funda la secta Verdad Suprema. Empieza a predicar sus ideas de perfección espiritual unidas a un final apocalíptico que se avecina. Los adeptos van llegando de todas partes y todos los estratos sociales. Entre ellos, hay varios profesionales bien

ubicados en puestos estratégicos de poder que muy pronto se retiran para seguir las enseñanzas de su nuevo gurú. La secta se multiplica con rapidez. No se sabe en qué momento deciden acelerar el proceso de agonía de esta sociedad banal entregada al capitalismo y el consumismo, y entonces planean un ataque en el metro de Tokio.

En efecto, el 20 de marzo de 1995 cinco miembros de la secta dejaron varias bolsas con gas sarín en estado líquido dentro de una de las líneas del metro y, antes de escapar, las rompieron con la punta de un paraguas. Trece personas murieron y más de cinco mil terminaron contaminadas, heridas y con varias secuelas de por vida. Las imágenes de la policía japonesa entrando a los vagones con máscaras antiguas son, realmente, futuristas, como salidas de una novela de ciencia ficción.

Varios de los miembros fueron capturados, incluido Asahara, y condenados por un tribunal japonés. En una de las instalaciones, en una bodega en las afueras de Tokyo, las autoridades encontraron un helicóptero que muy posiblemente iba a ser utilizado para esparcir desde el aire gas sarín y exterminar a buena parte de la población.

El escritor Haruki Murakami, candidato al Premio Nobel de Literatura desde hace varios años, escribió un libro inolvidable de entrevistas tanto con las víctimas como con los adeptos: *Underground*.

Después de escuchar a varios de los integrantes es fácil hacerse una idea de cómo fueron llegando a conformar la secta. La soledad, el tedio de trabajos sosos e intrascendentes, el hecho de no poder integrarse en una sociedad consumista y banal, y cierta desacralización poscapitalista llevaron a muchos de ellos a buscar refugio en un gurú que les brindaba no solo apoyo espiritual, sino consejos concretos de ejercicios y dietas que los transformaban muy positivamente. Como dice el propio Murakami, durante los juicios casi todos se distanciaron de Asahara y se dieron cuenta de que habían sido manipulados, pero cuando les preguntaban si estaban arrepentidos de haber pertenecido a la secta dudaban y recordaban con cierta nostalgia la seguridad tanto física como emocional que les había otorgado el grupo.

El deseo de ser mejor que los demás, de elevarse sobre la miserable condición humana de los otros a los que despreciaban era una trampa segura para empezar a creerse superiores y más elevados. Por eso esparcir el gas no fue tan difícil. Si uno aborrece a la humanidad, si la detesta desde lo más profundo de su ser, si ve en la gran mayoría a seres anodinos,

tramposos, hipócritas, asesinos y crueles, lo más seguro es que tarde o temprano pueda eliminarlos sin mayores cargos de conciencia.

Finalmente, después de leer esos testimonios y las opiniones del propio autor, una sensación flota en el aire: que la educación que tanto enaltece la obediencia es muy peligrosa. Tanto los padres de familia como los maestros escolares y universitarios consideran a los estudiantes obedientes como ejemplares. No ponen mayor problema, acatan las normas, respetan la autoridad. Y no es así. Hay algo peligroso en un joven que siempre hace caso: que más adelante puede cometer bajezas y atrocidades solo porque un superior se lo ordene. Hay que tener algo claro: la desobediencia es una virtud.

Un detalle particular es que, aunque sus líderes principales están presos y condenados a muerte, ahora la secta se llama Aleph, así, sí, como sacada de un cuento de Borges, y tienen varios adeptos en distintos países alrededor del mundo.

10. PRECOGNICIÓN

Es conocido el caso del pintor rumano Victor Brauner, perteneciente al círculo de los surrealistas de comienzos del siglo XX. En 1931, este artista, que se la pasaba en los círculos espiritistas de la época y que tenía contacto con varios médiums famosos, se pintó en un autorretrato tuerto, con el ojo derecho vaciado y la parte inferior del mismo herido de gravedad. Siete años más tarde, en 1938, en el taller de un colega se desató una fuerte discusión y un enfrentamiento. Brauner intentó mediar entre sus amigos, pero tuvo la mala suerte de que un vaso arrojado por otro artista de apellido Domínguez cayera justo en su ojo derecho y se lo hiciera pedazos. No hay la menor duda de que su pintura de 1931 era una precognición de una precisión estremecedora.

La artista Sharon Tate tuvo durante un tiempo pesadillas aterradoras y sangrientas que no le permitían dormir con tranquilidad. Era como una presencia nefasta que la perseguía en las horas de la noche y que le impedía reposar y descansar. Se veía degollada en unas escalinatas. Solía tomar calmantes para poder conciliar el sueño. Un tiempo después, se casó con el talentoso director de cine Roman Polanski y quedó embarazada. A los ocho meses de estar esperando su bebé hizo una reunión y esa misma noche fue brutalmente asesinada por la secta de Charles Manson. Fue como si sus peores pesadillas se hubieran hecho realidad. Como un dato curioso, a esa fiesta estaba invitado Bruce Lee, que había trabajado con ella para una coreografía y que no pudo asistir. Hubiera sido interesante, por decir lo menos, ver al famoso campeón en acción durante el ataque.

Hace poco el gran atleta Oscar Pistorius, apodado Blade Runner debido a que corre con prótesis de titanio, asesinó a su novia Reeva Steenkamp en Sudáfrica. Según él, la confundió con un intruso y le disparó. Lo curioso es que la madre de la modelo, June Steenkamp, salió hace poco a mostrar un

dibujo que había hecho su hija cuando tenía catorce años. En él se ve a Reeva con un vestido rojo y con alas, como si fuera un ángel, parada al lado de una escalera que parece conducir hasta el cielo. Al fondo, un hombre está apuntando con un arma y la joven se lleva las manos a la boca para no gritar. Un dibujo profético, sin duda.

Otro caso increíble es el del escritor Morgan Robertson, quien en 1898 publicó una novela en la que un trasatlántico llamado Titán choca contra un iceberg y se hunde. Catorce años después, en 1912, se hunde el Titanic en unas circunstancias idénticas. Robertson no solo acertó en la descripción del barco, en el nombre del mismo, en su peso, en su capacidad de carga, en que no había botes salvavidas suficientes para los pasajeros, sino en el apellido del capitán: Smith. Parecía como si catorce años antes el escritor supiera con exactitud milimétrica lo que iba a suceder.

Pero no fue su única precognición. En 1914 escribió otra novela, *Bajo el espectro*, en la que narra una guerra entre Estados Unidos y Japón debido a un ataque que hacen los japoneses a los barcos norteamericanos cerca de Hawai. Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando ya el escritor había fallecido, el ataque de Pearl Harbor se parece misteriosamente al libro de Robertson.

A mediados del siglo XIX, un maestro de escuela francés que había escrito algunos textos para mejorar la enseñanza de la época, se enteró de que en ciertas casas se reunían los partidarios de una práctica extraña en la que se invocaba la presencia de los muertos. Primero ingresó como un visitante curioso, y, poco a poco, se fue obsesionando hasta el punto de entrar en contacto con los más famosos médiums de París en ese momento. Algunos, mediante la escritura automática, transmitían mensajes solamente a los interesados; otros anunciaban grandes catástrofes que se avecinaban para Europa (las dos guerras mundiales).

Entonces, el maestro de escuela se dio cuenta de que estaba frente a toda una revelación, y, después de varias sesiones de espiritismo, y de consultar con esas voces que se comunicaban con él desde el más allá, decidió cambiarse el nombre por el de Allan Kardec y escribiría la primera de sus obras con un título precioso y envidiable: *El libro de los espíritus*. En la primera página, afirma:

«Los espíritus anuncian que los tiempos designados por la providencia para una manifestación universal han llegado ya, y que siendo ministros de Dios y agentes de su voluntad, su misión es

la de instruir e ilustrar a los hombres, abriendo una nueva era a la regeneración de la humanidad. Este libro es la recopilación de su enseñanza».

El epitafio de Kardec en el famoso cementerio de Père-Lachaise, ilustra bastante bien su filosofía: «Nacer, morir, renacer una vez más y progresar siempre. Tal es la ley».

Finalmente, cómo no recordar a nuestro querido Ernesto Sábato aquí, y su obsesión por el mundo de los ciegos. En *Sobre héroes y tumbas* hay un capítulo dedicado a esta manía que padece uno de sus protagonistas: «Informe sobre ciegos». Era un terror que cruzaba al escritor, una especie de pánico que lo obligó a retratar a los ciegos como seres horribles y malévolos que, seguramente, mantienen contacto entre sí y pertenecen a una estirpe maligna muy antigua. Al final de sus días, Sábato se fue quedando ciego y se cumplieron todos sus terrores. Pintó algunas obras en ese período donde se nota la permanente tensión de su espíritu angustiado.

En un libro de conversaciones con otro escritor titulado *Entre la letra y la sangre*, Sábato reflexionó sobre las premoniciones, sobre la posibilidad de que nuestro cuerpo esté regido por las leyes inexorables de la materia, pero no nuestro espíritu. Esto es, el escritor creía que una parte de nosotros mismos estaba en una zona energética que escapaba de la linealidad temporal. Por eso era posible anticiparse, ver hacia delante, echar un vistazo al futuro. No hay que olvidar que Sábato, de joven, cuando era un estudiante de doctorado en física cuántica en París, se fugaba en las noches para unirse a la pandilla de los surrealistas, de Breton y sus secuaces.

¿Premoniciones? ¿El cerebro anticipándose a ciertos sucesos? ¿Desplazamientos espacio-temporales que no se ajustan a los parámetros del materialismo? ¿No han estado los artistas, los médicos y los sacerdotes, que comparten todos un tronco común, en contacto con estas fuerzas desde siempre?

11. OTRO TIEMPO

Por la misma época de la muerte de Manuel me invitaron en una emisora a hablar sobre el libro *Paranormal Colombia*. Una de las periodistas era bella, dulce, rubia, de ojos claros, muy talentosa, y cuando estaba sentada se distinguía por su porte y elegancia aristocráticos. De pronto, cuando se levantó, pidió sus muletas y entonces noté que algo sucedía con su cuerpo de la cintura para abajo. Las dos piernas parecían atrofiadas, muy delgadas, y escasamente podían sostenerla en pie.

Mientras el programa entra en la franja de propagandas, cuando nadie nos está escuchando, me cuenta que sufrió un cáncer atroz, muy agresivo, y que en algún momento pensó que ya todo había terminado. Su voz es melodiosa, su boca dibuja una sonrisa de medio lado como si estuviéramos conversando sobre temas plácidos y agradables, y su actitud revela una poderosa fuerza interior. Le confieso que esa enfermedad ha perseguido a mi familia durante generaciones. Ella inclina la cabeza, baja un poco la voz y me susurra al oído:

—No hay nada qué temer. A mí me iban a operar y yo pensé que me quedaría en la mesa de cirugía, que fijo me iba a morir. Entonces, la noche anterior me desperté a la madrugada y había una presencia sentada al borde de mi cama. Al principio me asusté mucho, pero después me di cuenta de que se trataba de una entidad benigna. Me dijo que no me preocupara, que la cirugía saldría bien, que aún no era el momento de morir.

Le pregunto, también en voz baja, si reconoció esa presencia, si sabía de quién se trataba.

—No, no lo sé, no tengo idea. Quizás es lo que tanta gente llama ángeles.

Sonríó también. Recuerdo entonces que ángel significa mensajero, y que mi profesión depende de Hermes, el de alas en los tobillos, el dios del

lenguaje.

Otra tarde me reuní con unos amigos en un restaurante de comida italiana al norte de la ciudad. La hermana de uno de ellos se hizo en algún momento en la silla junto a mí y me contó una historia que me prometí escribir algún día. Me dijo que había estado entre la vida y la muerte debido a una enfermedad crónica en el hígado. Cuando ya estaba de primera en la lista de trasplantes su salud empeoró y se vino a pique. Se preparó para morir. Entonces, en el último minuto, apareció un donante, la trasladaron a la clínica y le realizaron el trasplante de urgencia.

Con el paso de las semanas se dio cuenta no solo de que su salud mejoraba día a día, sino que se encontraba muy activa. No sabía por qué, pero desarrolló una atracción por la velocidad y, cuando su familia no sabía nada, ella se iba para la autopista del norte y apretaba el acelerador de su carro a tope. Esa sensación de vértigo la apaciguaba un poco.

Sospechó que se debía al trasplante y, en efecto, por pura casualidad se enteró de quién era la persona que estaba detrás de su nuevo órgano: era un joven de dieciocho años que corría en motocicleta. Justamente había muerto en un accidente de carretera.

Desde entonces consiguió una foto de él, le hizo un altar en un rincón de su casa, y todos los días le da las gracias por haberle salvado la vida.

Poco antes de los ataques en París en noviembre de 2015, me tropecé en una librería con una vieja colega de la universidad. En un café de Chapinero me contó que en 1989, recién egresada de la carrera, tenía una entrevista en Cali para ver si una universidad de esa ciudad la contrataba como profesora de literatura comparada. Compró su tiquete para viajar a las siete de la mañana y ya tenía todo listo cuando su madre, llorando, le dijo la noche anterior que había tenido un sueño premonitorio y que le rogaba, le suplicaba que aplazara el vuelo para otro día. La madre ya había llamado al aeropuerto para advertirles del peligro, pero, obviamente, la habían tratado como una demente cualquiera que estaba comunicándose solo para generar pánico y conseguir algo de protagonismo. Fue tal el grado de insistencia de la señora, su llanto, su desesperación, que mi amiga le dijo que se calmara, que iba a cambiar entonces la fecha del viaje y la reserva del hotel.

A las siete de la mañana del día siguiente el Boeing 727 que cubría el vuelo 203 de Avianca estalló en el aire y se hizo pedazos a la altura de Soacha. Murieron ciento diez personas. Fue el famoso vuelo de la bomba de Pablo Escobar.

Quedé muy impactado. En medio del desastre general, del caos y de la guerra, la realidad continuaba siendo algo plástico, maleable, múltiple. Parecía como si estuviéramos ingresando en el infierno paso a paso, muy lentamente, pero que, a pesar de estar en una situación tan angustiante y desesperada, nuestra mente no hubiera perdido aún su capacidad para desdoblar lo real una y otra vez. Quizás se trataba también de rebelarse ante ese hombre pretendidamente científico, racional, moderno, que consideraba cualquier creencia como un foco de atraso y de atavismo que le impedía continuar con su carrera tecnológica y capitalista. De pronto al alejarnos de nuestros mitos y nuestros símbolos inconscientes más profundos nos estamos distanciando también de lo mejor de nosotros mismos, de nuestra riqueza más significativa y poderosa.

El 13 de noviembre de 2015 cayó del cielo un objeto que ingresó a la atmósfera a alta velocidad. El Centro Astronómico Internacional de Abu Dhabi lo apodó WT1190F, y afirmó que había caído cerca de Sri Lanka. Algunos fanáticos de las teorías de la conspiración aseguraron en la red que ese hecho anunciaba una catástrofe inminente. A las pocas horas, los periódicos de todo el mundo abrían sus titulares con la masacre de París por parte de fanáticos yihadistas.

Lo curioso es que a lo largo del 2015 aparecieron distintas noticias en medios religiosos anunciando un cambio de época, una entrada en otro tiempo, un ingreso en un infierno del que nos será imposible escapar. Por ejemplo, Chaim Kanievsky, uno de los máximos líderes del judaísmo ultraortodoxo, anunció en julio de 2015 que la venida del Mesías estaba ya próxima y les rogó a los judíos de la diáspora que se regresaran pronto a Israel. Miles de judíos franceses acudieron a ese llamado y salieron de distintas ciudades hacia Tel Aviv, Jerusalén o en busca de cualquiera de los *kibbutzim* donde tenían parientes o amigos cercanos.

A los pocos meses llegaron los ataques en Francia, y pocas semanas después una pareja yihadista asesinó a varias personas en San Bernardino, en Estados Unidos. En uno de sus efectos personales encontraron planes para atacar una sinagoga y supermercados de comida *kosher* de la comunidad judía. Ya en enero del mismo 2015, uno de los cómplices de los terroristas del ataque al semanario *Charlie Hebdo* se había atrincherado en una tienda de comida judía en Porte de Vincennes, al este de París, y, dispuesto a todo, había tomado varios rehenes. Por eso muchos religiosos

empezaron a sentir que los presagios de líderes como Kanievsky no eran tan descabellados y huyeron de Europa para atrincherarse en Israel.

Uno de los sobrevivientes de la masacre del 13 de noviembre en Le Bataclan, un teatro parisino donde tocaba una banda de rock pesado, contó después que esa noche se habían abierto unas puertas infernales. Dijo que los terroristas se habían lanzado sobre algunos de los sobrevivientes y los habían degollado mientras recitaban textos sagrados en árabe. El lugar había quedado convertido en una carnicería, y uno de esos policías que llegaron de primeros al lugar dijo a los periodistas que apenas entró al teatro sintió que «el infierno se había apoderado de la Tierra».

12. LA PUERTA DEL CIELO

Meses después de la muerte de Manuel, la frase con la que se había despedido de mí aún seguía rondándome: «Ya estoy preparado para el siguiente nivel». Me era muy familiar, estaba seguro de haberla escuchado antes, pero no lograba recordar en dónde ni con quién.

Busqué la respuesta en internet. Escribí en Google «preparado para el siguiente nivel» y me tropecé en la red con una serie de artículos acerca del suicidio colectivo de la secta La puerta del cielo en 1997. Citando a su líder y fundador, varios textos decían en sus encabezados: «Estamos preparados para el siguiente nivel».

¡Claro!, era obvio, pero no lo vi con claridad hasta que leí la frase en la pantalla. ¿Cómo era posible que hubiera olvidado a la secta ovni La puerta del cielo? Incluso cuando había dictado clases en James Madison, en Virginia, uno de mis estudiantes más brillantes me había presentado a los suyos en su comunidad, una secta *hippie* en la que yo me refugié del tedio académico y universitario de allí en adelante los fines de semana. Uno de los antiguos integrantes de esta comuna había visitado con cierta regularidad a los conferencistas de La puerta del cielo. Había asistido a algunas de las charlas de estos adeptos religiosos interplanetarios y por unos cuantos meses había hecho parte de su tribu. Luego se aburrió y se marchó en busca de otros horizontes. Lo que en realidad estaba buscando era una vida en comunidad sencilla, labrando la tierra, horneando su propio pan y fumándose sus porros sin que nadie lo molestara.

El fundador de esta religión intergaláctica fue Marshall Applewhite, un músico gay que, atormentado por su homosexualismo reprimido, empezó a escuchar extrañas voces que le comunicaban que él era un elegido y debía transmitirle a la humanidad un mensaje espiritual. Pero a diferencia de muchos místicos religiosos, las voces no eran de ángeles ni de seres

divinos, sino de extraterrestres que desde otra dimensión le anunciaban al nuevo adepto el fin de los tiempos. Le decían que preparara a unos cuantos para un rescate, para una salida del planeta antes de la debacle general. Y en un centro de recuperación donde había sido internado, Applewhite conoció a una enfermera y astróloga, Bonnie Nettles, y le contó acerca de los mensajes recibidos. Ella enseguida se unió a él y empezaron a planear la nueva misión.

Hay un detalle de esta *cibersecta* que me parece conmovedor: a ambos les fascinaba la serie *Viaje a las estrellas*, y principalmente uno de sus personajes: el doctor Spock (representado por el legendario actor Leonard Nimoy). Spock era del planeta Vulcano, de madre humana y padre vulcaniano, y su característica principal era su frialdad racional y su desdén por todo tipo de emociones, afectos y apegos que demostraban los humanos.

Como dato curioso, en la serie *Viaje a las estrellas* había una actriz negra, Nichelle Nichols, que representaba a la teniente Uhura en los comandos de la nave Enterprise. Alguna vez, Nichols tuvo una crisis y pensó en renunciar a la serie porque su personaje ocupaba un rol muy menor en los libretos. Sin embargo, el reverendo Martin Luther King le pidió que no lo hiciera porque ella era un ejemplo para muchos jóvenes negros que veían que sí era posible construir un futuro y superar todos los obstáculos del racismo y la segregación. Pues bien, el hermano de la teniente Uhura, Thomas Nichols, hizo parte de La puerta del cielo y se unió a estos extraterrestres encarnados en cuerpos humanos.

En varias de sus conferencias, buscando adeptos para la secta por todo Estados Unidos, Applewhite utilizaba frases y reflexiones del doctor Spock. Incluso adoptó su tono frío y racional al hablar, su mirada altiva con la ceja levantada y sus gestos medidos y parsimoniosos. Si deseaba causar un efecto contundente en sus nuevos adeptos, seguramente un modo de ser vulcaniano sería el ideal.

Durante años esta pareja recorrió varios estados dictando charlas y anunciando la nueva fe en seres de otros mundos. Eran los años del *hippismo*, del *New Age*, de la contracultura y la rebelión, y toda nueva búsqueda era bienvenida. Applewhite y Nettles no fueron vistos como dos psicóticos fugados de un psiquiátrico, sino como dos profetas de los nuevos tiempos. Se cambiaron el nombre, ahora eran Bo y Peep, y no se identificaban con sus apariencias humanas anteriores. Ellos eran también

seres de otro universo que habían encarnado en cuerpos humanos solo para transmitir el nuevo mensaje: el fin estaba cerca y era preciso escapar del planeta Tierra a tiempo. Las puertas del cielo se cerrarían y se abrirían las puertas del infierno.

Pero la enfermera y astróloga Nettles, repentinamente, enfermó y murió. Applewhite entró en una fase depresiva profunda y su discurso se hizo aún más radical: había que partir pronto, una nave se estaba ya acercando a la Tierra y era preciso reclutar a los que se subirían en ella y se salvarían. De allí en adelante sus palabras se hicieron más cósmicas, más científicas, más dedicadas a explicar cómo se debía proceder para abandonar los cuerpos humanos que solo son receptáculos inútiles, y poder transportarse a la nave, donde otros cuerpos más sutiles y perfectos los estaban esperando. Eso era lo que él denominaba «el siguiente nivel».

A comienzos de los años noventa, recién aparecida la red, varios de los integrantes de La puerta del cielo eran programadores de páginas web. Unos adelantados, sin duda. Utilizaron las nuevas herramientas para subir su mensaje a esa plataforma inicial. Eran expertos informáticos y ofrecieron en el ciberespacio tarjetas de embarque para esa nave que se estaba aproximando a nuestro planeta.

Como el sexo era algo animal y degradante, varios de los hombres de la secta se castraron. En Estados Unidos una acción semejante estaba prohibida por las autoridades, así que cruzaron la frontera y se amputaron sus genitales quirúrgicamente en México. Luego se cortaron el pelo todos, tanto hombres como mujeres, a la manera del doctor Spock en *Viaje a las estrellas*. Ahora era una secta compuesta por andróginos, por seres mutantes sin género. Y así, los nuevos castrados interplanetarios regresaron en varias camionetas a alta velocidad por las autopistas norteamericanas.

Se instalaron en San Diego y empezaron los preparativos finales. Era el comienzo del año 1997. El cometa Hale-Bopp se acercaba a la Tierra. Applewhite les comunicó a los integrantes de la secta que había llegado el momento de revelarles la verdad: detrás del cometa, en una nave nodriza, estaba la fallecida Bonnie Nettles lista para recogerlos y conducirlos fuera del sistema solar. La Tierra pronto entraría en un período infernal, de caos generalizado, y este era el momento indicado para salvar a unos pocos elegidos.

Esta idea quizás la copió de los indios Hopi, que aseguran que la señal de que entraremos en una etapa de exterminio final llegará cuando un

cuerpo celeste azul cruce el firmamento. La llegada del cometa, que, en efecto, dejaba un dibujo azul tras de sí, se acoplaba a la perfección con las profecías indígenas. Lo único que hacía falta era abandonar los cuerpos físicos, los receptáculos, y teletransportarse al «siguiente nivel». Fue entonces que empezaron a planear un suicidio colectivo.

En un video pregrabado con anterioridad, Applewhite dice:

—Déjenme anunciarles que nuestra misión aquí está a punto de finalizar dentro de pocos días. Vinimos del espacio de lo que algunos llamarían «otra dimensión», y vamos a regresar a nuestro punto de origen.

Una noche salen a comer todos a un restaurante cercano. El menú es una ensalada con salsa vinagreta, pavo, unos cuantos vegetales y una torta de queso con salsa de arándanos. El mesero los recuerda como un grupo de personas contentas, muy decentes, que departen entre ellos con camaradería. En algún momento, Applewhite dice algunas palabras de despedida a su tripulación. Es la última cena de un mesías que está listo para el viaje final.

El 26 de marzo de 1997 fueron encontrados 39 cadáveres en los suburbios de Rancho Santa Fe, en San Diego, California. Todos llevaban el corte de cabello a la manera del doctor Spock, un traje especial diseñado por ellos mismos con un logo que decía *Haven's Gate Away Team*, y zapatillas Nike de última generación. Habían tomado un barbitúrico muy potente, fenobarbital, y lo habían mezclado con pequeñas dosis de alcohol. Sobre sus rostros tenían un sudario de color morado. Todos habían fallecido en sus camas, apaciblemente, y estaban organizados en sus camarotes como los tripulantes de una nave espacial. En sus bolsillos encontraron billetes de cinco dólares y sus pasaportes. En unos videos grabados en los días anteriores, muchos de ellos se despedían con una sonrisa en los labios y confesaban que estaban felices de abandonar este mundo.

Un dato final de esta *cibersecta* ovni me ha rondado durante años y me parece un material perfecto para una novela o una película. Dos de los integrantes de La puerta del cielo que estaban momentáneamente retirados, Wayne Cook y Charlie Humphreys, se encontraron en la habitación de un hotel dos meses después e intentaron alcanzar la teletransportación para llegar a la nave, aunque fuera de últimos. Usaron el mismo procedimiento: fenobarbital y alcohol. Cook falleció, pero Humphreys sobrevivió al envenenamiento. Siete meses después, en febrero de 1998, en el desierto de Arizona, Humphreys logró por fin suicidarse.

¿En qué trabajaron estos dos fulanos durante esos dos meses, a qué se dedicaron, qué hicieron? ¿Se carteaban, se llamaban, cómo fueron sus vidas? ¿Se castraron como sus colegas? ¿Cómo se pusieron de acuerdo para encontrarse en el hotel? ¿Llevaban también trajes espaciales y los zapatos de la diosa Nike? Y en el caso de Humphreys, que sobrevivió, ¿cómo fueron esos meses siguientes? ¿Lo recluyeron en un psiquiátrico, lo medicaron? ¿Miraba el firmamento y veía la cola del cometa Hale-Bopp con tristeza, con angustia, con ansiedad? ¿Cómo llegó hasta el desierto, qué hizo, qué dijo, miró hacia el cielo y les rogó a sus compañeros que lo esperaran, que detuvieran la nave mientras él alcanzaba a subirse en ella?

En una grabación que hicieron las autoridades al momento de ingresar en la casa donde se llevaron a cabo los suicidios de los 39 miembros del grupo, se pueden ver en las paredes imágenes de alienígenas, de seres de otros mundos que parecen rondar la casa o habitar en ella desde otra dimensión. En un rincón del cuarto de Applewhite, junto a una veladora y un ramo de flores, estaba la imagen de un extraterrestre de los llamados «grises», con la cabeza muy grande y el cuerpo delgado y contrahecho. Da la impresión de ser una especie de comandante en jefe de la nave que los recogería detrás del cometa Hale-Bopp.

En los mensajes grabados que dejaron los integrantes, uno de ellos, tranquilo y sonriente, asegura:

—Decidí conscientemente abandonar mi vehículo, este cuerpo que estoy usando, porque permanecer aquí, rehusarme a ir al siguiente nivel, separarme del Reino de Dios, es sencillamente un suicidio.

En otras palabras, partir era seguir con vida, y quedarse aquí era asumir una existencia inútil y sinsentido, y tener que atravesar esas puertas infernales que empezaban ya a abrirse. Según Applewhite, el mundo estaba demasiado corrupto, sucio, puerco, contaminado, y el mal se había apropiado de todas las instancias de la vida hasta construir una sociedad luciferina atrapada por completo en el capitalismo y la banalidad. Creía que el capítulo once del libro bíblico Revelaciones se refería a Bonnie y a él, los dos testigos que deben enfrentar juntos el Apocalipsis. Es decir, la sociedad occidental estaba no solo en decadencia, sino que estaba pronta a empezar su propia aniquilación. La destrucción de la naturaleza, las hambrunas en África, el agujero en la capa de ozono o el exterminio de las otras especies así lo demostraban hasta la saciedad. Los seres humanos no habían sido

capaces de alcanzar «el siguiente nivel», y se habían quedado atrapados en la codicia, la envidia, la acumulación, la gula y los placeres de la carne.

El término que utilizaba para ese final y nuevo comienzo de la civilización era «reciclar», un término que se usa para la basura. Esto es, había llegado el momento de abandonar este basurero.

Y cientos de veces, abriendo un periódico o encendiendo la televisión para ver las noticias del día, para ver el ataque que hizo Wall Street en 2008, por ejemplo, o para enterarme de los bombardeos en el Medio Oriente, o de los ataques terroristas en París o San Bernardino, he recordado esa expresión y me ha parecido más que apropiada. En realidad, alguien o algo debería reciclarnos.

Finalmente, varios de los integrantes que se retiraron días antes de los suicidios, entre ellos Rio DiAngelo, quien luego grabaría las primeras imágenes de la casa con los cadáveres en sus literas, defienden a la secta aún al día de hoy cuando tantos analistas dan sus dictámenes o escriben artículos en su contra. Estos integrantes dicen que se trataba de personas buenas, pacíficas, cultas, y que estaban en todo su derecho de entregar sus vidas por aquello en lo que creían.

Creo que tienen razón. Muchos soldados norteamericanos cruzaron el mundo para asesinar niños, mujeres, ancianos y civiles en Vietnam. Fue un genocidio a gran escala. Luego, en 1991, tropas del mismo país llegaron a Irak y volvieron a cometer las mismas atrocidades. Una década después, una nueva generación de asesinos aterrizó en el Medio Oriente para torturar, fusilar y matar a inocentes que no les habían hecho nada. Las imágenes de Abu Ghraib nos indican el nivel de salvajismo de esos uniformados. Y ahí siguen, ahora en Siria, lanzando bombas desde sus aviones de última generación, eliminando niños y masacrando incluso a los sobrevivientes en hospitales y centros de salud. Muchos de esos soldados entregaron sus vidas por una falacia, por una mentira muy bien fabricada y fueron manipulados para ir a convertirse en criminales de la peor calaña. Otros regresaron sin piernas, sin brazos, bajo depresiones o estrés postraumático, y tienen conciencia de que enrolarse en el ejército fue un completo disparate.

¿Por qué los psiquiatras no escriben en contra de todos esos dementes, por qué no alertan a los jóvenes sobre el peligro de caer en manos de esos psicópatas? ¿Por qué no se escriben artículos médicos sobre la salud mental de presidentes y ministros de defensa? ¿Por qué no encerramos en manicomios a generales y coroneles que dan las órdenes de exterminar

poblaciones enteras? ¿Y los hombres de negocios que dejan a millones de personas en la calle? ¿Y los banqueros que se roban los ahorros de miles de trabajadores? ¿Por qué en las clínicas psiquiátricas no está toda esta gentuza que hace tanto daño a los demás?

En comparación, Applewhite y su equipo de doctores Spock me parecen no solo inofensivos, sino mucho más poéticos.

CAPÍTULO II

ADHESIONES ESPIRITUALES

1. JUAN PABLO II, EL EXORCISTA

A lo largo de su pontificado, el papa Juan Pablo II realizó dos exorcismos certificados. El primero de ellos lo hizo por solicitud de uno de los más reconocidos demonólogos de Roma, el padre Candido Amantini. El segundo lo llevó a cabo en marzo de 1982 en la población de Spoleto. La posesa se llamaba Francesca F. y de ello dio testimonio en su momento el cardenal francés Jacques Martin.

El tercer caso es muy extraño. En septiembre del año 2000 el papa estaba en una de sus alocuciones frente a miles de devotos en la Plaza de San Pedro, cuando de pronto una joven de diecinueve años empezó a vociferar insultos y maldiciones con una voz cavernosa. El obispo Gianni Danzi logró acercarse y, con otros funcionarios del Vaticano, condujeron a la joven a un rincón de la plaza donde los curiosos no pudieran observarla. Cuando el papa terminó su vuelta en el papamóvil, se detuvo junto a la muchacha e intentó apaciguarla y rezó por ella. Dijo que al día siguiente ofrecería una misa por su salud.

La joven fue remitida al célebre exorcista del Vaticano, el padre Gabriele Amorth, quien inició enseguida el ritual pertinente para la expulsión del espíritu maligno del cuerpo de la joven. Pero no fue así. En una de las sesiones, el demonio, refiriéndose al papa, le dijo con voz gutural a Amorth:

—¡Ni siquiera tu jefe ha logrado hacer nada conmigo!

La frase daría la impresión de que el demonio hubiera pasado de un cuerpo a otro, y que el papa, en ese combate a lo largo de toda su vida, en ningún momento hubiera logrado expulsarlo de verdad.

Es curioso ver en los últimos años del pontificado a Juan Pablo II tan deteriorado y enfermo. Como vencido, como derrotado por algo que era superior a él. Luego Benedicto XVI no podía ni siquiera caminar y algunos

testigos hablaban de fuertes depresiones en el pontífice. Al final, en un estado de fatiga extrema, se vio obligado a renunciar, algo que no había sucedido jamás en la historia de la Iglesia.

Y ahora el papa Francisco empieza a mostrar algunos quebrantos de salud notorios: su cadera está desgastada, sus piernas no funcionan siempre como él quisiera hasta el punto de obligarlo a tropezar, como le sucedió en uno de sus vuelos por la gira en Estados Unidos, y ha tenido que cancelar varios eventos porque, sencillamente, no puede ni siquiera levantarse de la cama. Llegó hasta el punto de afirmar frente a varios periodistas que iban con él en un avión de regreso de Corea del Sur que su papado duraría «dos o tres años, a lo sumo».

¿Qué les está pasando a los jerarcas del Vaticano? ¿Por qué dan la impresión de estar perdiendo la batalla? ¿Por qué, con gran dificultad, apenas logran cumplir con sus agendas y nada más? ¿Quién es ese espíritu que ha venido pasando de una mujer a otra, y que en la misma cara del más famoso exorcista del mundo entero, el sacerdote Gabriele Amorth, le dijo con semejante desparpajo: «Ni siquiera tu jefe ha logrado hacer nada conmigo»?

2. JULIA

El doctor Richard Gallagher, profesor asociado de Clínica Psiquiátrica del New York Medical College, fue consultado por sacerdotes católicos para que emitiera un posible diagnóstico en el caso de una mujer caucásica de mediana edad a la que llamaron Julia. En otras oportunidades, el eminente psiquiatra había descartado posibles casos de posesión demoníaca y había confirmado por escrito que los pacientes eran, en realidad, víctimas de trastornos mentales severos.

En esta ocasión, sin embargo, la situación fue drásticamente distinta y el doctor Gallagher se encontró frente a fuerzas que desconocía por completo. Las voces que salían de la garganta de la mujer amenazaban con tonos que no eran humanos, en lenguas que ella jamás había estudiado ni escuchado, y se presentaron casos de golpes y sonidos inexplicables durante las visitas.

En una ocasión, en medio de un verano muy caluroso, de repente Julia entró en trance y un torrente de gruñidos y aullidos animales salieron de su boca simultáneamente, algo imposible de realizar para las cuerdas vocales humanas. Posteriormente, la sala se empezó a poner fría, helada, como si estuvieran en invierno. Luego, cuando la mujer insultó a los presentes y los amenazó con voces guturales y grotescas, la temperatura volvió a subir hasta convertir la residencia en una sauna donde todos sudaban a chorros. Algunos tuvieron que retirarse y salir a la calle para tomar aire fresco. Sentían que estaban a punto de desmayarse.

Gallagher detectó desde el comienzo que estaba frente a un caso que no encajaba en los patrones conocidos. No era un trastorno de identidad disociativo, no había abuso de drogas ni de alcohol en la paciente, y las radiografías no mostraban ningún tipo de tumor cerebral que estuviera generando las alteraciones en la personalidad de Julia. Fue testigo también de objetos desplazándose por el lugar solos, de levitaciones corporales

recurrentes hasta quedar el cuerpo completamente suspendido en el aire, y la mujer mostraba una fuerza descomunal hasta el punto de vencer a cuatro o cinco hombres cuando trataban de sujetarla a la cama para que no se hiciera daño.

Como si esto fuera poco, Julia demostró tener el don de la clarividencia, pues en varias oportunidades habló de situaciones familiares específicas de cada uno de los que estaban presentes o de sus familiares. Se refirió a enfermedades, a muertes, a situaciones embarazosas que nadie conocía, excepto los directamente implicados. Decía con claridad qué estaba sucediendo en ese justo momento en otro estado o en otra ciudad, y luego se confirmaban con precisión cada una de sus aseveraciones.

Pero quizás lo más aterrador fue que el mismo doctor Gallagher pudo constatar que a veces, durante ciertas llamadas telefónicas, voces que parecían provenir de una catacumba se tomaban la línea y lo insultaban y lo amenazaban, como si la llamada estuviera interceptada. En otras ocasiones, cuando llegaba a la casa, se daba cuenta de que Julia no estaba cuando le habían telefoneado y que se encontraba en exámenes médicos en alguna clínica o cumpliendo con las terapias que le habían sido recomendadas.

Entonces, ¿quién había contestado el teléfono?

Finalmente, el doctor Gallagher se rindió ante la evidencia y tuvo que aceptar que se encontraba ante un caso de entidades sobrenaturales. Escribió un artículo titulado «Entre tantas falsificaciones, un caso de posesión demoníaca», y lo publicó en el *New Oxford Review* en marzo de 2008.

Pero lo que demuestra el impacto que causó en él esta aterradora experiencia es su mirada huidiza y nerviosa cuando recuerda los acontecimientos. Su expresión cambia, su rostro parece más endurecido, más adusto, como si estuviera haciendo grandes esfuerzos por no desmoronarse y guardar la compostura. No es para menos.

3. AULLIDOS EN LA NOCHE

La casa quedaba en Chapinero, abajo de la avenida Caracas, en un callejoncito escondido y sin tráfico. Era una construcción antigua, húmeda y con escasa luz. Llegué a ella por un aviso en el periódico. Alquilaban una habitación al fondo que daba al patio interno de la casa. La tomé en seguida porque me quedaba cerca de la universidad y podía movilizarme a pie.

A los pocos días empecé a escuchar en las horas de la noche unos gritos extraños que parecían provenir del segundo piso. Me quedé sentado en la cama, pero una de las reglas cuando uno vive en cuartos de alquiler es no entrometerse jamás en los asuntos de los vecinos. Luego noté que no eran gritos, sino una especie de aullidos sofocados, como si estuvieran tapándole la boca a la persona para que no hiciera tanto ruido. Me pareció raro, pero al rato volví a quedarme dormido.

Dos semanas después llegué en las horas de la tarde porque no había tenido clases y quería leer tranquilo metido en mi cama. Era una tarde lluviosa y helada. Me recibió un alboroto en la casa. Gente salía y entraba, subían las escaleras, no sabían cómo ayudar a alguien que en el segundo piso parecía estar en aprietos. Entonces volví a escuchar esos aullidos escalofriantes. No aguanté más la curiosidad y le pregunté a la dueña de la casa qué estaba sucediendo. La mujer, con lágrimas en los ojos, me contestó:

—Es mi hija. Otra vez el espíritu. La ataca cada vez con mayor frecuencia y ya no sabemos qué hacer.

—¿Qué espíritu? —pregunté con ingenuidad.

—El padre de la parroquia no quiere ayudarnos. Los psiquiatras no saben qué es y él tampoco nos brinda apoyo. Me voy a volver loca... Lamento los inconvenientes que esto les pueda traer a ustedes los inquilinos...

Y enseguida subió las escaleras corriendo con una vasija de agua en una mano y unas toallas limpias en la otra.

Varias veces a lo largo de los tres meses que estuve allí escuché esos aullidos que se extendían a todo lo largo de la casa. Todo el mundo sabía ya que se trataba, supuestamente, de una posesa, pero nadie la había visto hasta el momento. Los chismes que pasaban de una persona a otra decían que era una joven muy bella que alguna tarde se había puesto con sus amigas del colegio a jugar con una tabla *ouija* para invocar espíritus. Una de esas presencias se había quedado en la casa y había terminado por encarnar en el cuerpo de la muchacha.

A mí todo eso me parecían historias como extraídas de los relatos góticos y románticos que por entonces leía con auténtica devoción. Incluso tenía tintes de literatura fantástica a la manera de los textos de Arthur Machen.

Una noche la joven intentó cortarse con los pedazos de un espejo roto y se tajó el cuerpo entero. Llegó una ambulancia y bajaron a la chica en una camilla. Yo estaba en pijama parado junto a las escaleras en el primer piso. Fue la primera y única vez que la vi. Su rostro demacrado y ajado estaba cruzado por un agotamiento que se percibía en dos ojeras que le daban a su expresión un aire antiguo, como de máscara religiosa milenaria. El cabello estaba marchito, reseco, y parecía de mentira, como hecho de algún material artificial. En un momento dado abrió la boca para respirar y unos dientes amarillentos le daban un aspecto de anciana demacrada y abandonada. Sentí un terror auténtico que me recorría el cuerpo entero.

Nunca supe qué fue de ella. A la mañana siguiente conseguí otra habitación en la calle 42 con la carrera octava, y me mudé con mis libros y mis tres bártulos, como si estuviera huyendo de una presencia peligrosa.

4. YO SOY LEGIÓN

Al comienzo de la historia la medicina, el arte y la religión estaban unidos en un tronco común. De ese origen compartido es que le queda al arte una función médica, clínica: la catarsis. Es decir, la posibilidad de sanar, de curar al espectador o al lector. Hay fuerzas oscuras habitando el alma, hundiéndola en vértigos malsanos y dañinos. Y a veces la literatura nos puede liberar de esos tormentos, nos limpia, nos permite expulsar esos dolores.

Es curioso que el centro de la confesión católica sea precisamente el lenguaje: se trata de decir, de enunciar, de sacar en palabras todo aquello que duele y hace sentir culpa. Lo mismo sucede en el psicoanálisis: tengo que acudir al lenguaje y buscar a través de él dónde está el trauma, el origen de aquello que me está haciendo daño. De manera muy similar, a veces la literatura ingresa en esa zona de tinieblas y mediante sus personajes y sus historias libera al lector de sus aflicciones y padecimientos. Eso significa que el dolor de los protagonistas de cuentos y novelas puede exorcizar el nuestro, que ellos nos sanan, nos curan tanto a nivel individual como a nivel grupal, colectivo. La literatura es salud.

En el libro de Julio Caro Baroja, *Las brujas y su mundo*, hay una infinidad de testimonios y citas textuales de posesiones demoníacas durante la Edad Media y el Renacimiento. Lo mismo en el ensayo *El oscuro mundo de las brujas*, de Eric Maple. Y así la bibliografía sobre el tema crece y crece, y cada día es más abrumadora. También hay un libro escrito en un tono muy particular: *Los demonios de Loudun*, de Aldous Huxley.

Se refiere al famoso caso de unas monjas ursulinas en 1634 en la población francesa de Loudun, las cuales fueron poseídas de manera colectiva por una serie de entidades malignas que las condujeron hasta la histeria. Los jerarcas de la Iglesia las encerraron en sus celdas, las pusieron

en ayuno a pan y agua, y aun así no pudieron detener las convulsiones, los aullidos y las voces que en las noches salían del convento insultando y mancillando los nombres sagrados de la institución.

Se decía que un sacerdote libidinoso estaba implicado en esta histeria grupal, un hombre que había mantenido relaciones sexuales con algunas de las monjas endemoniadas: el padre Urbain Grandier, quien posteriormente fue detenido, juzgado, torturado y finalmente conducido a la hoguera.

Lo que a mí siempre me ha parecido extraño de este caso es que las monjas pudieron nombrar con exactitud a los demonios que las habían poseído. Era una lista exacta de las presencias que se habían tomado sus cuerpos y sus mentes durante la invasión: Asmodeo, Zabulón, Isacaaron, Astaroth, Grésil, Amand, Leviatom, Behemot, Beherie, Easas, Celso, Acaos, Cedon, Alex, Naphthalim, Cham, Ureil y Achas.

¿Quiénes son esas entidades malignas que rondan nuestro mundo buscando en cualquier momento la oportunidad para hacernos daño? ¿De dónde provienen? ¿Han atacado a otros a lo largo de la historia sin que tengamos noticia de ello?

En muchas de las religiones antiguas, desde los sumerios en adelante, se cree fervientemente que el cuerpo puede ser tomado o invadido por estos espíritus malignos. En todos los continentes hay chamanes que practican rituales de expulsión de estas presencias indeseables. Incluso en la Biblia católica hay una escena muy famosa y muy extraña: la historia de Jesús exorcizando a un poseso que viene saliendo de un cementerio. El relato completo es el siguiente:

1 Y llegaron al otro lado del mar, a la región de los gadarenos.

2 Y cuando salió él de la barca, enseguida le salió al encuentro, de entre los sepulcros, un hombre con un espíritu inmundo,

3 que moraba en los sepulcros, y ni aun con cadenas podían atarle;

4 porque muchas veces había sido atado con grilletes y cadenas, mas las cadenas habían sido hechas pedazos por él, y los grilletes desmenuzados; y nadie le podía dominar.

5 Y siempre, de día y de noche, andaba dando voces en los montes y en los sepulcros, e hiriéndose con piedras.

6 Y cuando vio a Jesús de lejos, corrió y le adoró.

7 Y clamando a gran voz, dijo: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te imploro por Dios que no me atormentes.

8 Porque le decía: Sal de este hombre, espíritu inmundo.

9 Y le preguntó: ¿Cómo te llamas? Y respondió, diciendo: Legión me llamo, porque somos muchos.

10 Y le rogaba mucho que no los enviase fuera de aquella región.

11 Y había allí cerca del monte un gran hato de cerdos paciando.

12 Y le rogaron todos los demonios, diciendo: Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos.

13 Y Jesús se lo permitió. Y saliendo aquellos espíritus inmundos, entraron en los cerdos, y el hato se lanzó al mar por un despeñadero, los cuales eran como dos mil; y en el mar se ahogaron.

14 Y los que apacentaban los cerdos huyeron y dieron aviso en la ciudad y en los campos. Y salieron para ver qué era aquello que había acontecido.

15 Y vinieron a Jesús y vieron al que había sido atormentado por el demonio, y que había tenido la legión, sentado y vestido y en su juicio cabal; y tuvieron miedo.

16 Y los que lo habían visto les contaron lo que le había acontecido al que había tenido el demonio, y lo de los cerdos.

17 Y comenzaron a rogarle a Jesús que se fuese de sus contornos.

18 Y entrando él en la barca, el que había estado poseído por el demonio le rogaba que le dejase estar con él.

19 Mas Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo y cómo ha tenido misericordia de ti.

20 Entonces se fue y comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas Jesús había hecho con él; y todos se maravillaban.

No deja de ser curioso que ese espíritu que habita en el hombre sea múltiple, y que después pase a una piara de cerdos que se suicida lanzándose por un abismo. ¿Fuerzas que encarnan en nosotros y que pueden invadir también a los animales? ¿Qué es eso? ¿De dónde provienen, quiénes son, cómo operan?

Ese temor lo sienten los pastores y campesinos del relato bíblico y por eso le piden a Jesús, el exorcista, que por favor se retire, que se vaya de sus predios.

5. CATHERINE

El doctor Brian Weiss estudió Medicina y Psiquiatría en las universidades de Columbia y Yale. Luego fue el jefe del departamento de psiquiatría del Hospital Mount Sinai en Miami Beach. Llevaba una vida normal como terapeuta ajustado a los criterios clínicos, hasta que a su consultorio llegó una paciente llamada Catherine. Era la encargada de uno de los laboratorios del mismo hospital, una mujer joven que estaba pasando por episodios de exceso de ansiedad y ataques de pánico.

El doctor Weiss la hipnotiza para conducirla hasta el instante preciso en el cual debió suceder el trauma que ahora le está haciendo tanto daño.

A veces hemos vivido ciertas experiencias dañinas que nos lesionan la vida de mala manera (muertes de seres queridos, despedidas, abusos físicos o psíquicos), y luego, con el paso del tiempo, somatizamos esos traumas tanto corporal (alergias, dolores de cabeza, problemas con el colon) como psíquicamente (depresiones, melancolía, fobias, angustia). Entonces lo que el terapeuta hace es conducir al paciente bajo hipnosis hasta el momento exacto en el que sucedió el trauma para hacerlo consciente y poder desactivarlo. Casi siempre, al saber qué fue lo que pasó exactamente y por qué, el paciente puede superar esa prueba tan dolorosa que tuvo que padecer.

En el caso de Catherine, lo que sucedió fue que el doctor Weiss dio una orden abierta y no precisa. Es decir, no le indicó a la paciente, por ejemplo, «regrésese a la época cuando usted tenía cinco años y sus padres estaban discutiendo en las escaleras de la casa»; o «vaya al día en que su vecino abusó de usted aquella mañana cuando era una niña de siete años». Una orden exacta, puntual. No, lo que el doctor Weiss ordenó durante la hipnosis fue: «Vaya al momento en el que usted se sintió afectada y herida». Una

orden abierta, sin restricción alguna. Podía ser durante la adolescencia, durante la niñez o incluso durante la propia adultez.

Y la sorpresa fue mayúscula.

Catherine empezó a hablar de sucesos vividos en 1863 durante una vida pasada. El psiquiatra no sabía qué hacer ni cómo interpretar lo que estaba ocurriendo en su consultorio. La paciente evocaba a la perfección, con detalles, esa vida en la que había sido otra persona con otro nombre y otra identidad: un soldado que prestaba su servicio en un barco al que un proyectil había impactado y hundido. Él había muerto ahogado en esa batalla y de allí el miedo irracional que sentía en la vida actual cuando estaba en piscinas, ríos o en la playa, en el mar. Las distintas sesiones le fueron dando a Catherine cierta paz y se fue recuperando poco a poco.

Lo increíble de la extraña terapia que estaba descubriendo el doctor Weiss es que Catherine también recordaba otras vidas, no solo esa. Había sido una prostituta y había sido una niña desamparada que vagabundeaba por las calles de una ciudad europea. Es decir, lo que la paciente le estaba enseñando a Weiss es que hemos vivido muchas existencias y, seguramente, volveremos a reencarnar más adelante.

Descubrir que la muerte no existe como tal fue para Weiss un cambio de coordenadas demasiado drástico. En Oriente, entre religiones como el budismo o el hinduismo, esta idea es perfectamente normal. Y en el cristianismo primitivo, o en Grecia entre los pitagóricos, era una realidad que nadie osaba discutir. Pero hoy en día, en las religiones actuales practicadas en Occidente, es un disparate, una idea absurda que está más cerca de la superchería o de las doctrinas *New Age*.

Catherine también le habló a Weiss de sucesos que no tenía por qué saber, como el hecho de que un hijo del doctor había muerto cuando apenas tenía veintitrés días de nacido, o detalles particulares de la muerte del padre del médico. En esas nuevas sesiones también aparecieron otras voces entremezcladas que se presentaron como «maestros», una especie de entidades que ayudan a los seres encarnados a encausar sus vidas. Son como espíritus protectores.

El doctor Weiss se dio cuenta enseguida de que hablar sobre el caso de Catherine lo conduciría de inmediato a la picota pública. Sus demás colegas lo crucificarían, se reirían de él y pedirían de inmediato el retiro de su licencia. La academia, por su parte, siempre tan conservadora e intolerante, lo expulsaría de sus filas y se encargaría de desprestigiarlo hasta el punto de

dejarlo en la calle y sin empleo. Por eso guardó durante años el caso de su paciente en secreto.

Pero después llegaron otros casos y volvió a suceder lo mismo: aparecían otras vidas, otras calles, otras ciudades, otras fechas en ese pasado inexplicable. Lo único cierto y válido para el médico era que sus pacientes se sanaban después de las terapias de regresión, se calmaban, entendían por qué en sus vidas actuales eran de una manera o de otra. Por eso decidió arriesgarse y publicar su primer libro, *Muchas vidas muchos sabios*, que se convirtió de inmediato en un *best seller* y que estuvo en los primeros lugares en ventas durante meses.

Discutir la idea de la reencarnación no tiene sentido, pues cada quien cree en lo que le plazca. Lo que es indiscutible es que es muy bella, pues nos conduce a una pluralidad que nos une con los otros. Yo no soy yo. Yo soy nosotros. He sido poderoso y débil, bello y grotesco, femenino y masculino, afortunado y desdichado, sano y terriblemente enfermo. Vamos y venimos por un laberinto espacio-temporal en el que tenemos que ir aprendiendo cada vez más de nosotros mismos y de los otros.

6. ¿QUIÉN ESTÁ AHÍ DENTRO?

Un amigo padeció a lo largo de su vida con un pariente que sufría de un serio trastorno psiquiátrico. Eran dos hermanos que se habían estimado mucho de niños. Luego, de adolescentes, la enfermedad de uno de ellos empezó a hacer mella y lo fue conduciendo poco a poco a un mundo de delirios, alucinaciones y paranoias recurrentes.

Ya de adultos, el enfermo se convirtió en un lastre difícil de cargar. No podía trabajar debido a la enfermedad, entraba en psicosis y entonces se desaparecía, andaba con gente indeseable en lupanares y lugares peligrosos, y lo peor de todo era que no podía mantener un apartamento, hacer mercado, pagar facturas y llevar una vida medianamente estable. Era incapaz de imponer un poco de rigor, disciplina y mesura en su cotidianidad. Todo era un caos. Arrendaba habitaciones de las cuales lo expulsaban a las pocas semanas, apenas descubrían que era un paciente psiquiátrico difícil de tratar.

Para que no terminara en la calle como un indigente, mi amigo le consiguió un hogar en las afueras de la ciudad. Un sitio decente donde tenía una habitación limpia y tres comidas diarias balanceadas. Sin lujos, pero también sin necesidades ni penuria.

Un fin de semana, el enfermo entró en crisis y empezó a delirar, aseguraba que lo estaban persiguiendo, que lo iban a matar, que sus enemigos pensaban envenenarlo. Mi amigo se desplazó hasta el lugar y vio que su hermano, en efecto, estaba pasando por un episodio psicótico muy complejo. Además, notó que cuando llegaban los ataques no solo cambiaba la psique, sino que aparecían dolencias de las que su hermano jamás había padecido: dolores lumbares, gastritis, presión arterial alta. Como si no se tratase solo de dos procesos mentales diferentes, sino de cuerpos distintos también.

Entonces, más allá de toda su racionalidad moderna y de su formación académica, por un momento se le ocurrió una idea extraña, misteriosa: sospechó que lo que estaba ahí dentro, en el cuerpo de su hermano, no era su hermano, sino otra cosa, otra entidad, otro ser. No le pareció tan descabellado que en el pasado intentaran exorcizar a ciertas personas que hoy sabemos que sufren de algún trastorno mental. Era como si su hermano hubiera desaparecido por completo y en ese cuerpo se encontrara *alguien* que hubiera usurpado su identidad. Y en un arranque de coraje y desesperación al mismo tiempo, se atrevió a preguntar:

—¿Quién está ahí dentro? ¿Quién es usted?

Y desde el fondo de la habitación esa presencia que no tenía nada que ver con su hermano lo miró desafiante y dejó escapar una risita perversa.

Al día siguiente, el paciente murió de un paro cardiorrespiratorio y durante las honras fúnebres y el entierro mi amigo no podía dejar de evocar esa risa maligna que había escuchado en la penumbra de la habitación.

7. EL PADRE FORTEA

El padre José Antonio Fortea es uno de los sacerdotes más eruditos del Vaticano en cuanto a temas de demonología. Desde muy joven sintió el llamado del sacerdocio y entró en el seminario. Más adelante estudio teología y empezó a investigar sobre exorcismos y posesiones. Viajó por el mundo entero en busca de casos auténticos de posesión, tomó notas y estuvo como testigo presencial en muchos de ellos.

Sus tesis de grado académicas se convirtieron más tarde en publicaciones muy consultadas. Quizás la más conocida sea la *Summa Daemoniaca*, en la que analiza el origen de los demonios, las manifestaciones sobrenaturales en las casas cuando alguien está poseído y las situaciones precisas en que es válido solicitar una ayuda por parte de la Iglesia Católica. Es considerado un manual para exorcistas hoy en día. Luego, en su libro *Exorcística*, ahonda aún más en lo relativo a los espíritus caídos en el mal que deciden invadir los cuerpos humanos. También tiene un libro sobre el caso de posesión demoníaca de Analiese Michel, famoso por la película que se hizo al respecto.

En la red hay algunos videos de este sacerdote español hablando sobre la materia y también algunas escenas reales de exorcismos en los cuales él ha participado. Parece un hombre tranquilo, de gestos suaves y delicados, un tanto introspectivo.

A mí lo que me parece curioso de este sacerdote es que es un escritor prolífico de literatura. Tiene una saga de diez novelas sobre el Apocalipsis, y daría la impresión de que lo que no se atreve a decir de manera pública y abierta, lo dice en sus novelas haciéndolas pasar por ficción literaria. Es una saga cruzada por una obsesión: el fin está cerca y pronto empezará a cumplirse de un modo inevitable lo que han indicado muchos de los textos sagrados de las antiguas religiones.

Ahora, ¿las voces también le están dictando las novelas?

8. ADHESIÓN ESPIRITUAL

Desde el siglo XIX, gracias a los experimentos que realizara el médico alemán Franz Anton Mesmer con el hipnotismo, empezó a quedar en claro que la identidad es una falacia, un anhelo, más que una realidad. No somos uno. Parecería que al interior del cerebro existe cierta plasticidad que nos pone en comunicación con otras fuerzas que están en un entorno no siempre fácil de detectar.

Mesmer dio en la clave de algo que parece moverse en la sombra, detrás de nuestra pretendida personalidad única e indivisible. Los hipnotizados ingresaban en una dimensión extraña que estaba más allá de las coordenadas establecidas. Eso dejó en evidencia que, por lo menos, éramos dos, el ser que se movía en la vida cotidiana, y ese otro que aparecía durante las sesiones de hipnosis.

El doctor Frederick H. W. Myers, que murió en los primeros años del siglo XX, escribió un libro fascinante a partir de sus experiencias con médiums de la época: *La personalidad humana y su supervivencia a la muerte corporal*. Una de las hipótesis de Myers es que desconocemos por completo cómo opera el cerebro en sus funciones ordinarias. Esa es la rama de la medicina más atrasada porque se trata del cerebro estudiando el cerebro. Si desconocemos esas funciones, con mayor razón ignoramos las funciones extraordinarias, esto es, cómo nos comportamos en situaciones extremas o desconocidas. Parecería que somos capaces de ir más allá de las coordenadas espacio-temporales.

Una postura semejante, por supuesto, está más cerca del chamanismo y de prácticas religiosas antiguas. Los sacerdotes indígenas, bien sea en Asia, en África o en América, saben que en las múltiples dimensiones de una realidad caleidoscópica habitan entidades, fuerzas sobrecogedoras que pueden ponerse a nuestro favor, pero que también pueden atacarnos y

herirnos de manera peligrosa. Lo mismo sabían la pitonisa griega en la antigua Europa o la hechicera medieval que acudía al *sabbat* en busca de esos estados alterados de conciencia. El brujo exorciza, limpia, sana a sus pacientes mediante la expulsión de esos espíritus dañinos y perjudiciales. Myers no ve ningún inconveniente en aprender esos rituales y en liberar a ciertos pacientes de la posesión. Lo importante es sanarlos y regresarles su salud, tanto física como espiritual.

Esta tesis fue retomada por el terapeuta Terence Palmer, quien obtuvo un doctorado en el Reino Unido con una tesis sobre la terapia de liberación espiritual. Dice Palmer:

«Cada cultura y cada sistema de creencias religiosas a lo largo de la historia humana tienen sus creencias tradicionales referentes a la posesión de espíritus de una forma u otra, con rituales correspondientes para la liberación o exorcismo de entidades espirituales... Permitir el acomodo de toda la experiencia humana en un marco científico más amplio es una perspectiva aterradora, por varias razones. Pero el miedo es la causa de todo el sufrimiento humano, y solo cuando la ciencia médica pone a un lado sus propios temores de equivocarse puede tratar la enfermedad de manera eficaz al mostrar cómo se le da remedio al miedo».

El doctor William Baldwin, fallecido en el año 2004, estaba convencido de que una experiencia traumática podía causar que la conciencia se retirase del cuerpo y que entrara una *conciencia* dos misteriosa y extraña cuya procedencia desconocemos. Por ello, se dedicó toda su vida a establecer un mecanismo, un ritual, un método por medio del cual fuese posible expulsar a esas otras identidades que de pronto aparecían en los cuerpos de los pacientes.

Me parece fascinante ver una corriente de médicos, psicólogos y psiquiatras saliéndose de las normas establecidas para hacerle frente a esas voces, a esos seres, a esas entidades que de un momento a otro y sin consultarnos, ingresan en nosotros y se apoderan de nuestra existencia. No son exorcistas ni brujos de tribus primitivas. Son médicos graduados en universidades prestigiosas, muchas veces ateos seculares que no practican ninguna religión, y que aún así deciden adentrarse en el misterio a sabiendas de que serán estigmatizados y expulsados por la academia ortodoxa tradicional.

También me ha llamado siempre la atención el doctor Alan Sanderson, un psiquiatra inglés ya anciano que empezó a notar en varios de sus

pacientes que en las posesiones no aparecían demonios, sino seres conocidos: un bisabuelo ya fallecido, una tía, un vecino muerto recientemente y con el cual habíamos mantenido una relación difícil. Es decir, es posible que otros espíritus se adhieran a nosotros y nos enfermen, nos depriman o lleguen incluso al punto de tomarse nuestro cuerpo por asalto.

Lo curioso del método de Sanderson, que también comparten otros terapeutas de esta misma línea, es que ha reunido un archivo impresionante a lo largo de muchos años en el cual se escuchan estas presencias identificándose, hablando, explicándose. El paciente entra en hipnosis y de repente surge en su garganta esa otra voz que se presenta como un hombre o una mujer que ha decidido no desaparecer del todo, sino que por el contrario desea un cuerpo para continuar existiendo.

¿Es todo esto una patraña, un juego de psicosis, un sistema de creencias del paciente? No lo sé, pero es por lo menos sorprendente escuchar a esos seres que parecen provenir de un universo paralelo identificándose con nombre propio y contando sus dolores, sus dudas, sus pérdidas más traumáticas. Lo que hace el doctor Sanderson, entonces, es ayudarlos a que continúen su camino, que sigan el tránsito que les corresponde hacia ese otro lado donde los están esperando sus otros parientes y conocidos. De este modo, el paciente queda libre de esas adhesiones espirituales y puede retomar la dirección de su vida sin interrupciones ni ataques que la lesionen gravemente.

9. EL BARDO THODOL

Más conocido como *El libro tibetano de los muertos*, su traducción literal es: «la liberación por audición del estado intermedio». Es un compendio de consejos e indicaciones para los moribundos y los muertos, unas instrucciones para que puedan transitar con claridad en el otro mundo y logren, incluso, liberarse de la reencarnación. Según el budismo tibetano, después de muertos entramos en un período intermedio de cuarenta y nueve días, y a veces el alma transita a ciegas y puede llegar a extraviarse. Es un manuscrito escrito en el siglo VIII de nuestra era por un santón misterioso, pero hallado en el siglo XIV en una cueva por Karma Lingpa, un aventurero y descubridor de importantes tesoros.

Más tarde el escritor y viajero Walter Evans-Wentz conoció el texto y decidió traducirlo al inglés con la ayuda de un colaborador. En 1927, la primera edición se agotó con rapidez y el libro se convirtió enseguida en un clásico del budismo tibetano para los occidentales. Evans-Wentz estuvo en varios *ashrams* practicando, y tuvo maestros indios que lo iniciaron en la meditación profunda. Quería quedarse a vivir en la India, pero los conflictos de la Segunda Guerra Mundial lo obligaron a regresar a su país: Estados Unidos.

Durante más de dos décadas, Evans vivió de un modo envidiable: no tenía familia, ni casa, ni apartamento, ni pagaba facturas de servicios, ni hacía mercado, ni cocinaba, ni lavaba la ropa ni tendía la cama. Había arrendado una habitación en un hotel en San Diego, California, y se dedicaba exclusivamente a leer, tomar notas y escribir. Cuando murió, en 1965, se leyó en voz alta apartes del libro que él mismo había traducido.

¿Cuarenta y nueve días en los cuales vagamos por el éter sin entender muy bien qué fue lo que nos pasó, sin comprender a cabalidad que estamos muertos? ¿Hay una existencia más allá de la muerte, un portal que debemos

cruzar correctamente, un cambio de estado, una entrada en otra dimensión? ¿Es entonces en ese período que podemos adherirnos al cuerpo de alguien vivo y afectarlo de mala manera? ¿Lo que escuchamos en el archivo del doctor Sanderson son esos espíritus extraviados y confundidos que no saben cómo transitar hacia el otro lado?

No tengo la menor duda de que el día de mi muerte me encantaría que alguien me echara una mano y leyera en voz alta el Bardo Thodol. Extraviarme al otro lado me parece espantoso y no quisiera quedarme vagando en una dimensión intermedia sin saber en realidad qué fue lo que me sucedió. Debo continuar, seguir adelante y buscar esa luz que me conduzca a la siguiente existencia, al siguiente útero, a mi siguiente madre, a mi siguiente parto y a mi siguiente cuerpo.

10. EL EXTRAÑO ARCHIVO DEL DOCTOR STEVENSON

El doctor Ian Stevenson fue durante años el jefe del Departamento de Psiquiatría de la Universidad de Virginia y el director de la División de Estudios de la Percepción de la misma universidad. Alguna vez se tropezó con el escritor Aldous Huxley y juntos experimentaron con LSD, experiencia que lo condujo a tres días de «perfecta serenidad», según sus propias palabras.

Durante años, Stevenson recogió testimonios de niños que aseguraban recordar una vida anterior. Incluso sabían el nombre de esos otros padres, dónde estaban sus casas y qué tipo de existencia habían llevado. Como psiquiatra no dejaba de parecerle algo curioso tropezarse estos testimonios y los estudió como trastornos de la personalidad.

El problema empezó cuando algunos de estos relatos se pudieron constatar en la realidad. Los padres de varios de los chicos, cansados de escuchar a cada rato la misma cantaleta, habían decidido emprender un viaje hasta el pueblo o la ciudad que su hijo nombraba, e ir a buscar las supuestas huellas de esa vida pasada. Y la sorpresa era mayúscula cuando todo coincidía a la perfección.

Después de investigar durante años a estos niños, y gracias a las donaciones de uno de sus amigos, el doctor Stevenson empezó a publicar los primeros resultados. La metodología era aparentemente sencilla, pero muy precisa: grabar al o a la joven en cuestión, pedirle todos los detalles posibles, y luego ir en busca de ese pasado enigmático para verificar los hechos. Era tal la exactitud de los recuerdos de los muchachos, que incluso había huellas presentes en sus cuerpos, de accidentes o enfermedades que habían padecido en su vida anterior.

Otros de sus colegas estaban empezando a descubrir lo mismo por medio de la hipnosis. Sin embargo, el doctor Stevenson continuó con su trabajo y finalmente la evidencia fue tan abrumadora, que tuvo que renunciar a su cargo en el Departamento de Psiquiatría de la universidad y empezar a recorrer el mundo en busca de otros jóvenes y padres de familia que lo llamaban y le escribían contándole sus historias.

Después de décadas de grabaciones, viajes y entrevistas en todos los continentes, recogió más de tres mil casos y los documentó con minucia y precisión. Solo pudo publicar algunos de ellos, los que él consideró más significativos. Quería demostrar que en nuestra salud no solo influyen la herencia y el medio ambiente, sino también la influencia de ese otro que fuimos en una vida pasada.

Lo increíble fue que Stevenson murió el 8 de febrero de 2007. Años atrás le había puesto una cerradura de combinación a su archivo personal donde estaba todo el material recogido a lo largo de más de cuarenta años de viajes e investigaciones. Dijo que la clave de esa cerradura era «un recurso mnemotécnico», es decir, un número que hacía referencia a alguna palabra o símbolo que era recurrente para él.

Y, aunque parezca mentira, ese archivo que contiene una sabiduría única continúa cerrado y con llave en una de las oficinas de la Universidad de Virginia.

Todo un misterio. En ese archivo hay miles de pruebas fehacientes de que no morimos, sino que vamos y venimos por los laberintos del tiempo y del espacio en un recorrido sinuoso y laberíntico que está más allá de nuestra estrecha razón actual.

11. MÁS ALLÁ DEL CEREBRO

El caso de Pamela Reynolds, quien murió recientemente en el año 2010, es uno de los mejor documentados a nivel clínico. Ella fue una cantante y compositora norteamericana a la que le descubrieron un aneurisma cerebral en un lugar específico que era muy difícil de operar. Para lograrlo, los médicos tuvieron que vaciar la zona de sangre y dejarla durante la cirugía en un punto de muerte cerebral. Es decir, todas las funciones quedaron paralizadas. Sin embargo, ella sufrió un desdoblamiento durante ese momento y vio su cuerpo desde arriba en la camilla, escuchó las conversaciones entre los médicos y las enfermeras, viajó a una zona de luz en la que se encontró con algunos de sus familiares más queridos, y uno de ellos, un tío que había muerto muy joven, a los treinta y nueve años, la condujo de nuevo hasta su cuerpo y le dijo que tenía que regresar a él. Ella le dijo que no, que no quería, que prefería dirigirse hacia esa zona de luz de un modo definitivo. Pero su tío insistió y la ayudó a regresar a esa materia que era la suya. Fue cuando ella sintió el estremecimiento de todo su cuerpo al ingresar en él. Acababa de resucitar.

Todos los detalles de Pam Reynolds fueron verificados por un equipo de médicos del hospital donde la operaron. No saben qué fue exactamente lo que ocurrió. Lo cierto es que no solo vio y escuchó lo que estaba sucediendo (algo imposible si el cerebro se encuentra detenido, los ojos cubiertos por una sábana y los oídos taponados por unos aparatos que ayudan a monitorear las ondas cerebrales), sino que después pudo recordar lo sucedido, una función que no está disponible durante una muerte cerebral.

¿Una parte de nuestra mente, de nuestra conciencia, está fuera del cerebro? ¿Una parte de nosotros existe fuera del cuerpo? ¿Vemos sin necesidad de los ojos y oímos sin los oídos? ¿Es cierto que nuestra

medicina está muy avanzada o, por el contrario, está tan atrasada que no puede explicar algo que sí entendían a cabalidad los antiguos, y que comprenden sin problema los chamanes contemporáneos?

12. SHANTI DEVI

En los años treinta la pequeña Shanti Devi, que acababa de cumplir los cuatro años de edad, empezó a hablar de otra casa, de un marido y un hijo que había tenido, de un pueblo que quedaba a varios kilómetros de distancia. Vivía en una familia de clase media en Nueva Delhi y la madre creyó que su hija tenía una imaginación desbordada para su edad. La llevó al médico, pero la niña estaba perfectamente normal.

En los meses siguientes, Shanti empezó a dar detalles escalofriantes de esa vida pasada. Dijo que había muerto al nacer su hijo y que su marido se había quedado deshecho. Dio detalles de esa casa y aseguró que si la llevaban al pueblo ella misma los guiaría hasta su antigua residencia. Algo curioso es que la niña, cuando le servían la comida, hacía la carne a un lado y aseguraba ser vegetariana y pertenecer a una casta superior.

Shanti no había querido dar el nombre de su antiguo marido porque es un gesto mal visto, pero, ante la promesa de que le escribirían para contactarlo, lo hizo. El hombre respondió enseguida y entonces se produjo el encuentro. La niña no solo dio detalles increíbles de esa vida pasada junto a él, sino que reconoció a su hijo entre lágrimas y a otros parientes en una sala de más de cuarenta y cinco personas. Preguntó por un dinero que solía esconder debajo de una estatua, afirmó que la casa antes estaba pintada de otro color, y, ya en privado, le dio detalles a su exesposo de la relación entre ellos dos, asuntos privados que solo una pareja puede saber. Al hombre no le quedó la menor duda de que Shanti Devi era la reencarnación de su antigua esposa. Pero se había vuelto a casar y ya tenía otra vida organizada junto a su nueva mujer.

La historia de Shanti Devi fue corroborada por el propio Mahatma Gandhi, que se interesó por ella. También el psicólogo y escritor sueco Sture Lonnstrand viajó hasta la India para conocer el caso de cerca y

escribir sobre él. Estuvo con Shanti Devi varios días y pudo confirmar en el terreno cada uno de los detalles de esa vida anterior de la que hablaba la niña con tanta vehemencia y convicción. En un momento le pregunta a ella:

—Cuando te acuerdas de esa vida anterior, ¿sientes alguna aflicción?

—Es como alguien que ha tenido un sueño y después lo recordara a la perfección.

—¿Qué sientes al vivir en dos tiempos simultáneamente?

—Recuerdo a mi esposo sin nostalgia porque ya encontró a otra mujer. Ahora siento una necesidad muy grande de predicar la reencarnación. Yo soy la prueba de que hay una vida pasada.

A comienzos del siglo XIX existió en Londres un joven llamado Zerah Colburn. Sus parientes cercanos creían que era medio retrasado por su actitud introspectiva y callada. Pero a las pocas semanas de enviarlo al colegio resultó ser un genio que calculaba cualquier ecuación que se le presentase, por muy difícil y compleja que esta fuera. Y alguna vez, cuando le preguntaron cómo podía realizar prodigios semejantes, él se limitó a contestar:

—No sé, solo lo recuerdo.

¿Recordamos temas, asuntos, inclinaciones, afectos, talentos y tendencias que nos vienen de un tiempo anterior al nacimiento? ¿Creemos que el tiempo es lineal, que hay un pasado, un presente y un futuro, cuando en realidad se trata de un espacio curvo que genera un tiempo en espiral, un tiempo en el que vamos y venimos como en un laberinto en el que tenemos muchos rostros, muchas vidas? ¿Es la identidad una ficción?

13. UN CADÁVER EN LAS NEVERAS

El doctor George Rodonaia era un médico ruso con un doctorado en neurología cuando en 1976 sufrió un aparente accidente automovilístico. Allegados suyos afirman que se trató de un crimen porque el médico era un disidente del régimen, un científico crítico al que le disgustaba mucho ese sistema comunista de vigilancia y opresión permanente. En consecuencia, la KGB, el aparato de seguridad, planeó el atentado para quitarse a Rodonaia de encima. Y todo salió bien. El doctor fue declarado muerto, hicieron el levantamiento del cadáver y lo condujeron a unos cuartos refrigerados en la morgue.

Allí permaneció el cuerpo de Rodonaia durante tres días, en las neveras, inmóvil, helado, amarillo, sin signos vitales. Hasta que los médicos de la institución lo sacaron para hacerle una autopsia y realizar un informe sobre su muerte. Y cuando uno de los galenos estaba introduciendo el bisturí en el cuerpo de Rodonaia este empezó a parpadear y a despertar misteriosamente de la muerte. La sorpresa fue mayúscula y le dieron enseguida los primeros auxilios. Rodonaia no solo regresó y volvió a respirar, sino que recuperó por completo su salud, tanto física como mentalmente. Fue un proceso lento y tortuoso que le costó cerca de nueve meses en el hospital, pero al término de ese tiempo pudo recobrar su movilidad muscular y su pensamiento normal. Pocos años después, con la caída del muro de Berlín, saldría de la Unión Soviética para siempre y se instalaría en los Estados Unidos, donde estudió un doctorado más en psicología de la religión. Luego se hizo sacerdote ortodoxo.

Este es uno de los casos mejor documentados al respecto porque el propio Rodonaia, médico y neurólogo de profesión, explicó que hasta ese momento él creía que la conciencia y el cerebro estaban, por supuesto, estrechamente ligados, hasta el punto de que la segunda dependía del

primero. No hay conciencia si hay muerte cerebral. Sin embargo, en contra de todas las teorías científicas vigentes, Rodonaia experimentó un extraño viaje durante esos tres días. Su cerebro estaba muerto, pero su conciencia continuó desplazándose por el espacio-tiempo. En sus propias palabras:

«Podía estar en cualquier sitio instantáneamente, realmente allí. Intenté comunicarme con gente que vi. Algunos notaron mi presencia, pero nadie hizo nada. Sentí necesidad de estudiar la Biblia y la filosofía. Si quieres, recibes. Piensa y te viene. Así que participé, fui hacia atrás y viví en las mentes de Jesús y sus discípulos. Oí sus conversaciones, experimenté la comida, el vino, los olores, los sabores, y sin embargo no tenía cuerpo. Yo era conciencia pura. Si no entendía lo que estaba pasando, me venía una explicación. Pero no me hablaba ningún profesor. Exploré el Imperio romano, Babilonia, los tiempos de Noé y Abraham. Cualquier época en la que pienses, estuve allí.

Así que allí estaba yo, abrumado con todas estas cosas buenas y esta maravillosa experiencia, cuando alguien empieza a cortarme en la barriga. ¿Pueden imaginarse? Lo que había pasado es que me habían llevado al forense. Había sido declarado muerto y me habían dejado allí tres días. Se llevó a cabo una investigación de la causa de mi muerte, así que enviaron a alguien a hacerme la autopsia. Cuando empezaron a cortarme el abdomen, sentí como si una gran fuerza me agarrase por el cuello y me empujase hacia abajo. Y era tan poderosa que abrí los ojos y tuve aquella enorme sensación de dolor. Mi cuerpo estaba frío y empecé a temblar. La autopsia se detuvo inmediatamente y me llevaron al hospital donde permanecí los siguientes nueve meses, la mayor parte de ellos con un respirador».

Algo curioso de la historia de Rodonaia es que durante esos tres días vio a varios de sus familiares y amigos realizando ciertas actividades. Cuando alguno de ellos se sentía escéptico frente a su historia, él le decía qué había hecho exactamente tal día a tal hora, y la persona quedaba estupefacta. Incluso confesó que había estado en la casa de sus vecinos, los cuales tenían un niño recién nacido que lloraba a todas horas, tanto de día como de noche. Le habían realizado varios exámenes en el hospital, pero todo parecía normal y estable. Durante su viaje astral, Rodonaia supo que el bebé tenía una fractura en uno de sus brazos, seguramente debido a un traumatismo durante el parto. Apenas pudo hablar en el hospital, les dijo a sus vecinos que por favor le revisaran ese brazo al bebé, y, en efecto, la radiografía mostró un hueso torcido y lesionado.

Tres días muerto en una nevera. ¿Qué es eso? ¿Cómo explicarlo científicamente? Si hay temor porque el cerebro no se oxigena por unos cuantos minutos, ¿cómo explicar que un individuo permanezca tres días muerto en unos refrigeradores y que se recupere plenamente, hasta el punto de convertirse en un estudiante de doctorado modelo y excepcional?

Quizás casos así nos confirman una y otra vez que eso que llamamos realidad no es más que una casilla estrecha donde solo caben unos escasos

acontecimientos.

14. ESPIRITISMO EN AUSCHWITZ

Viktor Frankl era ya en la década del treinta un médico y psiquiatra notable en la ciudad de Viena. De un momento a otro empieza la guerra y se ve atrapado sin alcanzar a escapar. Sus padres y su esposa son enviados con él a los campos de concentración. Comienza entonces el descenso a los infiernos.

Frankl estuvo en Dachau y en Auschwitz como prisionero regular. Su mujer y sus padres mueren rápidamente. Él empieza a notar que no son los prisioneros más robustos y fuertes físicamente los que mejor aguantan los rigores del campo, sino aquellos que tienen en su interior una vida rica a nivel psíquico y espiritual. Una obsesión lo persigue en sus largos días de cautiverio: contar lo sucedido, narrarlo, dejar un testimonio desde la perspectiva de un superviviente que ha estudiado psiquiatría y al que le interesan los extraños y a veces perversos mecanismos de la mente humana. En sus peores momentos de hambre y desfallecimiento se dedica a tomar notas, a escribir en secreto, en signos de taquigrafía, esos instantes reveladores que le darán un matiz único a su libro cuando logre salir.

Hay momentos de su reclusión en el campo que son de una crudeza inhumana. Él los va asimilando, los procesa internamente sin angustiarse, siempre con la certeza de que algún día dejará testimonio de ellos. Una madrugada ve a uno de sus compañeros de camarote revolverse en la cama, gemir y sofocarse en medio de pesadillas atroces. Frankl lo va a despertar cuando, de pronto, echa un vistazo a su alrededor y se da cuenta de que ninguna pesadilla puede ser peor que ese lugar. Entonces lo deja seguir gritando y respirando entre ahogos entrecortados.

Una noche alguien de una de las barracas propone una sesión de espiritismo. Como todos saben que Frankl es psiquiatra, lo invitan a que haga parte y opine al respecto. Él acepta solo para romper, así sea

momentáneamente, la dolorosa rutina del campo. El médium no logra hacer contacto con los espíritus, pero un conserje que está con ellos, poseído por una fuerza que no logra comprender, escribe en un papel: «Vae Victis». Sobra decir que el hombre no tenía ni idea de latín. La expresión traduce: «¡Ay de los vencidos!», y se refería en la antigüedad al dolor y la dignidad de los que habían sido conquistados y derrotados. Un mensaje perfecto para una situación como en la cual se encontraban Frankl y sus compañeros de encierro.

El 27 de abril de 1945 los norteamericanos liberan a todos los prisioneros de los campos de exterminio. Frankl se recupera con prontitud y enseguida se pone a escribir lo que será uno de los grandes hitos del siglo XX: *El hombre en busca de sentido*. Un testimonio desgarrador de la crueldad humana y de la capacidad de resistencia contra la adversidad.

Cuando regresa a trabajar como psiquiatra, Frankl se da cuenta de que muchos de sus pacientes sufren de un vacío, de una angustia, de una depresión cuyo origen está, en realidad, en una falta de sentido profundo para sus vidas. Crea entonces la logoterapia, cuyo propósito es, a diferencia del psicoanálisis que lanza al sujeto hacia su pasado, lanzarlo hacia un futuro posible. Esto es, confrontar al paciente y hacerle caer en cuenta de que su vida carece por completo de hondura y de compromiso. Y Frankl sí que sabía de qué estaba hablando.

Quizás la frase sobre los vencidos durante la sesión de espiritismo no hacía referencia a la derrota militar, sino a todos aquellos que vagan por la vida sin saber por qué están aquí.

¿No sería ese, acaso, el más noble propósito de toda educación: enseñarnos a buscar la razón por la cual estamos en este mundo?

CAPÍTULO III
¿ALGUIEN ESTÁ ALLÁ AFUERA?

1. ALLÁ ARRIBA

La astronauta de la NASA Stefany Shyn Piper estaba en el año 2006 realizando trabajos en la Estación Espacial Internacional. En esa misión se reportaron objetos no identificados alrededor de la plataforma. Algunos hablaron de basura estelar, otros de luces y reflejos, e incluso alguien se atrevió a asegurar que se podía tratar de bolsas de basura. Sin embargo, esos objetos acompañaron la misión durante horas enteras e incluso la retrasaron todo un día en su regreso a la Tierra.

Luego, en una rueda de prensa, la astronauta Shyn Piper dio declaraciones sobre lo sucedido, y, en un momento dado, cuando está recordando que vio «algo» inusual, su rostro empieza a transfigurarse, respira con dificultad, su mirada se pierde en el vacío y cae al suelo semiinconsciente. Dos colegas alcanzan a ayudarla para que no se golpee contra el piso. A los pocos minutos regresa a la tarima, se sonríe frente a todos los periodistas, hace una broma e intenta recuperar el hilo de su relato. Pero de nuevo, al evocar lo sucedido, su respiración queda entrecortada, las piernas la traicionan y vuelve a desvanecerse. Al final, la sacan a rastras en busca de una camilla.

Muchos expertos dijeron que era normal, que los astronautas suelen perder el sentido cuando regresan al planeta, que hay ciertos desequilibrios en los fluidos corporales, en fin, dieron mil justificaciones para excusarla. Quizás tengan razón. Aun así, lo curioso no es eso, sino la cara de terror de la astronauta al evocar su experiencia, su pánico, la manera como su rostro quedó demudado, pálido, atravesado por el horror. No parecía una militar muy entrenada en estas lides, sino más bien una mujer vulnerable en pleno estrés postraumático.

¿Qué habrá sido, en realidad, lo que vio Stefany allá arriba?

2. EL RAPTO

La luz cruzó el firmamento e iluminó los campos alrededor, los árboles, los tejados de las casas vecinas. Fue una ráfaga potente que dejó detrás de sí una estela que parecía un estallido de fuegos artificiales. ¿Un meteorito?, se preguntó Adela Cruz mientras veía aún esos visos azulados en el cielo. A los pocos minutos notó algo suspendido en el aire a pocos metros de la finca donde estaban ella y su esposo viviendo desde hacía más de diez años. Los hijos se habían ido a la ciudad donde unos familiares a buscar estudios superiores. Por eso se habían quedado solos ellos dos.

Los perros empezaron a ladrar y a agitarse de manera agresiva. La luz continuaba suspendida en el cielo. Los destellos azulados y violetas le daban a la noche un aire acuoso, marítimo. Su esposo estaba durmiendo. Ella decidió caminar unos pasos hasta la cerca del primer potrero y echar un vistazo. No podía ser un helicóptero de las fuerzas militares porque todo estaba en el más absoluto silencio. No había ruido de motores ni hélices.

No se acuerda de nada más. La encontró su marido a las cinco de la mañana sin conocimiento tirada entre los pastizales. No sabe qué pasó. En los días siguientes se sintió algo mareada, sin fuerzas, pero se lo atribuyó a la noche que había pasado a la intemperie sin cobijas ni protección de ninguna clase. Sin embargo, no lograba concentrarse, tenía pesadillas recurrentes donde la perseguían para hacerle daño y vivía intranquila, paranoica, vigilando las cercas y las dos entradas que tenía la finca, pensaba que en cualquier momento podían hacerles daño. No podía explicar ese nerviosismo, esa sensación de estar desvalida, desprotegida ante cualquier ataque inminente.

Su esposo tuvo que llevarla a un psicólogo en Bogotá. La terapia no sirvió de mayor cosa y todo continuó igual. Hasta que un familiar les dijo que ella, seguramente, había sido raptada por entidades biológicas

extraterrestres. Le recomendó a Adela que se sometiera a una hipnosis para saber qué había sucedido realmente esa noche. Buscaron a un nuevo terapeuta y él accedió a hipnotizarla para buscar si había algún tipo de información secreta almacenada en el inconsciente.

La sorpresa fue mayúscula. Ya en trance, Adela habló de cómo desde la nave la habían paralizado. Luego la elevaron hasta ingresarla en una sala ovalada donde le revisaron todo su cuerpo, particularmente sus órganos sexuales. La estudiaron minuciosamente y luego extrajeron muestras de tejido. Ella sintió también que hurgaban en sus ovarios y que, por algún motivo que desconocía, necesitaban muestras de sus óvulos y de su aparato reproductor. No era una mujer joven, pero se mantenía en buena forma y era fértil todavía. Luego la depositaron en el potrero donde la había encontrado su marido en la madrugada.

¿Eran alucinaciones de una mente trastornada? ¿Estaba Adela mostrando visos de una psicosis incipiente? Quizás, pero lo curioso es que unos exámenes que ella se hizo para mirar si había algún tipo de tumor o de enfermedad agazapada mostró algo muy raro que los médicos no supieron cómo explicar: en su muñeca aparecía un trozo de metal diminuto clavado entre los músculos y los tendones. Al principio creyeron que se trataba de algún accidente normal producto de la vida de campo, pero luego se dieron cuenta de que parecía un objeto alargado, tubular, como si fuera un microchip o algo similar.

En una intervención quirúrgica ambulatoria le abrieron la muñeca y le extrajeron la pieza de metal. En efecto, era una especie de pedazo de alambre alargado y hueco por dentro. Creyeron que se trataba de algún material de origen extraterrestre, pero no, resultó ser un fragmento de titanio y otra parte de cloruro de zinc sin mezclar. Algo muy raro e inusual que no se ve en ningún tipo de herramienta ni de instrumento conocido.

Lo cierto es que después de la extracción de la pieza Adela recuperó de nuevo sus fuerzas, y su salud regresó a la normalidad. Hoy en día vive tranquila al lado de su esposo y de uno de sus hijos, que ya terminó Agronomía y trabaja con ellos en la finca.

Cuando le pregunto por este episodio, ella se pasa la mano por la cabeza y me dice:

—No sé, todo es tan raro. Pero haber vuelto a vivir lo que tenía olvidado me hizo sentirme más vulnerable y me hizo temerle a la oscuridad.

Ya no salgo nunca sola de noche. Cuando por alguna razón mi esposo está de viaje, yo duermo con una lamparita encendida hasta la mañana siguiente.

—¿Cree que se trató, en efecto, de una abducción, de un secuestro alienígena?

—Sí —responde ella de un modo categórico—. No tengo la menor duda.

—¿Y para qué la raptaron?

—No estoy segura. Solo sé que me extrajeron muestras de mi cuerpo. El resto son teorías, interpretaciones posibles.

—¿Cree que usted fue la única?

—Luego investigué por Internet y me di cuenta de que este fenómeno es más común de lo que uno cree. Hay gente en Estados Unidos y en Europa a los que les ha sucedido exactamente lo mismo. Y no sabemos si en los otros continentes también, solo que no lo han reportado.

—¿Estarán tomando muestras para guardar una memoria genética y volver a repoblar el planeta en caso de una extinción?

—Puede ser. No lo sé.

—¿No ha vuelto a ser testigo de nada similar?

—No, nunca más.

—¿Siente algún tipo de amenaza latente?

—Después de algo así uno jamás queda igual. Por ejemplo, ahora tengo dos nietos de mi otra hija, y no me gusta que vengan aquí a saludarnos. Prefiero que nosotros vayamos a la ciudad a verlos y a pasar unos días a su lado.

—¿Cree que corren peligro?

—Todos corremos peligro.

Le agradezco por su testimonio y lo único que ella me pide es que por favor cambie su nombre para que no empiecen a señalar a su familia ni a tratarla como gente rara. Le aseguro que así será.

3. EL INTEGRATON

George Van Tassel es uno de los *contactados* más importantes del siglo XX. Se retiró de su trabajo como ingeniero de aviación, compró un terreno en pleno desierto californiano, en el corazón de territorios sagrados indígenas, y se dedicó a meditar y a entrar en contacto con seres de otras dimensiones.

En 1952 seres extraterrestres a los que él llamó el Comando Ashtar, y que se convirtieron en sus maestros espirituales, le comunicaron la necesidad de advertir a los seres humanos de los peligros que estaban corriendo debido a las guerras, la sociedad de consumo y la contaminación exagerada. A partir de ese momento, dictó seminarios y sesiones espirituales en su propiedad, siempre apuntando a esos mensajes telepáticos que le avisaban de un futuro nada prometedor en la Tierra.

En 1953 una nave proveniente del planeta Venus aterrizó en medio del desierto y fue invitado a visitar el interior de la misma. Allí le enseñaron una técnica para rejuvenecer los tejidos de las células vivas. Al año siguiente, Van Tassel empezó la construcción de un edificio circular muy extraño al que llamó el Integraton, una especie de máquina del tiempo que permitiría rejuvenecer a los seres vivos que allí ingresaran.

Debido a sus vórtices de perfecta geometría, a su arquitectura energética y a los sonidos que produce el viento dentro del recinto, es posible sanar y curar ciertas enfermedades tanto físicas como mentales solo acostando al paciente en el centro del lugar. No obstante, lo más importante es que el Integraton funciona como una máquina revitalizadora que potencia nuestras fuentes de energía más ocultas.

Van Tassel murió a finales de los años setenta, pero la construcción continúa allí, en el desierto, y sin duda es uno de los lugares más especiales que uno pueda visitar en el mundo entero.

4. LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Esta es una de las historias más fascinantes del siglo XX. Cruzando en ferry uno de los canales de Venecia se encontraron dos sacerdotes, el padre Ernetti y el padre Brune, y empezaron a conversar sobre temas afines. Ambos compartían la pasión por las lenguas muertas y por la historia antigua. El padre Ernetti era ya un exorcista relativamente reconocido dentro del Vaticano. Años más tarde, el célebre exorcista de la Iglesia, Gabriel Amorth, escribiría incluso un ensayo sobre él.

En un momento dado de la conversación, y confiando en que está hablando con un sacerdote católico, el benedictino Ernetti le confiesa a Francois Brune que desde años atrás viene trabajando en una máquina que permita recoger imágenes del pasado. La teoría es muy similar a la de los telescopios. Muchas veces los astrónomos, al captar imágenes de galaxias remotas, en realidad están captando escenas de planetas y estrellas que ya no existen, pero cuya luz hasta ahora está llegando hasta nosotros. Es decir, un telescopio, de algún modo, es una máquina que nos permite viajar hacia el pasado y verlo directamente. La pregunta, entonces, que se hicieron el padre Ernetti y un equipo de trabajo que estaba a su lado (entre los cuales se encontraba el prestigioso científico Enrico Fermi), fue: ¿es posible sintonizar con energías que están en el pasado y capturarlas en una pantalla?

En eso trabajaron durante años hasta que, finalmente, dieron con un aparato que parecía funcionar y que registraba señales que venían de tiempos remotos. Lo llamaron el Cronovisor. Fueron testigos de momentos claves durante la fundación de Roma y de célebres batallas que cambiarían la historia de Europa para siempre. Sin embargo, cuando ya estaban preparados, hicieron el gran viaje y sintonizaron el aparato con el instante definitivo que partiría a Occidente en antes y después de ese suceso: la historia de Jesús.

El padre Brune estaba estupefacto y preguntó si el equipo de colaboradores y el sacerdote habían logrado ir hasta el momento exacto de la crucifixión del Maestro. Ernetti le respondió:

—Vimos toda la agonía, la traición de Judas, el juicio y el calvario.

Los problemas llegaron cuando en 1972 un periódico italiano sacó a la luz pública el invento del padre Ernetti. Una foto de Jesús que se anexaba como auténtica, supuestamente captada por el Cronovisor, resultó falsa, una copia, y el sacerdote y su genial aparato quedaron en la picota pública.

El Vaticano guardó reserva sobre la extraña máquina y luego corrieron rumores de que por orden del mismo papa la habían mandado a dismantelar.

En los años ochenta el padre Brune publicó un libro, *Los muertos nos hablan*, en el cual afirmaba que mediante procedimientos técnicos era posible captar psicofonías, esto es, mensajes que nos llegan desde el más allá. Fue entonces que habló abiertamente del Cronovisor y de los esfuerzos científicos del Vaticano por llegar hasta la época de Jesús y recoger pruebas fidedignas de su historia.

El padre Ernetti murió en 1994 y años después el padre Brune dijo que su amigo le había dicho que, aunque el Vaticano había ordenado desarmar su invento, él había registrado dos copias de los planos en notarías públicas de Suiza y de Japón.

Sería una aventura extraordinaria desenterrar esos planos y empezar a escribir la verdadera historia de cómo el Vaticano mandó a desmontar uno de los inventos más sorprendentes de la historia de la humanidad. O descubrir, quizás, que la máquina está escondida en algún sótano recóndito en Roma, y que los jerarcas de la Iglesia suelen viajar por el pasado sin que el resto de los mortales nos enteremos.

5. J-ROD

Dan Burisch es un microbiólogo norteamericano doctorado por la Universidad de Nueva York y director del Proyecto Lotus. Ha sido nominado a varios premios por hallar en sus investigaciones una estructura a la que han denominado como «el árbol de la vida». Sin embargo, este costado académico y científico es el menos importante de este personaje.

Lo realmente increíble sucede cuando es niño y su abuelo ve cómo una nave extraterrestre lo rapta por los aires. Unas horas después, Dan es regresado al mismo lugar, pero en su estructura cerebral le ha sido inoculada una serie de informaciones claves que más adelante lo convertirán en un renombrado investigador. Debido a ello es que el gobierno lo contacta y lo envía a trabajar en las bases secretas del Área 51, una plataforma subterránea donde se llevan a cabo todo tipo de proyectos basados en contactos con seres de otros mundos.

Durante ese tiempo es que el doctor Burisch conoce a una entidad biológica extraterrestre a la que todos conocen en la base como J-Rod. En realidad, aunque fue capturado después de un accidente de su nave espacial en el desierto, J-Rod no es un ser de otro planeta, sino un humano del futuro. Le cuenta al doctor Burisch que el tiempo no es lineal, sino múltiple, diverso. Es como una línea de tren en la cual unos vagones toman una dirección y otros son desviados a una línea alterna. En una de esas tantas variantes, la humanidad sufrió una catástrofe y murieron dos terceras partes en los cinco continentes. Algunos humanos sobrevivieron gracias a que construyeron refugios subterráneos. Y el planeta fue repoblado de nuevo gracias a esos sobrevivientes.

J-Rod regresó a su mundo en el futuro gracias a un agujero de gusano (término que se refiere a un portal interdimensional donde cambian las coordenadas espacio-tiempo). El mismo doctor Burisch lo empujó y él

ingresó en ese laberinto que lo condujo a encontrarse con los suyos. Según testimonios no solo de Burisch, sino también de otros especialistas en el tema como Bob Dean o Alex Collier, hay varios de estos portales alrededor del globo, y gracias a ellos es que logramos entrar en contacto con seres que provienen del espacio exterior y de tiempos futuros. El control de esos agujeros de gusano es fundamental en la geopolítica actual.

Otro tema clave es que después de tener acceso a alta tecnología en el siglo XX, y de construir y estallar varias bombas atómicas, la humanidad pasó de un *tiempo uno* pacífico y tranquilo, a un *tiempo dos* en el que, supuestamente, va a suceder la catástrofe. En esta línea de tiempo en la que nos encontramos ahora es que vendrá en algún momento la hecatombe global.

A mí toda la historia de la amistad entre el doctor Burisch y la entidad biológica J-Rod me parece fascinante para escribir una novela de ciencia ficción. Sin embargo, lo que me llama más la atención es que Burisch asegura que fue contratado hace unos años para liderar un proyecto de recolección de ADN de plantas, animales y seres humanos. Una especie de Arca de Noé biológica para volver a reconstruir el planeta en caso de que llegue la catástrofe. Es decir, que la famosa Bóveda del Fin del Mundo que está en Noruega, en la que reposa toda la memoria vegetal de la Tierra, y que ha sido el origen de grandes reportajes y artículos de columnistas en distintos medios de comunicación tanto europeos como norteamericanos, no es sino la punta del iceberg de un proyecto mayor de gran envergadura.

Burisch afirma incluso que buena parte de ese banco de memoria genética ha sido almacenado en una base secreta en la luna, fuera del globo. Si llegamos a colapsar, y terminamos poniendo en riesgo al resto de las especies tanto vegetales como animales, tendremos entonces cómo repoblar lo que quede de nuestro mundo.

6. ANIMALES MUTILADOS

A partir de los años sesenta empezaron a aparecer vacas, caballos y ovejas mutilados de manera anómala a lo largo de distintos estados norteamericanos. Eran incisiones y fisuras hechas de manera precisa, quirúrgica, y que parecían haber sido ejecutadas por especialistas para tomar muestras de tejido de la boca, las ubres y los órganos reproductivos. Después de una denuncia que se hizo en Colorado durante los años setenta, miles de granjeros de estados como Dakota, Texas, Montana o Nuevo México dijeron haber sido víctimas de mutilaciones similares en sus ganados. Incluso el senador demócrata Floyd K. Haskell contactó al FBI y exigió una investigación seria al respecto. Aun así, al día de hoy no ha sido posible establecer qué es lo que pasa cuando los animales de una granja son cercenados y amputados de manera tan siniestra.

Desde la perspectiva del doctor Burisch, entonces, se trataría de un proyecto secreto que está tomando muestras de tejido de todas las especies para almacenarlas pensando en una catástrofe gigante que se avecina. Naves de alta tecnología descenderían en medio de la noche sobre los establos y los potreros, extraerían los pedazos exactos que necesitan de cada una de las partes del cuerpo de los animales, y se irían en silencio sin dejar huellas ni testigos. Se trataría, en realidad, de la recolección de material para esta nueva Arca de Noé que nos permitirá rehacer el mundo en un mañana no tan remoto.

7. LA TERCERA LEY DE CLARKE

Después de Ray Bradbury, el escritor de ciencia ficción más fascinante es, sin duda, el inglés Arthur C. Clarke, autor de la famosa *2001: Una odisea del espacio*, y coautor del guión de la película que lleva el mismo nombre. Clarke trabajó con la fuerza aérea inglesa y fue un ingeniero sobresaliente y un especialista en satélites. También estudió Física y Matemáticas en el prestigioso King's College de Londres. Su vida está llena de premios y reconocimientos a su inmenso talento. Fue nombrado Caballero de la Orden del Imperio Británico en 1998, y el asteroide número 4923 lleva su nombre, lo mismo que un dinosaurio descubierto en Australia.

Son famosas sus tres leyes, esbozadas durante los años sesenta y setenta:

- 1.ª Cuando un científico eminente pero anciano afirma que algo es posible, es casi seguro que tiene razón. Cuando afirma que algo es imposible, muy probablemente está equivocado.*
- 2.ª La única manera de descubrir los límites de lo posible es aventurarse un poco más allá, hacia lo imposible.*
- 3.ª Toda tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia.*

Quizás debido a esta tercera ley fue que decidió mudarse a Sri Lanka, entrar en contacto con maestros y chamanes provenientes de la India, y al final de su vida vivió en Colombo investigando extraños casos de reencarnación. Los periódicos de esa ciudad reseñaban historias de jóvenes y niños que tenían recuerdos de vidas pasadas. Por pura casualidad, o por destino, alguien se dio cuenta de que esos recuerdos no eran fantasías ni delirios, sino datos referentes a la vida en concreto de alguien que también había vivido en la isla. Y entonces puso en contacto a las dos familias para que se conocieran, la del muerto y la del reencarnado.

Clarke pasó sus últimos días leyendo estos casos, visitando a los protagonistas, tomando notas y entrevistando tanto a los jóvenes que decían

haber vivido una vida pasada como a sus familiares.

¿Un escritor de ciencia ficción rastreando reencarnaciones en un rincón escondido del planeta? ¿Qué estaba estudiando Clarke, realmente? ¿Qué descubrió en esos años en los que fue testigo de que la muerte no es más que el tránsito hacia una vida posterior?

8. JUNG Y LOS CONTACTADOS

La vida de Carl Gustav Jung da para una película excepcional. Sus viajes por el mundo entero en busca de claves para descifrar el inconsciente colectivo, sus vínculos con la magia y los fenómenos parasicológicos, su ruptura con Freud, que estuvo acompañada de un golpe seco, un estruendo inexplicable que ambos escucharon en el mismo salón donde discutían:

«Mientras Freud exponía sus argumentos, yo sentí una extraordinaria sensación. Me pareció como si mi diafragma fuera de hierro y se pusiera incandescente —una cavidad diafragmática incandescente. Y en este instante sonó un crujido tal en la biblioteca, que se hallaba inmediatamente junto a nosotros, que los dos nos asustamos. Creímos que el armario caía sobre nosotros. Tan fuerte fue el crujido. Le dije a Freud: “Esto ha sido un fenómeno de exteriorización de los denominados catalíticos”. “¡Bah —dijo él—, esto sí que es un absurdo!”. “Pues no”, le respondí, “se equivoca usted, señor profesor. Y para probar que llevo razón le predigo ahora que volverá inmediatamente a oírse otro crujido”. Y, efectivamente: ¡apenas había pronunciado estas palabras se oyó el mismo crujido en la biblioteca! Freud me miró horrorizado».

Hacia el año 1913, y creyendo que estaba somatizando el fin de su relación con Freud, Jung empezó a sentir fuertes trastornos nerviosos que incluso lo condujeron a lo que él consideró como alucinaciones que mostraban un carácter disociativo de su personalidad. Eran imágenes de índole catastrofista. No luchó contra ellas a todo lo largo de 1914 y aceptó esa visita inquietante en la que su propia psique lo conducía a un paraje ignoto y desconocido de sí mismo.

Al estallar la guerra comprendió que no era víctima de una psicosis, sino de sueños y escenas de carácter premonitorio. El psiquiatra devenía vidente. Años más tarde, en la década del treinta, volvió a sucederle lo mismo y su mente, ensanchada, agigantada, abierta al misterio, le advirtió de otra catástrofe inminente, la Segunda Guerra Mundial.

A lo largo de todos estos años en los cuales fue visitado por presencias fantasmagóricas, ancianos sabios y mujeres celestiales, Jung trabajó en un libro sagrado, en una especie de manuscrito sobre sus revelaciones. Escribió no como psicoanalista, sino como un profeta, como un poeta que había aceptado la visita de seres numinosos que parecían provenir de otra dimensión. A ese texto lo llamó el Libro Nuevo y se refería a él también como el Libro Rojo porque estaba empastado en un cuero teñido de ese color. Varios dibujos y pinturas acompañan esa caligrafía frenética del Jung mago que se sabe en un punto privilegiado y terrible de la historia de la humanidad.

Aunque parezca mentira, solo una veintena de personas tuvo acceso a ese libro porque permaneció en una caja de seguridad de un banco en Suiza hasta el año 2009, cuando sus seguidores decidieron publicarlo.

«Cuando perseguí las imágenes interiores fue el momento más importante de mi vida. Todo lo demás se deriva de ello. Comenzó en aquel tiempo, y los detalles posteriores apenas importan nada. Mi vida entera consistió en la elaboración de lo que había irrumpido progresivamente desde lo inconsciente e inundado como una corriente enigmática y amenazado con desbordarme. Esa fue la sustancia y el material para más de una sola vida. Todo lo posterior fue meramente la clasificación externa, la elaboración científica, y la integración en la vida. Pero el inicio numinoso, que contenía todo, fue entonces».

Ahora, como Jung era director de una sociedad de psicoterapeutas en Alemania, más tarde sus detractores aprovecharon la situación para tacharlo de nazi y antisemita. Sin embargo, otro informe desclasificado recientemente por el gobierno norteamericano parece indicar que el espía jefe de la CIA en la Europa de la época, Allen Dulles, contactó a Jung hacia 1942 y le pidió información clave sobre los grupos clandestinos antinazis que había en Alemania en ese momento. Jung accedió a colaborar y por eso quedó fichado en los archivos de la agencia como el agente número 488. Solo este episodio da para una novela asombrosa.

Pocos saben, sin embargo, que al final de su vida Jung se interesó por los casos de las naves espaciales, los avistamientos y los contactados por seres de otros mundos. Sin hacer una defensa del fenómeno ni mucho menos, sí estudió varios ejemplos y reflexionó sobre ellos, sobre sus conexiones con los símbolos religiosos, las proyecciones del inconsciente y los relatos de las antiguas tradiciones místicas y herméticas. El libro se titula *Sobre cosas que se ven en el cielo*, y hay un capítulo acerca de los platillos voladores y los sueños, y otro sobre los OVNI y la pintura, en el

cual se refiere a los extraños círculos de luz que aparecieron en el cielo en Núremberg en 1561 y luego en Basilea en 1566.

En el epílogo, donde habla del famoso abducido Orfeo Angelucci, Jung reflexiona sobre la relación entre los platillos voladores y la leyenda de lo redondo, de lo circular, de los mandalas orientales. Increíble. Como si desde siempre esas figuras nos estuvieran hablando en el arte y en la literatura más antiguos, como si lo que ahora estamos viendo allá afuera tuviera su origen en realidad aquí adentro.

9. EL ASTRONAUTA DE SOLWAY

Era un día de comienzos del verano de 1964. El bombero inglés Jim Templeton decidió que, gracias al clima radiante, llevaría a su esposa y a su pequeña hija Elizabeth a un día de campo cerca del fiordo de Solway. Harían un picnic, se comerían un helado y tomarían algunas fotos. Y, en efecto, prepararon algunos sándwiches, unas botellas de refresco, revisaron que la cámara Kodak tuviera un rollo nuevo, y salieron felices a disfrutar de un día de sol en familia.

Cuando llegaron al lugar y se instalaron en un césped sin gente alrededor, Jim empezó a disparar su cámara y a tomarles distintas fotografías a su esposa y su hija. En un momento dado ve que la pequeña Elizabeth está sentada sobre el prado con un ramo de flores recién recogidas en la mano. La niña es rubia, de pelo corto, lleva un vestidito verde con flores y arabescos, y parece sonreír dichosa y plena debido a la felicidad que la embarga. Jim se hace muy cerca de ella y toma tres fotografías de la chiquita sosteniendo las flores con la mano izquierda. Sin duda se trata de un recuerdo conmovedor de la infancia de Elizabeth.

A la mañana siguiente deja el rollo de la cámara en una tienda cerca de su casa donde suele revelar sus fotografías. Pocos días después le entregan el paquete con sus fotos del día de campo y el dependiente de la tienda le hace notar algo raro en una de las imágenes, justamente la de la niña con el ramo de flores en la mano. Detrás de Elizabeth aparece un hombre vestido de blanco con un traje espacial y un casco. Parece estar caminando sobre la superficie de un planeta desconocido, aunque no se alcanzan a ver los pies porque el cuerpo de la niña se interpone. Es una escena evanescente, pero se ve claramente que se trata de un astronauta.

Jim le pregunta al dependiente si habrá sido un error durante el proceso de revelado, pero el hombre le asegura que no, que la imagen se encuentra

en el negativo del rollo, y se lo entrega también.

La imagen se hace famosa rápidamente y un periodista escribe en un diario local una crónica al respecto. Jim permite que revisen la foto y los expertos concluyen que no hay ningún montaje y que la segunda persona que aparece al fondo es, en efecto, un astronauta. No hay ninguna explicación para el caso, pues ese día, cerca de los Templeton, no había nadie más.

Funcionarios del gobierno visitan a Jim y lo interrogan largamente sobre el caso. Él repite una y otra vez lo mismo: que estaba sencillamente en un día de campo familiar y nada más. Meses después, Jim toma otras fotografías en el mismo lugar y las lleva a la misma tienda para revelarlas, pero el dependiente le dice que no puede hacer eso, que a él también lo visitaron agentes del gobierno y que la única manera de poder ver lo que está en ese segundo rollo es hacerlo pasar a nombre de alguno de los vecinos. Jim prefiere dejar las cosas así y se regresa a su casa. No quiere más problemas.

El bombero Templeton murió en 2011 y hasta el final de sus días aseguró que esa imagen había sido tomada en una excursión familiar. Entonces, ¿quién es ese extraño astronauta que parece estar recorriendo un planeta ignoto en una misión espacial? ¿De dónde salió ese expedicionario cósmico? ¿Hay instantes fugaces en los que el tiempo no es lineal, sino que se abre y se bifurca hacia el pasado o hacia el futuro? ¿Vivimos en una inter-dimensionalidad permanente, pero debido a que habitamos una materia, un cuerpo físico, no podemos captar con precisión la diversidad espacio-temporal que nos rodea?

10. EL EXPRESIDIARIO SUIZO

Crecí viendo a mi padre leyendo los libros de Erich von Däniken, el escritor suizo que asegura que en el pasado hemos sido visitados por seres de otros mundos. Pruebas de ello, según él, están por todas partes: en las misteriosas líneas de Nazca en Perú, en los grabados en la roca de las pirámides mayas, en la estatuaría sumeria o en las pirámides de Egipto. Los antiguos habrían recibido su sabiduría, sus conocimientos de astronomía, de altas matemáticas y de sofisticada ingeniería de viajeros espaciales que visitaron nuestro planeta en tiempos remotos.

La Biblia de mi padre estaba toda subrayada con un resaltador verde claro. A lo largo del libro del Génesis había párrafos enteros marcados y con anotaciones en los bordes. A veces me explicaba las hipótesis de esos expedicionarios intergalácticos que habían visitado a nuestros ancestros para transmitirles conocimientos y ayudarlos a perfeccionar su incipiente tecnología.

Hoy en día von Däniken sale en distintos programas de televisión dando declaraciones y explicando sus hipótesis, pero para mí siempre será ese escritor que mi padre leía con auténtica pasión en ediciones en francés o en inglés que él compraba durante sus estancias como becario en el extranjero.

Dudo mucho que mi padre supiera que von Däniken había sido procesado y llevado a juicio por fraude al estafar a varias entidades bancarias. Algún abogado dijo que el suizo había utilizado el dinero para llevar la vida de un auténtico *playboy*. Lo condenaron a tres años y medio de prisión.

No obstante, en secreto, von Däniken era también otro individuo: un hombre que estaba obsesionado con la visita de alienígenas milenarios a nuestro planeta. De hecho, cuando estaba en pleno proceso judicial,

apareció su primera obra en librerías, *Recuerdos del futuro*, y fue un éxito rotundo.

En sus largas y tediosas jornadas como prisionero se dedicó a estudiar, a tomar notas y a trabajar en su segundo libro, *Regreso a las estrellas*. No es difícil imaginarlo en la biblioteca de la cárcel pidiendo obras sobre Teotihuacán, sobre Machu Picchu o sobre la mitología sumeria. Gracias a las regalías de la primera publicación, que empezaba a ser traducida a varios idiomas, pudo pagar sus deudas y lo soltaron un año después. Entonces lanzó su segunda investigación, que había escrito en su celda día tras día sin interrupciones ni descansos de ninguna clase. La fama fue inmediata y la academia y los científicos de línea dura lo criticaron y lo tacharon de charlatán. Algunos incluso utilizaron su pasado judicial para demostrar que, en efecto, era un embaucador.

Aun así, sus libros se fueron imponiendo poco a poco y lograron que millones de lectores alrededor del mundo, como mi padre, soñaran con una realidad asombrosa en la cual seres de otras galaxias y otras constelaciones nos visitaron para echarnos una mano en este largo camino de la civilización y el perfeccionamiento de nosotros mismos.

11. COLONIAS

Hace poco se hizo una convocatoria que salió en varios países del mundo para buscar voluntarios que quieran ir a una futura colonia en Marte. Según psiquiatras y expertos en comportamiento humano durante situaciones extremas, las condiciones tecnológicas ya están dadas desde hace rato. El problema es otro: que los voluntarios a los que han encerrado en una base de prueba durante varios meses terminan detestándose y agrediendo los unos a los otros. Al comienzo todo es amistad, camaradería y solidaridad, pero con el paso del tiempo empiezan los choques y los enfrentamientos. Al final no soportan ya la más mínima convivencia y tienen que sacarlos del experimento para que no se terminen matando entre ellos.

Aún así, cuando se dijo que de todos modos harían el viaje y pondrían la colonia en el planeta rojo, aparecieron varios testimonios de individuos que aseguran que esa colonia ya existe desde los años setenta y que en Marte es posible respirar sin necesidad de una cúpula especial.

Un exmarine de los Estados Unidos que se hizo llamar el capitán Kaye, aseguró en Exo News que él había servido diecisiete años en esa colonia defendiendo a los humanos de dos especies nativas que son muy celosas de su territorio: unos seres lagarto y otros insectívoros. La colonia humana se divide en cinco secciones diferentes. La principal está en un cráter y se llama Aries Prime. El aire es un poco caliente debido a las altas temperaturas del lugar, pero el cuerpo humano se adapta y ha logrado sobrevivir bastante bien.

Según este militar, hace mucho tiempo el planeta rojo sufrió grandes catástrofes y esas dos especies de seres lagarto y de seres insecto lograron llegar a la Tierra, donde se instalaron en bases subterráneas para sobrevivir. De allí los relatos que se tejen sobre ellos en la tradición popular, los mitos

de algunas tribus y los testimonios de personajes reconocidos como David Icke o el chamán y santón africano Credo Mutwa.

Las declaraciones de Kaye vendrían a confirmar las denuncias del científico de la NASA Richard Hoover, quien afirmó que dicha agencia había ocultado evidencia de vida en ese planeta. Otro militar, Michael Relfe, dijo que él había hecho parte de un comando espacial en esa base experimental en Marte. Y la bisnieta del expresidente Eisenhower, Laura Magdalena Eisenhower, aseguró públicamente que intentaron reclutarla para integrar un grupo especial en esa colonia marciana bajo la tutela del físico Harold E. Puthoff.

Según las declaraciones de estos exsoldados, la historia de esas cinco bases humanas en Marte terminó mal: los terrícolas intentaron apropiarse de un artefacto en una cueva que los aborígenes consideraban sagrada, y se desató una batalla a gran escala. Todos los asentamientos fueron destruidos y solo sobrevivieron veintiocho humanos que lograron regresar a la Tierra en pésimas condiciones de salud y en estados psicológicos deplorables.

A veces, en las noches, echando un vistazo por las ventanas de mi apartamento, o recostado en la hamaca de mi estudio, suelo mirar hacia arriba y siento nostalgia de algo que no conozco pero que desde niño me ha parecido inmensamente poético: la posibilidad de viajar a través del espacio exterior. Y abro distintas páginas en Internet y reviso las noticias del día, y siento un cansancio tremendo de todo lo referente a este mundo. Entonces miro hacia arriba y extraño lo que no ha llegado aún, siento una profunda nostalgia de algo que está en el futuro, como si fuera posible añorar no hacia atrás, hacia el pasado, sino hacia un tiempo y un espacio que están por venir.

12. SALYUT 7

En 1985 había seis cosmonautas a bordo de la estación espacial soviética Salyut 7. De pronto, todos afirman haber visto una luz anaranjada que envolvió la estación y que los encandiló con una potencia que parecía sobrenatural. Se vieron obligados a entrecerrar los ojos y a esperar unos cuantos minutos. La luz, en lugar de desaparecer, se intensificó aún más. Entonces ellos, muy intrigados, observaron por los ojos de buey con la esperanza de ver qué era lo que estaba sucediendo allá afuera. La sorpresa los dejó atónitos: todos afirman haber visto a siete seres de luz gigantescos, de unos veinte metros de altura, con alas que les daban apariencias de ángeles. Supieron que se trataba de una energía protectora porque en ningún momento se sintieron amenazados o en peligro.

A su regreso fueron sometidos a todo tipo de exámenes, pero en ningún momento los médicos ni los psiquiatras encontraron rastros de lo que estaban buscando: alucinaciones colectivas por estrés o por falta de oxígeno en el cerebro.

Lo increíble es que en la década siguiente, John Pratchett, un ingeniero que trabajaba en el proyecto del telescopio espacial Hubble, aseguró haber visto en el cosmos a siete seres enormes que parecían ángeles de luz del tamaño de un avión. Dijo también que varios otros astronautas de los transbordadores espaciales norteamericanos habían visto imágenes similares.

¿Siete seres lumínicos que están más allá de la estratosfera y que parecen estar cuidando de nosotros? ¿Por qué será que ciertos relatos de astronautas, físicos, matemáticos y científicos se parecen tanto a las visiones de los santones, los maestros espirituales y los místicos de todas las religiones del planeta?

13. PIRI REIS

En el año 2015 viajé a Bolivia y en el museo de Tiahuanaco me quedé pasmado al ver esculturas de individuos europeos y africanos pertenecientes a esta sociedad precolombina. Si aún faltan muchos siglos para que llegue Colón, entonces, ¿qué hacen ahí esas cabezas de hombres europeos con barba y bigote, y esos rostros de raza negra con la nariz ancha?

Y aquí la cabeza empieza a darse la vuelta por completo. Todo lo que nos han enseñado parece no solo ser falso, sino tendencioso y peligrosamente incorrecto. La misma sorpresa sentimos cuando estamos en Machu Picchu, en las pirámides de Teotihuacán en México o en la increíble ciudad de Tikal en Guatemala.

En 1950, por ejemplo, la ciudad de Cuzco sufrió un terremoto devastador. Buena parte de los monumentos, las casas y las iglesias se vinieron abajo. A los muros de Sacsayhuamán, una fortaleza indígena precolombina, no solo no les pasó nada, sino que se compactaron aún mejor después de la catástrofe.

Ingenieros y arquitectos con conocimientos de avanzada tecnología, médicos haciendo cirugías de cerebro, astrónomos que entendían el tiempo y el espacio cósmico sin necesidad de telescopios, matemáticos y geómetras cuyo conocimiento estaba muy por encima del de los europeos: todo esto nos indica que América aún no ha sido descubierta.

Como si esto no fuera suficiente, un cartógrafo turco pariente de piratas y bucaneros llamado Piri Muhyi I Din Reis le entregó en 1513 al sultán un mapa del Océano Atlántico en el que aparecen las costas americanas, africanas, europeas, árticas y antárticas. Lo increíble de este mapa es que demuestra conocimientos de territorios de la Antártida que no serían explorados sino hasta comienzos del siglo XX. Otra característica muy particular de este mapa es que aparecen las coordenadas exactas, lo cual

presupone la aplicación de longitudes, algo que no empezamos a usar sino hasta el siglo XVIII de nuestra era. Además, las líneas costeras de la Antártida fueron dibujadas antes de que esa zona fuera cubierta por el hielo, y eso sucedió hace ocho o diez mil años. ¿Cómo es posible?

El científico espacial Maurice Chatelain, que trabajó en el programa Apollo de la NASA, dijo que el mapa de Piri Reis había sido configurado a partir de fotografías desde el espacio a 4.300 kilómetros de la Tierra, no había otra manera. Era como si el cartógrafo hubiera tenido imágenes satelitales a una gran altura, justo sobre la vertical de la ciudad de El Cairo.

¿Cómo se pudo llevar a cabo un mapa tan perfecto sin la tecnología que manejamos actualmente? ¿Cómo sabían los antiguos cómo era la Antártida antes del siglo XX? Esto nos demuestra nuestra infinita ignorancia en términos de visión histórica. Creemos que el tiempo es rectilíneo, que hay progreso, que vamos hacia delante. Y el tiempo, en realidad, es una espiral. Vamos y venimos por un laberinto en el que aún estamos extraviados.

14. MURMURANDO DETRÁS DE LAS ESTRELLAS

Durante los años sesenta la carrera espacial entre rusos y norteamericanos agudizaba aún más la llamada Guerra Fría. Espionaje, contraespionaje, agentes especiales infiltrados y mucho dinero invertido en proyectos, naves, dibujos e intentos por alcanzar el espacio exterior y conquistarlo. El viaje a la luna se consideró no solo como un objetivo científico, sino como una estrategia militar de primer orden. La razón era doble: porque quizás era posible lanzar bombas desde este satélite en contra del enemigo, y porque en caso de una catástrofe nuclear era el lugar más cercano para intentar un refugio en el que algunos humanos pudieran sobrevivir.

Los rusos tomaron la ventaja rápidamente y Yuri Gagarin fue el primer cosmonauta en alcanzar el espacio exterior el 12 de abril de 1961 a bordo de su nave Vostok 1. Las palabras que dijo Gagarin desde el cielo son formidables:

—Pobladores del mundo, salvaguardemos esta belleza. No la destruyamos.

El problema del astronauta fue a su regreso. La fama le hizo daño y nunca pudo adaptarse a ella. Para una personalidad introspectiva y reservada como la suya, la exposición pública lo desgastó hasta hacerlo añicos en el plano emocional. Se aficionó al alcohol y fue destruyendo su vida poco a poco hasta que murió en un accidente aéreo a los treinta y cuatro años de edad.

En 1962, frente a 35.000 personas, el presidente Kennedy pronunció su famoso discurso en el que prometía que antes de finalizar esa década los astronautas norteamericanos pisarían la luna. Dijo con enorme entusiasmo:

—Elegimos ir a la luna no porque sea fácil, sino porque es difícil.

Aun así, se dice que los primeros intentos por pisar la luna fueron en realidad de los soviéticos. Y una misión que salió mal en octubre de 1968 entró a formar parte de los secretos mejor guardados en ese país. Se trató de la expedición de los cosmonautas Ivan Pavelovich y Josef Petrenkov, que viajaban a bordo de una nave Soyuz que había despegado de Kazajistán.

En un momento dado de la expedición, la base terrestre pierde contacto con la nave y no se sabe nada de los dos astronautas. Unas horas después, Petrenkov aparece en el intercomunicador y lo que dice es asombroso, terrible y de una dosis de poesía difícil de superar:

«Estoy a punto de comenzar con la novena vuelta a la órbita de la luna. Todas las acciones que realicé durante mi vida apuntan hacia este momento. Ni en mis sueños más espectaculares me imaginaba en una situación tan maravillosa como esta. Todos los años de entrenamiento y de estudio sin lugar a duda han sido fructuosos: al fin podré ver con mis propios ojos el lado oscuro de la luna. Es difícil describir la alegría de ver algo que nunca nadie ha visto antes, y que serán pocas en realidad las personas que podrán estar en esta situación durante mi generación y en las generaciones venideras. Se podría decir que mi compañero de misión, Ivan, tuvo también el honor de ver semejante maravilla cósmica, aunque dudo que fuera la misma experiencia para él. Traté de convencerlo, pero no solo se negó a intentarlo, sino que también trató de quitarme la oportunidad a mí. Le dije que sería la epítome de nuestras vidas el abandonar por un momento la nave para flotar libremente en el universo; le dije que no era lo mismo observar las maravillas del cosmos a través de una ventanilla de seis centímetros de diámetro que observar dichas maravillas con nuestros propios ojos allá afuera. Sin embargo, él se negó. Empezó a decir que no teníamos los trajes necesarios para practicar lo que se denomina “caminata espacial” y que si abríamos la escotilla la nave se despresurizaría y moriríamos al instante. Yo, por supuesto, sabía los peligros que entrañaba todo aquello, mas no me importó; lo último que quería y quiero hacer es flotar en la oscura y vacía ingravidez del infinito...

»Le dije que él no tenía que salir de la nave, pero que yo saldría, y nada en el mundo me haría cambiar de idea. Cuando traté de abrir la escotilla Iván intentó detenerme por la fuerza y me gritaba histéricamente que ambos moriríamos. En realidad yo no quería hacer lo que hice... Ahora considero que fue lo correcto. Estrangulé a Ivan Pavelovich. Llegó el momento de realizar lo que más deseo y lo único que se interpone entre el cosmos y yo es una mísera escotilla. Después de ver la majestuosa y a la vez misteriosa luminiscencia de la luna y las estrellas, estoy convencido de que flotando en los sin fines del universo estaré más cerca de la inmortalidad de lo que cualquier ser humano va a estar jamás. Siento que de esta manera podré dejar atrás mi cuerpo como un simple recuerdo de que alguna vez fui un ser antropomórfico. Puedo sentir mi mente expandirse, como si lo comprendiera absolutamente todo, y puedo sentir cada objeto, cada molécula, cada átomo que conforma la nave, la luna, la Tierra y el universo. Quiero que el vacío y yo seamos uno...».

A partir de estas últimas palabras se perdió la comunicación con la nave. Se supo que la escotilla había sido abierta. Lo más extraño de este suceso es que el rumbo de la nave fue desviado, algo que era imposible porque esa operación se hacía desde el interior de la misma. El vehículo empezó a navegar hacia las Pléyades, un conjunto de soles ubicado en la

constelación de Tauro. Durante años se intentó restablecer la comunicación con el aparato, pero muy ocasionalmente se escucha una voz humana que dice desde muy lejos:

—Puedo escucharlos murmurando detrás de las estrellas...

CAPÍTULO IV
¿DÓNDE ESTÁ LA REALIDAD?

1. LA PLASTICIDAD DE LO REAL

Hay casos conocidos de personas que tras sufrir un accidente descubrieron que, de pronto, sus cerebros empezaban a manifestar talentos que hasta entonces no tenían. Los casos, por ejemplo, de pacientes que tras sufrir un golpe en la zona del lenguaje empezaron a hablar y a leer en una lengua que nunca antes habían estudiado. Pero hay historias aún más sorprendentes.

Derek Amato se lanzó a una piscina en 2006 y sufrió un golpe severo en la cabeza. Cuando lo ayudaron a salir del agua le escurría sangre de los oídos y estaba bajo un estado de conmoción que le impedía saber dónde estaba y con quién. Ya en el hospital le diagnosticaron un traumatismo severo que le hizo perder la tercera parte de su memoria y que le produjo una ftofobia permanente que lo obligaba a refugiarse en sitios oscuros, sin mucha luz. Pero lo más increíble es que Amato, que jamás en su vida había tomado una sola lección de música ni sabía leer partituras, empezó a visualizar notas y teclas por todas partes. Consiguió varios instrumentos y mostró en todos ellos un virtuosismo salido de lo normal.

Amato ha compuesto ya dos álbumes y toca cerca de ocho instrumentos con una seguridad pasmosa. El golpe le generó un síndrome *savant* adquirido, es decir, un conocimiento que surgió de repente en su cerebro para equilibrar la pérdida de memoria y las otras fallas debidas al accidente. En 2007 la Asociación de Artistas Independientes le otorgó el premio al Artista Revelación del Año.

Diane Van Deren sufrió de niña unas fiebres que casi la conducen a la muerte y que le ocasionaron ciertos daños cerebrales. Más tarde, de joven, sufrió de ataques epilépticos cuyos efectos logró contrarrestar gracias a medicamentos específicos y a un tratamiento permanente. Un poco después tuvieron que extraerle una porción pequeña de su cerebro y empezó a sufrir de unos trastornos de memoria que la obligaban a anotar por todas partes

sus tareas, sus obligaciones, cómo regresar a su casa. Sin embargo, de un modo paralelo, su cerebro le incrementó su fuerza y su resistencia física. Entonces comenzó a correr maratones y luego ultra maratones de cientos de kilómetros a lo largo de varios días. Su cuerpo no siente el cansancio habitual, sino que desarrolló una capacidad sobrehumana para sobreponerse a toda fatiga. Muchas veces olvida cuánto tiempo lleva corriendo y lo único que le interesa es ese ritmo que marcan sus pies contra el pavimento, ese compás que la hace feliz y la tranquiliza.

Hay, por ejemplo, un síndrome aterrador para una persona como yo: se trata de la famosa alexia sin agrafia, que consiste en la pérdida total de la capacidad para leer y escribir. Debido a un golpe en la parte del cerebro donde está el lenguaje, el paciente olvida qué significan los signos del lenguaje y no les encuentra sentido. Son una serie de mamarrachos en un papel. Puede hablar y escuchar sin problemas, pero el lenguaje escrito le es negado para siempre porque tampoco lo puede reaprender.

El caso contrario más famoso, quizás, es el de Borges, que en 1938, después de la muerte de su padre, sufrió un accidente y se golpeó gravemente la cabeza contra una ventana, justo en el área correspondiente al lenguaje. Estuvo en cama durante varias semanas y alucinó sin entender muy bien qué le estaba ocurriendo. Cuando logró tomar un lápiz y un papel jamás volvió a escribir igual, y aparecieron esos relatos increíbles que luego reuniría bajo el título *Ficciones* y que lo harían tan famoso. Esto es, apareció lo borgiano como tal, esa estética tan propia, tan suya. Su madre recuerda sobre esa época en particular:

—Fue en vísperas de Navidad que Georgie fue a buscar a una invitada a cenar. Lo que sucedió fue que el ascensor no funcionaba y subió la escalera muy rápidamente; no se apercibió de la hoja abierta de una ventana. La herida no fue, al parecer, bien curada y se complica con una infección, alta temperatura y alucinaciones. Al cabo de quince días la fiebre comienza a descender y él me pide que le lea una página. Luego de escucharla, él me dice contento: «Va bien, sí, me doy cuenta de que no voy a enloquecer; he comprendido todo perfectamente»... Yo creo que alguna cosa cambió dentro de su cerebro. Desde entonces él no ha escrito más que cuentos fantásticos, que me dan un poco de miedo, porque no los entiendo bien.

No hay que olvidar que fue después del golpe que Borges también empezó a sentir una curiosidad muy grande por los idiomas y por las lenguas europeas antiguas, por las raíces de las palabras, su etimología, sus

conjugaciones y sus derivaciones, como si algo dentro de sí lo lanzara inexplicablemente a un cosmopolitismo lingüístico.

Una pregunta es inevitable: ¿es necesario golpearse en la cabeza para lograr un cambio, un despertar de esas características? ¿Puede ser un amigo o un maestro esa ventana abierta con la cual nos golpeamos para ver más allá de la atrofia de nuestras rutinas cotidianas? ¿Puede ser un libro un mazazo en el cráneo que nos cambie para siempre? ¿No sería ese uno de los objetivos de una buena clase, de una buena novela, de una colección de cuentos: abrirnos a otros mundos?

Y también vale la pena preguntarse: ¿existe una realidad como tal, un afuera que podamos medir y comprobar? ¿O lo que existe, más bien, es un cerebro que interpreta el entorno y que lo gira, lo tuerce y lo modifica de un modo plástico y misterioso? Quizás no hay una materia como tal, sino una lectura que hace nuestra cabeza a partir de las fuerzas circundantes. La realidad no es más que un caos vertiginoso que nos afanamos por alcanzar y que siempre se nos escapa como agua entre los dedos.

2. LA FATIGA

Por todas partes, en todos los estratos sociales, sin distinción de género o credo, el mundo se está llenando de personas que ya no pueden más, personas arrojadas al fondo de una habitación, que no quieren ni hablar siquiera, sumidos por completo en la nada, en unas tinieblas que los convierten en muertos vivientes. Varias enfermedades están asociadas a este aniquilamiento general: el síndrome de fatiga crónica, el síndrome de desgaste ocupacional, la depresión.

Primero nos vendieron el discurso del éxito, de «tú puedes hacer todo lo que te propongas», «tú no eres cualquiera», «tú estás llamado a grandes cosas». El poderoso mundo de los líderes.

Una sociedad de trabajadores ególatras tarde o temprano tenía que convertirse en una sociedad del dopaje laboral: los termos de café que hay en toda oficina, la Coca-Cola, el Red Bull, la cocaína, las anfetaminas, la fluoxetina, el guaraná, los antidepresivos en general. La sociedad de los gimnasios, la sociedad del *coaching*, la sociedad de la gente linda, siempre sonriente, hiperactiva, que nunca duerme.

La diferencia es que ya no hay un jefe que nos explote, que nos vigile, que nos someta. Somos nosotros mismos los encargados de esclavizarnos, de abusar de nuestras fuerzas y nuestras capacidades. Las altas expectativas que hemos depositado en nosotros nos condenan a doparnos, a no dormir, a volvernos adictos al estudio o al trabajo, a sobreexcitarnos, a vivir nerviosos, siempre ocupados, haciendo mil cosas a la vez, con diez mil planes, pendientes de grandes proyectos, haciendo varias carreras al tiempo, chateando a toda hora, cumpliendo con los horarios de dos trabajos distintos. Somos el verdugo y la víctima, el carcelero y el reo. Abusamos de nosotros hasta el punto de hacernos pedazos, de aniquilarnos en vida. Y llega el día en el que, sencillamente, no podemos más.

Este colapso se puede manifestar de mil modos, con mil patologías distintas. Lo cierto es que el sujeto queda derrengado, no puede levantarse, se aísla, no desea nada. Millones de personas alrededor del mundo pasan horas y horas frente a sus computadores solo abriendo ventanas y ventanas en la red, inoficiosamente. O haciendo *zapping* de canal en canal, o andando por el apartamento en pantuflas y pijama al mediodía de un lunes cualquiera. No están ociosos, están agotados. Agotados de su imagen, de tantos *selfies*, agotados de tanto ego, de haber puesto tantas expectativas en sí mismos, de años y años de neurosis consecutivas.

El extraordinario ensayista de origen coreano, Byung-Chul Han, en su libro *La sociedad del cansancio*, llega incluso a equiparar a esta humanidad deprimida y agotada con los prisioneros de los campos de concentración, que un día ya no podían ni siquiera caminar y se quedaban por ahí en cualquier rincón con la mirada perdida en el vacío, sin poder erguir la columna vertebral. Solo que nosotros no estamos famélicos ni subalimentados, sino obesos, con un pedazo de pizza en la mano. La diferencia es que ahora el peligro no está allá afuera, en otros que nos van a encarcelar y a torturar. Estamos en la época en que nosotros mismos somos nuestros peores enemigos.

Estamos pasando de la sociedad del trabajo y el rendimiento, a la sociedad de la fatiga, a la sociedad de la depresión *zombie*. Hay que estar alerta. Hay que tener a la mano siempre alguna estrategia de fuga, de desobediencia civil, de ocio contemplativo. Hay que tener unas escasas expectativas con respecto a sí mismo. Hay que disfrutar al máximo el supremo placer de andar por la calle con las manos entre los bolsillos meditando, o analizando un cuadro durante horas en un museo, o leyendo en el banco de algún parque un buen libro. Hay que disfrutar al máximo el supremo placer de ser nadie.

El 13 de diciembre de 1989, el doctor Meneses salió de su casa y no regresó. Su familia lo rastreó por todas partes, organizó campañas de búsqueda, asistió a algunas emisoras locales, pero nada, el doctor Meneses no apareció por ninguna parte. Meses después iba por una avenida, se vio en un vidrio barbado, harapiento, y se preguntó qué diablos estaba haciendo ahí, por qué tenía el cabello largo y la barba crecida, por qué iba vestido de esa manera, por qué olía tan mal. Volvió a su casa, le hicieron exámenes médicos y no encontraron lo que se esperaba: drogas o sedantes. No, al parecer el doctor Meneses había sido sacado de su identidad, una fuerza

psíquica extraña lo había convertido en otra persona, en un nómada, y ahora, de una manera también inexplicable, volvía a ser el de antes. Él no recordaba qué había hecho durante todo ese tiempo, dónde había dormido, qué había comido, con quién había andado.

Sara Montes, una mujer de treinta años con dos hijos y un hogar modelo, no regresó en las horas de la noche de la oficina donde trabajaba. Su esposo empezó el obligado peregrinaje por estaciones de policía, morgues, hospitales y centros de salud en busca de su mujer. Nada, era como si la tierra se la hubiera tragado. Envío mensajes a los grupos guerrilleros a ver si alguno de ellos la había secuestrado. Le dijeron que no, que no aparecía en ninguna lista y nadie le pidió ningún rescate. Dos años más tarde, gracias a la colaboración de la ciudadanía, la encontró en un pueblito de la costa atlántica, en un miserable caserío junto al mar. No lo reconoció. Era como si nunca lo hubiera visto. Vivía con un pescador de la zona, estaba embarazada de cinco meses, sabía de redes y de cultivos, iba todos los domingos a misa, sus vecinos la estimaban y la consideraban una buena mujer. No quiso volver con su primer marido y se quedó feliz en su nueva identidad.

Bienvenida sea la posibilidad de convertirnos en otros hasta olvidarnos por completo de eso que han llamado identidad. Porque no hay nada que canse más que ser uno mismo.

3. EL MUNDO DA MAREO

Me encanta la historia del polaco Jan Grzebski, un obrero de ferrocarril que tuvo un accidente y quedó en coma durante años. Los hospitales no sabían qué hacer con él y su esposa decidió al final llevárselo para la casa y cuidarlo ella misma. Allí estuvo diecinueve años postrado en cama y, ocasionalmente, en una silla de ruedas. Al fin despertó y la era comunista ya había desaparecido, tenía once nietos y la gente andaba por la calle hablando con el celular en la mano. La realidad era otra cosa.

Cuando lo entrevistó la prensa del mundo entero, Jan se refirió a sus recuerdos austeros del comunismo y de cómo ahora proliferaban miles de productos en las tiendas y los almacenes. «Da mareo», dijo con una expresión como de repugnancia.

Lo fascinante es que algunos médicos empezaron a sospechar de él y no están tan seguros de que el humilde trabajador hubiera estado postrado todos esos años en coma. Genial. Quizás después del accidente se dio cuenta de que todo es una farsa de mal gusto, le dieron igual su mujer y sus cuatro hijos, y se quedó en casa viendo televisión y fingiendo que estaba en otro planeta.

Hay que tener a este tipo como ejemplo, como modelo a seguir, puesto que cualquier día tendremos que acudir tal vez a su historia.

—¿Cómo dice? ¿Escritor? ¿Escritor de qué? ¿Mario, Mario Mendoza? Lo siento, no tengo ni idea de qué me está hablando. No recuerdo, no señor. Tampoco reconozco ninguno de estos rostros, lo siento. No sé, no me acuerdo de nada...

4. DOPPELGÄNGER

La bilocación se refiere a extraños momentos en los cuales una persona está en dos lugares al mismo tiempo, bien sea a nivel meramente espiritual o también a nivel corpóreo. La Iglesia Católica acepta este fenómeno en varios de sus santos: San Francisco de Asís, San Juan Bosco, e incluso la Virgen María. Se trata de instantes privilegiados en los que la persona logra una especie de desdoblamiento que le permite estar simultáneamente en dos espacios diferentes. En el budismo, tal fenómeno se llama Dzogchen, y es practicado, sobre todo, por los monjes de la escuela tibetana.

Varios testigos, por ejemplo, afirman haber visto al Padre Pío en circunstancias extremas: un soldado que se salvó del estallido de una granada, un piloto que fue rescatado por el sacerdote en plena batalla, unos feligreses que vieron cómo el padre desaparecía, una muchacha que afirmó haber sido recriminada por el cura en Roma cuando él se hallaba ese día y a esa hora en su parroquia habitual en otra ciudad.

A finales del siglo XVI apareció de la nada un soldado español frente al Palacio Nacional de Ciudad de México. Estaba nervioso, aturdido, no entendía dónde estaba. Afirmó que lo habían enviado a custodiar una edificación estatal porque el Gobernador había sido asesinado, pero en Manila, Filipinas, y que no entendía qué estaba haciendo él en América. Lo encerraron creyendo que se trataba de un loco peligroso, pero dos meses más tarde llegó un barco procedente de Filipinas y confirmó todo lo que el soldado había dicho.

Ahora, la bilocación es distinta de otro fenómeno con el cual se puede confundir: el doppelgänger o la teoría de los dobles, que cruza culturas tan antiguas como la egipcia o la sumeria, y que también vemos en la estatuaria precolombina. En San Agustín, por ejemplo, o en el Museo del Oro de Bogotá, son claras las alusiones a esos dobles que salen del ser inicial.

La literatura ha hecho referencia infinidad de veces a seres que se desdoblan misteriosamente, desde el famoso *William Wilson* de Edgar Allan Poe hasta *El hombre duplicado* de José Saramago, pasando por Stevenson y Borges.

Son famosos también los dobles durante la época del nazismo. La paranoia de Hitler lo llevó a buscar dobles de sus principales hombres de confianza, los cuales eran utilizados a veces en mítines y eventos públicos para garantizar la seguridad de los originales. Al respecto, el escritor mexicano Ignacio Padilla, recientemente fallecido, escribió una novela inquietante: *Amphitryon*.

En la tradición esotérica se habla de ese doble permanentemente, y se dice que todos tenemos un otro idéntico a nosotros que está en otro lugar del mundo llevando una vida completamente diferente de la nuestra. A mí la idea de otro Mario caminando por las calles de Calcuta o de Montevideo me parece aterradora. Un tipo simpático y bonachón, que es dentista o corredor de bolsa, y que está casado con una mujer perezosa y glotona con la cual tiene tres niños medio tarados que no hacen sino gritar todo el día. La sola imagen me produce escalofríos. Pero el horror se incrementa cuando pienso de pronto que el doble no es él, sino yo, y que se trata de un individuo genial, físico nuclear o matemático, carismático, bondadoso, al que le causaría pánico saber que al otro lado del mundo, en las montañas de Los Andes, tiene un doble insomne, neurótico, que no hace nada sino leer y escribir, y que se la pasa días enteros encerrado en un apartamento monologando y hablando con los objetos sin saber con claridad qué es real y qué no.

5. GEMELOS

Bruce Reimer nació el 22 de agosto de 1965 en Canadá al tiempo que su hermano gemelo, Brian. En una cirugía infantil para realizarles la circuncisión a ambos se presentó un corte de luz y el aparato con el cual estaban trabajando los médicos dañó severamente el pene de Bruce hasta quemárselo por completo. Sin saber qué hacer, los padres de Bruce decidieron acudir a un famoso psicólogo de la época llamado John Money, que por aquel entonces era muy consultado y salía por la televisión hablando sobre casos de intersexualidad.

La teoría de Money indicaba que el sexo no es algo que viene predeterminado por los genes, sino que se puede aprender, que depende del entorno y de la educación, es decir, que somos masculinos o femeninos no porque nuestros cuerpos estén preparados para ello, sino porque asumimos esos roles desde la infancia. No hay cerebros hombres y cerebros mujer, sino que aprendemos a comportarnos como tal debido a la fuerte influencia de nuestros compañeros de colegio, de nuestra familia, de nuestros vecinos. Nos gustan ciertos colores, ciertos deportes o ciertos libros no porque exista una base biológica para esos gustos, sino porque nos educaron de ese modo.

Money le dijo a la familia Reimer que lo mejor era una cirugía de reasignación de sexo para Bruce y los padres aceptaron. El niño, a punto de cumplir los dos años, fue llevado a la sala de operaciones, se le extirparon los testículos y le crearon una vagina funcional. Fue sometido también a tratamiento de estrógenos y de allí en adelante se llamó Brenda.

Lo que nunca dijo Money es que, en realidad, el pequeño Bruce se le presentaba como una oportunidad única para comprobar su teoría: los dos gemelos tenían una misma información genética, habían compartido el mismo útero, pertenecían a la misma familia e iban a ser educados en la misma escuela. Si Brenda resultaba ser una muchacha perfecta él le

comprobaría a toda la comunidad médica que la identidad de género no depende de la información genética, sino del entorno. Sería el experimento que le daría fama universal y que inscribiría su nombre en los más altos escaños de la posteridad.

El problema fue que Brenda nunca fue un éxito. Desde niña jugaba deportes para varones, era brusca y temperamental, odiaba sus vestidos y sus muñecas, y solía encerrarse y llorar durante horas enteras debido al horror que sentía cuando se miraba en el espejo con su cabello largo y sus falditas colegiales. Cuando llegó a la adolescencia los estrógenos la convirtieron en un andrógino repugnante que amenazó con matarse varias veces. Las visitas al consultorio del doctor Money, que supervisaba el experimento muy de cerca y que decía que había sido todo un éxito, eran en realidad una auténtica pesadilla para ella.

Finalmente, los padres de Brenda le contaron la verdad. Ella pidió de inmediato volver a cirugía y le suprimieron el tratamiento con estrógenos, le extirparon la vagina, le realizaron dos operaciones de faloplastia que resultaron exitosas y empezaron a suministrarle testosterona. Volvió a cambiarse de nombre y se llamó David Reimer, llegó incluso a casarse y a adoptar los tres hijos de su nueva esposa.

Sin embargo, lo que nunca se investigó bien fue la nefasta repercusión que su historia tuvo en su hermano Brian, que mostró desde un principio una trágica inestabilidad emocional que lo condujo a estados psicóticos e incluso mostró rasgos esquizofrénicos que lo fueron hundiendo en una depresión permanente. Brian se suicidó en el año 2002 con una sobredosis de antidepresivos.

La historia ya se había hecho pública y el rechazo de la sociedad sobre David fue brutal. Perdió el empleo, su esposa lo abandonó y la relación con sus padres estaba atravesada por la ira y el resentimiento. Además, su hermano y compañero de toda la vida ya no estaba, así que el 5 de mayo de 2004 parqueó su carro en el estacionamiento de un supermercado y se pegó un tiro en la cabeza con una escopeta recortada.

6. EL MISTERIOSO HAROLD HOLT

Era el Primer Ministro de Australia. Antes se había destacado como un político honesto e inteligente en distintos cargos que ocupó con enorme aceptación pública. Por eso Holt ascendió sin mayores tropiezos y fue nombrado Primer Ministro el 26 de enero de 1966. Muy poco después, el 17 de diciembre de 1967, se dirigió a una playa para nadar un rato y nunca más se supo nada de él.

Harold Holt estaba ese día con dos amigos cercanos, más dos de sus guardaespaldas que tenían la obligación de velar por su seguridad. Era un deportista consumado y un nadador de primera. Nadie temió por su integridad física. Sin embargo, en cuestión de un minuto, desapareció por completo. De inmediato se llevó a cabo una operación de rastreo a gran escala. Estaban la Marina Real Australiana y la Fuerza Aérea de ese país revisando la zona palmo a palmo. Si Holt se hubiera ahogado o hubiera sufrido algún percance, su cuerpo hubiera sido rescatado por cualquiera de los miles de hombres que lo buscaron en esa playa en particular y en todas las playas vecinas. Nada, no hubo ni un solo rastro de él.

El periodista Gary Simmons afirma que Holt fue asesinado el día anterior, el 16 de diciembre, y que él mismo participó en ese complot para matar al Primer Ministro. Da detalles e involucra a otros políticos de la época. Y aunque ha hecho una campaña mundial por esclarecer el caso, las autoridades no se lo toman en serio porque sus artículos dan la impresión de haber sido escritos por un paranoico influenciado por teorías de la conspiración.

El famoso escritor y experto en temas paranormales, John Keel, que había publicado su libro *Operación Caballo de Troya* en 1970, aseguró que Holt había sido abducido por una nave alienígena y que tanto los militares como el gobierno australiano estaban ocultando evidencia fundamental

respecto al caso. En esa misma línea, luego aparecieron otros ensayistas diciendo que Holt era un representante de otro mundo y que ese día una nave extraterrestre había venido a recogerlo para llevarlo a casa. Una hipótesis fascinante, sin duda.

Pero a mí la teoría que más me gusta es la del periodista Anthony Grey, quien en un libro de 1983 afirmó que Holt era un espía al servicio de China. Según él, ese día todo estaba preparado para recoger a Holt en un submarino chino que lo estaba esperando en la bahía de Port Phillip. Es decir, conociendo sus habilidades como nadador, los militares chinos le indicaron que se dirigiera hasta un punto exacto en el cual lo rescataron, lo introdujeron en el submarino y lo llevaron a ese país donde, obviamente, todo rastro desapareció.

Es genial la imagen de un Primer Ministro al que recogen en un submarino y que después inventa una nueva vida en las lejanías de una ciudad pequeña del lejano Oriente. Quizás se dedicó a entrenar niños en cualquier escuela remota, o a estudiar mandarín y a traducir textos sagrados, o a la meditación y la práctica del tai chi. Lo que sí es seguro es que debió disfrutar mucho el hecho de estar lejos y a salvo de ese hombre llamado Harold Holt.

7. TAMAN SHUD

El 1 de diciembre de 1948, en las playas de la ciudad de Adelaida, en Australia, las autoridades encontraron a un hombre muerto perfectamente vestido. No tenía ninguna identificación, ni cicatrices ni señales que indicaran quién era ni de dónde provenía. Sus huellas tampoco revelaron ninguna identidad registrada. La autopsia sugirió después que muy posiblemente había sido envenenado, pero se desconocía la sustancia específica que habían utilizado. No estaban seguros de si estaban frente a un crimen o un suicidio.

Los medios de comunicación del mundo entero transmitieron su fotografía y entonces empezaron a aparecer similitudes, teorías, hipótesis. Lo cierto es que años después no se tenía ni idea de quién era el sujeto en cuestión.

Una inspección más a fondo de las ropas del cadáver revelaron que en un bolsillo diminuto del pantalón había una hojita arrancada de un libro con una expresión: *Taman Shud*. Expertos en poesía antigua confirmaron que se trataba de la última página del libro *Rubaiyat de Omar Khayyam*, en el cual se hace alusión a vivir intensamente sin arrepentirse de nada.

La expresión traduce «concluido» o «terminado», pero se refiere a ese momento final en el que debemos celebrar lo vivido sin quejas ni lamentos de ninguna clase. Algo parecido a la expresión renacentista que adoptaron los románticos, *Carpe Diem*: vive el día, aprovecha el ahora, sácale el jugo a la vida mientras puedas, y después, cuando tengas que partir, no te lamentos ni llores. Antes bien, despídete con alegría y dicha en tu corazón.

No hay un final más bello que el de ese hombre anónimo que no dejó ningún rastro de sí mismo, que seguramente vivió con una intensidad extrema, y al que hoy en día conocemos solo por los versos de un astrónomo y poeta persa de la antigüedad.

8. EL HOTEL CECIL

La joven Elisa Lam estaba hospedada en el hotel Cecil en Los Ángeles y llevaba una vida muy normal. Tenía un novio que estudiaba con ella en la misma universidad, salían juntos, departían con amigos afines y en general era una pareja que creía en un futuro compartido y en paz. No había en su vida nada sórdido ni malsano que la pudiera conducir a un callejón sin salida.

Sin embargo, un buen día los huéspedes del hotel empiezan a quejarse de que el agua está saliendo amarilla, con un olor desagradable, como si las tuberías estuvieran sucias o contaminadas. El hotel enseguida envía a unos técnicos, pero todo parece estar funcionando de manera normal. Cuando revisan en la azotea se llevan una sorpresa nefasta. Por fuera los tanques están en perfecto estado, pero en uno de ellos, en el fondo, encuentran un cuerpo ya en estado de descomposición, un cuerpo putrefacto que tiene el agua amarillenta e infectada. Se trata de la joven Elisa Lam.

Lo primero que sorprende es que una joven delgada y de estatura mediana decida suicidarse corriendo la pesada tapa de un tanque de agua y metiéndose en él para ahogarse. Algunos psicólogos dijeron que quizás, bajo un estado de trance debido a alguna droga que estaba por determinar, la chica había alucinado hasta el punto de suicidarse de ese modo tan extraño y macabro. Lo curioso es que la autopsia no arrojó rastros de ninguna sustancia ni de consumo de alcohol. Elisa no había consumido psicotrópicos, ni cerveza, ni vino, ni ningún tipo de bebida alcohólica.

La segunda hipótesis era algún tipo de trastorno mental, incluida una depresión que se les pudo haber pasado por alto tanto a los familiares como al novio. Revisaron la hoja de vida clínica de Elisa, pero no aparecía ninguna dolencia de esa índole y jamás había sido medicada ni siquiera con algún antidepresivo pasajero. Los amigos, los profesores y el novio

aseguraban que ella estaba perfectamente, animada y muy concentrada con sus estudios. Entonces, ¿qué era lo que había sucedido?

La policía tuvo que investigar la hipótesis de un posible crimen, pero nada arrojó pistas de huéspedes extraños o de visitantes sospechosos por esos días. Tomaron huellas, entrevistaron a los empleados y a todos los otros que estaban hospedados en el hotel, y nada se salía de lo normal.

No obstante, al revisar las cámaras de seguridad, se ve a Elisa subir nerviosamente al ascensor, como si estuviera huyendo de algo o de alguien, pero la cámara muestra que el corredor está perfectamente vacío. Ella aprieta los botones con ansiedad, con angustia, echa un vistazo como si la estuvieran persiguiendo, y entonces decide subirse a la azotea. Pero no hay nadie, al menos en apariencia. Y los investigadores se preguntan: ¿de qué está huyendo Elisa? Ni idea, nunca pudieron resolver el enigma.

Como dato a pie de página vale la pena resaltar que el Hotel Cecil fue el hotel donde se hospedaron asesinos seriales como Richard Ramírez y Jack Unterweger, y que fue un lugar patrocinado por Elizabeth Short, la célebre Dalia Negra que apareció descuartizada en enero de 1947. Sin duda, Unterweger, que se hizo escritor en la cárcel, y que fue llamado por ello «El poeta de la muerte», hubiera escrito un bello texto sobre el extraño final de Elisa.

9. MILAGROS

El mundo católico es muy rico en milagros y sanaciones extraordinarias que demuestran el poder de la creencia. Las apariciones de la Virgen en Lourdes dejaron en el lugar una impronta imborrable y, al día de hoy, los peregrinos continúan asistiendo en busca de consuelo para sus múltiples enfermedades. Decenas de casos están confirmados por el Vaticano como milagros certificados y el agua del manantial del cual bebió la propia Bernadette sigue siendo un líquido sagrado que alivia a los enfermos que llegan todos los días del año en busca de alivio. Entre esas sanaciones hay pacientes de esclerosis múltiple, cáncer, hemiplejía e incluso un caso de peritonitis tuberculosa que dejó en coma a una mujer de treinta y un años, Jeanne Fretel. Cuando sus parientes la llevaron al lugar se despertó y a las pocas horas estaba completamente curada de todas sus dolencias.

El caso de las apariciones en Fátima no deja de ser también profundamente inquietante. La Virgen enuncia tres misterios que vienen a ser como tres profecías, y el papa Juan Pablo II, por medio de su secretario de Estado, el cardenal Ángelo Sodano, decide comunicar el tercer misterio solo hasta junio del año 2000. El texto se puede interpretar de mil maneras, pero hay que reconocer que tiene un tono apocalíptico muy curioso. En uno de sus apartados, dice:

«Y vimos una luz inmensa, que era Dios, algo semejante a como se ven las personas en el espejo, cuando delante pasó un obispo vestido de blanco. Tuvimos el presentimiento de que era el Santo Padre. Vimos varios otros obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una escabrosa montaña, encima de la cual estaba una gran cruz, de tronco tosco, como si fuera de alcornoque, como la corteza. El Santo Padre, antes de llegar allí, atravesó trémulo una gran ciudad medio en ruinas, con andar vacilante, apesadumbrado de dolor y pena. Iba orando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino. Llegando a la cima del monte, postrado, de rodillas a los pies de la cruz, fue muerto por un grupo de soldados que le disparaban varios tiros y saetas, y así mismo fueron muriendo unos tras otros los obispos, los sacerdotes, religiosos, religiosas y varias personas seglares. Caballeros y señoras de varias clases y

posiciones. Bajo los dos brazos de la cruz estaban dos ángeles. Cada uno con una jarra de cristal en las manos, recogiendo en ellos la sangre de los mártires y con ellos irrigando a las almas que se aproximaban a Dios».

Aunque el Vaticano ha afirmado que esta profecía corresponde al atentado que sufrió el papa Juan Pablo II en 1981 por parte del turco Mehmet Alí Agca, si se lee con cuidado el texto se ve que no tiene nada que ver con los disparos que efectuó el sicario en plena plaza de San Pedro el 13 de mayo de ese año. El misterio habla de una ciudad arrasada por la guerra o por un ataque de gran envergadura, de muchos cadáveres esparcidos en las calles, y de un papa que intenta salvarse subiendo a una colina con algunos de sus seguidores, donde finalmente lo masacran.

¿El papa cruzando una ciudad en ruinas llena de cadáveres? ¿El papa asesinado por unos soldados en la cima de una montaña? ¿Varios religiosos y creyentes que lo acompañan, asesinados también por las huestes de un ejército muy bien armado? ¿Qué es eso? ¿A qué se refiere esta tercera profecía? ¿Cuando el papa Francisco I dice que su reinado durará poco estará pensando en el tercer misterio de la Virgen de Fátima?

Lo cierto es que el mundo católico, tan rico en símbolos, enigmas y arcanos, nos presenta una infinidad de casos que desconciertan a los médicos y los especialistas. Voy a citar solo tres que están muy cerca de nosotros, los colombianos y latinoamericanos:

En septiembre de 1993, la niña Natalia García Mora estaba jugando con unas amiguitas en una terraza de un barrio marginal de Medellín. De repente, cayó al piso y no se pudo mover. Creyeron que se trataba de algún golpe imperceptible que había recibido, de un desvanecimiento momentáneo o de algún mareo debido a una intoxicación. No, se trataba de un disparo calibre 38 ejecutado desde un arma con silenciador. Un atentado macabro perpetrado, al parecer, por un vecino sicario que días más tarde asesinaría a otra víctima. El proyectil había ingresado por la espalda, le había atravesado un pulmón y la médula ósea, y finalmente había salido por el pecho dejándola ahogada y casi sin respiración.

La niña fue remitida al hospital y el diagnóstico fue muy desalentador: estaba paralizada en buena parte de su cuerpo y no podía controlar los esfínteres. Todos los médicos aseguraron que Natalia quedaría inválida de por vida.

Aunque le hicieron varias intervenciones quirúrgicas en el hospital San Vicente de Paúl, la niña salió tres semanas después en camilla y sin poder mover sus piernas ni controlar sus esfínteres.

Unas religiosas del colegio donde Natalia estudiaba primero de primaria decidieron hacer una colecta para recoger lo de la silla de ruedas. También, en las horas de la noche, empezaron a reunirse para orar y pedir por ella. Se la encomendaron a la Madre Paola de San José de Calasanz, fundadora de la congregación.

Y por increíble que parezca, a los pocos días Natalia se levantó de la cama y empezó a caminar, algo que contradecía todos los pronósticos médicos. A la siguiente cita con los especialistas en el hospital, llegó por sus propios medios. Ni el cuerpo médico ni las enfermeras daban crédito a lo que estaban viendo.

Natalia fue sometida a cientos de exámenes y ningún doctor pudo explicar lo sucedido. El caso llegó al Vaticano, en donde los controles son muy estrictos. El 8 de julio de 1999, la Consulta Médica de la Congregación para la Causa de los Santos, aceptó en su informe por escrito sobre el caso de Natalia:

«Recuperación funcional muy rápida, casi completa y duradera. Inexplicable científicamente el modo, dada la falta de adecuada terapia de rehabilitación».

El milagro fue aceptado y la canonización de la madre Paola se cumplió el 25 de noviembre de 2001.

Natalia fue examinada cientos de veces y no se pudo dar una explicación científica a este hecho. Pero a mí lo que me encanta de todos esos informes médicos es que el neurólogo Jorge Holguín detectó que la niña sufría solamente de «una debilidad del tendón de Aquiles del lado derecho». Nada más y nada menos. Como cualquier héroe griego.

Juan Diego Cuauhtlatoatzin fue el indígena chichimeca que presenció la aparición de la Virgen de Guadalupe en el siglo XVI. Fue beatificado en 1990 por el papa Juan Pablo II. Ese mismo año, el 3 de mayo, José Barragán Silva, un joven mexicano drogadicto y problemático que estaba bajo supervisión psiquiátrica, llegó a su casa y se encerró en su cuarto. Su madre estaba pendiente porque su hijo venía presentando síntomas de una depresión aguda. A los pocos minutos se escuchó un golpe seco contra el pavimento: José se acababa de lanzar desde el balcón y quedó en el andén

estampillado con múltiples fracturas en el cráneo, la espina dorsal y otras partes del cuerpo. En el hospital los médicos lo desahucieron y dijeron que no había mucho por hacer. Entonces su madre, Esperanza Silva, recordó que hacía poco el indio Juan Diego había sido beatificado y le pidió que intercediera por su hijo:

—Ahora que estás fresquecito, que estás cerca del Señor, hazme este favor e intercede por mi hijo.

Apenas cuatro días después, José se levantó de la cama y salió del hospital caminando como si nada. Los médicos no entendían qué había sucedido. No había ya fracturas, ni contusiones, ni hematomas ni nada. Varios psiquiatras y neurólogos estudiaron su caso y no pudieron dar una explicación científica. El informe llegó a la Santa Sede y, después de varios análisis y constataciones, se aceptó el milagro como válido. Por eso el indio Juan Diego fue elevado a la categoría de santo.

Sobra decir que miles de casos considerados como milagros son rechazados por la Iglesia y no pasan las severas investigaciones que hacen sus expertos.

Sorprende entonces que después de haber superado todos los análisis y los diversos informes, un individuo como José Barragán, sobre el cual se dictamina que sí, que un individuo de hace quinientos años efectuó un milagro en su cuerpo, se dedique después a llevar una vida frívola y banal. Poco tiempo más tarde, José trabajaba en un restaurante de comidas rápidas. Un periodista mexicano que lo entrevistó lo describe como un joven anodino que sirve en el lugar con una camisa playera de colores vistosos.

Y me pregunto si a veces, en sueños o caminando solo por la calle, José ve al indio Juan Diego, si conversa con su salvador, si le da las gracias. ¿Habrà visto a la Virgen de Guadalupe alguna tarde en la trastienda del restaurante donde se esconde para que nadie lo moleste? ¿No le han dado ningún mensaje para nosotros, no tiene nada que comunicarnos?

A finales de los años ochenta la derecha colombiana se dedicó a exterminar a casi todos los miembros del partido político Unión Patriótica. Fue un genocidio a gran escala. En marzo de 1989, el líder estudiantil José Antequera se sentía perseguido, vigilado y sabía que se encontraba en la mira de estos fanáticos que consideran cualquier discurso de la izquierda como una amenaza grave. Sentía que en cualquier momento lo iban a matar.

Decidió entonces refugiarse en la casa de su madre, en Barranquilla, y se dirigió al aeropuerto El Dorado para tomar un avión hacia esta ciudad. El problema era que ya le estaban pisando los talones.

Cuando llegó al mostrador de la aerolínea se encontró con el entonces político Ernesto Samper Pizano, que iba para Cúcuta como parte de la campaña para las presidenciales del año siguiente. Se saludaron brevemente y Antequera le confesó a Samper que viajaba a su casa familiar para esconderse de tantas amenazas. Fue entonces que sonaron los primeros balazos de los matones que venían ya con las armas en alto.

Antequera fue asesinado enseguida. De manera muy sospechosa, ninguno de sus guardaespaldas supo protegerlo ni defenderlo. Ernesto Samper recibió trece disparos. La esposa de Samper, Jacquin Strouss, en un gesto de rapidez mental, arrastró como pudo el cuerpo de su marido hasta la banda transportadora de equipajes de Avianca para sacarlo del lugar. Seguramente, creía que una segunda tanda de sicarios podía llegar a rematarlo. Samper quedó del otro lado de los mostradores, donde las maletas están listas ya para ser despachadas a los aviones. Desde allí lo recogería una camioneta de Satena para conducirlo al hospital.

Y es aquí donde el futuro presidente de Colombia sufrió la experiencia quizás más extraña de su vida. Fue conducido al hospital e intervenido quirúrgicamente durante muchas horas. Los médicos afirmaron que las posibilidades que tenía de sobrevivir eran mínimas. Samper siente entonces una experiencia extracorpórea y sale de sí mismo para observarse desde afuera. En sus propias palabras:

«Comencé a ver que me desdoblaba y yo podía ver desde un rincón del cuarto donde me encontraba todo lo que le estaban haciendo a mi cuerpo. Como si yo fuera una persona distinta de la que estaba ahí acostada. Me sentí flotando por encima en un haz de luz y vi abajo lo que habían sido los episodios más importantes de mi vida... Vi como si estuvieran pasando una película de mi vida...».

Algo curioso es que las enfermeras de la clínica de la Caja de Previsión, que eran devotas del Divino Niño, le amarraron unas medallitas en la parte alta de la cama para protegerlo espiritualmente. Samper pasó varias semanas en cama, entubado, luchando por su vida, y no permitió que las retiraran en ningún momento. Ya recuperado iría al santuario del 20 de julio a dar gracias por las bendiciones recibidas.

10. KUNDALINI

Durante los años noventa se corrió el rumor de que había un yogui en la India que llevaba setenta años sin comer ni beber nada. La mayoría del tiempo se la pasaba en las montañas meditando en cuevas y sitios retirados, pero una vez al año bajaba a la ciudad a visitar a algunos familiares. Varios peregrinos y practicantes espirituales occidentales lo habían visto con sus propios ojos, pero no dejaba de ser un rumor, una historia más entre las tantas que pueblan este país mágico y misterioso.

Les consultaron a varios expertos alemanes, médicos que llevaban años estudiando las funciones metabólicas, y todos coincidieron en que algo así era completamente imposible. Al tercer o cuarto día el cuerpo empieza a descomponerse y a mostrar signos graves de deterioro y debilidad. Como un ejemplo contundente, uno de esos especialistas citó los campos de exterminio durante el nazismo: el ayuno conducía a los prisioneros poco a poco a una delgadez enfermiza que al final terminaba matándolos. Como un lapso de tiempo límite para un experimento de esa clase dijeron que diez días eran suficientes para ver el impacto negativo sobre el cuerpo y la desnutrición del sujeto que se sometiera a algo así.

Pues bien, aunque parezca mentira, en el 2003 el doctor indio Sudhir V. Shah, director de neurociencias del hospital Sterling en Ahmedabad, contactó al yogui Prahlad Jani y le dijo que si aceptaba internarse en el hospital durante diez días él podía supervisarlos para dejar constancia de lo sucedido. Si era cierto que no comía ni bebía nada, el mundo se enteraría de ello. Y si era un fraude, le quitaría la máscara y descubriría el engaño. El yogui se sonrió y aceptó sin problemas, como si se tratara de un juego divertido.

La imagen del día en que el yogui ingresa al hospital es magnífica: se trata de un anciano de ochenta años vestido con una túnica rosada, de barba

y bigotes blancos, con el pelo recogido atrás en una coleta un tanto femenina, con aretes, con las uñas pintadas de rojo y una mirada potente y felina que parece estar, en efecto, en otra dimensión. El Ministerio Indio de Defensa y la Asociación Médica de Ahmedabad aceptan colaborar en la vigilancia extrema del santón yogui.

Lo encierran en una sala alejada del entorno, completamente incomunicado. Varias cámaras están grabando las veinticuatro horas del día. Algunos aparatos van indicando qué sucede en su cuerpo. Se revisa su sangre, su vejiga, su presión arterial, el funcionamiento de casi todos sus órganos.

Hay varios videos en YouTube que muestran su comportamiento a lo largo de los días. Al tercer día está como si nada, al cuarto se la pasa meditando, al quinto se ríe como un niño, al sexto se baña solo mientras recita textos sagrados, y así continúa tranquilo, divirtiéndose, como si estuviera jugando con los médicos y el cuerpo de especialistas del hospital. Al décimo día está activo, relajado, feliz.

Fueron diez días sin comer, sin beber, sin defecar ni orinar, y los médicos siguen sin entender qué fue lo que pasó, cómo pudo el yogui entrar y salir del hospital tan campante.

Cuando le preguntan al anciano cómo lo hace, cómo es que lleva setenta años sin comer ni beber nada, él habla de alimentación pránica, de la energía del sol entrando a su cuerpo, de traspaso de energía a través de Kundalini, la línea que conecta los chakras del cuerpo.

Lo cierto es que los médicos alemanes tuvieron que rendirse ante la evidencia y uno de ellos explica muy bien cómo se vio obligado a cambiar su forma de pensar. Dice que dejó de repetir «eso es imposible», para decir más bien «me cuesta mucho imaginar algo así».

Genial. Quizás la realidad es justamente eso: un problema de imaginación.

11. HE VENIDO POR TI

Lo conocí en Jerusalén y me conmovió mucho que se había preparado desde muy joven para ser maestro de escuela. Amaba a los niños y estaba entregado por completo a su vocación. Alí era un joven palestino de unos treinta años, de clase media, y soñaba con algún día tener el dinero suficiente para fundar su propio colegio.

Un buen día llegó a su puerta una joven de unos veinticinco años, muy bella, de origen paquistaní, y le dijo:

—He venido por ti. Acabo de llegar de Islamabad. Mi nombre es Samira. Soy amiga de tu amigo Karim y creo que tú y yo debemos conocernos.

A Alí le pareció muy extraña la situación, el desparpajo y el desenfado de Samira, pero la belleza y la sonrisa de la joven lo cautivaron por completo. Empezaron a salir, en efecto, y entre más avanzaban en la relación más sorprendido estaba él de ver las coincidencias, los gustos en común, las ideas compartidas y hasta la preferencia por algunas comidas. Parecía hecha a su medida. Para rematar, Samira era profesora y acababa de escapar de Pakistán porque los fanáticos radicales la habían amenazado por, según ellos, violar las leyes estrictas del Corán. Terminó enamorado de ella y le buscó trabajo en un colegio cercano al suyo financiado por una ONG de origen sueco.

Un buen día, Alí le preguntó a Karim, su amigo, cómo se le había ocurrido presentarlos y por qué Samira había ido a tocar a la puerta de su casa de esa manera tan curiosa y vehemente.

—Pregúntale a ella —respondió Karim muy seco, como si no quisiera seguir hablando del asunto—. Yo no te puedo decir nada.

Por aquel entonces ya estaban comprometidos y habían decidido casarse e irse a vivir juntos a un apartamento en las afueras de Jerusalén. Una

noche, Alí le preguntó a Samira de frente por qué se había presentado de ese modo a su puerta, como si supiera a la perfección qué era lo que iba a pasar después. Entonces ella le confesó que desde niña había soñado con un hombre de piel aceitunada, de ojos negros, barbado y de cabello largo que les dictaba clases a unos niños en un salón con pupitres destartados. Ella supo desde siempre que se trataba del amor de su vida, del hombre que estaba destinado para ella, y lo esperó con paciencia, sin afanarse, segura de que tarde o temprano lo conocería. Hasta que recibió la llamada de su amigo de infancia, Karim, quien conocía su historia, y que le dijo en la línea desde Jerusalén:

—Creo que encontré al hombre. Es profesor de escuela aquí.

Ella le pidió que por favor le tomara un par de fotografías para verlo con sus propios ojos y asegurarse. En una salida de fin de semana, Karim se tomó algunas fotos con Alí, las reveló y se las mandó por correo a Samira a Islamabad. Apenas ella abrió el sobre empezó a llorar y empacó la maleta ese mismo día. Con unos escasos ahorros llegó hasta el apartamento de una tía lejana de su madre, habló primero con Karim y después decidió presentarse ella misma en la puerta de Alí.

Así de simple y así de fantástico. Hasta donde supe de ellos a mediados de los años noventa, habían tenido ya dos hijos y acababan de abrir con apoyo internacional una fundación que protegía a los muchachos palestinos que se quedaban huérfanos, sin estudio y sin un techo bajo el cual dormir.

¿Es posible conocer nuestro destino, saber qué será de nosotros más adelante? ¿Cómo se comunica uno con su yo futuro? ¿Puede uno dirigir su vida con tesón hacia un determinado punto con tanta seguridad que la realidad no tiene más remedio que obedecer ese mandato?

Samira respondería a todas estas preguntas con un sí tajante.

12. EL TESTIGO

Eran dos hermanas muy unidas. Una de ellas tenía una relación difícil con un individuo retorcido, celoso y posesivo. Decidió ir un día hasta la casa de ese novio y terminar la relación. Se llevó a su perro labrador para que la acompañara. Al día siguiente amaneció muerta, ahorcada en un baño. La versión oficial era que estaba muy deprimida y el novio aseguró que la joven se había suicidado por problemas que venían de tiempo atrás.

La hermana nunca creyó esa historia. La chica en cuestión tenía planes y estaba rebosante de vida. Estaba segura de que ese novio estaba implicado pero no tenía cómo comprobarlo. La policía no había investigado a fondo y el levantamiento del cadáver se había llevado a cabo sin rigor alguno. Todo parecía conducir a un callejón sin salida.

Pasó el tiempo y un día cualquiera vio en varios medios de comunicación que una mujer aseguraba poder comunicarse con los animales. Averiguó y, en efecto, era una mujer que había estudiado veterinaria y mucha gente decía que tenía un don extraño con caballos, perros, gatos y animales de todo tipo. De hecho, tenía vínculos con la policía y ayudaba a entrenar a sus perros.

Decidió consultarla. Llevó al perro labrador y le dijo a la mujer que le preguntara por lo que había pasado con su hermana, sin especificar de qué se trataba. La médium empezó a llorar y le dijo que el perro aseguraba que su hermana había sido asesinada. Le dio todos los detalles del crimen y la forma como habían hecho el montaje para hacerlo pasar por un suicidio. Todo encajaba a la perfección con lo que la familia de la víctima había sospechado desde un principio.

Me entrevisté con esta muchacha agradable y dulce en una cafetería del norte de la ciudad. Teníamos planes con un amigo director de cine para hacer un guión cinematográfico o el piloto para un programa de televisión.

No pudimos contactar a la médium para que nos confirmara la versión de los hechos y todo se fue posponiendo hasta que se diluyó en el vacío. Pero a veces escucho esa grabación y la voz temblorosa de esa hermana, su dolor tan grande, su certeza de saber que el animal es un testigo auténtico de los hechos, es desgarradora. Quién sabe cuánto tiempo pase para que podamos presentar en un juicio el testimonio de un animal como valedero y legítimo. Quizás nunca lo logremos.

Lo cierto es que después de esta historia veo a los perros por la calle con sus amos de otra manera. Siempre me han fascinado, pero ahora tengo la impresión de que saben cosas que pueden relatar, que son testigos permanentes de atrocidades, robos, intrigas y abusos de toda índole. Son como cámaras de vigilancia que siempre están encendidas.

13. TRISCAIDECAFOBIA

La obsesión por los números es recurrente en muchas personas de distintos estratos sociales, edades, raza y género. Suele asociarse a un trastorno denominado TOC, trastorno obsesivo compulsivo. Es un trastorno muy doloroso que se puede manifestar en la obsesión por la salud (muchos deportistas excesivamente disciplinados y rigurosos tienen que tratarse tarde o temprano para descubrir que están enfermos mentalmente), o por la comida (los médicos ya están detectando que hay conexiones entre muchas dietas y restricciones con los alimentos, y este trastorno), en el orden y la escrupulosidad (gente que ordena su armario todos los días, que clasifica la ropa por colores y tamaños, o que necesita un lugar preciso e inamovible para los objetos), en el sexo (la necesidad imperiosa de ver pornografía, por ejemplo, está asociada a este trastorno), en la ropa, en los rituales cotidianos y hasta en la religión, pues muchas veces la costumbre permanente de rezar o de ir a misa todos los días es en realidad un problema de una personalidad obsesiva compulsiva.

Los números no escapan a esta enfermedad mental. Recordamos, por ejemplo, grandes películas al respecto, como *Mejor imposible*, en la cual el actor Jack Nicholson encarna a un escritor que no puede pisar las líneas de las baldosas cuando camina por la calle. O *El número 23*, en la que el protagonista, representado por el actor Jim Carrey, está obsesionado con este número. De igual modo, hay personas que memorizan las placas de los carros, que revisan el reloj mil veces al día para ver si ya es la hora que los obsesiona (el 11:11 es el más común) o que compran los objetos fijándose en sus propiedades numéricas para apaciguar su ansiedad.

El futbolista inglés, David Beckham, por ejemplo, sufre de este trastorno y necesita tener todos los objetos repetidos, en número par. Dos pares de zapatos iguales, dos sacos, dos libros idénticos, dos gaseosas de la

misma marca en la nevera. El actor Billy Bob Thornton está obsesionado con sumar, restar, multiplicar y encontrarle a todo un sentido matemático. Se la pasa anotando en libretas y cuadernos de apuntes las fechas en las que suceden ciertos sucesos significativos para después hallar similitudes y simetrías que escapan al público en general. Su exesposa, Angelina Jolie, dijo de él alguna vez que era como vivir con un matemático psicótico.

Muchas personas cierran las puertas un determinado número de veces, o dan varias vueltas alrededor de los edificios antes de entrar, o saludan dos o tres veces, o repiten palabras con exactitud, o piden el mismo puesto en buses, aviones y hoteles. El caso más común es el de los apostadores que siempre compran el mismo número de lotería o que le apuestan al mismo número en carreras de caballos o en la ruleta en los casinos.

Y bueno, hay una obsesión muy curiosa que está extendida a nivel colectivo: se trata de la fobia al número 13. Proviene, muy seguramente, de la Última Cena, donde se reunieron doce discípulos y un hombre que ocupaba el puesto número trece terminó torturado y crucificado.

Los ataques del 13 de noviembre de 2015 acentuaron esta fobia en el mundo entero. No me extrañó para nada esta noticia. Desde hace años vengo dándome cuenta de que la sociedad en general sufre de esta obsesión. Hay líneas de autobús en ciudades europeas que pasan del número 12 al 14, como en Madrid. En las aerolíneas empecé a darme de cuenta de esta fobia en Avianca, en la cual los asientos pasan del 12 al 14 directamente. En viajes cortos me gustan los puestos que están en la salida de emergencia porque son un poco más espaciosos, y casi siempre coinciden con estos números. Entonces descubrí que en ningún avión de Avianca existía el puesto número 13. Creí que se trataba de pura superchería nacional. No. Luego vi el mismo fenómeno en Iberia, en American Airlines, en otras aerolíneas europeas, e incluso en la India viajé en aviones que evitaban este número en sus asientos.

Más tarde noté que muchos edificios mexicanos eluden este piso en sus ascensores y también los hoteles altos del mundo entero prefieren pasar de la planta 12 a la 14 sin explicación alguna. Y también los números de ciertas casas y ciertos almacenes, que deberían llevar el 13, numeran con el 14 para evitar la mala fortuna. Y entonces uno se pregunta: ¿los que compran en la fila número 14 o se hospedan en el piso 14, son tan tontos que nunca se enteran de que en realidad están en el número 13?

Es como si un trastorno mental estuviera generalizado y a todo el mundo le pareciera normal. Como vivir en un mundo en el que nadie confiesa que existe el rojo o el sabor a chocolate.

14. CIUDAD Z

A finales del siglo XIX los exploradores se lanzaban lejos de Europa en busca de nuevos mundos donde aún fuera posible vivir sin las censuras morales de la razón y la moral judeocristiana. Los mismos artistas lo estaban intentando también: Rimbaud se adentraría en los desiertos africanos por más de diez años, Gauguin se iría a vivir a las selvas de las islas de los Mares del Sur entre los maoríes, y Rider Haggard exploraría África en busca de material para novelas como *Las minas del rey Salomón* y *Ella*.

Es precisamente Haggard quien, por esos años, se encuentra con el explorador Percy Harrison Fawcett y le regala una extraña escultura africana que, según él, está relacionada con una ciudad perdida en el centro de Brasil. Puede tratarse de la mítica ciudad de El Dorado, pero lo que sospecha Haggard es que esta legendaria metrópoli precolombina escondida en medio de la jungla es algo aún más misterioso y extraño.

Fawcett, un aventurero ya curtido y que conoce bien los territorios sudamericanos, entra en contacto con algunas sociedades secretas de su tiempo, grupos esotéricos que hablan de una antigua sabiduría de los pueblos aborígenes americanos, una raza de hombres que habitaron la jungla y que, a la llegada de los españoles, decidieron adentrarse en la Tierra en una comunidad subterránea. Le hablan a Fawcett del famoso Manuscrito 512, que está hoy en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, en el que un viajero escribe sobre una ciudad extraordinaria perdida entre la selva brasileña. Muchos iniciados de la época creen que esa ciudad del Manuscrito 512 alude a los atlantes, una estirpe de individuos muy avanzados que decidieron no relacionarse con nosotros, los seres humanos, y que se internaron en subterráneos y construyeron una metrópolis en el

fondo del planeta. El acceso principal a esa ciudad estaría, justamente, ahí, en el Brasil profundo.

En efecto, el manuscrito existe y es el texto más curioso y famoso de la Biblioteca de Río de Janeiro. Fawcett empieza a indagar, a viajar por los alrededores, a recoger información, y todo indica que muchos otros habitantes de la zona se han tropezado con la legendaria ciudad, a la que Fawcett no demora en bautizar como Ciudad Z. Entonces arma una expedición. Si logra demostrar que en la antigüedad existía una civilización que tenía un desarrollo y una tecnología muy superiores a los del hombre occidental, su descubrimiento se puede convertir en el más importante de la historia. Cualquier otro hallazgo sería una bicoca en comparación al de una Atlántida en medio de las selvas suramericanas.

Y en 1925 se despidió del mundo conocido y se adentra en busca del río Xingú. Ninguno de los miembros de la expedición regresó. Tampoco se supo nada de ellos, ni se encontraron sus rastros, ni sus campamentos, ni sus cadáveres. Algunos viajeros aseguraron que la zona estaba infestada de tribus que jamás habían tenido contacto con el hombre blanco y que eran muy agresivas y feroces.

Los pertenecientes a las corrientes esotéricas de las cuales se había nutrido Fawcett afirman que él debió encontrar la entrada a la Ciudad Z, que los atlantes seguramente lo invitaron a descender hasta ese mundo maravilloso y altamente desarrollado que está allá abajo, y que por consiguiente salir a la superficie no tenía ya ningún sentido. Si los atlantes les mostraron el futuro a los expedicionarios, lo que se avecinaba era la subida de Hitler al poder, la Segunda Guerra Mundial, los campos de exterminio, las bombas atómicas. ¿Regresar a qué?

15. ATLANTIS

A mediados del siglo XIX, el abogado Ignatius Donnelly se dedicó a crear una granja experimental de tinte socialista a la que bautizó Utopía. La idea era establecer las bases de una sociedad realmente igualitaria, justa, equitativa, sin prejuicios raciales ni de género, en donde fuera posible dedicarse al estudio, la reflexión y la investigación científica. Esa granja es uno de los experimentos más sobresalientes y menos estudiados de la modernidad occidental.

¿Pero de dónde le venían a Donnelly esos anhelos de fundar una sociedad inteligente, entregada al arte y a las ciencias? Parece el guión de un film de aventuras, pero resulta que él llevaba años estudiando todo lo concerniente a la famosa Atlántida de Platón, y llegó a la conclusión de que no se trataba de un territorio mítico ni metafórico, sino real, auténtico. Y pensó que era posible emularla, empezar de nuevo algo parecido.

Cuando la granja se quebró debido a una crisis inmobiliaria de la época, él ingresó en la política y sus ideas radicales acerca de la libertad y la igualdad de todos los seres humanos fueron consideradas incluso como peligrosas. Entonces, en sus horas de solaz, solía refugiarse en la Biblioteca del Congreso a consultar todos los textos que hacían referencia a esa hipotética civilización antigua.

Y escribió un libro precioso, *Atlantis*, en el cual llegó a una conclusión que lo hizo muy famoso: que esa sociedad altamente estudiada y tecnificada no solo existió, sino que fue la base, el origen, la conexión entre culturas que hoy en día estudiamos de manera separada, como Mesopotamia, Egipto y las culturas americanas mayas e incaicas. Donnelly aseguraba que detrás de todas esas religiones que le rindieron culto a los astros, al sol y a la luna; detrás de todos esos alfabetos, de esas pinturas, de esas arquitecturas piramidales; detrás de esas concepciones acerca del cuerpo y el espíritu, de

la materia y el alma; y detrás de esos sistemas filosóficos y esos calendarios tan avanzados se escondía esa primera civilización ideal, única, paradisíaca: la Atlántida, que desaparecería de la noche a la mañana debido a una catástrofe que debió afectar al planeta entero.

Es de no creer, pero la hipótesis de Donnelly suena cada vez más certera, y hace poco la recordé en un viaje a Bolivia. En la ciudad de La Paz busqué el Museo de Metales Preciosos, en la Calle Jaén 777, donde está la famosa Fuente Magna, una vasija de la cultura Tiahuanaco con miles de años de antigüedad. Al principio no se ve nada extraordinario en ese recipiente que parece una ensaladera. Sin embargo, los dibujos que hay en su interior son trazos de escritura cuneiforme, signos de lenguaje sumerio, propios de la antigua Mesopotamia. Y la pregunta es obvia: ¿Qué hacen esos signos sumerios escritos en una vasija de la cultura Tiahuanaco a cuatro mil metros de altura en los Andes bolivianos?

Ese día, junto a mí, había un profesor francés proveniente de una isla en el Océano Índico, un hombre ya anciano de unos setenta años de edad que viajaba solo. Yo no pude evitar preguntarme en voz alta:

—¿Cómo diablos llegó la escritura cuneiforme desde El Medio Oriente hasta América?

El profesor, que hablaba español perfectamente, se sonrió y me dijo muy amistosamente:

—Yo ya cometí ese mismo error.

—¿Cuál error? —dije con curiosidad.

—Hacerme esa pregunta.

—¿Y por qué no es válida? —dije ahora con cierta vanidad, con presunción, como si estuviera listo para empezar un debate intelectual y mis armas me auguraran una futura victoria.

—Porque creo que la pregunta es justamente la contraria. No es que la escritura haya viajado desde Sumeria hasta Suramérica. Creo que es al revés. La escritura aparece aquí, en Puma Punku y en Tiahuanaco, y desde estas montañas es exportada a Mesopotamia. Aquí está el origen, el comienzo. Este era el antiguo Edén, el Paraíso Perdido del que tanto hablan los textos sagrados de todas las religiones.

Quedé derrotado en el primer golpe. La cabeza me daba vueltas. ¡Claro, nos habían enseñado todo al revés! Siempre nos habían menospreciado, nos habían dicho que éramos unos pueblos salvajes que no estábamos tan desarrollados como los europeos, solo porque no teníamos espadas ni

escopetas. Y las evidencias parecen demostrar lo contrario: los que llegaron eran unos individuos ignorantes y analfabetas que no pudieron comprender la magnificencia ni la grandeza de lo que estaban contemplando: pirámides excepcionales, calendarios de una sofisticación que Europa demoraría en entender cientos de años después y momias que demostraban un refinamiento difícil de emular.

Entonces le di las gracias al anciano por corregirme, saqué mi libreta y empecé a anotar todo esto que ahora estoy escribiendo. Y en el último párrafo subrayé el nombre de Ignatius Donnelly y puse al frente la siguiente frase:

«La Atlántida era la antigua América, que sigue sin ser descubierta».

16. EL BRUJO

Desde las primeras palabras que pronunció quedé atrapado por completo, fascinado por ese relato en el que el país más profundo emergía segundo a segundo.

Me contó que había hecho parte de un pelotón especial de contraguerrilla. Le había tocado patrullar primero la frontera con Venezuela y llevar a cabo persecuciones en caliente de cabecillas de los frentes de las FARC y del ELN. Se destacó como un soldado ágil, inteligente y muy perspicaz. En lugar de perder el tiempo durante las largas horas de vigilancia en el monte, lo que él hacía era leer. Me habló de algunos autores latinoamericanos que conocía y me sorprendió que en su lista estuviera Rayuela, de Cortázar. A la luz de unos rayos de sol que se filtraban por entre la espesura, entre los mosquitos y los ruidos de la selva, con su cantimplora y su morral junto a él, se acomodaba junto a un árbol y se le iban las horas leyendo y leyendo. Una imagen conmovedora.

Un día cualquiera les dijeron a él y a sus compañeros más cercanos de ese pelotón especial que debían capturar o matar al Negro Acacio, uno de los jefes más temidos de las FARC. Los trasladaron selva adentro. El cordón de seguridad de Acacio era legendario: varios hombres lo custodiaban escalonadamente, en anillos que se iban cerrando poco a poco hasta llegar a él.

Durante meses recogieron datos sobre sus rutinas, lo siguieron, buscaron informantes, consiguieron contactos, lo rastrearon. Estuvieron en varias ocasiones a punto de dar con él y capturarlo, pero nada, siempre se escapaba en el último segundo. Era extraño, parecía como si alguien le estuviera avisando justo antes de la captura definitiva. No entendían qué estaba sucediendo.

Una noche, en una tienda de un pueblo remoto junto a un río, un informante les advirtió a la luz de una vela:

—El Negro Acacio está rezado. Él anda con un espejo embrujado en el que puede ver los movimientos de sus enemigos. Si quieren capturarlo tienen que agarrar primero a su hechicero personal, al brujo que le hace los trabajos.

Y aunque parezca inverosímil, eso hicieron. Una noche llevaron a cabo un operativo en un pueblo remoto y dieron con el mago. Los soldados llevaban agua bendita y la esparcieron alrededor del hombre mientras lo sujetaban con fuerza. Llevaban también una Biblia y no hacían sino orar para evitar embrujos o algún tipo de mal o enfermedad. Viajaron por la selva con el hechicero esposado y amordazado. Varios días después, el hombre aceptó un trato: entregar al Negro Acacio a cambio de dejarlo a él en libertad.

—Ustedes no tiene nada contra mí, no he cometido ningún delito. Yo se los entrego y ustedes me sueltan enseguida.

El jefe del pelotón aceptó el trato. Y el brujo nubló el espejo, le quitó poder al vidrio mágico que acompañaba al guerrillero a todas partes, y empezó a dar las coordenadas de dónde se encontraba. A los pocos días, en efecto, la Fuerza de Despliegue Rápido (Fudra), en medio de la Operación Sol Naciente, dio con el Negro Acacio y con sus hombres más cercanos, los bombardearon y los mataron. Encontraron entonces pelucas y trajes de mujer entre las pertenencias del jefe guerrillero, y confirmaron uno de los rumores más extendidos en la zona: que el jefe guerrillero era transformista, una especie de narco-combatiente travesti.

Esa misma noche soltaron al hechicero, que se desapareció enseguida entre la oscuridad y la espesura de la jungla.

17. CHAMANES

Alguna vez estuve en plena selva buscando material de primera mano para mi novela *Los hombres invisibles*, que transcurre junto a indígenas de la tribu Nukak Makú. Una tarde, en las afueras de una ranchería, llegó un hombre anciano con un canasto al hombro. Venía de una larga caminata y me sorprendió que atravesara la selva solo, sin compañía de ninguna clase. En un espacio semejante, cualquier error puede salir muy caro y termina uno mordido por alguna serpiente o devorado por las hormigas. Me dijeron en las horas de la noche que se trataba del chamán de la tribu y que les había avisado a todos que ya habían llegado los tiempos negros que él les había pronosticado desde años atrás.

El viejo indio avisó al día siguiente que deseaba hablar conmigo, el hombre que había llegado de Bogotá hacía unos días. Lo visité en una de las cabañas donde se hospedaba. Nos sentamos en el piso. Él esbozó una sonrisa al verme. Le faltaban varios dientes. Tradujo uno de los jóvenes del caserío que llevaba años trabajando en Miraflores y en San José del Guaviare.

—¿Qué estás buscando? —me preguntó el chamán por medio del intérprete.

—No lo sé —dije con sinceridad—. Estoy a ciegas.

—¿Por qué viniste aquí?

—No sabía adónde ir. Fue una intuición.

—Hace poco murió tu padre, ¿verdad?

Asentí. Nadie sabía que yo estaba haciendo un duelo por una muerte reciente.

—No te preocupes por él —continuó el anciano—. Está atravesando el mundo de los espíritus. A veces ese camino es largo y difícil.

Un estremecimiento me recorrió la espina dorsal. La verdad es que había huido de la ciudad porque llevaba meses durmiendo de día y escribiendo de noche en un ritmo frenético y nocivo para mi salud. Sencillamente, no podía más.

—Viniste aquí porque yo te llamé —dijo él con una placidez que nunca lo abandonaba—. Justo ahora te necesitamos.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Estamos al final de un largo camino y sería oportuno que escribieras sobre nosotros.

No tenía cómo explicarle que esa no era mi temática, que mis libros giraban en torno a la ciudad, que yo era un escritor de novela negra y policíaca. Sin embargo, una parte de mí me recordó mi libro *La travesía del vidente*, y me di cuenta de que la pasión por la literatura de viajes y aventuras había estado presente en mis textos desde un comienzo.

—¿Y qué digo? —pregunté con cierta ingenuidad idiota.

El anciano respondió tajantemente:

—La verdad.

Y entonces durante días estuve en la comunidad tomando notas, viviendo con ellos, aprendiendo, armando en mi cabeza ese nuevo libro que se avecinaba. Cuando regresé a Bogotá y empecé a trabajar en el computador, me preguntaba a veces si era yo el que estaba escribiendo, o si no se trataba del viejo hechicero dictándome desde lejos los pormenores de la historia.

Unos años después visité en Perú, en un pequeño pueblo cerca de Cuzco, la casa de otro chamán llamado Joan. Deseaba preguntarle por una saga de aventuras que había empezado recientemente y quería también incorporarlo a él como personaje. Me dijo que a los libros no les iba a ir mal, pero que no sería tan rápido como yo anhelaba y que me iba a tocar aguantar adversidades y superar obstáculos antes de que esos libros llegaran masivamente al público en general. Me advirtió de fuerzas oscuras que se oponían y que intentaban torpedear el proyecto. Fuerzas que movía alguien que estaba muy cerca. Me demoré mucho en comprender esas palabras.

No me sorprendió en absoluto. Nada ha sido fácil para mí y estoy acostumbrado a navegar contra la corriente. Incluso los que dicen querernos no hacen sino atacarnos y ponernos zancadillas. La buena noticia era que cuando se rompiera el dique, la muralla que impedía el buen

desenvolvimiento del proyecto, todo saldría muy bien y esos libros me traerían grandes satisfacciones.

Luego lo visité en una segunda ocasión con el editor y amigo Ricardo Arango. Le llevábamos uno de los volúmenes en donde él aparecía ya como protagonista. Nos dijo que tendríamos una ruptura significativa, pero que no era para alarmarse. En ese momento nos pareció una predicción ridícula, sin fundamento alguno, y no le dimos mayor importancia a sus palabras. Incluso nos burlamos de ellas. Un tiempo después tomé la decisión de cambiar de editorial y fue muy difícil para mí dejar de trabajar con él, al que considero, de lejos, uno de los mejores editores del continente. Y las palabras del indígena quechua me llegaron a la memoria cargadas de un sentido oculto que entonces no comprendí en absoluto.

Una tarde, en Guatemala, en la Isla de las Flores, visité la casa de un chamán en las afueras del pueblo. Era una construcción humilde en adobe y me recibió de manera ceremonial y respetuosa un hombrecillo moreno y bajito que se comportaba como un lord inglés. Se hizo en el piso y me invitó a sentarme. Le pregunté por mis libros, por un cambio significativo que estaba empezando a sentir en mi percepción.

—No voy a hablar de algo que usted ya sospecha en su interior. Le quiero advertir sobre fuerzas oscuras que lo están rondando, que se ciernen sobre usted, que lo tienen cercado. Fuerzas de destrucción y aniquilación. Tiene que salir rápido de la trampa que le han puesto en el camino.

Me dijo entonces que ideas de muerte se cernían sobre mí y que debía huir de ellas. Me pareció curioso porque llevaba meses dándole vueltas a la idea del suicidio. ¿Cuándo es válido y lúcido decir adiós? ¿En qué momento exacto debe uno partir antes de que lleguen el deterioro, la incapacidad física y la indignidad? El chamán me decía que esas ideas no eran mías, sino impuestas por fuerzas que estaban más allá de mi comprensión. Que huyera, que escapara, que comprendiera que uno está muchas veces sometido a la influencia de poderes invisibles.

—¿Y lo mismo puede suceder con mis libros? ¿Es posible que esas fuerzas de las que usted habla me indiquen, me acompañen, me dicten? ¿Cómo sé si los libros son míos o no? ¿No tengo derecho a ufanarme de ellos?

—Nada es suyo. No tiene derecho a ufanarse —fue su respuesta categórica.

—¿Todo me lo están dictando?

—Cada uno cumple con un destino que le está encomendado.

Cambié entonces de tema. Me estaba sintiendo como un niño caprichoso frente a un adulto que intenta hacerlo entrar en razón. Le pregunté si estábamos al final de algo, si todo nos indicaba que estábamos ingresando en una zona gris de la que no seríamos capaces de salir con facilidad.

—Es nuestra fatalidad, es el cierre del círculo. Esto ya ha pasado antes. No hay que alarmarse.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Muy poco. Yo no estaré aquí para presenciarlo, pero tal vez usted sí. No falta mucho.

Le pedí una recomendación para más adelante.

—No controlamos nada. Recuérdelo.

Una amiga mucho menor que yo, y a la que conozco desde que era una niña, estuvo sirviendo como enfermera en unos caseríos indígenas en el Guaviare. Estaba haciendo su rural en esa zona del país. Un médico muy joven y atractivo hacía alarde de su buen porte y de su simpatía entre el público femenino de la zona. Muchas cayeron rendidas a sus pies. El tipo seguía como un picaflor disfrutando del poder que ejercía sobre las muchachas de la zona.

Una noche, uno de los indígenas más veteranos le dijo a mi amiga:

—Adviértale al doctor, por favor, que no se vaya a meter con Ailén. Es la hija del jefe de la tribu. Dígale nomás, por favor. Que no se meta en problemas.

Mi amiga cumplió con el encargo. La joven en cuestión tenía dieciséis años y era muy despierta y agraciada. El médico se sonrió y le dijo que no se dejara influenciar por las supercherías de los indios, que eso no era más que la prueba fehaciente del atraso de esas pobres gentes. De alguna manera, ellos habían llegado precisamente para imponer la ciencia, la razón, las vacunas, los antibióticos, los exámenes de sangre. Mi amiga no quiso entrar en polémicas que no tenían sentido. El médico se acostó finalmente con la joven indígena e hizo que ella se enamorara y se encaprichara con él. La única salida fue pedir un traslado y escaparse.

Cuando estaba en Bogotá esperando la carta para viajar al nuevo lugar, empezó a sentirse mal, mareado, débil, sin fuerzas. Lo llevaron a la clínica y los exámenes no indicaban nada grave. Sin embargo, no podía ni siquiera

salir a la calle sin la ayuda de otra persona que lo cogiera de la mano y lo ayudara a cruzar las avenidas.

Mientras tanto, el mismo indígena que había hablado con mi amiga le dijo que el médico no se saldría de la situación tan campante, que el jefe de la tribu había mandado llamar al chamán y que le había ordenado un castigo brutal para el usurpador de su hija: la enfermedad y la muerte.

Cuando el médico la llamó para contarle que estaba muy enfermo y que sus demás colegas no daban con qué era exactamente lo que tenía, mi amiga le contó lo que le habían dicho. Él volvió a decirle que se trataba de una coincidencia y nada más, que dejara de preocuparse tanto. Sin embargo, las dolencias no cesaban y terminaron por enviarlo de manera definitiva a la cama. Un buen día, sencillamente, no pudo tenerse en pie, no logró caminar. Entonces le apareció un tumor en el cuello que creció desmesuradamente en pocos días. Los exámenes arrojaron un diagnóstico inquietante: no podían operarlo porque estaba ya ramificado alrededor de la nuca y la parte cervical de la columna vertebral. Intentaron con radiación y quimioterapia, pero el tumor siguió creciendo sin control.

Mi amiga viajó hasta Bogotá para visitarlo, hablar con él y decirle que quizás debían visitar al jefe indígena y a su hija, y pedirles perdón por la afrenta infligida a la joven. Pero ya era tarde, el médico apenas podía hablar, no se movía de la cama.

Murió a los pocos días entre ahogos y estertores brutales.

18. ENTRE CANÍBALES

Se trataba de un estudiante japonés más, bajito, medio enclenque, que había llegado a París a comienzos de los años ochenta a estudiar literatura europea. En sus años de colegio había mostrado rigurosidad, disciplina y dedicación a la lectura. Se sentía atraído no por las mujeres japonesas, coreanas o chinas, sino por las jóvenes parisinas, holandesas o inglesas, con sus largas melenas y sus ojos bien ovalados. Esa atracción se le fue convirtiendo poco a poco en una obsesión, en un delirio. Su nombre: Issei Sagawa.

Me imagino la vida de Issei un poco solitaria, entre libros, en las bibliotecas, caminando por las calles con las manos entre los bolsillos mientras pensaba en sus poetas y sus narradores preferidos. Sentía predilección por los autores ingleses. Su especialidad era la literatura de la vanguardia europea, esas corrientes cercanas al Surrealismo que surgen en el período entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial.

Una de sus compañeras de clase destaca entre las demás: Renée Hartevelt. No solo porque es bella, habla tres idiomas y demuestra una fina inteligencia salida de lo normal, sino porque es alta, robusta y sus músculos bien marcados atraen a Issei de un modo irracional. Salen algunas veces como compañeros de clase, charlan, deambulan juntos por los campos de la universidad. A ella su nuevo amigo japonés le parece alguien culto, educado, erudito, pero no sospecha lo que esconde su macabra sensibilidad.

Una noche Issei invita a comer a Renée y ella acepta gustosa. Seguramente creyendo que se trata de una cena entre colegas, para compartir bibliografía y ahondar en ciertos temas tratados en los cursos. Issei le declara su amor con vehemencia y afirma que no puede seguir ocultando más sus sentimientos. Renée lo frena, le aclara que no se siente atraída por él y que es preciso que la relación se quede en el plano de una

buena amistad y nada más. Issei calma la situación y sirve dos tazas de té. Le pide a ella que por favor lea un poema mientras tanto. Ella acepta y, cuando está concentrada en la página, de repente, él saca un rifle calibre 22 y le pega un tiro en la nuca. La mata sin piedad alguna. Luego tiene sexo con el cadáver de la joven recién asesinada y decide trozar algunas secciones de su cuerpo para devorarla poco a poco.

Hay que aclarar que el episodio caníbal tiene muchas variantes: intenta arrancar pedazos de sus muslos a mordiscos y se da cuenta de que la carne humana es muy resistente. Entonces la corta en tiras finas, como un sushi. La grasa humana no le gusta, se siente comiendo una especie de atún sin cocinar. Con un cuchillo eléctrico corta el resto del cuerpo y lo guarda en un refrigerador. Condimenta con mostaza y pimienta, come trozos grandes de carne cruda también, degusta, paladea.

El rito caníbal dura dos días seguidos. El cuerpo de Renée es ingerido en desorden, pedazo a pedazo. Finalmente, Issei mete el resto del cadáver en una maleta y lo echa a un lago en el bosque de Bolonia. Pero unas horas después la maleta flota y una pareja que recorre el lugar ve que de ella sobresale, como en una película de terror, una mano de dedos afilados.

Las autoridades parisinas capturan a Issei y después de un juicio es declarado como un individuo insano mentalmente. Lo meten en un psiquiátrico. Cumple unos cuantos meses de reclusión durante los cuales anota:

«Estar allí fue un infierno, todos estaban locos».

Gracias a una artimaña médica y a la influencia de su padre, que es un hombre adinerado y poderoso, es deportado a Japón y al poco tiempo sale libre. Como no tiene cargos en su país, y en Francia se le consideró deportado para cumplir su pena en otra nación, es liberado. Escribe un libro en el que cuenta su historia, publica poemas, varias cartas, se dedica a pintar desnudos de mujer.

Lo increíble de la historia del escritor caníbal es que hoy en día es considerado en su país una especie de artista superestrella. Sale en programas de televisión, es protagonista en guiones de películas y en obras de teatro, escribe comentarios culinarios para ciertos restaurantes y hasta los Rolling Stones escribieron una canción inspirados en su caso: *Too much blood*.

Aunque parezca mentira, el caso de Sagawa no es excepcional. Es uno más en una larga lista de caníbales que han surgido en todos los continentes.

Otro escritor al que bautizaron como «el Poeta caníbal», José Luis Calva, mató a su mujer y se comió partes de su cuerpo aderezadas por él mismo. Cuando la policía lo detuvo encontró el tronco del cadáver de su esposa metido en el closet.

El dictador africano Jean Bedel Bokassa devoró a cientos de personas y, cuando todo salió a la luz pública, huyó de país en país hasta refugiarse en Costa de Marfil. Cuando las autoridades entraron a su palacio, encontraron en los refrigeradores varios cadáveres humanos desmembrados que servían como plato fuerte para los manjares del tirano. Un tiempo después, en una famosa entrevista concedida al periodista Ronald Koven, reconoció que solía alimentarse de carne humana, como tantos otros.

Hace poco la policía de Miami tuvo que disparar sobre un caníbal de treinta y un años, Rudy Eugene, quien, de repente, saltó sobre un indigente a plena luz del día y empezó a comérselo vivo. Cuando lo dieron de baja ya se había devorado el 75% del rostro del hombre. Los medios de comunicación dijeron después que Eugene se encontraba bajo el efecto de una poderosa droga llamada «Ivy wave».

El chef Anthony Morley degolló a su novio, le cortó con sumo cuidado uno de sus muslos y lo preparó en su cocina con aceite de oliva y finas hierbas.

Armin Meiwes, denominado por la prensa «el Caníbal de Rotemburgo», decidió un buen día poner en una página de Internet un aviso en el que confesaba que una de sus fantasías más recurrentes era comer carne humana y que estaba buscando a alguien que quisiera jugar el rol de víctima propiciatoria. Y recibió respuesta a su aviso. Le contestó Bernd Jürgen y le dijo que él era el tipo perfecto para celebrar ese macabro ritual. Los dos hombres se encontraron y primero Meiwes le cortó el pene a Jürgen y ambos probaron el extraño platillo. Luego lo asesinó, lo descuartizó y se lo fue comiendo pedazo a pedazo a lo largo de varios meses. Cuando la policía lo detuvo ya se había comido más de veinte kilos del cadáver de Jürgen.

A finales de 2015, mientras empezaba a tomar notas para este libro, apareció en las noticias una especie de indigente que había asesinado a varias mujeres en las cercanías del cerro de Monserrate en Bogotá. La prensa lo bautizó enseguida como «el Monstruo de Monserrate», y, entre más cavaban y buscaban, más miembros y cuerpos de mujer iban apareciendo. El asesino les ofrecía comida, droga y un techo improvisado entre las montañas para pasar la noche. Luego las ahorcaba y terminaban

enterradas en los alrededores. Sin embargo, queda la duda de si en algún momento no se comió partes de sus víctimas, a la manera del caníbal venezolano Dorancel Vargas.

Hace unos años el periodista venezolano Sinar Alvarado estaba en una reunión y uno de sus compatriotas, de pronto, nombró la historia de Dorancel Vargas*, un asesino que había sido capturado en la ciudad fronteriza de San Cristóbal. Entonces Alvarado recordó la escena de un hombre barbado, con el pelo largo, arrestado debajo de un puente entre bolsas plásticas que contenían manos, cráneos y pies humanos.

Esa misma noche Alvarado entró a Internet y consultó el nombre de Dorancel Vargas. En efecto, este hombre, que por entonces contaba con cuarenta y ocho años, aparecía en una lista de antropófagos reconocidos mundialmente, en la cual era el único latino ubicado entre los diez primeros. De inmediato empezó a buscarlo y a preguntar en qué cárcel estaba detenido. Lo ubicó en la Dirección de Seguridad y Orden Público de San Cristóbal, en el estado de Táchira, una comandancia de policía totalmente inapropiada para un individuo de estas características.

Viajó entonces a San Cristóbal y logró una autorización del juez que llevaba el caso para entrevistarle. También fue necesario un visto bueno de la psiquiatra que venía tratándolo. Por fin, un día lo conducen hasta la celda donde está recluido el asesino y le dan las recomendaciones del caso. La luz es escasa y el corredor principal de la comandancia está en penumbra. Sin embargo, lo distingue al fondo de la celda, lavándose las manos. Es un hombre de 1.65 metros de estatura, de unos sesenta y siete kilos de peso, afeitado, con el pelo corto, y desde los primeros segundos Alvarado se da cuenta de que está frente a un enfermo temeroso, distraído, disperso, con una mentalidad a la que le cuesta trabajo concentrarse mucho tiempo en un mismo tema. Recuerda entonces que ha leído el dictamen médico en el cual se le analiza como un individuo desubicado en tiempo y espacio, alguien que mezcla años y lugares, que no sabe muy bien dónde está ni en qué fecha exacta se encuentra.

A Alvarado le parece mentira que ese hombre haya estado cerca de dos años cazando personas debajo de un puente. Los golpeaba en la cabeza con una varilla y luego los preparaba y se los comía ahí mismo, frente a los transeúntes que pasaban sin sospechar que ellos podían ser las siguientes víctimas. Aunque solo se le pudieron comprobar unos cuantos crímenes, se calcula que Dorancel mató y cocinó a decenas de personas.

Durante la entrevista, el periodista le pregunta por su primera víctima, un hombre conocido por el asesino, casi un amigo. Entonces el caníbal afirma con tranquilidad: «Sí, a ese me lo comí». Luego asegura que procuraba cocinar solo carne de hombres, porque el maquillaje y los perfumes de las mujeres lo asqueaban, le dejaban un sabor amargo en la boca. También, con el mayor desparpajo, dice que prefería comerse primero las pantorrillas y el abdomen de sus víctimas. Ya para despedirse, Alvarado le pregunta por el recuerdo de los muertos, y él termina con una frase inquietante: «Sí, los muertos, los que me comí, vienen de noche, hablan y hablan, no me dejan dormir».

Una ciudad puede ser también el reino de las bestias, y cuando escuchamos una historia así recordamos un terror muy antiguo, primitivo, que conocieron los primeros hombres y que creíamos ya desaparecido: el terror de ser alimento para otros.

Estos son solo unos cuantos casos de los tantos que se han presentado en distintos países. Incluso todos recordamos a los deportistas uruguayos que se accidentaron en la cordillera de los Andes y que se vieron obligados a devorar partes de los cuerpos de sus compañeros para poder sobrevivir. La carne del otro como ceremonia sagrada, como rito, como traspaso de energías.

Es imposible no pensar en la Última Cena cristiana, y en Jesús diciéndole a sus discípulos que, cuando él falte, celebren todos ese curioso ritual en el que devorarán su cuerpo y su sangre, que son ofrendas de amistad y de amor verdadero. Es decir, cuando vemos a la gente en la iglesia pasando a recibir la comunión, estamos asistiendo en realidad a una ceremonia caníbal por medio de la cual el cuerpo del otro ingresa en el cuerpo del creyente para purificarlo y fortalecerlo espiritualmente.

En el relato *Chac Mool*, del escritor mexicano Carlos Fuentes, el protagonista se pregunta si justamente el hecho de que en el cristianismo exista ese misterio de devorar, de comerse a un dios, no es la clave para entender el éxito de esta religión entre unos indígenas que conocían bien de ofrendas y sacrificios humanos:

«Llegan los españoles y te proponen adorar a un Dios muerto hecho un coágulo, con el costado herido, clavado en una cruz. Sacrificado. Ofrendado. ¿Qué cosa más natural que aceptar un sentimiento tan cercano a todo tu ceremonial, a toda tu vida? Figúrate, en cambio, que México hubiera sido conquistado por budistas o por mahometanos. No es

concebible que nuestros indios veneraran a un individuo que murió de indigestión. Pero un Dios al que no le basta que se sacrifiquen por él, sino que incluso va a que le arranquen el corazón, ¡caramba, jaque mate a Huitzilopochtli! El cristianismo, en su sentido cálido, sangriento, de sacrificio y liturgia, se vuelve una prolongación natural y novedosa de la religión indígena. Los aspectos caridad, amor y la otra mejilla, en cambio, son rechazados. Y todo en México es eso: hay que matar a los hombres para poder creer en ellos».

Cuando caminamos por las ciudades y vemos todas esas iglesias católicas, e ingresamos en ellas para admirar su arquitectura, sus obras de arte y sus refinados vitrales, no deberíamos olvidar que estamos en templos caníbales en los que el cuerpo y la sangre de ese extraordinario dios de fraternidad y de amor son devorados por sus adeptos. Quizás a eso se refería Gustavo Cerati cuando cantaba:

*Ah... come de mí, come de mi carne
ah... entre caníbales
ah... tómame el tiempo en desmenuzarme
ah... entre caníbales
Una eternidad
esperé este instante...*

* En Wikipedia y en muchos portales informativos aparece reseñado como Dorángel Vargas, pero su nombre, según la investigación de Alvarado, es Dorancel.

19. UNA ECOALDEA PARA EL FIN DE LOS TIEMPOS

Me lo encontré en la calle 134 en una tarde soleada de verano bogotano. En seguida recordé la frase de Borges: «Todo encuentro casual es una cita». Iba con las manos entre los bolsillos, la mochila colgándole a un lado, una cachucha gris le protegía la cabeza del sol inclemente y tenía ese mismo aire de *outsider* irredento de veinte años atrás, cuando nos conocimos en una clase de lenguajes que dicté para los estudiantes de Bellas Artes de la Universidad Jorge Tadeo Lozano.

DeArco había sido uno de mis estudiantes más sobresalientes y solíamos vagabundear por la ciudad mientras hablábamos de pintura, literatura, filosofía y de cómo escapar de la normatividad penosa de un sistema que despreciábamos con todas nuestras fuerzas. Por eso era maravilloso encontrarnos dos décadas después de la misma manera: caminando despreocupadamente por la calle. Nos abrazamos, cruzamos números telefónicos y prometimos ponernos en contacto más adelante.

Dos o tres semanas después volví a verlo subiendo por la calle 140 hacia el oriente. La misma pinta de caminante desocupado que no tiene ninguna prisa. Lo abordé con entusiasmo y le dije que ya dos veces era un destino, que teníamos que hablar. Se sonrió y me respondió que él opinaba lo mismo, que había estado a punto de llamarme, pero que se había enredado en una serie de trabajos ocasionales. Nos fuimos a almorzar y a lo largo de los siguientes dos meses estuvimos en permanente contacto, planeamos escribir un capítulo largo para este libro, pero el tiempo nos jugó una mala pasada y no alcanzamos. Él estaba también pasando por un proceso de toma de decisiones que solo le permitió anotar dos o tres páginas

de lo que había sido su vida durante los últimos veinte años. Así que, de un modo un tanto resumido, yo contaré su historia.

Un tiempo después de graduarse su padre empezó a alejarse de la vida hogareña y reposada. En lugar de crearle oposición, él decidió acompañarlo en ese descenso a los infiernos. Fue un tiempo de camaradería y complicidad, de afecto puro demostrado de la manera más sincera y sencilla. El viejo, un hijo de españoles exiliados de la Guerra Civil, tenía un carácter anarquista que lo ha llevado a una vida regida solo por sus propias reglas. Un apasionado de la velocidad, de la irreverencia y de llevarle la contraria a un establecimiento que desprecia por sus lógicas banales e injustas.

Durante este periodo, DeArco recorre la ciudad junto a su viejo en largas noches de bohemia, como un Dante que viaja a través de los infiernos en compañía de Virgilio. No sabe muy bien qué es lo que está buscando, pero sí entiende que está purificando algo, que se está liberando de un peso invisible que venía cargando sin darse cuenta.

Un día cualquiera descubre que la iniciación ha sido cumplida en su totalidad y que ha agotado ya esa ruta. Decide invocar sus orígenes españoles e ir a la tierra de su abuelo en busca de un futuro posible. Llega a Barcelona y vive las primeras semanas un poco a la deriva, tanteando, ojeando, preguntando aquí y allá a ver dónde es posible armar una vida. Un grupo de resistencia anticapitalista ha decidido ocupar propiedades vacías de gente adinerada y vivir en ellas sin pagar renta, ni servicios, ni impuestos de ninguna clase (los famosos okupas). Mi exalumno se siente identificado con ellos y entra a hacer parte del combo. Le gusta esa sensación de nomadismo permanente, de no hacer parte de ningún territorio fijo, de vivir unos meses acá y otros allá, de establecer lógicas comunitarias que van en contra de la individualidad narcisista de nuestro tiempo.

Por esa época una universidad abre un posgrado en diseño de ecoaldeas, una palabra que se usa para hablar de una comunidad autosustentable que respeta el entorno, que usa energías renovables, que procura contaminar lo menos posible y que practica una alimentación y un ritmo de vida más sanos que los que practicamos en el vértigo inhumano de las grandes metrópolis contemporáneas. Eso incluye la educación de los niños, las huertas, el reciclaje, el ejercicio, la arquitectura, la vida cotidiana sin estratos ni jerarquías que discriminen ni segreguen a nadie.

Robert Gilman, uno de los principales defensores de este modo de vida, lo define de la siguiente manera:

«Una “ecoaldea” es un asentamiento humano, concebido a escala humana, que incluye todos los aspectos importantes para la vida, integrándolos respetuosamente en el entorno natural, que apoya formas saludables de desarrollo y que puede persistir indefinidamente».

En nuestro país hay una red de ecoaldeas que se agrupa alrededor de una organización: Renace Colombia. Son modos de vida alternativos que se proponen no destruir el planeta ni contaminarlo de la manera vulgar como lo hemos venido haciendo durante los últimos siglos.

DeArco entra al posgrado, se siente cómodo desde el principio, como si la búsqueda acabara de encontrar un sentido real y palpable, y mientras tanto va disfrutando también su nueva vida como okupa en los alrededores de Barcelona.

En algún momento del posgrado viaja a los Pirineos y, como parte de su formación académica, entra a hacer parte de una ecoaldea llamada Taldea, un lugar armonioso en el que una comunidad busca confirmar de manera práctica que sí es posible vivir de un modo diferente, sin pensar en el lucro, la posesión y la avidez destructiva.

Leonardo Boff, uno de los fundadores de Taldea, la define con estas palabras:

«Es una comunidad de vida, un lugar con alma, en armonía con la naturaleza y la manifestación de una creación conjunta. Conscientes de la interdependencia de todos los seres, cuidamos nuestras relaciones con la Tierra, con las personas y con nosotros mismos. Cultivamos la tierra y nos nutrimos con ella. Celebramos la vida en todas sus formas. Confiamos plenamente en la “capacidad del ser humano de captar el mensaje de grandeza, de belleza y de misterio que atraviesa el universo y la vida”. Taldea quiere ser un centro que irradie al mundo amor, inspiración, alegría, belleza, creatividad y paz».

Sin embargo, aunque la comunidad es maravillosa, solidaria y muy fraternal, mi exalumno empieza a sentir que dentro de sí se está fraguando una nueva fuga. En algún momento le llega a sus manos una novela de su antiguo profesor de literatura, *Los hombres invisibles*, y es invadido por una inmensa nostalgia de la naturaleza poderosa y deslumbrante de América, por la selva amazónica, por el desierto guajiro, por los páramos andinos, por la fertilidad sin igual del eje cafetero. Siente que el paraíso de Taldea no es

su territorio, que aunque las bellezas del lugar y de su gente son algo salido de lo común, no hay una identificación con las fuerzas más secretas que emanan de esa tierra. Decide entonces regresar, volver a Colombia y buscar un rincón donde sea posible cumplir ese sueño de construir una vida que no pase por los ritmos frenéticos del ascenso social y la codicia del capital.

En ese retorno lo estaba esperando toda una revelación. Entra en contacto apenas llega con comunidades indígenas, con chamanes experimentados y, de inmediato, se convierte en un viajero interdimensional. El yagé es para él toda una revelación. La planta lo conduce a la zona más infantil de sí mismo y se sana de unos estados de ánimo depresivos que lo venían angustiando durante los últimos años. El niño interior lo va limpiando, lo libera de esas fuerzas oscuras que lo oprimían y le hacían tanto daño.

Poco a poco va aprendiendo los ritmos del yagé, sus infiernos y sus paraísos, sus rutas más escabrosas, pero sobre todo su sabiduría ancestral y milenaria. Va adquiriendo una visión caleidoscópica de la realidad, desdoblada, y se da cuenta de que el territorio depende de la forma como se le experimente, es decir, que el espacio no existe solo, separado, sino que depende de la aprehensión que se haga del mismo. Todo es un problema de percepción.

En una de las tomas de yagé conoce a una joven con la cual se comunica telepáticamente durante el trance. La planta permite eso. No hay palabras de presentación, ni discursos, ni disquisiciones de ninguna clase. La complicidad y el afecto surgen en silencio, y ambos comprenden que se han venido buscando sin saberlo. Es una fuerza que los une, que los amalgama y que les muestra que tienen una historia pendiente. Es un tiempo de amor y de cariño sincero, sin trampas ni emboscadas de ninguna clase.

En ese retorno al país, DeArco se da cuenta de que no solo la gente está herida, dañada, lesionada, abusada en sus planos inconscientes más profundos, sino que el territorio también está manchado de sangre, codicia y destrucción. ¿Cómo sanar la tierra, cómo ayudarla a recuperar su salud y su fuerza? Durante largas sesiones de yagé esa es la pregunta que lo ronda una y otra vez.

Finalmente, la relación con la joven se termina y él vuelve a quedar a la deriva, solo, arrojado a las calles de una ciudad que ya no siente como suya, una megalópolis contaminada, con un tráfico delirante, con unos

ciudadanos que todos los días están en guerra consigo mismos y con los demás. Y aunque extraña el amor de la muchacha con locura y desesperación, aunque se sabe excluido de una felicidad que ya no le pertenece ni regresará, es consciente de que debe continuar en busca de ese espacio que le permita, por fin, sentir que ha llegado a un lugar donde se sienta a gusto y en paz.

Se contacta con una comunidad en las cercanías de Villa de Leyva dirigida por un francés, trabaja con ellos en largas horas comunitarias y al final decide comprarles a ellos un lote que está dentro de la propiedad. No tiene ni idea de qué va a hacer con él, cómo logrará construir una casa, pero la decisión lo hace inmensamente feliz y se siente relajado cuando se acuesta sobre el pasto, cuando escucha los pájaros en la mañana, cuando acaricia los árboles y los matorrales que se extienden a todo lo largo de la montaña.

Durante varios meses convive con uno de sus viejos compañeros de la universidad en una carpa con dos bolsas de dormir, y arman planes que no saben cómo realizar en la vida práctica. Un día cualquiera se separan y la sequía empieza a asfixiar la zona. No llueve, no hay agua por ninguna parte.

Se ve obligado a regresar a Bogotá a la casa familiar. Fue cuando nos encontramos caminando por la calle. DeArco estaba diseñando una cabaña de madera para armarla en el jardín de la casa de sus padres y luego transportarla a Villa de Leyva. Ya sabía cómo se iba a llamar la ecoaldea: Pluralia. Cuando le pregunto por esta bella palabra, me responde:

—Proyecto Pluralia es un espacio de conservación, intervención y conexión con la naturaleza que persigue producir nociones de territorio mediante la vinculación del cuerpo con el paisaje en el espacio rural. Promovemos la diversidad y la interdependencia en un mundo que encuentra expresión en lo natural, donde una parte vive íntegramente cuanto más estrecha es la relación que comparte con los demás seres y elementos que sostienen la vida.

Y ahí continúa DeArco, visitando talleres, bodegas, revisando materiales de reciclaje que le puedan servir para construir esa primera vivienda de una comunidad futurista que, algún día, cuando el sistema colapse en las grandes ciudades, sirva como refugio para todos aquellos que estén preparados para vivir según las antiguas reglas de la tribu.

20. EL VIDENTE

Empecé a practicar cuando era niño. Mi padre me sentaba en un escritorio, él se hacía del otro lado, trazaba algo en una hoja de papel sin que yo pudiera verlo, y me decía que me concentrara y que intentara adivinar, ver ese dibujo secreto que él acababa de realizar. Al comienzo era todo muy confuso. A veces acertaba, a veces no. Mi padre siempre repetía lo mismo: mi problema era la concentración, la falta de atención extrema. Era aún un niño muy despistado. Sin embargo, poco a poco empecé a descifrar esos dibujos, esas imágenes y fotografías con las que practicábamos en su estudio en las horas de la noche.

Así empezó mi carrera. Cuando ya era un adulto, veía la fotografía de algún desaparecido o secuestrado en el periódico, y, sin que nadie se enterara de ello, me encerraba en mi apartamento durante los fines de semana a concentrarme para dar con su paradero. Más de una vez obtuve resultados sobresalientes y veía las fincas donde los tenían retenidos, quiénes eran los secuestradores y el modo para llegar hasta allí y sacarlos con vida. Entonces enviaba anónimos a la policía dándoles todas las indicaciones y los detalles. Unos días después, cuando veía en los titulares de los periódicos o en los noticieros de televisión los informes sobre los rescates, no podía dejar de sentir esa grata sensación del deber cumplido.

Por esa época cuidaba mucho mi cuerpo, no comía carne de ningún tipo, hacía ejercicio, ayunaba de vez en cuando y procuraba mantenerme en forma y atento. Llegué también a ver atentados posibles, violaciones y asesinatos de diferentes personajes o de gente del común. Siempre informé a las autoridades y, a veces, enviaba también copia de esos mensajes a los familiares para que presionaran en las investigaciones. Las imágenes me podían llegar en una sesión de meditación profunda o en las circunstancias más inesperadas: comiendo, en la ducha o justo antes de dormir.

Los problemas comenzaron cuando empecé a presentir en las personas con las que me relacionaba una serie de presencias extrañas, malvadas, ocultas, que me indicaban acciones atroces: mentiras, estafas, robos, infidelidades, dobles vidas que conducían a socavones inmundos y malolientes.

En el trabajo, por ejemplo, tenía que tratar con un alto ejecutivo sonriente que era muy respetado y querido por todos los trabajadores. Me bastaba con darle la mano para verlo al otro lado de la ciudad pagando para acostarse con muchachitos humildes que tenían que vender sus cuerpos por necesidad. O alguien me presentaba a una mujer encantadora y, con el solo hecho de tenerla al frente, ya sabía yo que ella había envenenado a su esposo, o que había tenido un hijo en secreto cuando era joven y que lo había regalado para que nadie se enterara de su vergüenza. Todo el mundo escondía algo, cada persona tenía un costado sucio que me era revelado sin que yo lo deseara.

La vida se me convirtió en un infierno. Empecé a soñar con crímenes, con robos, con torturas que me dejaban a media noche sudoroso e insomne. El don se me convirtió en un castigo. Dejé de cuidarme y deseé ser como todo el mundo, ciego, no saber nada de nadie, no intuir, vivir en la ignorancia y no ser testigo de la complejidad humana. Abandoné el ejercicio físico, me engordé quince kilos, me compré una televisión y pasé semanas y meses enteros frente a la pantalla embruteciéndome con programas estúpidos y películas de pésimo nivel.

No fue suficiente. Tuve que ingresar en una terapia con un psiquiatra que conocía mi secreto porque había sido amigo de mi padre. El objetivo era no ver más, no saber, no enterarme. Logré algo de paz, pero ya mi vida estaba deshecha, destruida por completo. No puedo confiar en nadie, no sé cómo entregarme a los demás, cómo brindar afecto. Presiento que todos son lobos con piel humana. Por eso me he convertido en este hombrecito gris y cabizbajo que casi nunca sonrío.

Las imágenes han desaparecido en buena parte. Sin embargo, a veces, me llegan revelaciones de lo que vendrá: hambrunas, guerras, sed, enfermedades infectocontagiosas, caos social generalizado, inundaciones en ciertos lugares del planeta, sequías implacables en otros, largas migraciones para sobrevivir. Ese tiempo ya empezó, pero nadie parece darse por enterado. E irá empeorando lentamente hasta que la humanidad ingrese en el corazón de las tinieblas.

21. LA HERMANDAD DE LA SERPIENTE

Voy a ocultar mi nombre por motivos de seguridad. Me crié en una familia de clase media al occidente de Bogotá. Estudié Ingeniería Ambiental. Era un joven universitario bastante normal hasta que el 3 de agosto de 2010 mi vida dio un vuelco total. Mi hermanita menor, Yadira, desapareció por completo de la noche a la mañana. Salió de clases a las cuatro de la tarde, se despidió de unas amiguitas del mismo curso a la salida del colegio, y de allí en adelante no existe ninguna pista que nos indique qué hizo o con quién se encontró esa nefasta tarde. Fue como si la misma tierra se la hubiera tragado.

Llevaba un uniforme azul oscuro, el cabello recogido en una trenza que le colgaba hasta la mitad de la espalda y un morral gris con rosado marca Tutto lleno de calcomanías de Muse, su grupo favorito. Medía 1.65 metros, era trigueña, delgada y con los ojos color café. Lo más bello era su sonrisa resplandeciente, que nos alegraba a todos los que tuvimos la fortuna de tenerla cerca.

Apenas desapareció pusimos con mi papá los denuncios respectivos, pegamos carteles por todo el barrio con su fotografía y nuestros números telefónicos, pedimos ayuda en las emisoras de radio e iniciamos una campaña por las redes sociales para dar con ella. También entrevistamos a todas sus amigas, hablamos con dos jóvenes que la pretendían, visitamos las tiendas y los locales cercanos al colegio para preguntar si alguien había visto o escuchado algo que nos diera una pista, y nada, nuestras pesquisas no nos condujeron a ninguna parte.

Algo aterrador fue que nos empezaron a llamar y nos decían que había sido secuestrada y que teníamos que entregar cincuenta millones de pesos al día siguiente. De lo contrario la violarían, la torturarían y la asesinarían de la peor manera. Recuerdo que una noche fui yo el que levantó el teléfono de

la casa. Eran las once y ya mis padres se habían ido a dormir. Una voz gutural, como perdida en un antro subterráneo, me dijo enseguida:

—Nosotros la tenemos.

—¿Quién habla? —dije yo con la voz temblorosa.

—Si la dejan de buscar ella continuará con vida. De lo contrario la mataremos y nunca encontrarán el cadáver.

Me sorprendió que no pidieran rescate ni dinero alguno. Supliqué en la línea:

—Por favor, no le hagan nada. Es una niña.

—De ustedes depende. Déjenla de buscar y seguirá viviendo.

No alcancé a rogar por su integridad física y moral cuando escuché un clic que indicaba que acababan de colgar. No fui capaz de decir nada sobre esa conversación. Nos habían bombardeado durante toda la semana con llamadas de locos e inadaptados que pedían dinero, amenazaban, se reían y nos advertían de torturas y crímenes de la peor calaña. Siempre pedimos una prueba de supervivencia, la que fuera, y nunca nos dieron una sola. Por eso descartábamos las amenazas y continuábamos esperando. Pero la llamada de esa noche fue diferente. No pidieron rescate, no querían nada, no prolongaron la conversación. Solo una breve petición y ya está. Además, la voz perdida en esa especie de ultratumba era escalofriante, tenebrosa, como si no fuera humana. Preferí no angustiar aún más a mis padres y no les conté nada.

Pasaron varias semanas y, aunque continuábamos la campaña de búsqueda, no hallábamos una sola pista segura. Sobra decir que algo así va descomponiendo a una familia lentamente, la va socavando por dentro. Mi madre enfermó, mi padre y yo empezamos a chocar por tonterías, nadie dormía bien y el resto del tiempo cumplíamos con nuestras obligaciones angustiados y muy deprimidos. Terminamos tomando calmantes y pastillas para dormir. Teníamos los nervios destrozados.

Un día me tropecé con un viejo amigo del colegio que se había recuperado de una adicción al bazuco que lo condujo a los peores antros de la ciudad. Me contó que en ciertas «ollas» del centro de Bogotá había «cazadores» muy bien entrenados en ir a los colegios y «capturar» a los jóvenes adolescentes que estaban cansados en sus casas con las cantaletas y las vigilancias extremas de los padres. Les decían que podían ir a beber trago tranquilos, que podían rumbar cuando quisieran, y que si querían también podían subir a las habitaciones de esos bares clandestinos a tener

sexo sin que nadie se enterara. Los jóvenes, ante las promesas de una libertad absoluta, asistían cualquier tarde de manera ingenua. Al principio no les hacían nada, los dejaban que se fueran acercando y que cogieran confianza. Luego les daban gratis un porro o un pase de cocaína para que probaran, y así, haciéndose pasar por amigos y cómplices, los iban enganchando hasta que caían en sus redes. Eso era, justamente, lo que habían hecho con mi amigo.

Le dije que Yadira era una niña de su casa, juiciosa, y que si ella hubiera estado metida en cosas raras yo me habría enterado. Era cierto que mis padres se habían metido hacía poco en un culto de esos radicales que se la pasan orando desde la mañana hasta la noche, y diciendo que todo era pecado y que el demonio estaba afuera tentándonos para conducirnos al infierno, pero nosotros no poníamos mucha atención a sus locuras y continuábamos estudiando muy concentrados. Sin embargo, como no encontrábamos una sola pista, decidí ir una tarde con mi amigo a echar un vistazo.

Quedé petrificado. Eran niñas y muchachos de colegio bebiendo trago, fumando marihuana y acostándose en unas habitaciones que estaban en el segundo piso de una casa antigua. Los «cazadores» estaban rondando la zona, vigilando a sus presas para que no se les fueran a escapar. Fingimos con mi amigo que la estábamos pasando muy bien y aseguramos que íbamos a volver. Compramos un pequeño paquete de cinco porros para no ir a despertar sospechas y luego, a la salida, tres calles después, botamos eso a la basura.

Lo peor es que mi amigo me dijo que no solo se trataba de seducir a las jovencitas para iniciarlas en la adicción y después prostituirlas, sino que había una sección especial de «cazadores» encargados de buscar víctimas para el tráfico de órganos. Se trataba de realizarles un examen de sangre y saber qué tipo de «donantes» eran. Los clientes estaban por doquier. Familias adineradas que pasaban por encima de todo su sistema de creencias y su moral con tal de conseguir un riñón, un corazón o un hígado sano. A veces, si el encargo era solo un riñón o una córnea, por ejemplo, las víctimas sobrevivían. A veces no. Esa era la razón por la cual muchas de las jovencitas nunca aparecían. Podían estar en las redes de prostitución en Panamá o en las Bahamas con documentos falsos, pero también podían estar bajo tierra en cualquier finca de las afueras de Bogotá después de haberles extraído sus órganos para un trasplante.

No podía ser que mi pequeña Yadirita hubiera terminado metida en un infierno semejante. En las noches me despertaba en medio de pesadillas espantosas en las cuales la veía manchada de sangre y aullando de dolor. Tuve que ir a consulta con un psiquiatra para que me medicara. A mis padres jamás les conté de mis pesquisas.

Poco tiempo después desapareció mi amigo exdrogadicto, el que me había conducido hasta el corazón mismo donde operaban las casas del vicio. No se supo nada de él. Los familiares creían que había recaído y seguramente se encontraba en otra ciudad entregado por completo a sus múltiples adicciones. Estaban cansados ya de intentar rescatarlo una y otra vez, y sentí que, de algún modo, era para ellos un alivio que estuviera desaparecido, una especie de peso que se quitaban de encima. Yo era el único que sabía la verdad: lo habían hecho pagar por conducirme hasta allá y mostrarme su monstruosa organización.

Empecé a sentir que mi teléfono estaba interceptado y más de una vez descubrí a algún fulano siguiéndome los pasos. La paranoia me terminó por hacer trizas la poca cordura que me quedaba y una noche me tomé una sobredosis de somníferos sin darme cuenta. Me desperté en una clínica psiquiátrica sin recordar nada de lo sucedido. Estuve en una sección catalogado como suicida y en las noches me daban unas pastillas que me dejaban como muerto. Al día siguiente, a la hora del desayuno, escasamente podía levantarme de la cama.

Una noche me despertó uno de los enfermeros y me dijo al oído:

—No siga investigando lo de su hermana. Está muerta. La sacrificaron. Ellos son muy poderosos, están en todas partes, mueven mucho dinero. En ciertos círculos se hacen llamar La Hermandad de la Serpiente. Mejor aléjese y salve su vida.

Yo estaba como ido, respiraba con dificultad y no podía abrir los párpados plenamente para memorizar la cara del hombre. Solo vi una sombra que desaparecía en la penumbra de la habitación. Al día siguiente pregunté por el enfermero del turno de la noche, pero me aseguraron que no había ningún hombre trabajando en ese horario en la clínica, que todas eran mujeres.

Me recuperé como pude y decidí irme del país. Ya habían eliminado a dos de mis seres más queridos y estaba seguro de que no sería capaz de continuar con mi vida si seguía caminando por las mismas calles, cruzando los mismos parques y viviendo bajo el mismo cielo que les había sido

negado a mi hermanita y a mi mejor amigo. Pedí un préstamo académico y sentí un alivio cuando el avión despegó del aeropuerto El Dorado.

Sin embargo, a veces, en una reunión, en un coctel o en cualquier bar, escuchando a la gente conversar sobre temas anodinos, me pregunto quiénes de ellos hacen o harán parte algún día de la tétrica Hermandad de la Serpiente.

CAPÍTULO V

MONJES Y MAESTROS

1. RUMI

Yalal ad-Din Muhammad Rumi es un místico y poeta de la tradición islámica del siglo XIII. Supo desde muy temprana edad que estaba llamado a servir a Dios, que es el Todo, el sin Nombre, la Unidad, el Amado. La mayoría de los mortales sufrimos un dolor muy grande: el hecho de estar separados, el horror del yo, de creer que somos algo o alguien con identidad propia, escindidos, fracturados, rotos. Y en lugar de escapar de esa celda que es la identidad, lo que hacemos es aferrarnos a ella cada vez con mayor fuerza. Por eso la muerte nos aterra tanto: porque estamos atrapados en la ilusión del ser.

Rumi supo desde joven que estaba llamado a integrarse, a salir de sí, a fundirse con lo otro. Tuvo un maestro excepcional: Sayyid, un sabio que lo entrenó en la meditación, en el arte de ensanchar eso que llamamos realidad. Luego le transmitió ciertos secretos del ayuno, del aislamiento voluntario, de cómo entrar en éxtasis (la ciencia de no estar). Fueron nueve años de práctica incesante, lecturas, reflexión, ejercicios físicos y espirituales. Al término de este tiempo, el maestro Sayyid se despide y le anuncia que pronto llegará un amigo que se convertirá en su hermano de búsqueda,

En efecto, Rumi conoce a un errante, a un viajero incansable con el cual empieza a compartir la práctica: Shams-e-Tabrizi. Se hacen amigos inseparables y muy pronto se les ve caminando juntos por el desierto, meditando juntos, ayunando juntos. La vida de Rumi da un giro porque su amigo le inyecta alegría y vitalidad. Además, le transmite el amor por la poesía, es decir, el arte de poder ir más allá de las palabras con las palabras mismas. Lo difícil de intentar comunicar la experiencia espiritual por escrito es que el lenguaje verbal está quebrado, separado por secciones, por nombres, por verbos, por adverbios, por palabras que solo hablan de

unidades alejadas del resto. Un diccionario es un rompecabezas caótico que ha dividido el mundo para intentar comprenderlo. La experiencia religiosa es exactamente lo contrario: todo está integrado de manera armónica y fluida. Entonces, cuando los místicos intentan escribir, se ven en aprietos, ¿pues cómo hablar de la experiencia de lo Uno por medio de pedacitos rotos que están desintegrados, vagando sin sentido? Por eso místicos de otras tradiciones como Matsuo Basho o San Juan de la Cruz tuvieron que forzar el lenguaje para que intentara, aunque fuera fugazmente, acercarse a esa experiencia de lo numinoso, del *re-ligare*, del regresar a la Unidad primordial.

Un buen día, Shams parte para siempre. La escena es magnífica: alguien llama a la puerta, él va a ver de quién se trata y desaparece de un momento a otro. Era un errante, un vagabundo, un nómada al que le atraía poderosamente el movimiento. Era el hombre que se sentía atraído siempre por el camino. Rumi no puede creer que su hermano del alma se haya ido sin despedirse, sin dejar rastro alguno, sin avisar hacia dónde y con quién partió. Lo extraña, lo busca durante más de dos años en varias ciudades, en pueblos pequeños, en las rutas de los mercaderes por el desierto. Nada, no encuentra una sola señal suya, un testigo que lo haya visto pasar, una carta, un recibo de alguna transacción comercial.

Fue en ese momento que sintió el llamado de la poesía, el deseo de nombrar esa ausencia que tanto daño le hacía. Uno de sus discípulos más cercanos, Husamedín, lo instó a que escribiera una gran obra literaria. Rumi se limitó a responderle que si copiaban lo que él decía, aceptaba. Y así se hizo. Husamedín tomaba notas todo el tiempo de las parábolas y los versos de su maestro. De ese modo se compuso una de las obras más ilustres de la historia de la literatura: el Masnavi.

Dice el propio Husamedín:

«Él nunca tomó una pluma en su mano mientras componía el Masnavi. Dondequiera que estuviese, ya sea en la escuela, en los baños termales, en los baños de Konya, o en los viñedos de Meran, yo escribía lo que él recitaba. A menudo apenas podía seguirle el paso, a veces día y noche durante varios días. Otras veces no componía durante meses, y una vez estuvo dos años sin producir nada. Al término de cada libro, yo se lo leía de vuelta, de modo que pudiera corregir lo que había escrito».

Rumi funda también la orden de los derviches giradores, que es una sociedad de bailarines místicos que giran sobre su propio eje hasta alcanzar la liberación del alma hacia el cosmos. Acompañados de músicos y de

cantantes religiosos, los derviches, como niños iluminados, dan vueltas hasta que salen de su ego, hasta que rompen las barreras de la materia, del cuerpo, de las moléculas y los átomos que los componen. Incorporando dentro de sí el movimiento incesante de los planetas, de los cuerpos celestes que dan vueltas en el firmamento, estos danzantes logran captar la energía del cosmos y le transmiten a los espectadores no solo la fuerza que atraviesa todos los elementos, sino la ternura, el amor que hay en cada brizna de polvo que se levanta y vuela en medio del viento. Lo Uno es también alegría y sensualidad, baile y música, temblor, sudor, toda una coreografía del escalofrío.

En el 2008 esta danza meleví fue considerada por la Unesco como patrimonio inmaterial de la humanidad.

El 17 de diciembre de 1273 Rumi abandona su cuerpo material para regresar al Amado. Sus restos mortales reposan en Konya, Turquía, y es uno de los lugares de peregrinación más importantes del sufismo y del Islam en general.

2. GURDJIEFF

Siempre me he hecho la pregunta de qué es lo que lanza a un sujeto determinado a la vida espiritual. ¿Qué hace que un académico o un filósofo o un artista abandone la vida que lleva, deje atrás su trabajo y a su familia, y se vaya en busca de un monasterio, un *ashram* o algún maestro que lo iniciará en una práctica sagrada? ¿Se trata de un vacío interior, de una insatisfacción, de una especie de nostalgia de algo superior? ¿O es un mensaje, una voz, un llamado que se recibe y al cual uno decide acudir? Qué extraño y fascinante es ver a alguien abandonar una vida pasada para reinventarse en otra parte con otro nombre, otra cotidianidad, otra manera de ser. Y admirable saber que a esa nueva persona ya no le interesan en absoluto ni el dinero, ni el prestigio, ni el ascenso social, solo esa aventura en pos de algo inefable que está más allá.

Gurdjieff es el característico buscador espiritual. Nace a finales del siglo XIX en una zona que varía con las guerras y las invasiones: Armenia, Rusia, Turquía, el Kurdistán. Trabaja de comerciante, de chef de sus propios restaurantes, de pintor de pájaros, y también se gana la vida con un oficio que no puede ser más poético: reparador de máquinas de escribir.

Sin embargo, allá, en el fondo de sí mismo, sabe que lo está esperando otro individuo, un hombre que debe empezar cuanto antes su formación espiritual. Se prepara mucho, lee, investiga, viaja, y descubre que el conocimiento racional, que la formación intelectual no es lo que desea para sí. Hay algo que está más lejos y que es más difícil: la sabiduría ancestral y milenaria, los secretos para elevarse sobre la miserable condición humana y convertirse en un maestro de verdad, en un sabio, en un santón.

Para Gurdjieff había solo tres caminos posibles para realizarse a nivel espiritual con seriedad: convertirse en yogui, en faquir o en monje. Todo lo otro era complacencia bien elaborada. Y después de años de trabajo

incansable en monasterios, de largas reclusiones en *ashrams* del Tíbet y de la India, descubre que él es capaz de proponerle al hombre occidental un Cuarto Camino, una fusión, una mezcla de enseñanzas para que, sin abandonar la vida que lleva, sea capaz de superarse a sí mismo, de reflexionar y alcanzar un nivel superior que le permita ahondar en su vida como en un misterio que debe ser descifrado: no es la primera vez que hemos estado aquí y, si desperdiciamos esta existencia, tendremos que volver una y otra vez hasta que seamos capaces de vislumbrar nuestro más alto destino.

Todo lo que nos rodea, todo esto que está a nuestro alrededor no es más que una porción de una realidad suprema y máxima que debemos intuir. Hay una multiplicidad de dimensiones, caminos que van y vienen, conductos entrelazados con diversas puertas de entrada y salida, zonas energéticas en las que vale la pena arriesgarse a entrar. ¿Para qué? Para descubrir que desde edades muy remotas hay antiguas sabidurías que saben cómo elevarnos sobre nuestra bajeza y nuestra ruindad moral. Porque la clave no está en el intelecto, sino en el espíritu. Hay gente muy inteligente que está envilecida, que está atrapada en la degradación y la abyección. Hay gente brillante desperdiciando su genialidad en trabajos espurios.

Quizás lo que más me gusta de este maestro que escribió libros que están a medio camino entre la ficción literaria y el testimonio espiritual (*Encuentro con hombres notables*, *Relatos de Belcebú a su nieto*), es que nunca dejó de practicar la profesión que más disfrutaba entre las muchas que aprendió y enseñó: maestro de danzas. Gurdjieff siempre supo que el espíritu y el cuerpo no estaban separados, sino que eran uno solo, y que la danza es una de las vías más bellas para alcanzar lo mejor de nosotros mismos.

3. AHMED

En 1987, cuando era estudiante en Toledo, España, estaba escribiendo un ensayo sobre la importancia de que el escritor del Quijote, como nos insinúa Cervantes, fuera un morisco, Cide Hamete Benengeli. Me había tropezado una cita en alguna parte que hablaba de cómo en los territorios del sur español, los de Al-Ándalus, no había manicomios. Es decir, la locura no se aislaba ni se consideraba al psicótico o al esquizofrénico un reo que debía vivir retenido. Había algo divino en ese hecho de estar por fuera de las coordenadas generales, algo bendito, y en consecuencia se bailaba con ellos, se oía música, se leían relatos fantásticos y maravillosos en voz alta. No había clínicas psiquiátricas, sino lugares de celebración en los cuales la danza, la poesía y el arte eran caminos para compartir con los enajenados rutas para acercarnos con ellos a la divinidad.

Semejante actitud significaba que Don Quijote, en esa tradición, no sería considerado un loco, un demente del que había que cuidarse, sino un iluminado. En cambio, en la tradición cristiana su biblioteca era un peligro y por eso terminaron quemándosela y a él vigilándolo muy de cerca para que no se volviera a escapar.

De ahí la importancia de decir que el libro lo había escrito un morisco aljamiado, que era un truco de Cervantes para decirle al lector al oído: lo que vas a escuchar no es la historia de un demente alucinado, sino la de un hombre elegido por Dios. Esa era, a grandes rasgos, la idea de mi ensayo por aquel entonces.

La fundación nos dio a los estudiantes una semana libre y no sabía para dónde irme porque mi dinero era escaso. Mi padre había recibido en mi nombre un premio por un relato en el concurso Jorge Zalamea en Medellín, y me había enviado esa plata con un conocido. No era gran cosa, pero me alcanzaba para emprender un viaje corto a algún lugar barato. Mis demás

compañeros aprovecharon esos días para ir a Venecia, a Berlín o a Londres, pero yo no tenía presupuesto para pagar hoteles ni tiquetes de avión, así que empaqué un pequeño morral, me fui en bus hasta el sur de España, hasta ese Al-Ándalus sobre el cual acababa de escribir, y me embarqué hacia Marruecos.

Cuando crucé el Estrecho de Gibraltar sentí una profunda emoción. Recordé mis lecturas en las que se hablaba de ese lugar como el fin del mundo antiguo, las famosas columnas de Hércules: de un lado el Peñón de Gibraltar y del otro, en Marruecos, el monte de La Mujer Muerta. Hasta ese punto exacto navegaban las embarcaciones de los griegos y los romanos, y daban la vuelta para internarse de nuevo en el Mediterráneo.

Cruzar ese estrecho significaba también salir del mundo occidental y entrar en África, el corazón de las tinieblas según Conrad. Recuerdo que iba en la proa del barco muy emocionado. Recitaba fragmentos y frases de mis libros predilectos que hablaban sobre ese extraordinario lugar.

Lamentablemente, hoy en día, con la crisis de los inmigrantes, es otro de los territorios en los que los viajeros africanos que provienen de distintos países ubicados más al sur intentan cruzar el Mediterráneo para buscar trabajo y unas mejores condiciones en Europa. Algunos lo logran, pero otros perecen en las pateras o son detenidos en la frontera con España.

Por aquel entonces todo era muy tranquilo y yo entré a Ceuta con mi carné español de estudiante. Más adelante seguiría hacia Tánger. Conseguí un hostel económico en los alrededores del mercado y me dediqué a recorrer las callecitas cercanas. Iba, en realidad, detrás de un predicador musulmán llamado Ahmed Al-Hayek. Se decía que había sido discípulo de Gurdjieff y que se encontraba ya en estado de iluminación. Un compañero de estudios en Toledo me había pasado la información y me pareció perfecto irme en pos de un individuo semejante.

Un amigo que había hecho en el hostel me contó que Ahmed había trabajado en el puerto, había recogido diamantes en las minas de Sudáfrica y ahora era un indigente y se alimentaba gracias a la caridad ajena. Siempre había vivido en los peores barrios o en la calle, y había desempeñado los oficios más bajos y peor pagados. Pasaba largas horas en las mezquitas meditando y respetaba a cabalidad las reglas estrictas del Corán.

Lo encontré, en efecto, en una plaza predicando el domingo siguiente al mediodía. Era un hombre acabado, con dos o tres dientes solamente, el cabello largo sobre los hombros y una barba espesa enmarañada y

amarillenta. Los huesos estaban forrados por una piel apergaminada. Habló en un inglés con acento árabe. Varios *hippies* y extranjeros estaban escuchándolo entre la multitud. Sus palabras eran tranquilas y melodiosas, pero pronunciadas con una vehemencia sobrecogedora. En el brillo animal de sus ojos se podía percibir su radicalidad extrema.

—No te encumbres jamás, no busques mejorar ni ascender socialmente. No ahorres, no acumules, procura regalarlo todo. Olvida el orgullo y la dignidad: arrástrate lo más bajo que puedas, humíllate, hunde tu cabeza en el fango. Acepta solo los oficios más miserables, come lo que dejen los ricos en sus platos, mendiga todo lo que puedas. Vístete con harapos, no te bañes, deja que los dientes se te caigan de la boca. Busca ser feo, sucio y desdentado. He ahí el camino de la iluminación. Cuando menos pienses, cualquier tarde en cualquier rincón sucio y maloliente, la verdad te será revelada y despertarás. Te darás cuenta de que todo esto que llamamos realidad no es más que una visión fantasmagórica, una falacia, una ilusión.

Hizo una pausa para tomar aire y continuó:

—No llares la atención, intenta siempre pasar desapercibido. Que nadie sepa quién eres, ni qué piensas ni a qué te dedicas. No hables de ti, no te pavonees. Si hay manjares en la mesa solo bebe agua. Si tienes tres cobijas duerme solo con una. Si tienes dos pares de zapatos regálalos ambos y camina descalzo. Inspira asco, que la gente te rechace y se aleje de ti. No tengas ninguna aspiración, no desees nada. No te enamores nunca, no tengas hijos ni familia. Vive como un animal solitario, muere como un lobo libre en medio de la estepa. Al desprenderte de todo, poco a poco te irás desprendiendo también de ti mismo y la iluminación será tu estado natural. Así se rompen las cadenas, la rueda de las transmigraciones que una y otra vez nos obliga a encarnar en estos cuerpos desdichados e infelices.

Muchos de los oyentes estaban con los ojos llenos de lágrimas. Habló de la miseria como una bendición, de la pobreza como un camino certero hacia el despertar de la conciencia profunda. Dijo también que cuando éramos insultados o agredidos el victimario nos estaba haciendo un bien porque nos estaba ayudando a destruir nuestro ego. En algún momento recomendó desconfiar siempre de los poderosos y no mezclarse con ellos: no es gente honorable, así dijo.

Nunca he podido olvidar a ese hombre. Lo he rastreado en la red, pero no existe. No hay un solo texto que hable de él. Quizás ese fue uno de sus objetivos también: desaparecer sin dejar rastros. La bendición de ser nadie.

4. AÚN NO ES TIEMPO

Cuando estuve estudiando en España me hice amigo en Toledo de un joven español que se llamaba Antonio. Yo vivía en las residencias de la Fundación José Ortega y Gasset, en el Callejón de San Justo, y solía vagabundear por las orillas del río, las plazas, entrar a las iglesias y tomarme en los bares una caña acompañada de un pincho de tortilla. Leía desafortadamente y no tenía ni idea de qué iba a hacer después del curso. Fue entonces que entablé amistad en una cafetería con Antonio. Lo vi con un libro de poesía india entre las manos y cruzamos un par de palabras. Me pareció agudo, tímido y se notaba que escondía una sensibilidad extrema y fuera de lo común. Nos hicimos amigos rápidamente y solíamos encontrarnos en algún bar cerca de la Fundación para charlar de literatura.

Me confesó que había sufrido una depresión profunda y que por eso se había retirado de la Complutense. Su familia lo había llevado adonde un psiquiatra que había terminado medicándolo con antidepresivos. Ya estaba mejor y no sabía si al siguiente año volvería o no a la universidad.

—¿Por qué no? —le pregunté a bocajarro.

—Porque no le veo mucho sentido a pasarme allá metido cinco años de mi vida para que después me den un diploma que no utilizaré jamás.

—¿Y cuáles son las otras opciones?

—El problema es que yo ya descubrí algo que no podré olvidar jamás, haga lo que haga.

—¿Qué descubriste?

—Que esto no es la realidad. Me refiero a que lo que tú ves, y oyes y palpas es solo una ínfima parte de lo real, pero no la totalidad.

—¿Cómo puedes corroborar esa idea?

—No es una idea. Yo mismo lo sentí, lo percibí.

Me contó, entonces, que una tarde se había metido en la catedral para estar solo y reflexionar sobre su vida. Una novia a la que amaba profundamente le había terminado y se sentía muy triste por ello. La extrañaba y la vida le parecía vacía sin ella. De un momento a otro sintió que las luces se le iban, que el mundo le daba vueltas, y cayó desmayado entre las bancas de la nave mayor. Había pocas personas a esa hora en el templo y por eso nadie se percató de lo sucedido. Antonio sintió que flotaba por encima de su cuerpo y una serie de luces le brindaron una sensación de plenitud, de paz y tranquilidad consigo mismo. Estaba por fuera de su cuerpo y la catedral era la catedral, sí, pero al mismo tiempo conformaba una estructura multidimensional, giratoria, y los vitrales iluminaban los cuerpos de los pocos fieles que había en el lugar mostrando la intensidad o la opacidad de sus auras, de la energía que los rodeaba. Al mismo tiempo, escuchó cantos sagrados que se perdían en el éter y vio a varios hombres barbados y ancianos que parecían bajar del cielo para ayudarlo. Supo, sin saber cómo, que no se trataba solamente de discípulos de Jesús, sino que en ese grupo había también santones, monjes de otras religiones y maestros espirituales que habían alcanzado altos grados de perfección. Era como si todos los tiempos, el pasado, el presente y el futuro estuvieran en ese momento confluyendo y desarrollándose simultáneamente. Uno de ellos le dijo:

—Tienes que regresar a tu cuerpo, Antonio. Aún no es tiempo.

—No quiero —negó él con cierta altivez—, no quiero seguir sufriendo más.

El mismo anciano le mostró lo que en las tradiciones místicas se llama el hilo de plata, esto es, una especie de cordón umbilical que une el cuerpo y el espíritu, la materia y la energía que somos, y le indicó por dónde debía entrar a su piel, a sus músculos y sus huesos.

Y se despertó entre las bancas desmayado. Nadie lo había notado. Se incorporó, se sentó unos minutos a tomar aire y se dijo a sí mismo que había tenido una visión mística, una revelación. No podía seguir llevando la misma vida que había llevado hasta entonces, debía cambiar, dar un giro.

—¿Y qué hiciste? —le pregunté con curiosidad.

—Nada, caí en una depresión y terminé en el psiquiatra, pero ya me estoy recuperando. Tengo unos ahorros y pienso irme.

—¿Adónde?

—No sé, por ahí.

Un mes después, Antonio desapareció por completo. Llamé a su casa, pero una hermana menor me contó que había hecho una maleta y que se había marchado sin decir adónde iba, ni a qué, ni con quién. Por unas postales que fui recibiendo en las semanas siguientes, supe que estaba en Italia trabajando en la recolección de flores, luego en Turquía y finalmente llegó a la India. Esa postal escrita desde Nueva Delhi con una caligrafía impecable la guardé durante años y decía algo como:

«Por fin llegué. Por fin estoy en el camino correcto. Qué alivio saber que no echaré mi vida a perder. Apenas esté en un sitio fijo te aviso, por si algún día quieres venir a visitarme. Gracias por esas conversaciones ocasionales que tanto bien me hicieron. Te recuerdo con cariño y gratitud».

Un mes más tarde me llegó una carta preciosa y una foto. Antonio estaba barbado, con el cabello más largo y con una túnica anaranjada que le daba un aire de discípulo avanzado. Estaba en un *ashram* de un maestro cuyo nombre no recuerdo y estaba decidido a abrazar con todas sus fuerzas la vida espiritual.

Al poco tiempo viajé a Tel Aviv y perdí el rastro de Antonio. Muchos años después lo busqué en la red para saber qué había sido de él, pero no lo encontré. Quizás se cambió el nombre, como suele pasar cuando uno ingresa en alguna congregación religiosa. Supongo que hoy en día ese joven que vagabundeaba por las calles de Toledo es un maestro espiritual reconocido y nada me alegraría más que volver a verlo, saludarlo efusivamente e inclinarme ante él con respeto y humildad.

5. SWAMI GAVAKSHA

Conocí a Fernando Baena en la universidad, en Filosofía y Letras. Cursamos cuatro semestres juntos y luego él, con otros de mis amigos preferidos dentro de la carrera, se fue hacia Filosofía mientras unos pocos optábamos por Literatura. Pero seguimos en contacto hasta el último semestre, cuando cada quien empezó a buscarse la vida como podía.

Mis recuerdos de él son magníficos. Era un joven sensible, con un humor negro extraordinario, culto y desde esos primeros años mostraba ya un talento incuestionable para la escritura. Eso fue lo que nos unió y nos hizo amigos. Andaba ya desde esos años juveniles con una barba larga de profeta, una mochila llena de libros colgándole del hombro y un bastón que le daba un aire de dandy decimonónico. Vivía en la carrera octava con la calle 43, en una casa antigua como de cuento infantil, allí nos reuníamos con otros compañeros en su buhardilla a conversar durante horas enteras. Recuerdo esas charlas con una nostalgia y una gratitud infinitas. La verdadera formación que obtuve a lo largo de la carrera se la debo a mis compañeros, a su pasión desmedida por los libros, la creatividad y el pensamiento.

Debatíamos acerca de los escritores latinoamericanos, escuchábamos los distintos álbumes de Pink Floyd (el grupo preferido de Fernando por aquel entonces), nos enfrascábamos en discusiones que duraban hasta el amanecer e intentábamos, sobre todo, descifrar ese presente que desde esos años ochenta se nos mostraba ya como un enigma muy difícil de resolver, un fin de siglo y de milenio que exigía atención, lucidez y mucha creatividad.

No sé en qué momento Fernando empezó a sentir el llamado de la vida espiritual. No recuerdo haber sido testigo de ese tránsito. Yo viajé a España y luego a Israel, y a mi regreso nos perdimos el rastro. Por esos años no

había correos electrónicos ni redes sociales, ni teléfonos celulares, y desaparecer era mucho más fácil que ahora.

Un tiempo después me lo tropecé no sé donde y volvimos a entablar contacto. Ya era un maestro muy reconocido de meditación transpersonal y seguía teniendo ese aire de chico travieso que está planeando alguna fechoría. En los años siguientes vi que publicaba varias novelas y otros títulos de libros sobre meditación y terapias espirituales. Entre ellos, uno con un título magnífico: *El retorno a lo sagrado*.

Y he vuelto a buscarlo en la red y en YouTube, y sé que ahora se llama Swami Gavaksha, que está canoso, un poco más calvo, y que no ha perdido esa sonrisa extraordinaria que le da un aire de estar jugando con unas reglas que los demás desconocen. Hay fotos de él en la red viajando por el mundo entero, hablando sobre sus libros, dictando charlas, dando seminarios de meditación y abrazado a santones y a gurús en la India. Ahora esa casa de su infancia donde nos reuníamos a hablar durante horas de filosofía y de literatura es un centro de meditación transpersonal dirigido por él, y sé que alguna tarde volveré a timbrar a esa puerta, lo abrazaré con fuerza y me sentaré en silencio a meditar unos segundos a su lado.

6. EL TERCER OJO

A finales de los años cincuenta, apareció un libro genial que marcaría a la generación *hippie* que estaba por llegar: *El tercer ojo*. Era la historia de un joven tibetano que había tenido que pasar por una serie de peripecias durante la Segunda Guerra Mundial antes de ingresar en un monasterio y convertirse en un santón sanador. Una escena es inolvidable: el protagonista se encuentra prisionero en Japón y logra fugarse del campo donde lo tienen recluido gracias a una explosión monumental que deja media ciudad completamente destruida y a sus ciudadanos vagando por las calles como pordioseros que suplican agua a cada paso: es el lanzamiento de la primera bomba atómica sobre Hiroshima.

De regreso a su país, el personaje médico es iniciado en algunos misterios que solo conocen los antiguos sacerdotes y debe despertar el tercer ojo, la percepción extrasensorial que le permite ingresar al mundo energético, al mundo de los espíritus.

Es un libro sobre ocultismo y sobre una búsqueda interior muy profunda. El problema es que el autor, Lobsang Rampa, el supuesto monje tibetano, no aparecía por ninguna parte.

El libro fue un éxito rotundo en ventas. Un experto en religiones del Tíbet dudaba de la autenticidad del mismo y exigió hablar con el escritor. La editorial le contestó que el autor no deseaba mucho protagonismo y que prefería mantenerse en el anonimato. Entonces el hombre decidió contratar a un detective privado para que descubriera quién era el fulano que se escondía detrás de esas páginas enigmáticas.

El resultado fue maravilloso y se publicó en las páginas de los diarios de la época. No había tal monje, ni viajes, ni aventuras, ni nada. El escritor era el hijo de un fontanero en Irlanda y nunca había estado en el Tíbet, ni hablaba esa lengua, ni conocía de cerca sus tradiciones. Había escrito el

libro en un saloncito al fondo del negocio familiar consultando mapas y textos polvorientos que estaban en la pequeña biblioteca del lugar.

Cuando fue confrontado, el artista explicó de un modo genial que una tarde se le había presentado el espíritu de un monje tibetano y que había tomado posesión de su cuerpo. Por eso, alegó, su verdadero nombre sí era Lobsang Rampa. En los años por venir escribiría otros libros que fueron muy consultados en la década siguiente, pero ninguno obtuvo tanta difusión como *El tercer ojo*.

A mí este episodio me recuerda siempre esa escena de Don Quijote, al comienzo de la novela, cuando un vecino lo recoge en una carreta y le dice que él sabe quién es, que su nombre es Alonso Quijano, y la respuesta del caballero andante, que se encuentra muy indignado, es contundente:

—Yo sé muy bien quién soy y quién puedo llegar a ser.

7. CAMPOS MÓRFICOS

Todos sabemos, o lo hemos visto con nuestros propios ojos, que ciertos pájaros, cuando llega el invierno, tienen que migrar hacia el sur en busca de un clima menos cruel y mezquino. Son kilómetros y kilómetros a lo largo de varios pueblos y estados. Lo curioso es que los recién nacidos saben perfectamente hacia dónde dirigirse, conocen la ruta y no se pierden. ¿Cómo? Si ningún adulto de la manada los ha conducido hasta allá ni les ha enseñado nada, ¿cómo saben hacia dónde dirigirse? Por una memoria que va del grupo al individuo y viceversa, por una especie de «mente común» que afecta a todo el conglomerado.

De igual modo, nosotros no somos individuos separados, sino que hay una memoria que pasa de unos a otros, una información que nos une misteriosamente a los miembros de nuestra familia, de nuestra comunidad. Algo que hizo un abuelo o un padre puede estar resonando en nosotros de una manera perjudicial y puede ensuciarnos nuestro presente de un modo nefasto. ¿Cómo cambiar esa información y sanar el campo mórfico o morfogenético?

El biólogo y químico Rupert Sheldrake es el padre de estas investigaciones sobre los campos mórficos. Gracias a él hemos comprendido que el cuerpo no está meramente ubicado en un entorno material, sino en una zona energética o magnética invisible regida por fuerzas cuánticas. Dice el doctor Sheldrake:

«Cada especie animal, vegetal o mineral posee una memoria colectiva a la que contribuyen todos los miembros de la especie y a la cual conforman... Existen en la naturaleza unos campos llamados Morfogenéticos, que son como estructuras organizativas invisibles que moldean o dan forma a tales cosas como plantas o animales, que también tienen un efecto organizador en la conducta».

Muchas de las medicinas alternativas de los nuevos tiempos se originan en las teorías de los campos mórficos de Sheldrake. Razón por la cual las revistas de ciencia académicas lo han atacado diciendo que él está más cerca de brujos y chamanes que de científicos de verdad. Como si eso fuera un insulto o algo para preocuparse.

En efecto, más cerca del inconsciente colectivo de Jung o de los circuitos neurogenéticos de Timothy Leary, este biólogo nos propone pensarnos más allá del concepto de órgano, de páncreas, hígado o riñón, y entender la corporeidad como un territorio magnético que trasciende las nociones de tiempo y espacio que manejamos tan torpemente.

Algo genial es que hay asuntos pendientes en nuestras familias, duelos, traiciones, indignidades, vicios y bajezas que llegan hasta nosotros y que nos enferman y nos deprimen hasta muchas veces aniquilarnos la vida por completo. La cobardía de un abuelo, el alcoholismo de una madre, los crímenes de un bisabuelo contaminan el campo mórfico y pueden producir en nosotros angustia, ansiedad, tumores, dolores en el colon. Por eso debemos sanar el campo mórfico, tomar conciencia de que estamos inmersos en un nosotros del cual dependen nuestra salud y nuestras enfermedades.

Podrá parecer superchería, y las revistas científicas podrán atacar a estos médicos de la Nueva Era, pero lo que no podrán decir jamás es que no es una hipótesis muy bella y de una altísima poesía.

8. JIKAN

Leonard Cohen nació en una familia judía canadiense de la década de los años treinta. Desde sus primeros años mostró un talento desbordante por la literatura y se hizo poeta. Estudió Letras en la universidad y empezó a publicar sus primeros libros. Sus títulos dan envidia: *Flores para Hitler*, *Hermosos perdedores*, *Parásitos del cielo*. Es un poeta oscuro, extraño, entroncado en esa melancolía semítica que le da a sus textos una sombría belleza.

Más adelante empezaría su carrera como compositor y músico. En medio de la cultura *hippie*, de sus cabellos largos y sus pintas desabrochadas, la manera de vestir de Cohen con traje y corbata, su cabello cortado a ras y sus zapatos de cuero impecables le daban un aire curioso, pintoresco. Pero esa voz profunda, de canto sagrado, esas melodías que van produciendo poco a poco un efecto hipnótico en el espectador lo hicieron famoso enseguida.

Después el cine lo incorporaría como banda sonora en sus películas. Quizás la que más recordamos sea *Asesinos por naturaleza*, pero son muchos los filmes en los cuales suena una canción de Cohen al fondo.

Sin embargo, a comienzos de la década de los noventa, una crisis espiritual muy aguda se apodera de él. Los disturbios raciales del año 92 en Los Ángeles lo obligan a hacer una reflexión sobre un futuro que se presenta sin esperanza alguna. El hombre capitalista, esa bestia codiciosa que de un modo consciente o inconsciente acaba con todo lo que encuentra a su paso, le parece una especie lejana, que no tiene nada que ver con él.

Es un tiempo en el que no le encuentra sentido a su trabajo, a sus escritos, a sus canciones. La vida le parece vacía, hueca, sin sustancia. No tiene mucho sentido venir aquí a tener problemas, envejecer, enfermar y morir.

Decide, entonces, internarse en un monasterio budista zen en las afueras de Los Ángeles. Hay un bello documental en YouTube donde una cineasta lo visita y lo acompaña durante unos días en esa reclusión permanente. Ahí se le puede ver en sus rutinas diarias, leyendo, escribiendo en una vieja computadora de la época, cocinando, viviendo de una manera muy austera en una habitación monástica, sentado en posición de zazen con una postura perfecta o caminando por los jardines del monasterio con los otros practicantes. Su reciente calvicie agudiza esa impresión de renuncia, de alejamiento del mundo, de fatiga de una realidad banal y superflua. Se nota que Cohen está enviando toda su potencia hacia adentro.

Dos años después es nombrado monje zen en la escuela Rinzai y su maestro lo bautiza como Jikan, que significa silencio. Qué bello nombre para un poeta y un músico. Luego saldría del convento y volvería a las giras, a los conciertos, y recibiría el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, en cuyo discurso evoca la poesía de Lorca y los acordes de un guitarrista vagabundo que fue su profesor y que más tarde se suicidaría misteriosamente.

Creo que esos años de aislamiento, severidad espiritual y disciplina zen se le notan en su gestualidad, en su humor particular y en esa manera tan suya de estar y no estar, de ser Leonard Cohen y al mismo tiempo hacerse invisible y no ser nadie.

Mientras escribo este libro me entero por mi amigo, el maestro zen Densho Quintero, de su muerte en Los Ángeles. En su último álbum, que es un manual de instrucciones de cómo ingresar gozosamente en la muerte, canta con esa voz gutural tan suya: «Estoy listo, mi Señor».

9. MUMIA ABU JAMAL

Mumia era un periodista norteamericano militante del movimiento de los Panteras Negras en la década del setenta. En la década anterior, movidos por las ideas de Martin Luther King, quien a su vez estaba inspirado en la filosofía de Gandhi, los activistas por los derechos de los negros en Estados Unidos habían promulgado la no violencia. Esto generó una barbarie por parte de las autoridades blancas que masacraron a su antojo a los estudiantes, a las amas de casa, a los abuelos que salían a protestar y a marchar.

Cansados de tantos baños de sangre y tantos atropellos, los Panteras Negras decidieron crear un movimiento de legítima defensa y responder y contraatacar. No era un movimiento pacífico, sino una milicia activa en pie de guerra. Por eso fueron agredidos con una violencia aún mayor y con una sevicia criminal que al día de hoy avergüenza al país de la democracia y los derechos civiles.

En 1981 las autoridades hicieron un montaje de asesinato de un policía e implicaron a Mumia como el responsable directo. Fue condenado por un jurado blanco a pena de muerte. Desde el comienzo él alegó su inocencia y se defendió como pudo. Con su pinta de rastafari intelectual y su sonrisa maravillosa, nunca perdió la compostura y dio la gran batalla no solo por sus derechos, sino por los de toda su raza.

En uno de sus cumpleaños, el Subcomandante Marcos, desde las montañas chiapanecas, le envió a la cárcel una carta en la que le explica a Mumia lo siguiente:

«Podría decirle que, para el gobierno y los poderosos de México, el ser indígena (o parecerlo) es motivo de desprecio, de asco, de desconfianza y de odio. El racismo que puebla hoy los palacios del Poder en México llega al extremo de llevar adelante una guerra de exterminio, un etnocidio, en

contra de millones de indígenas. Estoy seguro de que usted encontrará semejanzas con lo que el Poder en Estados Unidos hace con la llamada «gente de color» (africano-americanos, chicanos, puertorriqueños, asiáticos, indios norteamericanos y cualquier otra raza que no tenga el color insípido del dinero). Nosotros somos también «gente de color» (justo como el de nuestros hermanos de sangre mexicana que viven y luchan en la Unión Americana). Somos de color «café» porque es el color de la tierra y de ella tomamos historia, fuerza, sabiduría y esperanza. Pero para luchar sumamos otro color a nuestro color café: el negro. Nosotros usamos pasamontañas negros para mostrarnos, solo así somos vistos y escuchados».

En junio de 1999, un asesino a sueldo llamado Arnold Beverly confesó que él había hecho los disparos en el caso de Mumia, y que había sido contratado por la mafia italiana y por la policía para hacer ese trabajo sucio y enviar al periodista al pabellón de la muerte. Aunque la defensa de Mumia no ha hecho sino apelar el caso, la justicia norteamericana se niega a dejarlo en libertad.

Y ahora, mientras escribo estas líneas, con sus sesenta y dos años a cuestas, Mumia tiene ese aspecto de mártir al que han logrado aniquilar físicamente hasta ponerlo en una silla de ruedas, pero su voz, su sonrisa incomparable y sus ideales de justicia y libertad continúan intactos.

10. LA MUJER DE NEGRO

A mediados del año 2014 apareció en las carreteras de Estados Unidos una caminante toda vestida de negro, de la cabeza a los pies. Su figura fantasmal, gótica, romántica, intrigó de inmediato a los que se tropezaban con ella. Especularon con su identidad y dijeron que era la líder de alguna nueva secta, que era una bruja, que se trataba de una profetisa de un Apocalipsis inminente.

Empezaron a tomarle fotografías y a grabar videos de escasos segundos que luego se publicaban en la red bajo el título de «la mujer de negro». Muy pronto se hizo famosa esa figura espectral que nunca se detenía en público, que no hablaba con nadie y que no daba declaraciones a los periodistas que se acercaban a entrevistarla o a lograr alguna nota para sus periódicos y revistas. Ella solo caminaba y caminaba con la cabeza inclinada.

En las redes sociales surgió entonces un grupo de seguidores que la apoyaban, que la consideraban una especie de líder espiritual de nuestro tiempo, que se conmovían con su aspecto de dama oscura y fantasmal, que salían a encontrarse con ella y que incluso lloraban a su paso.

Algunos entusiastas trazaron un mapa de su recorrido y se dieron cuenta de que había atravesado ya más de novecientos kilómetros. En la página aclararon que «no hay ninguna intención de poner en peligro, menospreciar o acosar a la mujer de negro, simplemente queremos promover la solidaridad y que todos los que la vean le echen una mano ofreciéndole una bebida, algo de comida o lo que sea que sientan que ella necesite».

Una mujer entrevistada por la *BBC* al lado de la carretera se preguntó: «¿Quién no quisiera hacer parte de esto?». Otra dijo muy emocionada: «Cuando la vi de espaldas empecé a llorar en el carro, y me dije: no puedo creer que sea ella. Es muy emocionante verla. No sé cómo explicarlo». Un

tercer testigo afirmó: «Es una mujer, está completamente sola y eso requiere mucho coraje».

Al fin descubrieron que se trataba de Elizabeth Poles, una veterana de guerra que había perdido recientemente a su esposo y a su padre. Según su hermano, ella estaba en tratamiento psiquiátrico para poder llevar el duelo de la mejor manera, pero de un momento a otro desapareció y empezó a caminar de un Estado a otro sin explicación alguna. Se convirtió en una viajera lanzada a un *on the road* inexplicable.

Cómo no recordar aquí las palabras de Fernando González en *Viaje a pie*:

«El camino es casi toda la vida del hombre; cuando está en él sabe de dónde viene y para dónde va. Caminos son los códigos, y las costumbres, y las modas. El método es un camino. Por eso Jesucristo, cuando quiso manifestar su infinita importancia, dijo que Él era el Camino».

Es fascinante esa peregrina callada, que parece una heroína salida de algún cuadro romántico, caminando con sus bártulos al hombro por las grandes autopistas, nómada, que parece transmitirnos algo fundamental, algo que debemos comprender más allá de nuestro intelecto y nuestra razón, más allá de las palabras, del lenguaje verbal. Ese mensaje encriptado de la Dama de negro es quizás una de las grandes claves espirituales de nuestro tiempo.

11. DOKUSHO VILLALBA

Dokusho es el primer maestro zen español reconocido por las antiguas tradiciones japonesas. Inicialmente perteneció a las juventudes cristianas de Acción Católica del sur español, en Sevilla, y militó a nivel social en esa corriente magnífica que fue la Teología de la Liberación: una búsqueda del Evangelio desde los humildes, desde los desposeídos. Luego se sumaría a las protestas antifranquistas durante su época universitaria. Finalmente, después de una crisis espiritual severa, llega al zen y encuentra en él una respuesta para sus inquietudes más íntimas y profundas.

Se hace discípulo de Taisen Deshimaru en París, es ordenado monje, y a la muerte de este regresa a España para fundar un templo y una comunidad zen avalada internacionalmente. Más tarde se hace discípulo en Japón de Shuyu Narita, que había sido discípulo a su vez de Kodo Sawaki (maestro también de Deshimaru), así que recibe la transmisión del Dharma en la misma tradición Soto Zen en la cual estaba inscrito desde el principio.

Es un tipo alto, fornido, con un acento andaluz que le da a sus palabras un toque de cante jondo rítmico y agradable. Lo conocí personalmente porque a finales de los años ochenta mi amigo Densho Quintero, que por aquel entonces era un monje zen ordenado en París también por los discípulos de Deshimaru, lo invitó a Colombia para que diera unas conferencias y dirigiera unos retiros de meditación. Me cayó bien desde el comienzo ese andaluz fortachón que se burlaba de todo con un humor negro envidiable.

Antes de su visita se habían creado una serie de expectativas y preguntas en torno a él: ¿era vegetariano, comería azúcar, sería muy estricto con respecto a los horarios y las rutinas diarias? Resultó ser un individuo magnífico, relajado, que comía lo que fuera sin hacer alarde de ninguna

pseudo-espiritualidad prefabricada, y que ante todo quería divertirse en su visita a Colombia.

Recuerdo que alguna tarde una de las practicantes del dojo le preguntó, un poco indignada, por qué un maestro espiritual comía carne, y él, con una sonrisa bonachona, le respondió:

—Porque la mayoría de los monjes zen han sido mendigos, han vivido de la caridad ajena, y un pordiosero no se puede dar el lujo de andar exigiendo qué quiere comer y qué no.

En una conferencia en la Universidad Nacional un estudiante se levantó y, como suele suceder siempre en eventos públicos, se tomó la palabra y habló y afirmó y divagó durante varios minutos. Al final preguntó no sé qué cosa. Dokusho lo miró con una sonrisa y le dijo muy tranquilo:

—Usaste el micrófono solo para pavonearte y hacer alarde de tu ego. Por eso no tengo nada qué responderte.

Ahora es un hombre de más de sesenta años que vive en su templo en España entregado por completo a la meditación y a su comunidad de monjes practicantes. En algunas entrevistas que circulan por la red enuncia frases como éstas:

«Estamos dormidos, pasamos la vida como en un sueño, y tarde o temprano terminamos despertándonos. A veces demasiado tarde, y por eso en el momento de la muerte puede dar miedo, mucho miedo».

«Tenemos una imagen ilusoria de nosotros mismos, una imagen a veces idealizada, y entrar en contacto con las verdaderas emociones, reconocer los verdaderos impulsos que hay en nosotros, puede suponer una crisis de identidad, una muerte psicológica, y se desinfla la imagen engrandecida que tendemos a tener de nosotros mismos».

«Un hombre pobre es el que cree que es rico porque posee mucho».

«Quien necesita muchas posesiones para sentirse poderoso o sentirse vivo, es porque en el fondo tiene un alma y un corazón terriblemente empobrecidos».

Solo espero que la vida me dé la oportunidad de volver a saludar a Dokusho antes de que alguno de los dos abandone este mundo.

12. EL CARTERO

Nació en 1920 y llegó a Los Ángeles siendo aún un niño. Tuvo que padecer la crisis de 1929 y enseguida la entrada estrepitosa de la Segunda Guerra. Mientras todo el mundo creía todavía en el progreso, en que íbamos a mejorar, en que estábamos logrando unos avances tecnológicos sorprendentes, él no solo receló, sino que descubrió que estábamos empezando a entrar en un agujero del que no podríamos salir más tarde. Vagabundeó por los Estados Unidos con los bolsillos vacíos, sin un centavo, haciendo trabajos aquí y allá para sobrevivir, sintiendo en el fondo de sí el peso abrumador de su tiempo, la hipocresía general, la doble moral de una burguesía bienpensante.

Nunca quiso triunfar ni ser adinerado ni poderoso. Por eso buscó un empleo modesto, que le permitiera escasamente comer y llegar a fin de mes sin muchas deudas, y se hizo cartero. La imagen es de un simbolismo misterioso: el que transporta los mensajes, el que lleva misivas, el que nos trae noticias de los que están lejos.

Por eso se hizo escritor. No es difícil imaginarlo de aquí para allá en su bicicleta, timbrando en la puerta de la señora Smith, llevándole las cartas al viejo señor Clarke, visitando a los solitarios, siendo testigo de las peleas familiares y de los conflictos entre los vecinos. Tomando notas, explorando esa especie tan rara que era la suya, vigilando a todos aquellos que más tarde aparecerían en sus libros de poemas, en sus artículos y sus novelas.

Este escritor de los barrios bajos de Los Ángeles bebía en los bares hasta altas horas de la noche y se identificaba con los desposeídos, con los marginales, con los que no tenían una habitación limpia para dormir. Mientras afuera los hombres de bien, los hombres decentes pregonaban un futuro prometedor y una economía boyante que auguraba una felicidad para todos, él sabía que nos estaba esperando lo peor de nosotros mismos, intuía

bien que la bestia humana estaba agazapada detrás de todas esas promesas insulsas.

Por eso nunca quiso escribir historias edulcoradas ni realidades maquilladas, sino la cruda desesperación del hombre, su angustia más auténtica. Los boxeadores con la nariz y los pómulos reventados, las prostitutas con la ropa descosida y rota, los artistas fracasados, alcohólicos y yonquis, esos fueron sus hermanos y sus compañeros de ruta. Nunca se sintió a gusto entre la gente linda, bien vestida, sonriente, que olía a perfume. Solía decir que los poderosos tienen un aire de suficiencia, de seguridad en sí mismos que los vuelve arrogantes, petulantes y engreídos. Lo suyo fueron los antros, el suicidio, los expresidarios, la inmundicia de la miserable condición humana.

Como un santón encerrado en su celda, retrató como nadie a ese monstruo interno que nos habita y al que Stevenson bautizó como mister Hyde. Su ciudad no es la de las luces de neón, las grandes avenidas y los carros costosos, sino la ciudad de las basuras, la abyección y la depresión más profunda. Cada uno de sus cuentos, sus poemas o sus novelas son grandes lecciones de humanidad.

Hacia 1992 su cuerpo ya no puede más. Le han diagnosticado una tuberculosis. Esta muy delgado y sin fuerzas. Luego vienen una infección en un ojo, problemas pulmonares y, al final, la leucemia. Se interesa en la meditación trascendental y se convierte al budismo. Siempre había sido un monje ateo, rebelde y desordenado. Tiene que dejar de beber y de fumar, dos de sus grandes pasiones. Tiene ya el cronómetro en la nuca.

Se llamaba Charles Bukowski y, si uno quiere recibir una lección de auténtica espiritualidad, lo mejor que puede hacer es leer uno de sus libros. Como si fuera un maestro o un líder espiritual, su ataúd lo cargaron unos sacerdotes budistas el día de su entierro.

En este justo momento de nuestra historia, escuchemos su voz para asimilar su fuerza y su desesperación:

Abraza la oscuridad

La confusión es el dios

La locura es el dios

La paz permanente de la vida

es la paz permanente de la muerte

*La agonía puede matar
o puede sustentar la vida,
pero la paz es siempre horrible.
La paz es la peor cosa
caminando
hablando
sonriendo
pareciendo ser.
No olvides las aceras,
las putas,
la traición,
el gusano en la manzana,
los bares, las cárceles,
los suicidios de los amantes.
Aquí, en Estados Unidos,
hemos asesinado a un presidente y a su hermano,
otro presidente ha tenido que dejar el cargo.
La gente que cree en la política
es como la gente que cree en dios:
sorben aire con pajitas torcidas.
No hay dios
no hay política
no hay paz
no hay amor
no hay control
no hay planes.
Mantente alejado de dios,
permanece angustiado.
Deslízate.*

13. JUAN MATUS

Este es el nombre del chamán que hizo famoso a Carlos Castañeda en una saga de libros que empezó con *Las enseñanzas de Don Juan*. Los académicos los criticaron severamente y argumentaron que todo lo dicho en esos textos era pura ficción, como si al decir eso estuvieran insultando y desprestigiando al autor. Lo cierto es que Castañeda afirmó hasta el final de sus días que todo era biográfico, que era cierto y que no tenía por qué viajar hasta México y exponer al chamán a la publicidad, a entrevistas engorrosas y a las cámaras de la prensa para que sus libros fueran avalados por dos o tres críticos que a él le tenían sin cuidado. Tenía toda la razón. Por eso el chamán Juan Matus no apareció nunca y al día de hoy no tenemos ni idea sobre si existió o si se trató de un personaje literario. Lo cual, por supuesto, es irrelevante. Don Quijote no sería hoy en día más importante si comprobáramos que fue un hidalgo de verdad de la época de Cervantes.

Lo que es indudable es que buena parte del público que sufrió la crisis de la razón occidental posterior a la Segunda Guerra vio en estos libros una serie de enseñanzas de altísima poesía. La generación *hippie* hizo conexiones con sus propias exploraciones psicodélicas y muchos de ellos terminaron en México aprendiendo rituales indígenas y comiendo peyote para adentrarse en las múltiples dimensiones de las que habla Don Juan en estos libros.

Cómo olvidar estas sentencias de Don Juan sobre todos nosotros:

«Es la condición del hombre en general el permanecer en un estado espeluznante de caos. Nadie está mejor que otro. Todos somos seres que vamos a morir, y a menos que tomemos en cuenta cabal esta situación, no hay remedio para nosotros».

Siempre me gustó de Castañeda que rehuía la prensa, las entrevistas, las fotografías, las filmaciones, los eventos públicos, los cocteles y la vida

social. Era un antropólogo solitario, introspectivo, alejado de las grandes multitudes y de los salones plagados de intelectuales y artistas. Creía, como muchos de nuestros indios americanos, que las fotos eran peligrosas porque fijaban nuestro ser en el tiempo y en el espacio. Después de las largas iniciaciones de las que había hecho parte, después de haber sido un aprendiz de chamán, desconfiaba vehementemente de todo protagonismo. Como muchas otras de las tradiciones espirituales, consideraba al ego como el origen de todos los males del hombre occidental. Un sistema que fomenta el yo y la importancia personal es peligroso porque extravía a los suyos en los laberintos de una ignorancia cruel e inhumana. No hay nada que deba encender más nuestras alarmas que una persona que cree que el mundo empieza y termina en ella. Un ego henchido es un agujero negro que tarde o temprano nos conduce al centro del infierno.

Castañeda murió como había vivido: solo y en un anonimato que él mismo había elegido. A su funeral asistieron solamente dos o tres amigos muy cercanos.

14. EL REY LAGARTO

Cuando Jim Morrison tenía cuatro años viajaba con su familia por el desierto de Nuevo México. En una curva del camino se tropezaron con un accidente en el que varios indígenas de la tribu Hopi habían muerto. Por todas partes había cuerpos desparramados, sanguinolentos y heridos que suplicaban por ayuda. El pequeño Jim quería bajarse a ayudar, pero su madre le ordenó que se quedara quieto dentro del carro.

Entonces surge esa experiencia paranormal que cambiará su vida para siempre: ve por encima de los cuerpos las almas de varios de los cadáveres flotar, como si fueran presencias fantasmales a plena luz del día. Según Morrison, él sintió cómo el espíritu de uno de los indios, el espíritu de un chamán, se introducía dentro de él y tomaba posesión de su piel, de su carne, de su psique. Era una fuerza todopoderosa salida de otra dimensión, algo sobrenatural que no lo abandonó nunca.

Cuando se graduó del colegio decidió estudiar Literatura y Cine. Era un poeta avezado y publicó varios de sus textos. Muy pronto conecta con los poetas malditos decimonónicos, Baudelaire, Rimbaud, y se apropia de su tono para escribir canciones que llegarán a ser himnos de la contracultura *hippie* de su época. Bautiza a su grupo The Doors basado en el texto de Aldous Huxley sobre sus viajes con la mezcalina, *Las puertas de la percepción*, que a su vez es una frase que hace alusión al artista William Blake («si las puertas de la percepción se abrieran todo se le aparecería al hombre tal como es: infinito»).

Las puertas se refiere también a cómo ingresar en una visión que trascienda los límites de la racionalidad y de la moral establecidas. Ver significa romper las barreras del tiempo y el espacio, y por eso Morrison se interesa por doctrinas esotéricas, la hechicería y prácticas secretas que le permitan convertirse en un vidente de verdad. Antiguos textos sagrados le

indican que es posible salir del cuerpo y echar un vistazo en otros universos que permanecen paralelos al nuestro. De alguna manera, el poeta deviene iniciado.

Morrison llevó una vida desordenada, explorando con todo tipo de alucinógenos, vivió alcoholizado y buscando permanentemente los límites de su propia mente. Una teoría dice que el espíritu del indio Hopi lo condujo a esa vida de excesos, desenfrenada y caótica, para destruirlo y matarlo.

A veces, sobre la tarima, de repente se transformaba en el Rey Lagarto, un mutante, y empezaba a danzar en círculos, como si hubiera una hoguera en el escenario, como si toda la tribu estuviera presente y el chamán principal acabara de encarnar en sus brazos, en sus piernas, en su rostro trastornado y desfigurado por las visiones. Por eso sus conciertos eran rituales, pases mágicos para abrir esas puertas de la percepción que debían conducir a los espectadores a realidades paralelas misteriosas y desconocidas.

El encargado del teclado en el grupo, Ray Manzarek, dijo alguna vez sobre él:

«Estos gestos formaban parte de su ritual, porque Jim creía sinceramente que un espíritu de uno o varios indios se había apoderado de su alma cuando él era un niño. Y Jim era eso. Cuando actuaba entraba como en trance y era capaz de hipnotizar a su audiencia. Y se convertía en una especie de chamán, un chamán eléctrico».

Jim murió de sobredosis en París, pero el problema es que jamás se le hizo una autopsia a su cuerpo para confirmar qué fue lo que exactamente sucedió. Algunos testigos dijeron que se había chuteado en la bañera una dosis exagerada de heroína. Otros afirmaron que él había muerto en otra parte y que el cadáver había sido trasladado después. Otros, muy cercanos a él, nunca vieron su cuerpo inerte.

En su tumba hay un epitafio genial en griego antiguo que dice:

«Fiel a su propio demonio».

El grupo sospechó que ese entierro había sido un montaje, otra más de las infinitas bromas pesadas de Jim. El propio Ray Manzarek aseguró después:

«Si existe un tipo capaz de escenificar su propia muerte (creando un certificado de muerte ridículo y pagando a un doctor francés), poner un saco de ciento cincuenta libras dentro de un ataúd y desaparecer en alguna parte

de este planeta (África, quién sabe), ese tipo es Jim Morrison. Él sí sería capaz de llevar todo esto a buen puerto».

Es decir, sospecharon que al final de sus días el Rey Lagarto había logrado deshacerse de la presencia del chamán Hopi, de esa maravillosa y nefasta adhesión espiritual, había logrado exorcizar ese espectro que le había otorgado fama y notoriedad, pero que también le había hecho la vida pedazos.

Hace poco incluso un *youtuber* llamado Brokkenstar dijo que había encontrado a Morrison viviendo como mendigo en Nueva York y subió a la red algunas imágenes de un hombre canoso, con el cabello largo y barbado que habla y recita como él.

Quién sabe, quizás se largó a Egipto o a Turquía y vivió el resto de tiempo que le quedaba en este mundo con un pasaporte falso, como vendedor de alfombras, guía turístico o pescador en el Mediterráneo.

15. RAM BAHADUR

En el año 2005 se corrió el rumor en Nepal de que un joven de apenas quince años era la reencarnación del mismo Buda. Su nombre era Ram Bahadur y había nacido en una familia humilde de campesinos de la zona. Solía sentarse debajo de un árbol a meditar y podía pasar días, semanas e incluso meses sin moverse, sin comer ni beber nada.

Era una historia demasiado impactante como para que la prensa internacional no llegara hasta el lugar a cubrirla. Camarógrafos norteamericanos, ingleses y franceses instalaron sus aparatos y sus lentes a pocos metros del árbol donde el joven estaba meditando, y, en efecto, pudieron comprobar que no se movía, que no comía y que nadie le llevaba agua ni ningún tipo de líquido que lo reconfortara. Las cámaras grababan veinticuatro horas sin parar, luego cualquier fraude quedaba descartado.

Le preguntaron a médicos indios sobre cómo era posible que un ser humano pudiera permanecer semanas y meses sin comer ni beber. Varios de ellos, en los hospitales de Nueva Delhi, habían estudiado a algunos yoguis que solían ayunar durante meses enteros, y su respuesta es que la meditación no solo potencia la mente a niveles insospechados, sino que ejerce sobre el cuerpo un control y una influencia energética desconocida para la ciencia contemporánea. Crea un cuerpo nuevo, y esa nueva materia no se rige por las mismas reglas. Algo que, por supuesto, los médicos occidentales están muy lejos de entender.

A los pocos meses, Ram Bahadur, agotado de tanta gente que lo cercaba y lo seguía, agotado de las cámaras y los periodistas, desapareció en la jungla nepalí y se internó aún más para poder estar solo y en silencio. Los rumores entre los lugareños decían que el niño buda estaba meditando por el bien de toda la humanidad. Dos años después reapareció y empezó a

comunicar sus enseñanzas en un metalenguaje que solo es comprensible para los iniciados en el budismo.

Y ahí continúa, con ese aspecto de bondad de un joven extraviado en un tiempo y un espacio que no termina de entender, como si haber reencarnado en esta época hubiera sido no una elección, sino un error imperdonable.

Lo curioso es que varias tradiciones religiosas hablan de la llegada o del regreso del Mesías, del nacimiento de un nuevo líder espiritual al final de los tiempos, cuando la Tierra esté en su último tránsito hacia la renovación. Un joven que pasa diez meses inmóvil sin comer ni beber, que medita cubierto solamente por una túnica en medio del invierno y que parece provenir de otra dimensión de conciencia, ¿no es ese ser espiritual que anuncian los antiguos textos religiosos? ¿No es la esperada visita antes del fin?

16. ANSHIN THOMAS

El bisabuelo de Anshin Thomas combatió en el ejército de los Estados Unidos en la guerra contra España a finales del siglo XIX, cuando se perdieron las últimas colonias españolas en América: Cuba y Puerto Rico. El abuelo peleó en la Primera Guerra Mundial y su padre en la Segunda Guerra. En su casa se hablaba todo el tiempo de heroísmo, de patria, de ideales guerreristas. Ser hombre significaba empuñar un arma e ir a defender esos valores en alguna guerra, fuera donde fuera. En consecuencia, él terminó alistándose para ir a Vietnam y fue artillero de un helicóptero en uno de los batallones en Saigón.

La guerra de Vietnam no fue solo una confrontación de tropas, soldados y conquista de territorios, sino que se trató también de una guerra psicológica devastadora. Las divisiones norteamericanas no estaban entrenadas para combatir una guerra de guerrillas en medio del trópico, entre pantanos malolientes, mosquitos, paludismo, disentería y todo tipo de infecciones. Los destacamentos del Vietcong se escondían en la jungla durante días, desaparecían, cavaban fosos subterráneos y era imposible dar con ellos. Los soldados norteamericanos deambulaban por entre la selva sin dormir, con mala alimentación, con fiebres de todo tipo, bajo un estrés permanente, y cuando ya no podían más, de repente, aparecían esos roedores humanos que salían de sus trincheras con cuchillos, lanzas y armas de fuego a rematarlos. Era el verdadero infierno en la tierra.

Como si esto fuera poco, el movimiento pacifista en Los Ángeles, en Nueva York y en San Francisco empezó a develar todos los horrores de la guerra en Vietnam. Las tropas estadounidenses violaban los tratados internacionales, masacraban a gran escala, asesinaban civiles, usaban Napalm y, además, estaban invadiendo un país con pretextos trasnochados.

La gran potencia internacional estaba dando, en realidad, un ejemplo patético a las nuevas generaciones.

Anshin Thomas, como cualquier soldado joven, participó de manera protagónica en todos esos horrores. Fue artillero en uno de los helicópteros que patrullaba las zonas rojas, y en sus memorias sobre Vietnam escribió lo siguiente:

«Llegamos allí muy bien equipados... abrimos fuego y, sin darle más vueltas, destruimos el poblado por completo. Lo destruimos todo. Una auténtica masacre, una locura. No había nada allí que no fuera parte del enemigo. Así que matamos todo lo que se movía: hombres, mujeres, niños, ganado, perros, gallinas. Sin ningún sentimiento, sin ni siquiera pensarlo. Fue fruto de la locura. Destruimos casas, árboles, vehículos, todo. Lo único que quedó al terminar eran cuerpos sin vida, fuego y humo. Era como un sueño, no parecía real. Sin embargo, cada uno de los actos que cometimos fueron completamente reales».

Más adelante confiesa:

«Mi trabajo en Vietnam consistía en matar a la gente. Para cuando me hirieron por primera vez en el campo de batalla (dos o tres meses después de entrar en combate), yo ya había sido directamente responsable de la muerte de varios cientos de personas. Ahora no pasa un solo día sin que vea muchas de sus caras».

Al regresar a su país, un día cualquiera, una joven universitaria muy atractiva lo escupió en la cara y le demostró en público todo su desprecio. Fue el comienzo de una revisión a fondo que terminó en una culpa persistente de la que no supo cómo zafarse. Como muchos de los veteranos de esa guerra, poco a poco se fue aficionando a las drogas, al alcohol, y la depresión terminó por hundirlo en un agujero negro profundo. Llegó incluso a dormir en la calle como cualquier indigente. El héroe de guerra quedó convertido en una alimaña inmunda que no sabía cómo huir de sí mismo.

La paranoia de la guerra no lo dejaba dormir. Iba armado a todas partes, no podía sentirse tranquilo si no cargaba su revólver consigo. Incluso a la universidad iba con su arma escondida entre una chaqueta o en la maleta. Cualquier fuego artificial en un partido de fútbol lo dejaba atónito, ahogado y sudoroso.

Mientras tanto, se iba enterando de que varios de sus conocidos en la guerra, los otros excombatientes, se estaban suicidando. No encontraban

trabajo, no sabían cómo relacionarse con sus congéneres, no sabían cómo acallar esas voces implacables de su conciencia. Muchas veces se encontró jugando con su propio revólver, poniéndose el cañón en la sien o en la boca. Se repetía una y otra vez que lo peor de todo era sobrevivir a la guerra. Los que habían muerto habían corrido con un mejor destino.

En una jornada de protesta frente a la Casa Blanca arrojó sus medallas al otro lado de la reja protectora y renegó de esa guerra. Fue golpeado por la policía y reseñado. El país por el que había luchado ahora lo cogía a bolillazos. Sentía que su propia gente no solo lo juzgaba y lo había convertido en un paria, sino que lo consideraba un elemento molesto, desagradable y peligroso.

Fue entonces que llegó el zen y empezó la gran transformación. En un retiro con el maestro vietnamita Thich Nhat Hanh es acogido con enorme afecto. Ellos, los enemigos, no solo no lo juzgan, sino que lo tratan con consideración y cariño, algo que no encontró en su propio país. Thomas no puede parar de llorar. Todo lo que había vivido hasta ahora, las atrocidades de la guerra, los genocidios, las largas noches entregado a las drogas, al alcohol, al sexo, viviendo en la indigencia, con su revólver debajo de la almohada, le llegan de repente como un torrente y no puede ni hablar siquiera de las emociones encontradas que siente atropelladamente dentro de sí.

Un tiempo después es ordenado monje justamente en Auschwitz, frente a uno de los hornos crematorios, como un recordatorio de la barbarie y de la naturaleza bélica del hombre. Enseguida decide emprender una larga caminata desde Polonia hasta Vietnam. Cruza varios países, siempre con la esperanza de que en el camino él pueda sembrar algunas semillas de paz que luego germinen y se transmitan a otros. Descubre que cuando se tropieza con personas adineradas o acomodadas no le dan nada o le donan muy poco. En cambio, cuando ingresa en poblaciones más pobres y necesitadas, la generosidad raya a veces en la abundancia.

Thomas regresó a Vietnam a pedir perdón por todas las atrocidades cometidas. Reafirmó sus votos monásticos, emprendió largas caminatas alrededor de países enteros y cruzó continentes a pie, solo, con un bastón y una mochila al hombro, peregrinando de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, siempre con el mismo mensaje: la causa de la guerra es la ignorancia.

En varias fotos que hay de él en la red se le puede ver con su atuendo de monje, un cayado antiguo en la mano derecha, un morral pequeño en la espalda con dos o tres objetos de primera necesidad, como cualquier vagabundo callejero, y una expresión en el rostro de estar combatiendo cuerpo a cuerpo contra sus propios demonios.

Algo que sorprende cuando uno lo escucha es que nunca dice «Yo fui un asesino», o «Yo fui un drogadicto», sino que afirma con seguridad: «Yo soy un asesino», «yo soy un drogadicto», en presente, como si la vida no fuera más que un largo ahora. Cada acción que hemos hecho estará siempre dentro de nosotros, hace parte de nosotros.

Herederero de la tradición californiana de la mejor contracultura que ha tenido los Estados Unidos, Thomas tiene un modo muy suyo de vivir su práctica. Le gusta la calle, es un nómada que trabaja al lado de los veteranos de guerra, exsoldados como él que al llegar a casa no saben cómo detener esos recuerdos aterradores y que cualquier noche terminan pegándose un tiro en la cabeza o colgándose en el garaje de una viga sin que nadie se dé cuenta de ello ni los extrañe al día siguiente.

Visita los albergues, los psiquiátricos, asesora en los hospitales a pacientes terminales, se reúne con drogadictos a contarles su experiencia y a brindarles un poco de apoyo espiritual. Es un maestro zen mendicante, que vive de la caridad ajena y a quien le gusta la pobreza, no tener pertenencias de ninguna clase. En sus charlas suele citar a escritores como David Thoreau, el padre de la desobediencia civil y la rebelión a través de la no violencia.

Una idea que expone con mucha lucidez es que nuestros ancestros están dentro de nosotros, hacen parte de nuestra identidad más íntima. No somos un yo aislado, sino una colectividad que permanece viva en nuestros pensamientos y nuestros afectos. Y es posible cortar con esos lazos, modificarlos. La herencia no es algo inevitable. Puedo reinventar esos códigos a partir de mí mismo. No estoy condenado a repetir la historia de los bisabuelos, los abuelos o los padres, a elegir igual que ellos, a imitar sus conductas destructivas y dañinas. No. Yo elijo, yo puedo girar, torcer, y al cambiar ese karma no solo me libero yo mismo, sino que los redimo a todos ellos. Vivir de un modo diferente es transformar también el sufrimiento de mis padres y mis abuelos.

Para Anshin Thomas Buda no es alguien alejado, un ser aéreo o un estado idealizado de espiritualidad. Para él Buda es el otro, el vecino, el

mendigo, el semejante. No hay una sublimación de la práctica, sino un altísimo concepto de alteridad.

A comienzos del año 2016, para un encuentro de maestros zen en Bogotá, vino con dos o tres de sus discípulos a participar activamente en las jornadas de reflexión. El primer día la cita era en el parque Simón Bolívar para una sesión de meditación en grupo. Llegó muy puntual con unos cartones y unos plásticos que él y los suyos habían recogido por la calle para evitar la humedad del césped durante la práctica. Había algo en ellos que recordaba el movimiento *hippie* de los años sesenta, un cierto desparpajo, una cierta frescura desinhibida.

Fue una meditación breve, pero llena de una atmósfera muy especial. Unos cuantos minutos en un bosque retirado dentro del parque, en silencio, en posición de zazen. Rocío matutino sobre el pasto, hojas cayendo de los árboles, pájaros cantando desde las ramas cercanas, deportistas corriendo por los alrededores, aviones surcando el cielo de esa mañana soleada y fresca.

En algún momento, cuando alguien le hizo una pregunta sobre la interdependencia de todas las cosas y los seres vivos del universo, Thomas se sonrió y señaló hacia una de las ramas cercanas donde un pájaro cantaba con vehemencia. Fue un momento maravilloso, único, en el que la respuesta estaba en ese sonido rítmico que el animal emitía entre los árboles del bosque.

Y al verlo esa mañana cruzar el parque de nuevo con sus discípulos no pude dejar de preguntarme por qué, en medio de las guerras y las atrocidades que cometemos los unos con los otros, siempre hay un peregrino que decide cruzar el mundo en un pequeño barquito como Vito Dumas o Bernard Moitessier, o caminando con un bastón en la mano, como Anshin Thomas, esperando que ese gesto de paz y nomadismo nos purifique al resto de nuestras bajezas más inconfesables.

17. LOS AÑOS PERDIDOS DEL MAESTRO

Hay un enigma en la historia del hombre más importante de la historia occidental: que de sus treinta y tres años estuvo desaparecido dieciocho, desde que tenía doce hasta los treinta. Los evangelios no dicen prácticamente nada al respecto. ¿Dónde estuvo Jesús todo ese tiempo?

Es imposible que un muchacho que a los doce años asombró a los eruditos en el templo se quedara después al fondo de una carpintería enterrado en el anonimato de los martillos y los cinceles. No. Lo que sucedió fue que ese joven se unió a las caravanas que solían atravesar todo el continente asiático, cuadrillas de mercaderes y traficantes que comerciaban toda clase de productos de un país a otro. Y así llegó a la India, el país de mayor tradición religiosa.

No es difícil imaginar entonces al joven Jesús recorriendo los parajes indios en busca de un conocimiento que lo liberara de ese peso cargante que es ser uno mismo, que lo liberara del dolor, del sufrimiento, un saber que pudiera transmitir a otros para que ellos pudieran a su vez liberarse de sus egos henchidos.

Seguramente vagabundó de un pueblo a otro, huesudo, hambriento, convertido en un mendicante al que los piadosos le arrojaban de vez en cuando un mendrugo de pan o un plato de arroz. Debió aprender de los santones de su tiempo los secretos del ensimismamiento, cómo sentarse en posición de meditación, controlar la respiración y no identificarse con eso que llamamos un yo, la identidad, la personalidad. Quizás pasó años entre los samanas y los ascetas aprendiendo a fundirse con el cosmos en un abrazo universal, estudiando las técnicas para controlar cada rincón del cuerpo a su antojo.

No es difícil imaginarlo delgado, barbado, melenudo, con los ojos resplandecientes sentado frente al Ganges junto al resto de místicos y

monjes ahondando en los secretos de cómo nacemos y morimos, de por qué tenemos que volver aquí una y otra vez, de qué o quién es eso que los hombres han llamado Dios.

Hay una prueba fehaciente de la estadía de Jesús en la India. Un investigador ruso de finales del siglo XIX, Nicolás Notovitch, pasó un tiempo en el monasterio de Hemis en Ladakh, Nepal, y allí le mostraron un texto muy antiguo en Pali donde se hablaba de San Issa, el mejor de los hijos de los hombres. La traducción de Jesús en árabe es Isa o Yssa, tal y como lo nombran en el Corán. Este santo que estuvo en el monasterio de Hemis durante años practicando y estudiando los textos budistas venía huyendo porque ya los brahmanes que habían sido sus maestros en Benarés lo consideraban peligroso por sus discursos correspondientes a la igualdad de todos los hombres. Eso atentaba contra el régimen de castas de la India.

Así, el joven Issa, que había huido de Palestina cuando tenía trece años, pasó largos años en el Tíbet meditando y leyendo los textos sagrados. Finalmente, decían los escritos del monasterio, había regresado a su país para predicar una vez más sus ideas de igualdad y fraternidad universales. Y las autoridades romanas y judías lo habían considerado también como una amenaza y lo habían terminado crucificando entre dos ladrones.

Notovitch estaba seguro de que ese hombre no podía ser otro que Jesús. Publicó un libro, *La vida desconocida de Jesucristo*, y enseguida fue traducido a distintos idiomas. Varios contradictores salieron a decir enseguida que esas revelaciones eran un fraude. Pero más adelante autoridades en lengua Pali y monjes que volvieron a tener acceso a los textos confirmaron lo dicho por el ruso. Además, varios religiosos indios, tanto hindúes como budistas, han afirmado que, en efecto, Jesús se educó en la India y que sus ideas y sus prédicas coinciden con las concepciones de frugalidad y desapego material de estas religiones, que son mucho más antiguas.

Eso significa que Jesús, desde un principio, fue considerado como un peligro. Ni en la India sus ideas de igualdad fueron bienvenidas. Dos mil años después, aún no hay cómo hacerles entender a los ricos y poderosos que no son más que los pobres y los humildes. No es posible repartir equitativamente la riqueza, no hay cómo compartir los privilegios entre todos. A nadie le gusta que le digan que no es superior a los demás, que tiene los mismos derechos, que no es alguien especial. Cada quien se las ingenia para creerse más importante, por encima, distinto. Y ni siquiera

haciéndose crucificar entre dos ladrones es posible hacerles entender que somos hermanos.

18. LA TUMBA DE JESÚS

Varios autores afirman que después de la crucifixión Jesús viajó a Francia con María Magdalena embarazada. Otras leyendas lo ubican en Inglaterra con José de Arimatea. Cada una de ellas me encanta porque tiene su estética propia, pero ninguna termina por convencerme del todo.

Después de leer varios libros al respecto y de consultar a expertos ingleses que dictan clases sobre religiones comparadas, la hipótesis que más me subyuga es la que afirma que Jesús fue bajado de la cruz muy rápidamente. Lo crucificaron a las tres de la tarde, y, según los evangelios canónicos, es decir, los aceptados por la Iglesia, lo descrucificaron a eso de las nueve de la noche, seis horas después. A los dos ladrones les quebraron las piernas antes para asegurarse de que el peso del cuerpo hacia abajo terminara por asfixiarlos del todo. Pero a Jesús no. Cuando el soldado lo revisó dijo que ya estaba muerto y lo bajaron para entregárselo a sus familiares. Como ya se acercaba el *sabbat*, el día sagrado de descanso, un hombre adinerado, José de Arimatea, prestó una tumba para conducirlo hasta ella. Y él y Nicodemo llevaron unas hierbas para tratar el cuerpo.

Seis horas es mucho tiempo cuando uno está crucificado, pero no el suficiente como para necesariamente morir. De hecho, el historiador Flavio Josefo cita el caso de un condenado que, por los mismos años, logró sobrevivir después de varias horas de haber estado en la cruz. Lo cierto es que Jesús se les aparece a sus discípulos resucitado e incluso a uno de ellos, Tomás, le dice que no es un fantasma, sino un hombre de carne y hueso, y él, tembloroso, le toca una de sus heridas.

La historia de Jesús ascendiendo a los cielos y sentándose a la diestra de Dios padre fue, sencillamente, una sentencia hecha mucho después, durante los largos concilios en los cuales unos cuantos decidieron cuáles serían la fe, los dogmas y las creencias para los cristianos del futuro.

¿Qué hace uno si acaba de escapar del máximo castigo que había en su tiempo, la cruz, y el Imperio romano se extiende por todo el Occidente conocido? Hay que huir de la jurisdicción romana porque de lo contrario será declarado reo ausente y lo recapturarán. Si no es posible escapar hacia los territorios ocupados por el imperio, lo más seguro es entonces viajar en la dirección contraria: el oriente, una ruta que Jesús conoce muy bien porque ya la ha recorrido de ida y vuelta. Y hacia allá se dirige. María Magdalena, quizás embarazada, escapa hacia Francia para no ser capturada, procesada y condenada a muerte. Al fin y al cabo, es el discípulo preferido, el más amenazador y desafiante. El Maestro parte hacia Persia y lo que hoy en día es Afganistán y Pakistán, hasta que finalmente regresa a la India.

Por eso hay una comunidad del norte de la India, en Cachemira, que afirma que Jesús vivió y murió allá. Era llamado entonces Issa Assaf, El Sanador o El Maestro, y se le consideraba un yogui superior, un santo. Antes de morir le hicieron una impresión de sus extremidades inferiores y las heridas confirmaron, en efecto, que sus pies habían sido superpuestos y atravesados por un clavo.

Eso significa que después de la crucifixión se internó en Cachemira para vivir anónimamente como un maestro espiritual y continuar predicando la buena nueva: humildad, igualdad, fraternidad. Los textos de esa comunidad india afirman que allí permaneció hasta que se hizo viejo, y su cadáver se enterró en la dirección oriente-occidente según la tradición judía. El mensaje ya estaba enviado y la humanidad tendría que luchar ahora por estar a su altura. Lo cual, obviamente, no sucedió.

Su imagen fue deformada de un concilio en otro hasta acomodarla a las necesidades de unos pocos. Incluso llegaron al punto de torturar gente, quemarla y asesinarla en nombre de esas creencias. La Inquisición o la destrucción de las tradiciones religiosas americanas son pruebas fehacientes de esos disparates. Tanto lujo en el Vaticano, tantos ropajes, tanta riqueza, tantas otras iglesias o congregaciones cristianas girando en torno al dinero, a limosnas o diezmos son, una vez más, desvirtuar el mensaje original, que no tiene nada que ver con la riqueza y los bienes materiales, sino con el desprendimiento de estos.

CAPÍTULO VI
LAS PUERTAS DEL INFIERNO

1. LA ERA DE LA INESTABILIDAD

Una tarde cualquiera logré filtrarme en una página paralela a una agencia de noticias en árabe, y vi la decapitación de Eugene Armstrong y de James Foley. Maldigo ese día. Quedé hecho pedazos, destrozado, anímicamente por el suelo. No sabía por qué había terminado metido en esa página y por qué había decidido contemplar el espanto cara a cara.

Lo primero que me impresionó fue que había imaginado una decapitación al estilo guillotina o espada japonesa: de un solo tajo. No. La palabra correcta es degollamiento. Como cuando en las fincas, a veces, uno ve cómo sacrifican un cordero o un cerdo. Igual. Los chillidos son los mismos. Con una diferencia: en el sacrificio de animales afilan el cuchillo. Aquí no. Lo insoportable de la escena es que el arma está desafilada, que no corta, y por eso el salvajismo es aún mayor.

Luego nos enteramos de que el primer verdugo era un rapero inglés, pues los servicios de inteligencia de ese país reconocieron el acento londinense y empezaron el rastreo. Un rapero en la Yihad degollando occidentales. ¿Qué es eso? Pero la locura no termina aquí: luego supimos que una rockera inglesa, Sally Jones, se había enamorado de un hombre musulmán mucho más joven que ella, y aparecía en las fotografías vestida con velo negro y sosteniendo en su mano izquierda un AK-47. En su cuenta de Twitter amenazaba a todos los occidentales con que los iba a degollar con su cuchillo «desafilado». Es decir, el efecto salvaje y despiadado del arma que no corta está programado, es parte de la escenografía dantesca. He ahí el horror.

También las adolescentes austriacas Samra Kesinovic y Sabina Selimovic, de dieciséis y quince años, respectivamente, decidieron irse a Siria a luchar por el Islam. Escribieron en Facebook: «No le tenemos miedo a la muerte. La muerte es nuestra meta».

Semanas después, los organismos de seguridad ingleses descubrieron que más de dos mil personas habían escapado de ese país para ir a combatir al Medio Oriente. Dos mil personas que estaban dispuestas a ir a fusilar, a poner bombas y a degollar. Y no basta con explicar este fenómeno diciendo que Estados Unidos y sus aliados llevan más de veinte años bombardeando y masacrando a buena parte de la población civil de esos países, y que en consecuencia los sobrevivientes de todos estos años de barbarie ya no pueden más y están dispuestos a cualquier cosa. Eso puede ser cierto, claro. Los niños que crecieron en medio de la sangre y los genocidios son esos mismos que vemos ahora ya adultos ejecutando a sus enemigos con una frialdad estremecedora. Pero esta hipótesis no explica que personas occidentales que no han vivido los bombardeos ni las masacres, que no han crecido en los campos de refugiados, se unan a las filas de los extremistas. Viajar a Siria o a Irak dispuesto a todo implica un grado de desesperación, de cansancio a todo nivel, de falta total de esperanza.

¿Qué está pasando?

Sospecho que buena parte de la gente que hoy en día está anulada y pisoteada por un sistema injusto y cruel, buena parte de los desempleados y los desamparados, de los depresivos y los yonquis, detestan tanto el establecimiento que los marginó, que prefieren irse a la guerra que quedarse machacados aguantando más desdén y más desprecio. Es decir, el sistema creyó que podía escupir y condenar a la miseria a buena parte de la población sin consecuencia alguna, y se equivocó gravemente. A la guerra se están yendo no solo los ingleses de origen sirio o iraquí, no, sino rockeras rubias de ojos azules como Sally Jones. Cuando uno investiga más sobre ella se da cuenta de que vivía de los subsidios estatales y que llevaba años sin conseguir un trabajo decente.

Lo que viene es que cualquiera puede empezar a reclutar a esa población cero, a los sin techo, a los que llevan años comiendo en los albergues y los comedores comunitarios, a los que se quedaron sin casa porque los bancos les embargaron sus apartamentos o sus residencias, a los depresivos que pasan horas en los parques o frente a un televisor. La ciudad contemporánea está llena de soldados potenciales, hay ejércitos agazapados debajo de los puentes, en las alcantarillas y en los potreros baldíos, en habitaciones oscuras y hoteles miserables, y cuando salgan y decidan atacar ya no habrá nada que hacer. Será demasiado tarde porque el mundo se convertirá de nuevo en un campo de batalla entre tribus enemigas.

Lo he dicho ya antes. No vamos hacia delante. Vamos hacia la Prehistoria, estamos dando la vuelta en un giro inquietante y espantoso. El tiempo es una espiral. En cualquier momento tendremos que salir a la calle a defender nuestras vidas con un hacha entre las manos.

James Foley degollado y decapitado por un salvaje vestido de negro es una imagen imposible de olvidar. Aunque parezca mentira, no es la única. En la red están también las de los carteles mexicanos, las de unos cristianos en manos de fanáticos musulmanes, la de una niñera musulmana que el 29 de febrero de 2016 caminó por las calles de Moscú con la cabeza de una niña de cuatro años recién decapitada, en fin, la barbarie total.

Vuelve la guerra entre Israel y Hamás, bombardeos en Irak, problemas en Ucrania, en Siria, en el Kurdistán, inmigrantes centroamericanos masacrados en la frontera con Estados Unidos, ataques en Francia y en Alemania, un individuo disfrazado de Papá Noel asesina a varias personas en un bar de Estambul el 1 de enero de 2017 como si nos estuviera dando a todos la bienvenida a una nueva era. En fin, el caos, el horror, el infierno aquí y ahora.

A esto hay que sumarle los tornados, los nuevos temblores en China y Chile, los terremotos de Haití, Japón e Italia, la amenaza de una explosión de un volcán en Islandia, las inundaciones salidas de control en Paraguay, las sequías prolongadas en Siria y Bolivia. Difícil procesar tanta información negativa al tiempo.

La violencia urbana se está incrementando en todos los lugares del planeta, la intolerancia, la rabia sorda de millones de personas que no encuentran un trabajo decente se nota en el simple trato cotidiano. Ser agredido por un vecino, por un compañero de clase o por un profesor arrogante e incompetente es lo normal, entra en la vida de todos los días. Por eso salir de la ciudad cada vez que se pueda es un ejercicio de salud mental.

La tecnología, en lugar de brindarnos un soporte y una ayuda, nos alienó en cuestión de pocas décadas. Estamos acostumbrados ya a pasar horas frente a las pantallas de nuestros celulares, nuestros computadores o nuestros televisores. Hemos sido fagocitados por los aparatos. Eso aumenta la sensación de encierro, de exilio espiritual, de soledad absoluta.

Pasamos ya de los siete mil millones de personas, un disparate, una locura reproductiva desenfrenada. Agotamos ya las reservas de agua, estamos acabando con los combustibles fósiles, masacramos a las demás

especies a una velocidad alarmante. Y no nos detenemos, no queremos hacer un balance de lo sucedido, nos negamos a hacer un ajuste de cuentas con nosotros mismos. Estamos fuera de control.

A lo largo de nuestra vida utilizamos nueve toneladas de productos envasados, generamos 50.000 kilos de basura, tomamos 9.000 litros de leche, nos comemos cuatro vacas, veintiún corderos, quince cerdos, 1.200 pollos, 4.238 panes, 13.345 huevos, 10.886 zanahorias, 5.272 manzanas, y bebemos 5.880 litros de cerveza. Gastamos 4.239 rollos de papel higiénico, un millón de litros de agua, 650 jabones, 198 botellas de shampoo, 276 cremas de dientes, 272 desodorantes y 78 cepillos de dientes. Pasamos ocho años viendo televisión, y veinticuatro árboles sacrificarán su vida para darnos papel. Expulsamos a la atmósfera 38.800 gases fétidos y malolientes. Y si nos reproducimos, todo esto hay que multiplicarlo por dos o por tres. Demasiado. Para el planeta hubiera sido mucho mejor que no nacióéramos.

Lo indios Hopi llaman a este presente descabellado Koyaanisqatsi, que traducido al español sería algo como La Era de la Inestabilidad o La Era del Desequilibrio. En 1982, antes de que llegaran Internet y los teléfonos celulares, varios artistas norteamericanos ya se habían dado cuenta de que estábamos ingresando en una época que nos iba a dejar a todos desnivelados, trastornados y enajenados. E hicieron un poema visual llamado, justamente, *Koyaanisqatsi*, que es, en realidad, el testimonio de nuestra propia autodestrucción. La música inolvidable de ese documental es del minimalista Philip Glass.

Y bueno, ya estamos aquí, inmersos en medio de la inestabilidad total. Dejemos de hablar de la felicidad y de los cursos de emprendimiento y liderazgo. Qué va. Todos estamos en el mismo agujero, en el mismo calabozo. Todos estamos deprimidos, todos soñamos con vivir en otra parte, a todos nos cuesta trabajo levantarnos de la cama cada mañana. A todos nos cortaron el cuello. Todos somos James Foley.

2. ENEMIGOS INVISIBLES

Era joven, frizando los treinta años de edad, inteligente, educada, muy dulce. Se sentía un poco pasada de kilos y su novio vivía diciéndole todo el tiempo que bajara de peso, que por favor, que estaba gorda, que no comiera de ese modo, que hiciera un esfuerzo, que se disciplinara con las calorías, que ella no tenía fuerza de voluntad y que ese era el verdadero problema que la aquejaba.

Un día, cansada de tantas recriminaciones, y atravesada por la culpa, decidió hacerse una cirugía que la ayudara a bajar de peso. Tenía unos ahorros y consideró que la mejor manera de invertirlos era buscando una imagen de sí misma que la ayudara a recomponer su autoestima.

Buscó el médico, pagó y se hospitalizó. En la mitad de la cirugía su salud se complicó, presentó una cierta resistencia a la anestesia y entró en coma. Quedó ida, suspendida en un estado inconsciente, arrojada en una cama del hospital sin poder moverse. No había nada que hacer sino esperar. Obviamente, la cirugía no se pudo llevar a cabo y tuvieron que coserla antes de empezar el procedimiento como tal.

A los pocos días, una de las enfermeras notó un aspecto fuera de lo normal en su pie izquierdo, un color pardo extraño que indicaba algo grave. Se trataba de una bacteria que se había devorado esa extremidad en unas cuantas horas. Cuando la revisaron los médicos, no había nada que hacer: era preciso amputarla. Le cercenaron el pie de inmediato para salvarle la vida.

Una semana después los dedos de sus manos presentaron el mismo aspecto. No se sabía cómo la bacteria se había extendido y ya tenía las dos extremidades superiores putrefactas. La llevaron de nuevo a la sala de cirugía y la mutilaron una vez más para rescatarla de la muerte.

Pasaron dos semanas. Un buen día se despertó del coma y preguntó con una sonrisa de esperanza:

—¿Cómo quedé? ¿Estoy linda?

Ninguna de las enfermeras se atrevió a comunicarle que estaba sin un pie y sin las dos manos. Fue una de sus amigas la que tuvo que contarle lo que había sucedido. Los psiquiatras tuvieron que tratarla con antidepresivos y con una terapia diaria en su habitación para impedir un intento de suicidio. Lo peor es que la infección aún estaba dentro de su cuerpo. La bacteria no había desaparecido.

Una tarde, María pidió que le dejaran de dar droga psiquiátrica. Habló con su amiga y le dijo con tranquilidad, sin dramas de ninguna clase:

—No quiero vivir así. Diles a los médicos, por favor, que no pienso seguir tomándome los medicamentos ni los antidepresivos. Morir me parece mucho mejor. No quiero vivir de este modo.

Fue su decisión. No se volvió a tomar una sola pastilla ni permitió una inyección más. La bacteria se apoderó de su cuerpo y la mató en pocos días.

Durante meses me aterrorizó cómo esos enemigos invisibles, los virus y las bacterias, se habían apoderado de su cuerpo en silencio. Aunque los médicos y las enfermeras procuren cumplir con ciertos protocolos de asepsia, de todos modos esos seres diminutos se las ingenian para invadirnos de un modo letal. Sin saberlo, sin ser conscientes de ello, cada día estamos en guerra y nuestros sistemas inmunológicos tienen que defendernos de esos agresores bestiales y salvajes.

En la conquista de América casi a ninguno de nosotros nos contaron bien la razón por la cual muchos de los aborígenes fueron diezmados o exterminados. La mortandad estuvo relacionada con el hecho de que los indígenas no dormían con sus animales, lo veían como algo anti-higiénico. En cambio, los españoles, como el resto de los europeos, tenían sus viviendas al lado de sus animales de corral y de sus establos. Llevaban siglos conviviendo con cerdos, vacas, pollos, caballos, perros, patos, gansos, ovejas y demás. Por eso sus sistemas inmunológicos estaban más protegidos y desarrollaron defensas contra varios de los virus que pasaban de un huésped animal a un huésped humano.

Entre esos virus, trajeron a América la viruela, que fue el verdadero azote de nuestro continente y la enfermedad que acabó con varios de nuestros pueblos. Sin embargo, Europa no se salvó del todo y en los siglos

por venir la viruela atacaría en distintos lugares con una altísima tasa de muertes, sobre todo entre los niños recién nacidos.

A comienzos del siglo XX, en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial, la gripe española acabó con más de cincuenta millones de personas en un escaso lapso de dos años. El contagio se propagó a una velocidad alarmante. Entre sus víctimas más famosas están el poeta francés Guillaume Apollinaire y el artista Gustav Klimt, muertos ambos en el mismo año: 1918.

Luego, durante la Segunda Guerra Mundial, los bandos en conflicto estudiaron la posibilidad de enviar bombas biológicas o bacteriológicas a sus enemigos. Los japoneses, por ejemplo, enviaron en 1940 sobre Ningbo bombas con pulgas infectadas de peste bubónica.

Ya desde tiempos inmemoriales se usaron flechas envenenadas, serpientes o sustancias mortales que se regaban sobre los ríos o los lagos circundantes. Durante la Edad Media se enviaban enfermos contagiados de peste al interior de los muros de las ciudades que se querían atacar, y así se lograba contagiar a la población enemiga y diezmarla para luego entrar y rematarla. Muchas veces, durante los sitios militares, se lanzaban con catapultas brazos, piernas o heces de personas que habían muerto de peste. Verdaderas bombas infecciosas cuyos efectos devastadores eran imposibles de neutralizar.

Pertenezco a una generación que creció con terror al VIH, un virus que pasó de los simios africanos a los humanos, y que luego se propagó mediante contacto sexual por todo el planeta. Ha matado a personas de todos los estratos sociales y entre sus víctimas más famosas baste recordar al cantante Freddie Mercury, a Héctor Lavoe (cuando supo que estaba contagiado se lanzó desde el noveno piso de un hotel y sobrevivió), al escritor Isaac Asimov o al filósofo Michel Foucault.

Ahora vemos en los medios de comunicación cómo un nuevo virus proveniente de los murciélagos despierta las alarmas mundiales: el Ébola. En realidad, el Ébola viene atacando a la población de algunos países de África desde finales de los años setenta. Las alarmas se acaban de encender porque aparecieron los primeros contagiados occidentales. Mientras los muertos fueron negros africanos, ninguno de los países occidentales se preocupó por ellos. Pero al aparecer voluntarios y enfermeras contagiados en España y en Estados Unidos, empezó el revuelo.

En las primeras semanas la información fue precisa y casi hora a hora. Luego empezó a menguar y sospecho que se debió al hecho de no crear pánico entre la población. El doctor Craig Spencer, por ejemplo, que trabajaba para Médicos sin Fronteras, fue reportado como positivo de Ébola en la ciudad de Nueva York. El problema es que había usado el metro en los días anteriores y también se fue alguna noche a jugar bolos con unos amigos. Aunque la enfermedad no se transmite por el aire, basta un poco de sudor o de saliva en un estornudo para quedar contagiado.

No me sorprendería para nada ver, como en la Edad Media, contagiados de Ébola usados como bombas humanas en el futuro. Ya no hay que estrellar aviones contra los rascacielos ni poner explosivos en las líneas del metro. Basta con enviar enfermos a las principales ciudades occidentales y ya está. Hemos usado esa táctica durante milenios.

En la novela *Némesis*, de Philip Roth, el protagonista está inmerso en los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Pero, curiosamente, esa batalla exterior no se compara con una batalla diminuta, microscópica, que es la que en realidad termina venciénolo y arrojándolo en una silla de ruedas: la poliomielitis. Se trata de narrar los efectos físicos y psíquicos de un enfrentamiento que termina por dejar al personaje lisiado de por vida, deprimido, con una sensación de derrota que no le permite rehacerse. Y en algún momento se pregunta si esas batallas invisibles, si esos enfrentamientos minúsculos, imperceptibles, no pasan de una generación a otra tanto en el plano físico como en el plano emocional.

La pregunta es aterradora y muy válida, pues parece que no solo heredamos asuntos físicos o predisposiciones genéticas, sino inclinaciones psíquicas. Durante años, los hijos de los sobrevivientes de los campos de exterminio nazis empezaron a manifestar un estrés postraumático muy similar al de sus padres. Varios biólogos y genetistas sospechaban que había sido transmitido de algún modo en la herencia, pero no sabían cómo demostrarlo. Los psicoanalistas aseguraban que ese estrés provenía de vivir durante años con una persona que se la pasaba recordando una y otra vez los horrores de la guerra. Es decir, que el estrés había sido transmitido en los relatos orales de una generación a otra.

Cuando vino el ataque a las Torres Gemelas se presentó una ocasión única de confirmar las hipótesis de ciertos investigadores en epigenética. Decidieron registrar y estudiar a todas aquellas mujeres embarazadas que estaban residiendo por aquel entonces cerca del radio de acción de la

catástrofe de Nueva York. Todas ellas, por supuesto, habían sufrido estrés postraumático debido al pánico, la inseguridad y el shock nervioso padecido durante los rescates y las evacuaciones. Y al nacer sus hijos, los científicos estudiaron enseguida los niveles de cortisol en el cuerpo de los bebés, que es el indicador de si existe estrés postraumático o no. Y confirmaron sus hipótesis. El estrés del evento había pasado de una generación a otra, y no precisamente por relatos orales, pues los bebés aún no sabían hablar ni entendían ningún vocablo. Había sido transmitido en la herencia.

Es algo increíble pensar que las explosiones y los derrumbamientos de esos dos rascacielos se habían hecho biología. Los sucesos, los eventos, las pruebas y los pánicos quedan registrados en nuestro cuerpo, y se los podemos transmitir a nuestros hijos y nuestros nietos. Si hemos tenido que enfrentar una hambruna en medio de una guerra, por ejemplo, esa información llegará a la siguiente generación.

Dice el experto en epigenética Manel Esteller:

«Antes teníamos una visión más determinista de la biología. Pensábamos que nuestros genes condicionaban de manera irreversible lo que seríamos. Ahora la visión es más plástica. Los genes nos dan una tendencia a ser de cierta manera, pero esta tendencia puede ser modulada por lo que hacemos. Ha cambiado nuestra visión del cuerpo humano».

Esto confirma que no estamos condenados tampoco a repetir la herencia que recibimos. Nos dan un paquete de información, sí, y muchas predisposiciones a mil enfermedades o comportamientos psicológicos peligrosos, pero soy yo, finalmente, el que tomo la decisión de cómo vivir, qué rutinas cumplir, qué comer y con qué amigos compartir. Y esas decisiones moldearán mi cuerpo y mi psique para siempre.

3. LOS DIMINUTOS SERES DE KERALA

A mediados del año 2001 cayó una lluvia roja sobre la ciudad india de Kerala durante varias semanas. Fue algo persistente que incluso produjo ríos escarlata en la zona. Algunos fanáticos religiosos empezaron a hablar de profecías cumplidas y de un fin del mundo inminente. Los habitantes del sector afirmaron también haber escuchado por esos días un ruido extraño, ensordecedor, como de aviones militares en prueba.

Al comienzo, los primeros científicos en llegar a la zona creían que estaban frente a un caso de contaminación ambiental vulgar. Uno de ellos, Godfrey Louis, recogió muestras directamente de esa lluvia y estuvo estudiando el material durante un buen tiempo. Observó bajo el microscopio que había unas células rojas al interior de las pruebas, pero sin ADN, algo totalmente fuera de lo común. Ningún organismo terrestre se comporta de ese modo. Entonces, en el año 2006, sugirió en una primera publicación en la revista *Astrophysics and Space Science* que esas células sin ADN debían provenir del espacio exterior, quizás de un cometa o un asteroide que se deshizo al ingresar en la atmósfera. Eso explicaría el ruido que, según varios testigos, provenía del cielo, como si estuvieran haciendo pruebas militares con aviones de última generación.

Louis armó entonces un equipo de investigación con otro científico de la Universidad de Cardiff en el Reino Unido, Chandra Wickramasinghe, y continuaron investigando las extrañas muestras. Tres años después, en el *Technology Review* del prestigioso Instituto Tecnológico de Massachusetts, publicaron un artículo en el que afirmaban que estas células a temperatura ambiente están inertes, pero que se estaban reproduciendo a 121 grados centígrados, algo completamente fuera de lugar. Razón por la cual confirmaban la hipótesis de Louis en su primera publicación, cuando había asegurado que esas células provenían del espacio exterior. Es decir, son las

primeras muestras fehacientes de seres extraterrestres que cruzan el cosmos y llegan hasta nosotros como una prueba de que no somos los únicos en el universo.

Esta investigación confirmaría la teoría de la panspermia, según la cual la vida se pudo haber originado en microorganismos que ingresaron al planeta en meteoritos que cayeron en pasados muy remotos, una teoría que popularizó el Premio Nobel de Química Svante Arrhenius. Lo más curioso es que este equipo de investigadores señala que los espectros de luz emitidos por las células son notablemente similares a los que se pueden ver a través del telescopio en el Rectángulo Rojo, una nube de gas y polvo en la constelación de Monoceros.

¿Lo que vemos a través del microscopio se parece mucho a lo que vemos a través del telescopio? ¿No decían los hombres del Renacimiento que el microcosmos es un reflejo del macrocosmos, que lo que hay allá arriba no es más que una imagen especular de lo que hay aquí abajo? ¿Si la vida se originó en el cosmos, provenimos entonces nosotros mismos de galaxias remotas? ¿Somos nosotros los extraterrestres? ¿Será por eso que cuando miramos en una noche estrellada hacia el cielo sentimos esa extraña nostalgia de algo que nos pertenece allá arriba, allá afuera?

4. EL CUERPO DE LA CULPA

La redondez de los cuerpos robustos busca el equilibrio de una curva que se cierra sobre sí misma. Es un problema matemático, geométrico. La música de las esferas. El eterno retorno de lo idéntico, la paz de lo que siempre regresa al mismo punto, el tránsito de los astros en sus circunvalaciones y sus trayectos exactos y precisos.

Pero lo que se viene imponiendo no es esa plenitud de la exageración y la generosidad, sino la avaricia de un cuerpo capitalista mezquino y ahorrativo. Carne para moralistas. Ese cuerpo virginal e inmaculado, aséptico, es el cuerpo de la publicidad, el cuerpo *soft*, el cuerpo *light* de la pantalla televisiva, de la pasarela y del gimnasio. Sublimación, cobardía, anorexia, pura depresión.

El mundo contemporáneo está muy lejos de entender esa belleza de la curvatura, la abundancia y la extravagancia. Lo que viene imperando es la estética del campo de concentración: la atracción por los seres famélicos, desnutridos, grisáceos, deprimidos. La atracción por la muerte. Mantis religiosas humanas, alfileres a los que se les notan los huesos despuntando en los hombros o las costillas. Tallarines orgullosos de su insignificancia.

En los almacenes no hay ropa para todo el mundo: solo para ciertas tallas que entran dentro de la estética imperante de esa belleza enfermiza. Y para aquellos que son delgados por naturaleza, bien, pueden conseguir un jean o una chaqueta sin problemas. Pero para el resto de la población salir a conseguir una camisa o un pantalón puede convertirse en una auténtica pesadilla.

El lío es que la letalidad de los trastornos de la conducta alimentaria (TCA) es la más alta entre los trastornos mentales. Millones de personas alrededor del mundo viven contando las calorías, dividiendo los alimentos entre buenos y malos, sometiéndose a dietas rigurosas que les dejarán en

sus cuerpos y sus mentes secuelas de por vida, entrando a los baños públicos y privados a vomitar sin que nadie lo note. Hasta hace unos años se trataba de una enfermedad mental que aparecía alrededor de los trece o catorce años, y que se prolongaba a lo largo de toda la juventud, sobre todo entre mujeres.

Hoy en día es un trastorno que ya cobija a niños de cinco años en adelante. Los hombres empiezan también a obsesionarse con los cuerpos tallados y se someten a dietas feroces, a largas jornadas de gimnasio e incluso a cirugías que los hagan parecerse a esos modelos de ropa interior que patrocinan las grandes compañías. Es una población víctima de la ignorancia y la estupidez de la publicidad *light* de la moda. Son pacientes psiquiátricos machacados por las imágenes de las propagandas y las pasarelas internacionales, convencidos de que ese universo de los seres insectívoros y anémicos es un mundo rodeado de glamur, un paraíso *fashion*, cuando la verdad es que ese es el camino más corto para llegar a la depresión, la enfermedad y la muerte.

Basta ver la potencia física de una Serena Williams o la deslumbrante belleza de Denise Bidot para reconciliarnos con la perfección, la dulzura y la fuerza de la curva que, elegantemente, acaricia el espacio con un esplendor incomparable.

Lo curioso es que al otro lado del mundo, en África, vemos también esas pieles pegadas a los huesos, esos cuerpos cadavéricos donde sobresalen las clavículas o las costillas. Son los cuerpos del hambre, de la desnutrición, de los parásitos, de la muerte que llega en vida. Las cuencas de los ojos agrandadas, las piernas enclenques, la mirada perdida en el vacío.

En el año 2010 la célebre modelo Isabelle Caro murió a sus escasos veintiocho años debido a una anorexia atroz de la que no pudo liberarse jamás. Realizó varias campañas en las cuales apareció desnuda para mostrar los estragos que la delgadez había hecho en su cuerpo, pero aún así la industria de la moda continuó contratando a modelos que estuvieran muy por debajo de su peso normal. Isabelle dijo en medio de su tristeza y su depresión:

—Es horrible, horrible. No me veo bonita, mi pelo está arruinado y sé que no podré tenerlo largo nunca más; he perdido algunos dientes, mi piel está seca, mis senos se han caído....

En efecto, su apariencia era la de una anciana decrepita y tenía todos los órganos aniquilados. Poco después de su muerte, su madre, una actriz que la

había presionado desde niña para que fuera una joven delgada y atlética, se suicidó. En una entrevista que le hicieron a Isabelle, pocas semanas antes de su deceso, dijo con la mirada extraviada y los labios muy resecos y partidos:

—A mis trece años se cerraron las puertas del infierno y desde entonces nunca más se volvieron a abrir y yo me quedé atrapada.

Al otro lado del globo, en las selvas ecuatoriales de África, rodeado de cuerpos similares al de Isabelle, el médico Richard Besser, decía en un documental algo muy similar:

—Cuando se abrieron las puertas del hospital sentí que se estaban abriendo las puertas del infierno para nunca más volver a cerrarse.

5. JOSEPH MERRICK

Desde niño me conmovió profundamente la historia de Joseph Merrick. Nació a mediados del siglo XIX en Inglaterra y su aspecto era terrible. Sufrió del Síndrome de Proteus y su cuerpo estaba lleno de protuberancias exageradas y malformaciones por las cuales lo llamaron El Hombre Elefante. No pudo tener una niñez más espantosa: segregado, insultado, golpeado y humillado hasta niveles inenarrables. Muchas noches durmió en rincones oscuros donde nadie pudiera verlo ni descubrirlo, y solo salía porque el hambre y la sed lo obligaban a acercarse a algún buen samaritano en busca de un mendrugo de pan y un vaso de agua.

Su madre murió cuando él era apenas un niño y su familia, cansada de mantenerlo, lo obligó a trabajar como vendedor ambulante. Obviamente, le compraban muy poco y la gente temía que se tratara de alguna enfermedad infectocontagiosa. Al final, la asociación de comerciantes de la calle se quejó ante las autoridades competentes alegando que un monstruo semejante dañaba la imagen del gremio, y le retiraron la licencia de vendedor ambulante.

Eso le cerró todas las posibilidades para ganarse su sustento y terminó en una feria itinerante, expuesto como un animal, como una rareza de la naturaleza por la que el público estaba dispuesto a pagar unas cuantas monedas. El producto de dos años de trabajo como fenómeno humano en ese circo se lo robaron y lo dejaron en la calle como a un indigente.

Al final de sus días, un médico se apiadó de él y logró conseguir unas donaciones públicas que le permitieron vivir al fondo de un hospital en una habitación para él solo. Y aquí es donde viene lo increíble, lo que no es fácil de explicar. Ese médico descubrió que Merrick, que no había recibido ninguna educación formal, era capaz no solo de leer y escribir muy bien, sino que tenía un cierto sentido poético que demostraba en él a un artista.

Aparte de eso, su cultura estaba muy por encima del promedio de la época para una persona ilustrada de clase media.

¿Dónde había leído Merrick todo lo que sabía? ¿Dónde había aprendido a escribir así y a perfeccionar esa especie de sensibilidad infantil y bondadosa que lo acompañó hasta el día de su muerte?

En un diario en el que alcanzó a consignar parte de su vida, se describe del siguiente modo:

«Mi cráneo tiene una circunferencia de 91,44 cm, con una gran protuberancia carnosa en la parte posterior del tamaño de una taza de desayuno. La otra parte es, por describirla de alguna manera, una colección de colinas y valles, como si la hubiesen amasado, mientras que mi rostro es una visión que ninguna persona podría imaginar. La mano derecha tiene casi el tamaño y la forma de la pata delantera de un elefante, midiendo más de treinta centímetros de circunferencia en la muñeca y doce en uno de los dedos. El otro brazo con su mano no son más grandes que los de una niña de diez años de edad, aunque bien proporcionados. Mis piernas y pies, al igual que mi cuerpo, están cubiertos por una piel gruesa y con aspecto de masilla, muy parecida a la de un elefante y casi del mismo color. De hecho, nadie que no me haya visto creería que una cosa así pueda existir».

En un poema que escribió Merrick y que mezcló con frases de un predicador llamado Isaac Watts, puede leerse:

*Es cierto que mi forma es muy extraña,
pero culparme por ello es culpar a Dios;
si yo pudiese crearme a mí mismo de nuevo
procuraría no fallar en complacerte.*

*Si yo pudiese alcanzar de polo a polo
o abarcar el océano con mis brazos,
pediría que se me midiese por mi alma.
La mente es la medida del hombre.*

De la misma manera que a veces flores y plantas de colores deslumbrantes nacen en estercoleros y cementerios de olores nauseabundos, igualmente el arte y la belleza surgen en medio de condiciones indignantes y miserables.

6. MORGELLONS

Al comienzo empezaron a llegar una serie de enfermos con fibras dentro de la piel, partículas extrañas, sustancias alargadas que parecían gusanos pero que bajo el microscopio no se comportaban como seres vivos. Las hipótesis no se hicieron esperar: contaminación, pesticidas, algún experimento fallido que se extendió a la población en general, elementos patógenos enviados por seres extraterrestres. Mil hipótesis hay sobre la enfermedad de Morgellons o el síndrome de Morgellons.

Una corriente de médicos y psiquiatras asegura que no se trata de fibras ni bacterias desconocidas, sino de un trastorno mental, es decir, de individuos obsesionados con que algún tipo de parásito está dentro de su piel invadiéndolo, reproduciéndose, matándolo. La enfermedad no estaría en los músculos ni en la piel, sino en la psique, y los extraños objetos encontrados se estarían generando en el propio cuerpo como producto de una mente enferma.

Incluso un sociólogo, Robert Bartholomew, asegura que se trata de un fenómeno de contagio psíquico por Internet. Los individuos que tienen una predisposición al delirio parasitario leen declaraciones y confesiones de pacientes de Morgellons y enseguida se identifican con ellos y empiezan a sentir los síntomas, las llagas, la rasquiña y las lesiones.

Una madre norteamericana, Mary Leitaó, subió a la red una descripción de esta enfermedad que aquejaba a su hijo. Enseguida empezó a recibir miles de cartas de lectores que aseguraban estar padeciendo exactamente lo mismo. Y desde entonces se conocen más y más víctimas de esta enfermedad.

Algunos pacientes, cansados de que los médicos y los laboratorios no les dan una explicación clara a sus dolencias, han empezado a investigar por su cuenta y abrieron blogs en los que cuentan algunos de sus

descubrimientos: las estelas de los aviones que contaminan el aire, las fumigaciones con pesticidas que están prohibidos, e incluso análisis de la supuesta agua potable de los grifos han arrojado contaminantes químicos venenosos.

Los defensores de que se trata de un trastorno mental no han podido aclarar algo que es muy inquietante: los filamentos azulosos que aparecen debajo de la piel ya fueron investigados por varios laboratorios en Estados Unidos, y todos están de acuerdo en que no coinciden con nada conocido hasta ahora. En la base de más de noventa mil datos no hay ningún material similar o parecido. Entonces, ¿qué diablos es lo que está apareciendo en los cuerpos de miles de personas alrededor del mundo?

7. ESCUADRÓN 731

A finales del siglo XIX el escritor inglés H.G. Wells escribió un relato inolvidable: *La isla del doctor Moreau*, en el cual narraba la historia de un médico delirante y psicópata que experimentaba con seres humanos hasta convertirlos en monstruos que andaban por una isla arrastrando sus cuerpos deformes con trasplantes grotescos y amputaciones terribles. La teoría del doctor Moreau era que a la ciencia le es permitido todo, que no hay barreras ni fronteras que la delimiten.

Parece mentira, pero un relato que en su momento se leyó como pura literatura fantástica, era en realidad una novela de anticipación, pues todo se convirtió en una predicción al pie de la letra. Un médico como Mengele experimentó con seres humanos en el campo de exterminio de Auschwitz como si se trataran de ratas de laboratorio. Lo que prefería por encima de todo era estudiar a los gemelos, mirar de qué manera la naturaleza lograba crear a dos seres humanos idénticos. Cuentan los sobrevivientes que de las instalaciones donde trabajaba Mengele siempre salían alaridos aterradores que provenían de sus pacientes abiertos sobre las mesas de cirugía sin anestesia alguna.

En otro lugar, en un campamento militar japonés en las afueras de la ciudad china de Harbin, a mediados de los años treinta y durante toda la Segunda Guerra Mundial existió otro destacamento dedicado a investigar con seres humanos vivos: el famoso Escuadrón 731. Fue creado para ver qué sucedía en los cuerpos humanos cuando eran expuestos a quemaduras extremas, agentes químicos o biológicos.

Muchos de los prisioneros fueron sometidos a los lanzallamas, a cirugías absurdas en las cuales se les extraía uno o varios órganos que estaban en perfecto estado, a trasplantes monstruosos, a amputaciones

macabras y a vacunas que aún no se sabía si cumplían con su cometido. El lugar se convirtió en un auténtico infierno.

Los prisioneros fueron expuestos también a contaminación química y biológica, y morían en cuestión de pocos días en medio de dolores inenarrables que los obligaban a dar alaridos de día y de noche. Sobre sus cuerpos se probaron varios virus y bacterias para ver su comportamiento y su desarrollo: cólera, tuberculosis, carbunco y peste bubónica, entre otros.

Cuando ya se sabía cómo contagiar con rapidez y cuál era el desarrollo de la enfermedad, se probaba entonces como arma biológica. Este escuadrón, por ejemplo, creó una bomba de pulgas infectadas de peste bubónica y la arrojó sobre una población china matando a miles de personas. Crearon también bombas de tuberculosis y de cólera que diseminaron sobre poblaciones que elegían como blanco de sus experimentos.

En las instalaciones de ese Escuadrón 731 era normal ver a sujetos sin piernas, sin brazos, con algunos de sus órganos colgándoles de heridas recién abiertas, ciegos, sin orejas o sin ojos, leprosos, llagados o con deformaciones brutales que provenían del contagio con agentes patógenos. La isla del doctor Moreau. Como siempre, la realidad imitando la ficción.

Lo increíble es que este es el futuro de la guerra, la mejor estrategia bélica en los años venideros. Ya no hay que lanzar bombas o mandar kamikazes a que luchen contra el enemigo. Eso está en el pasado. Basta con contaminar un acueducto, con dejar en una calle cualquiera un vestido lleno de pulgas con algún virus mortal o con soltar unas cuantas ratas infectadas en las alcantarillas de una metrópoli, y enseguida, en los días siguientes, la gente empezará a difuminar el virus y no habrá espacio para albergar a tantos cadáveres.

Lo que el Escuadrón 731 nos enseñó es que una jeringa es mucho más letal que un tanque o un avión de combate.

8. EL APOCALIPSIS DE BEREHULAK

Los trabajos fotográficos de Daniel Berehulak sobre los grupos de «limpieza social» en Filipinas nos demuestran que ya no somos seres humanos, sino objetos, cosas, pedazos de carne molestos. De hecho, esos asesinos que están bajo las órdenes del presidente Rodrigo Duterte suelen poner cintas adhesivas alrededor de las cabezas de sus sacrificados para borrarles los rasgos, para que no sean Pablo ni José, sino maniqués sin rostro y sin nombre. Luego, en salas improvisadas, van amontonando los cuerpos como si fueran jamones podridos en un basurero. Y entonces entendemos que no son personas, sino excremento, podredumbre, inmundicia. Ahora la basura somos nosotros. Primero consumimos el mundo y creamos grandes montañas de desechos. Ahora solo nos faltaba esto: devorarnos a nosotros mismos y, después de fagocitarnos, expulsarnos como heces inmundas que debemos arrojar al camión de la basura.

Lo mismo sucede con las fotografías de Berehulak sobre el Ébola en Liberia que lo harían merecedor del Premio Pulitzer 2015: nos muestran un mundo apocalíptico en el que los enfermos y los muertos permanecen en un infierno que aún no ha sido nombrado. Y aunque cada una de esas imágenes perdura en uno para siempre después de verlas con detenimiento, hay una que me perseguirá hasta el día en que me muera: curiosamente no se trata de alguien agonizante ni del cuerpo de algún niño olvidado en un rincón maloliente y oscuro. No. La fotografía muestra a los trabajadores de la salud que acaban de recibir su turno en un centro de atención para enfermos de Ébola. Todos tienen los ojos cerrados y están orando. Lo hacen con auténtica devoción, con fe, encomendándose a fuerzas superiores para que los protejan y no les permitan desfallecer. El hombre que está en primer plano, de mediana edad, abre los brazos para invocar a esas deidades que son las únicas que los pueden acompañar en ese descenso a los infiernos

que están a punto de emprender. No sabemos qué está diciendo ese enfermero con exactitud, pero sí sabemos que sin esas oraciones se echarían al piso a llorar, se pegarían un tiro o sencillamente se enloquecerían de dolor y de pena. Entonces deciden reunirse, se forman en filas paralelas, cierran los ojos, y por unos segundos les piden a sus dioses que por favor se acuerden de ellos para poder cumplir con su deber, que los ayuden a ayudar, a servir, a ingresar a ese antro de tormento a curar heridas, a llevar vasos de agua y a recoger cadáveres pestilentes. Y en ese justo momento Berehulak dispara su cámara e inmortaliza la escena.

Creo, de alguna manera, que esa imagen define muy bien nuestro tiempo. Ya no hay nada que hacer. Solo nos queda encomendarnos para seguir resistiendo sin perder la razón.

9. LAS PUERTAS DEL INFIERNO

Simón había llegado a Liberia para cubrir la terrible epidemia del Ébola. En su capital, Monrovia, la situación era terrible y se estaban empezando a manifestar ya varios enfrentamientos entre las autoridades y la población civil. Se había decretado la cuarentena en uno de los barrios principales y era imposible acorrallar a tanta gente con el argumento de que el virus debía quedarse atrapado también en esas fronteras. Los cadáveres se amontonaban en las calles, no había asistencia médica suficiente y, para empeorar aún más la situación, en un deseo ferviente por exterminar el virus, habían quemado poblados enteros con los cadáveres de las personas adentro. Los parientes deseaban hacer un entierro, despedirse de sus muertos y llevar a cabo al menos una ceremonia fúnebre. Nada de eso era posible: las llamas arrasaban todo a su paso. El corazón de las tinieblas.

El doctor Kent Brantly, un médico rubio, alto y de cabello rojizo, que había sobrevivido a la enfermedad gracias a que lo condujeron a un hospital en Estados Unidos y le inyectaron medicamentos de última generación (¿por qué no se hace lo mismo con los pacientes africanos? es la pregunta que uno no puede dejar de hacerse), en una rueda de prensa, recién salido del hospital, ya sano y con una actitud de preocupación en el rostro, dijo ante los micrófonos del mundo entero:

—Esto es un incendio que viene desde el fondo del infierno. No podemos engañarnos pensando que el gran océano Atlántico nos protegerá de las llamas de este fuego. Debemos actuar con prontitud.

Las imágenes de los choques en la calle, del levantamiento de cadáveres en los mercados públicos y las vías principales, los testimonios de los campesinos a los cuales les arrasaron y les quemaron sus ranchos y cultivos, los ruegos de los familiares, las peticiones para poder enterrar a sus muertos, el robo de cadáveres infectados para las ceremonias religiosas que

luego, a su vez, contagian a cuatro o cinco personas más, todo muestra un panorama desolador que confirma las palabras de Brantly.

Y hay algo a lo que no he podido acostumbrarme con respecto a este tema: la sensación de que esos muertos, por ser negros y pobres, no le han importado en lo más mínimo a los países occidentales. Los muertos norteamericanos o franceses, esos sí son personas, y todo el globo debe lamentarse, debe indignarse y debe subir a Facebook las banderas de los respectivos países para solidarizarse con las víctimas. Pero los muertos negros de los países africanos son irrelevantes. Ni siquiera sabemos cuáles son los colores de las banderas de Liberia, Uganda, Congo o Guinea.

Alguna vez crucé dos palabras con un médico español que había estado como voluntario en África durante el brote de Ébola del 2013. Él se encontraba en España hundido en una depresión de la cual no sabía cómo escapar. Ya había tomado antidepresivos, se estaba psicoanalizando y buscaba por todos los medios vencer sus estados de ánimo deplorables. En ese momento le llegó la oferta de irse para África y la aceptó, como él mismo decía, no porque deseara salvar a otros, sino porque buscaba salvarse a sí mismo.

Cuando aterrizó en Monrovia se dio cuenta de que acababa de ingresar en otra realidad, casi en otro planeta. Aunque se siguieran los protocolos de seguridad y buscaran ser lo más precisos y profesionales que la situación les permitía, de todos modos cayeron enfermos algunos de los voluntarios. La gran mayoría moría en las camas entre fiebres y estertores macabros.

Una noche ingresó en las ruinas de lo que antes era una escuela con el traje de seguridad, esa especie de escafandra que los hace parecer astronautas ingresando en otro mundo. Los rumores de la población indicaban que en ese sitio se refugiaban varios contagiados que se negaban a ingresar en los hospitales, o que sencillamente habían sido rechazados porque no había ya camas disponibles. La escena lo dejó inmóvil, sin saber qué hacer. En un galpón de varios metros de largo, cientos de enfermos agonizaban en el suelo en esteras, colchones viejos y cambuches improvisados. Por todas partes se escuchaban quejidos, lamentos y llantos desesperados. Lo peor era que varios de ellos, debido a su pésima condición higiénica, habían contraído otras enfermedades también: infecciones en la piel, diarreas, escorbuto e incluso lepra. El olor era insoportable. Daba la impresión de haber ingresado en una cueva de *zombies* malheridos. *The Walking Dead*.

Recordó la frase de Dante en *La Divina Comedia* cuando se encuentra justo frente a las puertas del infierno:

«Abandonad toda esperanza aquéllos que entréis aquí».

Durante las semanas siguientes tuvo pesadillas y veía en las noches, como si fuera un niño indefenso, monstruos que se arrastraban por el suelo y lo querían herir.

A los pocos meses de trabajo intenso y sin descanso, empezó a notar que se sentía atraído por una de las enfermeras del hospital donde estaba prestando sus servicios: una mulata simpática y gentil que trataba a todos los pacientes de un modo especial, con cierta compasión que a veces los otros médicos o las otras enfermeras no demostraban. Ella también le sonreía, lo saludaba con camaradería y solían compartir el almuerzo o algún refrigerio en las horas de la noche. Hasta que un buen día ella le dijo sonriéndose:

—Yo sé que te gusto. ¿Es que nunca me vas a decir nada?

Fue el comienzo de una relación magnífica de camaradería, cariño incondicional y complicidad total. Ella solía quedarse en el apartamento de él, hacer mercado a su lado, cocinar y, cuando lograban sacar aunque fuera unas horas de descanso, ver una película o leer algún libro juntos. A él no le pasó desapercibido el hecho de que justo en medio de tanto dolor era increíble ser tan feliz y haber encontrado el amor ideal.

Hasta que un buen día ella empezó a sentir fiebre y un cansancio extremo no le permitía levantarse de la cama. Pensó que se trataba de una fatiga debido al estrés del trabajo. No, los exámenes arrojaron el peor resultado posible: positivo para Ébola. Aunque él la cuidó a lo largo de varios días e hizo lo imposible por salvarla, murió entre sus brazos confesándole lo mucho que lo amaba. La escena parecía sacada de una película de ciencia ficción y de terror al mismo tiempo: el traje de astronauta, ella sudorosa con la cabeza recostada en sus piernas y al fondo un coro de moribundos ingresando en la muerte con los ojos abiertos.

Entonces él entró en una especie de trance y tuvo una revelación súbita que le atravesó todo su ser: sintió que el infierno no era una metáfora, sino algo real, palpable, auténtico, y que él se encontraba ahí adentro. Había lugares donde todos los dioses, los islámicos, los del cristianismo, los del judaísmo, los del budismo, todos, habían partido abandonándonos en el nivel más ruin de nuestra mísera condición humana.

Cuando escuché esta historia anoté en una libreta que por entonces cargaba siempre conmigo:

«Ojo, el infierno es real, y hay conductos, pasadizos que nos conducen hasta él. En este justo momento miles de personas están ahí, inmersos en un sufrimiento inenarrable».

Luego, al ver las imágenes por televisión sobre la epidemia del Ébola en África, los documentales, los reportajes en revistas y periódicos, las extraordinarias fotografías de Berehulak, al fijarme en esos extraños trajes de expedicionarios cósmicos que cruzaban la puerta de ese infierno que Conrad bautizó como «el corazón de las tinieblas», recordé a los otros viajeros, los que habían atravesado las puertas del cielo con trajes cuyos diseños habían sido copiados de *Viaje a las Estrellas*, los doctores Spock entrando a la muerte con zapatillas Nike de última generación, los castrados y mutantes sin género que se habían subido en una nave que estaba detrás de la cola de un cometa, y me di cuenta de que la realidad no existe: es algo acuoso, indefinible, melcochudo, caleidoscópico, que se subdivide y se pliega hasta desaparecer todo rastro de una posible realidad única y primera. Ya no hay un principio de realidad, lo que hay es una serie de modelos y cada quien elige en cuál desea inscribirse y vivir. Cada quien abre o cierra las puertas que sus dioses tutelares le permiten.

Y entonces, mientras acepto el horror y la impotencia que me produce este agujero negro que a todos empieza a succionarnos, recito con los ojos cerrados, como un mantra, en voz alta y girando con los brazos abiertos, las sabias palabras del maestro Yalal ad-Din Muhammad Rumi:

¿Qué puedo hacer, oh, creyentes?, pues no me reconozco a mí mismo.

No soy cristiano, ni judío, ni mago, ni musulmán.

No soy del Este, ni del Oeste, ni de la tierra, ni del mar.

No soy de la mina de la Naturaleza, ni de los cielos giratorios.

No soy de la tierra, ni del agua, ni del aire, ni del fuego.

No soy del empíreo, ni del polvo, ni de la existencia, ni de la entidad.

No soy de India, ni de China, ni de Bulgaria, ni de Grecia.

No soy del reino de Irak, ni del país de Jurasán.

No soy de este mundo, ni del próximo, ni del Paraíso, ni del Infierno.

No soy de Adán, ni de Eva, ni del Edén, ni de Rizwán.

Mi lugar es el sinlugar, mi señal es la sinseñal.

No tengo cuerpo ni alma, pues pertenezco al alma del Amado.

*He desechado la dualidad, he visto que los dos mundos son uno.
Uno busco, Uno conozco, Uno veo, Uno llamo.
Estoy embriagado con la copa del Amor, los dos mundos han desaparecido
de mi vida.
No tengo otra cosa que hacer más que celebrar, sonreír y divertirme.*

Ciudad Gótica, 10 de enero de 2017



España

Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona (España)
Tel. (34) 93 492 80 00
Fax (34) 93 492 85 65
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

Paseo Recoletos, 4, 3.^a planta
28001 Madrid (España)
Tel. (34) 91 423 03 00
Fax (34) 91 423 03 25
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

Argentina

Av. Independencia, 1668
C1100 Buenos Aires (Argentina)
Tel. (5411) 4124 91 00
Fax (5411) 4124 91 90
Mail: info@eplaneta.com.ar
www.editorialplaneta.com.ar

Brasil

Av. Francisco Matarazzo,
1500, 3.º andar, Conj. 32
Edifício New York
05001-100 São Paulo (Brasil)
Tel. (5511) 3087 88 88

Fax (5511) 3087 88 90
Mail: ventas@editoraplaneta.com.br
www.editoriaplaneta.com.br

Chile

Av. 11 de Septiembre, 2353, piso 16
Torre San Ramón, Providencia
Santiago (Chile)
Tel. Gerencia (562) 652 29 43
Fax (562) 652 29 12
www.planeta.cl

Colombia

Calle 73, 7-60, pisos 7 al 11
Bogotá, D.C. (Colombia)
Tel. (571) 607 99 97
Fax (571) 607 99 76
Mail: info@planeta.com.co
www.editorialplaneta.com.co

Ecuador

Whymper, N27-166,
y Francisco de Orellana
Quito (Ecuador)
Tel. (5932) 290 89 99
Fax (5932) 250 72 34
Mail: planeta@access.net.ec

México

Masaryk 111, piso 2. °
Colonia Chapultepec Morales
Delegación Miguel Hidalgo 11560
México, D.F. (México)
Tel. (52) 55 3000 62 00
Fax (52) 55 5002 91 54
Mail: info@planeta.com.mx

www.editorialplaneta.com.mx
www.planeta.com.mx

Perú

Av. Santa Cruz, 244
San Isidro, Lima (Perú)
Tel. (511) 440 98 98
Fax (511) 422 46 50
Mail: rrosales@eplaneta.com.pe

Portugal

Planeta Manuscrito
Rua do Loreto, 16-1. º Frte.
1200-242 Lisboa (Portugal)
Tel. (351) 21 370 43061
Fax (351) 21 370 43061

Uruguay

Cuareim, 1647
11100 Montevideo (Uruguay)
Tel. (5982) 901 40 26
Fax (5982) 902 25 50
Mail: info@planeta.com.uy
www.editorialplaneta.com.uy

Venezuela

Final Av. Libertador con calle Alameda,
Edificio Exa, piso 3. º, of. 301
El Rosal Chacao, Caracas (Venezuela)
Tel. (58212) 952 35 33
Fax (58212) 953 05 29
Mail: info@planeta.com.ve
www.editorialplaneta.com.ve

Grupo  Planeta
www.planeta.es

Planeta es un sello editorial del Grupo Planeta

Escritiv es
resistiv.
of. of.

¿Qué es la realidad? ¿Existe algo tal como la realidad, una sola versión de lo real? Mario Mendoza expone en este libro experiencias personales, teorías y fenómenos misteriosos que lo llevan a afirmar que “la realidad es algo acuoso, indefinible, melcochudo, caleidoscópico, que se subdivide y se pliega hasta que desaparece todo rastro de una posible realidad única y primera”.

Mario Mendoza. Nació en Bogotá en 1964. Con el libro de cuentos *La travesía del vidente*, editado por Planeta, obtuvo en 1995 el Premio Nacional de Literatura del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá. En 2002, ganó el premio Biblioteca Breve de Seix Barral con la novela *Satanás*. En 2004, publicó el libro de cuentos *Una escalera al cielo*. Ha publicado las novelas *La ciudad de los umbrales* (1992), *Scorpio City* (1998), *Relato de un asesino* (2001), *Cobro de sangre* (2004), *Los hombres invisibles* (2007), *Buda Blues* (2009), *Apocalipsis* (2011), *Lady Masacre* (2013) y *La melancolía de los feos* (2016); y los ensayos *La locura de nuestro tiempo* (2010), *La importancia de morir a tiempo* (2012) y *Paranormal Colombia* (2014).

Dirección gráfica colección: © Oscar Abril Ortiz , Alejandro Amaya @Book and Play Studio - bap-studio.com

Fotografía del autor: © Ricardo Pinzón.

Diseño de la colección: © Compañía.



La razón es una promesa que pocos se atreven a cuestionar con la valentía de contemplar esta civilización desde una ventana con vista al fin del mundo. Mario Mendoza lo sabe, por eso ha decidido profundizar en las relaciones cada vez más estrechas que los descubrimientos de la ciencia establecen con saberes milenarios.

La inconformidad ante el presente y la curiosidad por esa idea ajena llamada futuro señalan el camino del autor, quien teje aquí una red de ensayos, investigaciones y reflexiones para atajar, desde la no ficción, preguntas que nos enfrentan a la fragilidad de ser humanos.

Algo se desmorona bajo nuestros pies
y nadie sabe dónde termina la caída.

A E
& I

Autores Españoles e Iberoamericanos